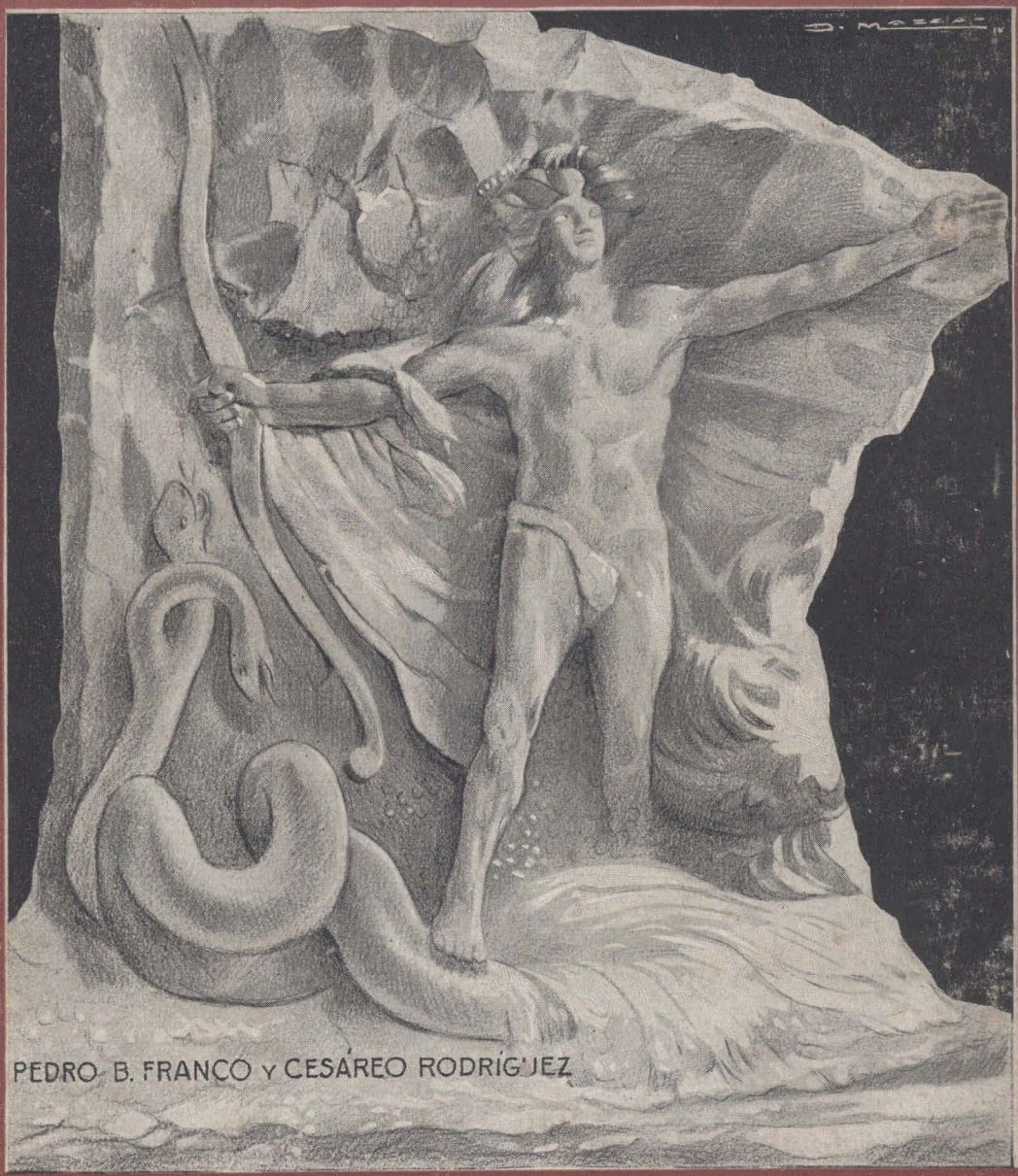


PEDRO B. FRANCO y CESÁREO RODRÍGUEZ

ELEVACION

Texto de lectura para 5º grado

Precio: $ 2.20

00161254

SERIE PALLAS ATHENEA

de Textos de Lectura

FRANCO-RODRÍGUEZ

PLENITUD. — Para Sexto grado.
1 vol. (200 x 180 mm.); XII + 182 pág.; 22 estampas fuera texto; encart.

ELEVACIÓN. — Para Quinto grado.
1 vol. (210 x 170 mm.); XXVI + 240 pág.; 32 estampas fuera texto; encart.

Los libros de la Serie Pallas Athenea, llevan al final referencias bio-bibliográficas de los Autores contenidos en cada volumen.

564

ELEVACIÓN

OBSEQUIO DE LA

EDITORIAL INDEPENDENCIA
CORPORACIÓN ARGENTINA
DE
PUBLICACIONES DIDÁCTICAS
GALERIA GÜEMES 443 - BS. AIRES

Alumno.....

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

DE LOS MISMOS AUTORES

Plenitud. — Texto de lectura para Sexto grado exclusivamente.

Cancionero del Arbol. — Colección de trozos escogidos, en prosa y verso, para ser utilizados en las clases especiales de la Semana del árbol y en todos los grados de la escuela primaria.

PEDRO B. FRANCO y CESÁREO RODRÍGUEZ
MAESTROS NORMALES

ELEVACIÓN

Texto de Lectura para Quinto Grado

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación y por los Consejos escolares de varias Provincias.

BUENOS AIRES :: 1931

EDITORIAL INDEPENDENCIA

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

EDICIONES

1.ª — Julio de 1929

2.ª — Marzo de 1930

3.ª — Marzo de 1931

ES PROPIEDAD DE LOS AUTORES

Queda hecho el depósito conforme a las leyes 7092 y 9510

PREFACIO

(De la 1.ª edición)

A NUESTROS CAMARADAS Y A LOS PADRES DE FAMILIA

I

El objeto de ELEVACIÓN *es dar, a los alumnos de quinto grado, escogidos materiales con los cuales puedan adiestrar y mejorar sus medios de* expresión.

Mas esto solo no puede constituir nunca un texto de lectura para grado superior. Sería un simple conglomerado de trozos más o menos buenos, sin una chispa de alma. Para que haya texto *es preciso la coordinación de las lecturas mediante un plan orgánico.*

De ahí que nosotros, en cualquier libro de nuestra Serie Pallas Athenea, *hayamos puesto al propósito didáctico arriba expresado en función de un pensamiento educativo cardinal, a modo de hilo de seda que enlaza las perlas de un collar.*

¿Cuál es este pensamiento en ELEVACIÓN*?*

Desde luego, no lo damos hecho. Torpe y criminal es la escuela que pretenda imponer al niño conocimientos que él no ha construído, ideas que no ha pensado, religión que no ha sentido.

Puesto que los alumnos de quinto grado estudian los países americanos, nada más lógico que ofrecerles un libro americano, con los hombres y las cosas de América.

Presentamos, pues, en ELEVACIÓN, *múltiples elementos e imágenes para que el niño descubra, sobre todo, la hermandad de los pueblos iberoamericanos desde México hasta nuestras islas Orcadas.*

La conciencia iberoamericana el niño la ve. Estos pueblos, cada día se acercan más por vías terrestres y aéreas, atan lazos intelectuales y sociales, se ayudan en sus desgracias, se respetan mutuamente, resuelven por arbitraje los conflictos internacionales.

¿Qué deducirá el niño? Que la unidad intentada por Bolívar *es puramente ideal. Pero debajo de este gran sueño, está la unidad geográfica, etnográfica y espiritual, más positiva y real que la política.*

Por encima de las fronteras — convencionales, al fin — no puede desconocerse la comunidad del origen, de la lengua, de la solidaridad histórica, de las instituciones, de las costumbres.

Con la lectura y el estudio de Elevación, *advertirá el niño que si cada iberoamericano tiene una patria — la patria de la cuna o la del corazón —, todos los iberoamericanos poseemos otra patria grande, la «magna patria» de que nos habla* Rodó: *América, la América española y lusitana. Las naciones en que ésta se divide políticamente, deben ser consideradas como provincias o comarcas de ella. Una madre común nos ha hecho hermanos. Y tócanos ser también hermanos en el trabajo, en la cultura, en el arte; hermanos en el afán cotidiano de contribuir a sembrar aquí una civilización rica y culta, poderosa y soñadora, donde no se yerga más la bota del tirano ni el fusil fratricida, porque la luz y la vida vienen de la Inteligencia y del Músculo, nunca de la fuerza bruta.*

El niño que lea y medite estas páginas de Elevación, *llegará a comprender que los pueblos iberoamericanos deben dejar de mirarse con recelo y envidia. Con grande o pequeño territorio, todos pueden ocupar sitio principal, en la medida de sus capacidades y sus esfuerzos. En el altar de la vida fraternal han de inmolar los agravios y disenciones del pasado, los odios y los egoísmos nacionales, los fetichismos* chauvinistas, *y hacerse cada vez más hermanos en los sudores y en las fiestas de la producción, en las vigilias y en los triunfos del arte, en la paz imperecedera para la América libre y una.*

Esta América española y lusitana, desde ha tiempo despierta el interés del Mundo, aunque todavía no se la conoce y suele calumniársele. Atrae la atención universal por sus trigales y bosques vírgenes, sus ganados, sus ríos inmensos. Se la admira por la pujanza material y su poderío en ciernе. Día vendrá en que también se la ha de admirar por sus pensadores, sus sabios, sus educadores y sus artistas. La Naturaleza no ha sido mezquina con Iberoamérica: le dió tierras fértiles y vigorosos intelectos. Posee personalidad propia, de la que no pue-

de abdicar ante ningún deslumbrante modelo extraño. Ha de cumplir la plenitud de sus destinos, apoyándose en la civilización heredada, pero con los ojos en el porvenir y plena de amplia comunión hermana.

II

Acabamos de poner al desnudo el alma de ELEVACIÓN, *fundamentalmente iberoamericana, que ha presidido nuestro meticuloso trabajo de coleccionar los artículos para estas columnas. Queda ya explicado porqué sólo aparecen Autores españoles, portugueses e iberoamericanos. Asimismo hemos incluído varios estadunidenses.*

Creemos haber logrado que nada de nuestra América quedase fuera: las civilizaciones autóctonas, la Conquista y los conquistadores con sus excelencias y sus excesos, las antiguas leyendas, los mitos indígenas, los tipos y costumbres regionales, los grandes hombres que no supieron ni quisieron ser nada más que carácter, talento y virtud.

Alternando con estos temas, para variedad y amenidad del conjunto, colocamos los relativos a la cultura espiritual, ora con ejemplos y normas de pensamiento y de conducta, ora enalteciendo el trabajo y el estudio, el calor del hogar y la santidad de la madre, el heroísmo civil, el culto de la vida optimista y alegre, la solidaridad y la paz.

Se hallan también algunas páginas de Naturaleza y de vulgarización científica, así como varias especialmente para niñas *y otras de leve* humorismo. *Convencidos de que la* educación vial, *tan urgente para Iberoamérica, debe sembrarse en la escuela, hemos incluído este asunto.*

Todo lo dicho imprime sello propio que distingue y realza esta antología. Digamos ahora que, lo mismo que en PLENITUD, *de cada Autor muchas veces no pusimos el trozo de más quilates literarios, sino el que aparte de ser bello, contiene mayor substancia para los intereses infantiles.*

Aparecen tantas malas crestomatías, que es corriente considerar como zángano al colector.

No negamos que abundan los colectores al uso, improvisados, sin escrúpulos, ni gusto literario, ni sentido psico-pedagógico. Tampoco negamos que cosa fácil, subalterna y precaria es confeccionar una antología escolar — como las hay —, cuando se trata de recortar sin criterio y amontonar sin método alguno. Pero es evidente que la empresa se torna noble, preciosa y perdurable cuando se realiza con un orgánico pensamiento medular, de acuerdo con las necesidades de la infancia, con una arquitectura espiritual de líneas claras y homogéneas que prestan unidad, con primor en la disposición y la ejecución tipográficas, con el afán de

propagar obras y nombres que ejercen y ejercerán influencia en los hombres y en los pueblos. Las referencias bio-bibliográficas que van a la postre del volumen, complementan esta última finalidad.

A través de las diversas formas literarias Elevación *contiene muestras de los sueños de belleza, la sed de libertad y de justicia, y las inquietudes superiores de las frentes elegidas de América. De cuando en cuando hay una lectura larga, de imaginación, cuento o relato a veces dramático.*

Contenido tan rico, abundante y sugestivo, que encierra la delicadeza de la flor, los jugos del fruto y los cantos del ave, demanda nada más que un poco de amor para su manejo. Cualquier artículo debe ser siempre comentado por los niños, bajo la mirada discreta del maestro, quien ha de facilitar la interpretación y el goce de la lectura.

Todo este libro, camaradas y padres, es un cálido mensaje de simpatía iberoamericana, de conciliación, de reconstrucción firme y serena. Hay un motivo que se repite en muchas de sus páginas: el de la siembra. Los compiladores desearían ver grabada esa idea: que es menester sembrar y sembrar, sembrar pensamientos nobles y harmoniosos, sembrar sentimientos de bondad, de ternura y de paz.

Con plena conciencia de haber realizado nuestro trabajo tal como lo concebimos y con dignidad, alentamos la esperanza de que los colegas y camaradas recibirán Elevación *con el mismo interés otorgado tan benévolamente a* Plenitud.

Pedro B. Franco y Cesáreo Rodríguez.

Buenos Aires y mayo 22 de 1929.

INDICES

I. — INDICE POR ASUNTOS.

II. — INDICE ALFABETICO DE AUTORES
— POR APELLIDOS.
— POR NACIONALIDADES.

III. — INDICE DE ESTAMPAS.

ÍNDICE DE ASUNTOS

	Pág.	N.º de la lectura
Prefacio. A nuestros camaradas y a los padres de familia. — Pedro B. Franco y Cesáreo Rodríguez	VII	—
El decálogo del alumno	XXVIII	—
Epílogo centón	204	112
A los niños y niñas que leen «Elevación»	209	—
Por la salud del cuerpo y del espíritu	211	—
Décima higiénica. — Doctor Letamendi	212	—
Referencias bio-bibliográficas de los Autores. — P. B. F. y C. R.	215	—
I. — LA CONQUISTA Y LOS CONQUISTADORES		
Isabel de Castilla. — José M.ª Salaverría	3	3
Exploradores y civilizadores. — Charles F. Lummis	33	20
Fray Luis de Bolaños. — Eloy Fariña Núñez	61	37
Don Juan de Garay. — José Luis Cantilo	115	62
Caupolicán (*Poema*). — Alonso de Ercilla	149	80
Doce de octubre. (*Poesía*). — B. Fernández Moreno	161	86
El padre Las Casas. — José Martí	181	99
De la vida azteca. — Antonio de Solís	198	108
II. — CIVILIZACIÓN AUTÓCTONA Y MITOS INDÍGENAS		
Mitos indígenas. — Carlos Ibarguren	9	6
El templo del Sol. I. — Inca Garcilaso de la Vega	45	28
El templo del Sol. II. — Inca Garcilaso de la Vega	46	29
Origen del lago Titicaca. (*Fantasía*). — Ramón Rosquellas	86	49
Yacu-Mama. (*Narración folklórica*). — Ventura García Calderón	182	100
La apacheta. — Juan Carlos Dávalos	191	103
De la vida azteca. — Antonio de Solís	198	108
III. — TIPOS Y COSTUMBRES DE AMÉRICA		
La cosecha de la algarroba. (*Poesía*). — Ricardo Rojas	21	13
Trabajos viriles del gaucho. — Juan Carlos Dávalos	21	14
El llanero. — Rafael M.ª de Baralt	42	26
El guajiro. — D. E. Pichardo	79	46

	Pág.	N.º de la lectura
El arpa. — Vicente G. QUESADA	109	57
El pregonero. (*Narración*). — B. J. MALLOL	129	69
La chola. — W. Jaime MOLINS	168	92
La apacheta. — Juan Carlos DÁVALOS	191	103

IV. — HOGAR Y FAMILIA

Mi madre. — Pedro PRADO	35	22
El brasero. — Gabriela MISTRAL	58	35
Los maderos de San Juan. (*Poesía*). — José Asunción SILVA	63	39
Aguas puras. — Pedro COROMINAS	71	42
La dueña de casa. — Honorio J. SENET	105	54
Cuando Sarmiento habla de su madre. — Pedro César DOMINICI	122	65
El protector. — Eduardo BARRIOS	142	76
El mejor maestro. (*Teatro*). — Santiago RUSIÑOL	147	79
El mejor enfermero. (*Cuento*). — Enrique MENÉNDEZ PELAYO	171	93
De mis primeros años. (Autobiografía). — Benjamín FRANKLIN	188	102
Cómo construímos el hogar. — L. L.	193	104

V. — PÁGINAS PARA NIÑAS (1)

Isabel de Castilla. — José M.ª SALAVERRÍA	3	3
De la belleza artificial. — Juan MONTALVO	20	12
El brasero. — Gabriela MISTRAL	58	35
Los maderos de San Juan (*Poesía*). — José Asunción SILVA	63	39
Aguas puras. — Pedro COROMINAS	71	42
La dueña de casa. — Honorio J. SENET	105	54
Las tres gotas. (*Apólogo*). — D. COELHO NETTO	109	58
La tía Celesta. (*Cuento*). — Emilia PARDO BAZÁN	110	59
Cuando Sarmiento habla de su madre. — Pedro César DOMINICI	122	65
Oración. — Pedro B. FRANCO	173	94
Cómo construímos el hogar. — L. L.	193	104

VI. — FORMACIÓN ESPIRITUAL

Una parábola de Jesús. — Cesáreo RODRÍGUEZ	1	1
Lo esencial. — A. GUILLÉN ZELAYA	7	4
Rima. (*Poesía*). — Angel DÍEZ DE MEDINA	8	5
Juncos pensadores. — Celso TÍNDARO	16	10
Consejos de Martín Fierro. (*Poesía*). — José HERNÁNDEZ	50	30
El hombre, el libro y la lectura. — Nicolás AVELLANEDA	56	33
La Hormiga, la Cigarra y la Abeja. (*Fábula*). — Domingo SASSO	62	38
El que no trabaja no come. — José INGENIEROS	126	68
Balada del violín (*Poesía*). — Víctor Domingo SILVA	131	71
Bajo los árboles. — Celso TÍNDARO	144	78
El mejor maestro. (*Teatro*). — Santiago RUSIÑOL	147	79
La Música. — Alberto NIN FRÍAS	154	82
El Gorrión crítico. (*Fábula*). — Vicente DÍEZ DE TEJADA	155	83

(1) Estas lecturas sirven también para varones, pero no deben dejarse de leer en las clases de niñas.

	Pág.	N.° de la lectura
Excelsior. (*Poema*). — Walt WHITMAN	165	88
Evangélicas. (*Pensamientos*). — ALMAFUERTE	180	98
La Palma y la Malva. (*Fábula en verso*). — F. J. AMY	196	107
Creer y esperar. — Olavo BILAC	203	111
Epílogo centón. (*Pensamientos*). — Autores varios	204	112

GRANDES HOMBRES

La visión de Rivadavia. (*Anécdota*). — José Manuel EIZAGUIRRE	12	8
Retrato de Sarmiento. — Leopoldo LUGONES	28	18
Muerte del general San Martín. (*Carta*). — Félix FRÍAS	53	31
San Martín y Bolívar. (*Paralelo*). — Juan María GUTIÉRREZ y Benjamín VICUÑA MACKENNA	66	41
Rivadavia y Wáshington. — Juan Carlos GÓMEZ	106	55
San Martín. — José MARTÍ	134	74
Esteban Echeverría. — Pedro GOYENA	162	87
El mago de Menlo Park. — Ernesto NELSON	177	96
El padre Las Casas. — José MARTÍ	181	99
De mis primeros años. (Autobiografía). — Benjamín FRANKLIN	188	102
El temple de Guido Spano. (*Anécdota*). — Eduardo WILDE	201	109

VII. — CULTURA SOCIAL

Trabajo y trabajadores

Una parábola de Jesús. — Cesáreo RODRÍGUEZ	1	1
El maquinista. (*Relato*). — Joaquín DICENTA	17	11
El trabajo. (*Poesía*). — Rafael GARCÍA ESCOBAR	30	19
El sembrador desconocido. — Julio Enrique AVILA	55	32
El canal de Panamá. — Afranio PEIXOTO	82	48
A la fraternidad en la Industria. (*Poesía*). — Eduardo de la BARRA	88	50
Los tres Poderes. (*Cuento*). — Eugenio SELLÉS	98	52
Yo soy como el hornero. (*Poesía*). — Fernán SILVA VALDÉS	114	60
Maravillas de la ciencia humana. — Pedro B. FRANCO	119	63
Los caminos del espacio. — Pedro B. FRANCO	120	64
El que no trabaja no come. — José INGENIEROS	126	68
Sembrad. (*Poesía*). — Cristina de ARTEAGA	143	77
El radiotelegrafista. (*Cuento*). — Celso TÍNDARO	155	84
Sobre la linotipia. — Julio CAMBA	166	90
El periodista. (*Poesía*). — Emilio BRICEÑO	167	91
El mago de Menlo Park. — Ernesto NELSON	177	96
Himno del obrero. (*Poesía*). — Alfredo ESPINO	179	97
De la «Oración al pan». (*Poesía*). — GUERRA JUNQUEIRO	187	101

Educación cívica

La dulce Patria. — Arturo CAPDEVILA	2	2
Comenzad por vuestra ciudad natal. — Frank CRANE	26	16

	Pág.	N.° de la lectura
De la igualdad y la libertad. — Concepción ARENAL	36	23
Mi patria. (*Poesía*). — Roberto BRENES MESÉN	41	25
La bandera. — Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA	61	36
Los tres Poderes. (*Cuento*). — Eugenio SELLÉS	98	52
Oda a la República Argentina. — Rubén DARÍO	102	53
El extranjero. (*Poesía*). — Ricardo GUTIÉRREZ	107	56
Los ingleses en 1806. (*Relato*). — Julio A. COSTA	124	67
Fastos americanos. — Cesáreo RODRÍGUEZ	133	73
Derecho de reunión. — Juan MONTALVO	159	85
Oración. (*En el día de los muertos por la Patria*). — Pedro B. FRANCO	173	94

Educación vial

Las venas del país: los caminos. — Pedro B. FRANCO	57	34
El Día del camino (*5 de octubre*). — Pedro B. FRANCO	153	81

Solidaridad ypaz

La dulce Patria. — Arturo CAPDEVILA	2	2
Prédica de paz. — Luis FLORES FERNÁNDEZ	27	17
De la igualdad y la libertad — Concepción ARENAL	36	23
Mi patria. (*Poesía*). — Roberto BRENES MESÉN	41	25
El sembrador desconocido. — Julio Enrique AVILA	55	32
La bandera. — Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA	61	36
Canción de la Paz. (*Poesía*). — Mario BRAVO	75	44
Los ríos hermanos. — José Enrique RODÓ	76	45
A la fraternidad en la Industria. (*Poesía*). — Eduardo de la BARRA	88	50
Debemos juntarnos. — José VASCONCELOS	114	61
El que no trabaja no come. — José INGENIEROS	126	68
Fastos americanos. — Cesáreo RODRÍGUEZ	133	73
El porvenir de América. — José M.ª SANTIVÁÑEZ	202	110

VIII. — NATURALEZA

Los baguales. — Eduardo TALERO	15	9
Los jardines del Japón. — Enrique GÓMEZ CARRILLO	34	21
El gato del monte. — Luis L. FRANCO	65	40
Los ríos hermanos. — José Enrique RODÓ	76	45
Carta a un amigo. (*Descripción*). — Esteban ECHEVERRÍA	81	47
Palabras pidiendo un día de lluvia. (*Poesía*). — Alfredo R. BUFANO	123	66
El árbol y el hombre. — Julio DANTAS	130	70
Pascualillo. (*Relato*). — Amado NERVO	138	75
Bajo los árboles. — Celso TÍNDARO	144	78
El Gorrión crítico. (*Fábula*). — Vicente DÍEZ DE TEJADA	155	83
El radiotelegrafista. (*Cuento*). — Celso TÍNDARO	155	84
El murciélago. — Clemente ONELLI	165	89

	Pág.	N.º de la lectura
El eclipse de Sol. (*Autobiografía*). — Santiago RAMÓN Y CAJAL	174	95
Yacu-Mama. (*Narración folklórica*). — Ventura GARCÍA CALDERÓN	182	100
La alpaca. — Francisco MARCADÉ	194	105
La Palma y la Malva (*Fábula en verso*). — F. J. AMY	196	107
IX. — VULGARIZACIÓN CIENTÍFICA		
Las piedras del cielo. — Lucas FERNÁNDEZ NAVARRO	22	15
Maravillas de la ciencia humana. — Pedro B. FRANCO	119	63
Los caminos del espacio. — Pedro B. FRANCO	120	64
Sobre la linotipia. — Julio CAMBA	166	90
El eclipse de Sol (*Autobiografía*). — Santiago RAMÓN Y CAJAL	174	95
El mago de Menlo Park. — Ernesto NELSON	177	96
X. — HUMORISMO		
¿Son gigantes los carneros? — CERVANTES	10	7
Las aceitunas. (*Paso de comedia*). — LOPE DE RUEDA	36	24
Mi reloj. (*Fantasía*). — Mark TWAIN	72	43
El médico a palos. (*Teatro*). — Leandro F. de MORATÍN	93	51
El titiritero y el lugareño. — Padre ISLA	132	72
El virrey del acertijo. (*Tradición*). — Ricardo PALMA	195	106
XI. — CUENTOS Y RELATOS		
El maquinista. (*Relato*). — Joaquín DICENTA	17	11
El Tigre de los llanos. (*Relato*). — Domingo Faustino SARMIENTO	43	27
Mi reloj. (*Fantasía*). — Mark TWAIN	72	43
Los tres Poderes. (*Cuento*). — Eugenio SELLÉS	98	52
La tía Celesta. (*Cuento*). — Emilia PARDO BAZÁN	110	59
Los ingleses en 1806. (*Relato*). — Julio A. COSTA	124	67
Pascualillo. (*Relato*). — Amado NERVO	138	75
El radiotelegrafista. (*Cuento*). — Celso TÍNDARO	155	84
El mejor enfermero. (*Cuento*). — Enrique MENÉNDEZ PELAYO	171	93
Yacu-Mama. (*Narración folklórica*). — Ventura GARCÍA CALDERÓN	182	100

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

POR APELLIDOS

	Pág.
Alberdi, Juan B.	205
Almafuerte	180
Alvarez, Agustín	205
Amy, F. J.	196
Arenal, Concepción	36
Argente, Baldomero	205
Arteaga, Cristina de	143
Avellaneda, Nicolás	56
Avila, Julio Enrique	55
Balmes, Jaime	204
Baralt, Rafael M.ª de	42
Barra, Eduardo de la	88
Barrios, Eduardo	142
Bilac, Olavo	203
Bravo, Mario	75
Brenes Mesén, Roberto	41
Briceño, Emilio	167
Bufano, Alfredo R.	123
Buitrago Carrillo, G.	169
Calderón de la Barca, Pedro	204
Camba, Julio	166
Cantilo, José Luis	115
Capdevila, Arturo	2
Castro, Rosalía de	206
Catalina, Severo	204
Cavia, Mariano de	205
Cervantes	10 y 204
Coelho Netto, Domingo	109
Columba, Ramón	127
Corominas, Pedro	71
Costa, Julio A.	124
Crane, Frank	26
Cuyás, Arturo	205
Dantas, Julio	130
Darío, Rubén	102
Dávalos, Juan Carlos	21 y 191
Dicenta, Joaquín	17
Díez de Medina, Angel	8
Díez de Tejada, Vicente	155
Dominici, Pedro César	122
Eberlein, Gustavo	117
Echeverría, Esteban	81
Eizaguirre, José Manuel	12
Ercilla, Alonso de	149
Espino, Alfonso	179
Fariña Núñez, Eloy	61
Fernández Moreno, B.	161
Fernández Navarro, Lucas	22
Flores Fernández, Luis	27
Franco, Luis L.	65
Franco, Pedro B., 57, 119, 120, 153 y	173
Franklin, Benjamín	188 y 204
Frías, Félix	53
García Calderón, Ventura	182
García Escobar, Rafael	30
Garcilaso de la Vega, inca	45 y 46
Gómez, Juan Carlos	106
Gómez Carrillo, Enrique	34
Goyena, Pedro	102
Guerra Junqueiro	187 y 206
Guillén Zelaya, A.	7
Gutiérrez, Juan María	66
Gutiérrez, R.	207
Gutiérrez, Ricardo	107
Gutiérrez Nájera, Manuel	61
Hernández, José	50
Ibarguren, Carlos	9
Ingenieros, José	126 y 205
Isla, padre	132
Jáuregui, Juan de	13
Jovellanos, Gaspar M. de	205
Letamendi	213
L. L.	193
Lope de Rueda	36
Lugones, Leopoldo	28
Lummis, Charles F.	33

	Pág.
Mallol, B. J.	129
Mayol, C.	221
Marcadé, Francisco	194
Martí, José ... 134 y	181
Menéndez Pelayo, Enrique	171
Mistral, Gabriela	58
Molins, W. Jaime	168
Montalvo, Juan ... 20 y	159
Moratín, Leandro F. de	93
Nelson, Ernesto	177
Nervo, Amado	138
Nin Frías, Alberto	154
Onelli, Clemente	165
Ortega y Gasset, José	206
Palma, Ricardo	195
Pardo Bazán, Emilia	110
Parra, Félix	183
Peixoto, Afranio	82
Pichardo, D. E.	79
Pi y Margall, Francisco	205
Plaza, Nicanor	151
Prado, Pedro	35
Quesada, Vicente G.	109
Ramón y Cajal, Santiago	174
Rodó, José Enrique ... 76 y	206
Rodríguez, Cesáreo ... 1 y	133
Rojas, Ricardo	21
Roosevelt, Teodoro	206
Rosales, Eduardo	5
Rosquellas, Ramón	86
Rusiñol, Santiago	147
Salaverría, José M.ª	3
Sánchez, Francisco	204
Santiváñez, José M.ª	202
Sarmiento, Domingo F.	43
Sasso, Domingo	62
Sellés, Eugenio	98
Senet, Honorio J.	105
Silva, José Asunción	63
Silva, Víctor Domingo	131
Silva Valdés, Fernán	114
Solís, Antonio de	198
Talero, Eduardo	15
Tasso, Torcuato	163
Tíndaro, Celso ... 16, 144 y	155
Twain, Mark	72
Vasconcelos, José	114
Vázquez Díaz, A	77
Vicuña Mackenna, Benjamín	66
Vives, Luis	204
Whitman, Walt	165
Wilde, Eduardo	201
Zorrilla de San Martín, Juan	204
Zuloaga, Ignacio	111

POR NACIONALIDADES

Argentinos

	Pág.
Alberdi, Juan B.	205
Almafuerte	180
Alvarez, Agustín	205
Avellaneda, Nicolás	56
Bravo, Mario	75
Bufano, Alfredo R.	123
Buitrago Carrillo, G.	169
Cantilo, José Luis	115
Capdevila, Arturo	2
Columba, Ramón	127
Costa, Julio A	124
Dávalos, Juan Carlos ... 21 y	191
Echeverría, Esteban	81
Eizaguirre, José Manuel	12
Fernández Moreno, B.	161
Franco, Luis L.	65
Franco, Pedro B., 57, 119, 120, 153 y	173
Frías, Félix	53
Goyena, Pedro	162
Gutiérrez, Juan María	66
Gutiérrez, Ricardo	107

Pág.

HERNÁNDEZ, José 50
IBARGUREN, Carlos 9
INGENIEROS, José ..... 126 y 205
LUGONES, Leopoldo 28
MALLOL, B. J. 129
MARCADÉ, Francisco 194
MOLINS, W. Jaime 168
NELSON, Ernesto 177
ONELLI, Clemente 165
QUESADA, Vicente G. 109
RODRÍGUEZ, Cesáreo ..... 1 y 133
ROJAS, Ricardo 21
SARMIENTO, Domingo F. 43
SASSO, Domingo 62
SENET, Honorio J. 105
TÍNDARO, Celso ..... 16, 144 y 155
WILDE, Eduardo 201

Bolivianos

DÍEZ DE MEDINA, Angel 8
ROSQUELLAS, Ramón 86
SANTIVÁÑEZ, José M.ª 202

Brasileños

BILAC, Olavo 203
COELHO NETTO, Domingo 109
PEIXOTO, Afranio 82

Chilenos

BARRA, Eduardo de la 88
BARRIOS, Eduardo 142
FLORES FERNÁNDEZ, Luis 27
MISTRAL, Gabriela 58
PLAZA, Nicanor 151
PRADO, Pedro 35
SILVA, Víctor Domingo 131
VICUÑA MACKENNA, Benjamín 66

Colombianos

SILVA, José Asunción 63
TALERO, Eduardo 15

Costarricense

BRENES MESÉN, Roberto 41

Pág.

Cubano

MARTÍ, José ..... 134 y 181

Dominicano

PICHARDO, D. E. 79

Ecuatoriano

MONTALVO, Juan ..... 20 y 159

Españoles

ARENAL, Concepción 36
ARGENTE, Baldomero 205
ARTEAGA, Cristina de 143
BALMES, Jaime 204
CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro ... 204
CAMBA, Julio 166
CASTRO, Rosalía de 206
CATALINA, Severo 204
CAVIA, Mariano de 205
CERVANTES ..... 10 y 204
COROMINAS, Pedro 71
CUYÁS, Arturo 205
DICENTA, Joaquín 17
DÍEZ DE TEJADA, Vicente 155
ERCILLA, Alonso de 149
FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas 22
ISLA, padre 132
JÁUREGUI, Juan de 13
JOVELLANOS, Gaspar M. de 205
LETAMENDI 212
L. L. 193
LOPE DE RUEDA 36
MAYOL, C. 221
MENÉNDEZ PELAYO, Enrique 171
MORATÍN, Leandro F. de 93
ORTEGA Y GASSET, José 206
PARDO BAZÁN, Emilia 110
PI Y MARGALL, Francisco 205
RAMÓN Y CAJAL, Santiago 174
ROSALES, Eduardo 5
RUSIÑOL, Santiago 147
SALAVERRÍA, José M.ª 3
SELLÉS, Eugenio 98

Pág.

SOLÍS, Antonio de 198
TASSO, Torcuato 163
VÁZQUEZ DÍAZ, A. 77
VIVES, Luis 204
ZULOAGA, Ignacio 111

Estadunidenses

CRANE, Frank 26
FRANKLIN, Benjamín ..... 188 y 204
LUMMIS, Charles F. 33
ROOSEVELT, Teodoro 206
TWAIN, Mark 72
WHITMAN, Walt 165

Guatemalteco

GÓMEZ CARRILLO, Enrique 34

Hondureño

GUILLÉN ZELAYA, A. 7

Mexicanos

GUTIÉRREZ, R. 207
GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel 61
NERVO, Amado 138
PARRA, Félix 183
VASCONCELOS, José 114

Nicaragüense

DARÍO, Rubén 102

Panameño

BRICEÑO, Emilio 167

Pág.

Paraguayo

FARIÑA NÚÑEZ, Eloy 61

Peruanos

GARCÍA CALDERÓN, Ventura 182
GARCILASO DE LA VEGA, inca.. 45 y 46
PALMA, Ricardo 195

Portorriqueño

AMY, F. J. 196

Portugueses

DANTAS, Julio 130
GUERRA JUNQUEIRO ..... 187 y 206
SÁNCHES, Francisco 204

Salvadoreños

AVILA, Julio Enrique 55
ESPINO, Alfonso 179
GARCÍA ESCOBAR, Rafael 30

Uruguayos

GÓMEZ, Juan Carlos 106
NIN FRÍAS, Alberto 154
RODÓ, José Enrique ..... 76 y 206
SILVA VALDÉS, Fernán 114
ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan .. 204

Venezolanos

BARALT, Rafael M.ª de 42
DOMINICI, Pedro César 122

ÍNDICE DE ESTAMPAS

Pág.

Apolo y la serpiente de dos cabezas. (*Dibujo*). — Dino Mazza ..... *Frontispicio*
I.—El testamento de Isabel la Católica. (*Cuadro*). — Eduardo Rosales 5
II.—Cervantes. (*Retrato*). — Juan de Jáuregui 13
III.—Trabajo del gaucho. (*Fotografía*) 23
IV.—Sarmiento. (*Retrato*) 31
V.—Concepción Arenal. (*Retrato*) 37
VI.—Vista de las ruinas de Tiahuanacu. (*Fotografía*) 47
VII.—La Puerta del Sol en el templo de Tiahuanacu. (*Fotografía*) 51
VIII.—Vista del camino internacional a Chile. (*Fotografía*) 59
IX.—San Martín. (*Retrato*) 67
X.—Simón Bolívar. (*Retrato*) 69
XI.—José Enrique Rodó. (*Retrato al lápiz*). — A. Vázquez Díaz 77
XII.—Paisaje de la región de Nahuel Huapí. (*Fotografía*) 83
XIII.—Adornos incaicos de plata, en forma de alpaca y de llama, desenterrados en el lago Titicaca 89
XIV.—Vaso de cerámica incaica 95
XV.—Rubén Darío. (*Retrato*) 103
XVI.—Las brujas de San Millán. (*Detalle de un cuadro*). — Ignacio Zuloaga . 111
XVII.—Don Juan de Garay. (*Escultura*). Gustavo Eberlein 117
XVIII.—José Ingenieros. (*Caricatura*). — Ramón Columba 127
XIX.—San Martín y O'Higgins atravesando los Andes. (*Cuadro*) 135
XX.—José Martí. (*Retrato*) 139
XXI.—Bosque de hayas en Santa Cruz. (*Fotografía*) 145
XXII.—Caupolicán. (*Estatua*). — Nicanor Plaza 151
XXIII.—¡S. O. S.! 157
XXIV.—Esteban Echeverría. (*Estatua*). — Torcuato Tasso 163
XXV.—Cholas de La Paz. (*Cuadro*). — G. Buitrago Carrillo 169
XXVI.—Cajal ante el microscopio. (*Fotografía*) 175
XXVII.—Fray Bartolomé de Las Casas. (*Cuadro*). — Félix Parra 183
XXVIII.—Benjamín Franklin. (*Retrato*) 189
XXIX.—Piedra azteca, vista de perfil. (*Fotografía*) 199
XXX.—El Senado de Tlaxcala. (*Cuadro*). — R. Gutiérrez 207
XXXI.—Almafuerte. (*Retrato*). — C. Mayol 221
XXXII.—Guerra Junqueiro. (*Fotografía*) 227

ELEVACIÓN

DECÁLOGO DEL ALUMNO

(Para aprender de memoria)

I. — Tu escuela es un Estado en miniatura. Sé un buen ciudadano de tu Estado para que seas un buen ciudadano de tu patria, de Iberoamérica y del Mundo.

II. — Recuerda que eres dueño de una valiosa herencia; muéstrate agradecido a todos los grandes hombres que te legaron tesoros culturales y a los trabajadores anónimos que hicieron posible esa riqueza.

III. — Conserva el alma honrada y el cuerpo limpio.

IV. — Sé veraz, aun en contra de tí mismo.

V. — Honra a tus padres, a tus maestros y a tus amigos.

VI. — Sé leal y sincero con tus camaradas.

VII. — Domina tus impulsos, y sé tolerante para mantener la harmonía en tu comunidad.

VIII. — Haz de modo que te bastes a tí mismo.

IX. — Juega limpio en el deporte, en el estudio y en el trabajo.

X. — Ama a la Naturaleza.

ELEVACIÓN.

~ 1 ~

UNA PARÁBOLA DE JESÚS

En la *Biblia*, el libro por excelencia, adonde han ido a beber su divina inspiración muchos grandes poetas de las regiones occidentales del Mundo, — al decir de DONOSO CORTÉS —, se encuentra la *Parábola del sembrador.*

Estaba el Maestro en una barca en el lago de Genesareth, situado en Palestina, y habiéndose reunido mucha gente del pueblo ávida de escuchar sus doctrinas, Jesús les habló de esta manera:

«*Un Sembrador, fué a sembrar su grano. Mientras sembraba, parte de la simiente cayó a lo largo del camino, donde fué pisada y los pájaros del cielo la comieron. Otra parte cayó en lugares pedregosos donde apenas tenía tierra y nació muy pronto, porque no entró profundamente en el suelo; mas habiendo brillado el sol, en seguida fué abrasada, y como no tenía raíces profundas secóse. Otra parte cayó entre espinos, y creciendo éstos la sofocaron. Otra parte, en fin, cayó en buena tierra y dió fruto; un grano produjo ciento, otro setenta, otro treinta.*»

¿Qué quiso decir con esta parábola el Rabí de Galilea? La simiente es la palabra que nos enseña a buscar y alcanzar la perfección. Muchos no la comprenden; otros, no la oyen porque son inducidos a error por las pasiones. El grano que cayó sobre las duras piedras, representa a los que con deleite la escucharon, pero

que no dieron entrada a la doctrina en sus corazones. Algunos son como un enjambre de buenos propósitos, pero a la primera dificultad o ante una pequeña contrariedad, ceden; es el grano que cayó en los pedregales donde la tierra es escasa. La simiente que fué a dar entre los espinos, y que a poco de germinar se agostó, es como los hombres cuyos buenos propósitos quedan muchas veces nada más que en intenciones. Los que *ven y comprenden,* y en su corazón arraigan sentimientos puros y elevados, y son tenaces y perseveran en el camino del bien, son los hombres buenos, la buena simiente que cae en buena tierra y «un grano produce ciento, otro setenta, otro treinta».

Cesáreo RODRÍGUEZ [argentino].

— 2 —

LA DULCE PATRIA

Cuando los hombres se reunen y hacen una patria, realizan un acto de amor, porque la patria presupone una creación, y toda creación es un acto amoroso. Fijar una frontera no significa decir: «Por aquí no se entra», sino «Por aquí se pasa».

Crear una patria vale por encender un nuevo hogar para bien de la humanidad. Nadie se disgusta ni duda de la humana solidaridad cuando la ciudad gana una casa. Nadie debe dudar tampoco del amor solidario cuando el Mundo gana una patria. Y recíprocamente, así como nada infunde más pena en la ciudad que la casa derruída, nada duele tanto en la tierra como la patria acabada.

Hay quien aboga por la Patria universal, ya que estas otras que conocemos parecen no servir, pues todas trajeron consigo el odio y la guerra. ¿Para qué fundar nuevos países, si mañana resultarán tan malos como los antiguos? Cierto. Pero podrían resultar mejores; y en esto precisamente, en la perfectibilidad asequible, radica todo el interés filosófico de la vida y todo el contenido trascendente de la responsabilidad. Cuando la tierra se enriquece con una patria más, ya pueden los hombres alegrarse. Buena o mala, no importa. Siempre será capaz de volverse mejor; y este afán de mejorar a las cosas es el que por excelencia ennoblece las labores humanas. Y todo en una patria puede hacerse mejor: las costumbres, la ley, la institución, el hombre y el dios...

Quédese para más tarde, para una quimérica edad de oro, la soñada Patria única. Pero miremos siempre hacia aquel ideal, aunque en el fondo presintamos que allí no arribaremos nunca; porque tal vez haya

de sucedernos como al navegante, que por no guiarse en la noche oscura por las constelaciones, va hacia las constelaciones... Nos guiaremos por esa estrella de la Patria única. Pero posiblemente no llegaremos nunca a esa estrella...

Y ya recordaré que las patrias no se fundan para la inmutabilidad sino para la vida, que es una renovación incesante. Por eso, dicho en verdad, los buenos patriotas son los que quieren renovar o reformar, y los enemigos más grandes de la patria son los que quieren cristalizar e inmovilizar, ora se trate de la costumbre, ora de la ley, de la institución o del dios.

Nada tan antipatriótico, por lo tanto, como el patriotismo del fanático, que empieza por suponer que su patria es perfecta. Las patrias felizmente no son nunca perfectas, y es por eso que viven. Viven perfeccionándose, y cuando en un país faltan hombres que clamen, luchen o sucumban por una renovación, cuando ya no hay quien oiga el aldabonazo del Espíritu de la patria, puede afirmarse que la tal patria está bien muerta, y que aquel Espíritu ya se ha ido para siempre.

Arturo CAPDEVILA [argentino].

— 3 —

ISABEL DE CASTILLA

Nació Isabel de Castilla en un siglo culminante cuando el Renacimiento abría al Mundo las anchas puertas del arte, de la ciencia, y de los grandes descubrimientos. De esta manera aquella mujer excepcional estaba llamada a reinar en un momento decisivo del Mundo, y por esto, sin duda, la Providencia la rodeó de tantas virtudes. La hizo virtuosa, pero no sólo con la virtud familiar y honesta, sino con las virtudes del talento, de la responsabilidad, y de la entereza. Si como mujer y madre nos inspira respeto y cariño, como Reina nos sugiere admiración. Fué un sér completo, rotundo y definitivo. Su responsabilidad no vacilaba nunca ante los imperativos del deber. Conocía cuán exigente era su destino y se dió a reglamentar sus actos en la más estricta moral. Severa con el crimen, como Reina responsable, fué amorosa con la debilidad y el dolor.

Su obra abarca dos continentes. El Mundo le debe uno de los rasgos más definitivos de los tiempos. Gracias a su evidente voluntad pudo abrirse el tesoro americano. Y cuando las blancas manos reales abrieron los cofrecillos queridos, cuando las joyas

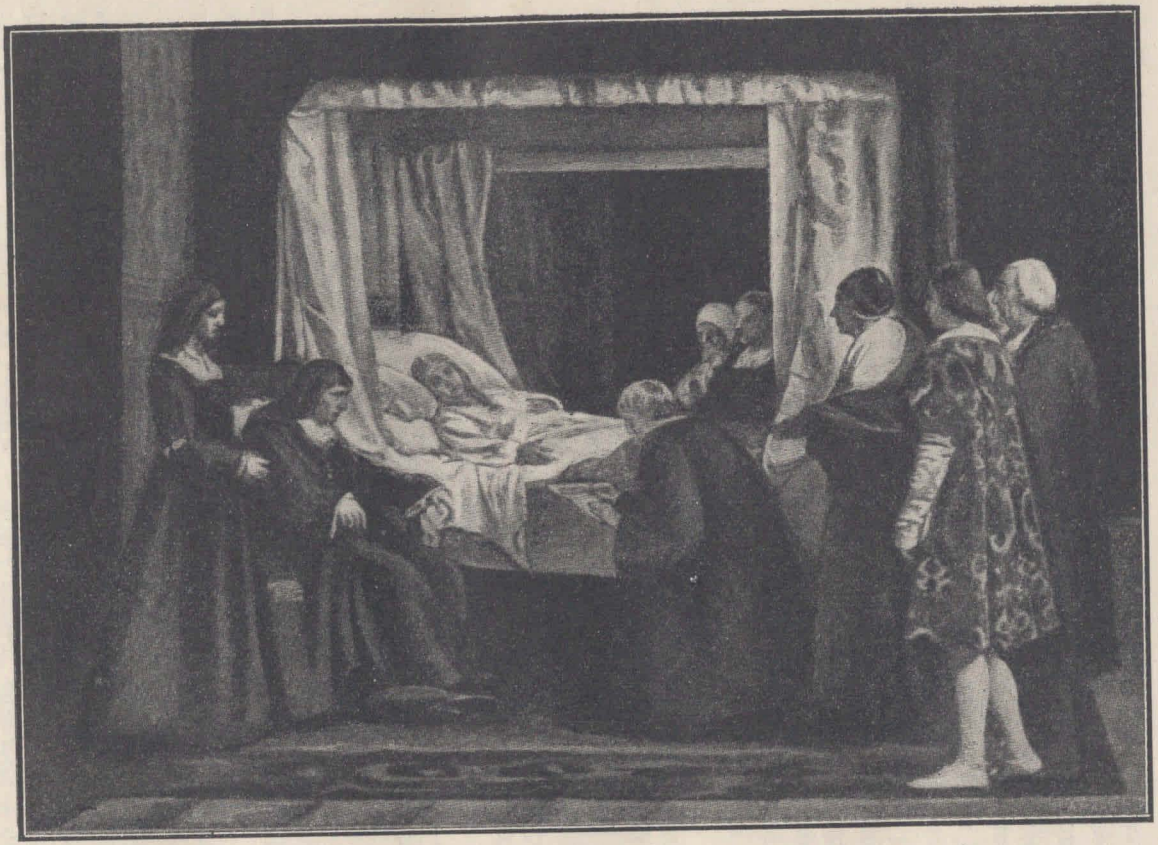
íntimas, amadas, se desprendieron de sus manos, se produjo en el Mundo como un estremecimiento capital, trascendentalísimo. Las joyas vendidas significaban otorgar a COLÓN la llave de ultra-mundos. Y efectivamente, por el rasgo de la Reina gloriosa, pudo abrirse la puerta del misterio, y América, henchida de tesoros y de posibilidades se ofreció súbitamente a la civilización. Incorporó un vasto mundo a la causa del progreso. Sacó de la tiniebla y de la ignota barbarie un rico Continente. Ensanchó prodigiosamente las fronteras de la civilización. ¿Tiene la gloria bastantes lauros para un espíritu tan excepcional?

Quiso la suerte que naciese América bajo la gracia de un símbolo sublime. El dinero que requería la expedición colombiana no debía sacarse del erario público, de las groseras arcas gubernamentales, ni debía ser fruto de gabelas, expoliaciones o feos arbitrios. La virgen y femenina América, exigía otros conductos más delicados. Y fué de veras afortunada al recibir el bautismo de la civilización de las manos de una mujer, de una Reina, de una santa. El símbolo de las joyas de Isabel es la nota más noble, pura y graciosa de cuantas puede anotar en su recuerdo América.

Sobre todas las mujeres fuertes de la Historia, se levanta capaz de cautela, de energía y de piedad, Isabel de Castilla. Tuvo en su vida bellos momentos de alborozo. Cuando iba cabalgando por la vega del Genil, entre el estrépito de sus brillantes escuadrones, rodeada de la flor de sus caballeros; cuando en la mañana gloriosa se abrieron las puertas de Granada y apareció la sombra doliente del último rey moro peninsular; cuando las llaves de la ciudad anhelada fueron oprimidas por sus manos, entonces el alma religiosa de la Reina debió llenarse de una inmensa, mística alegría.

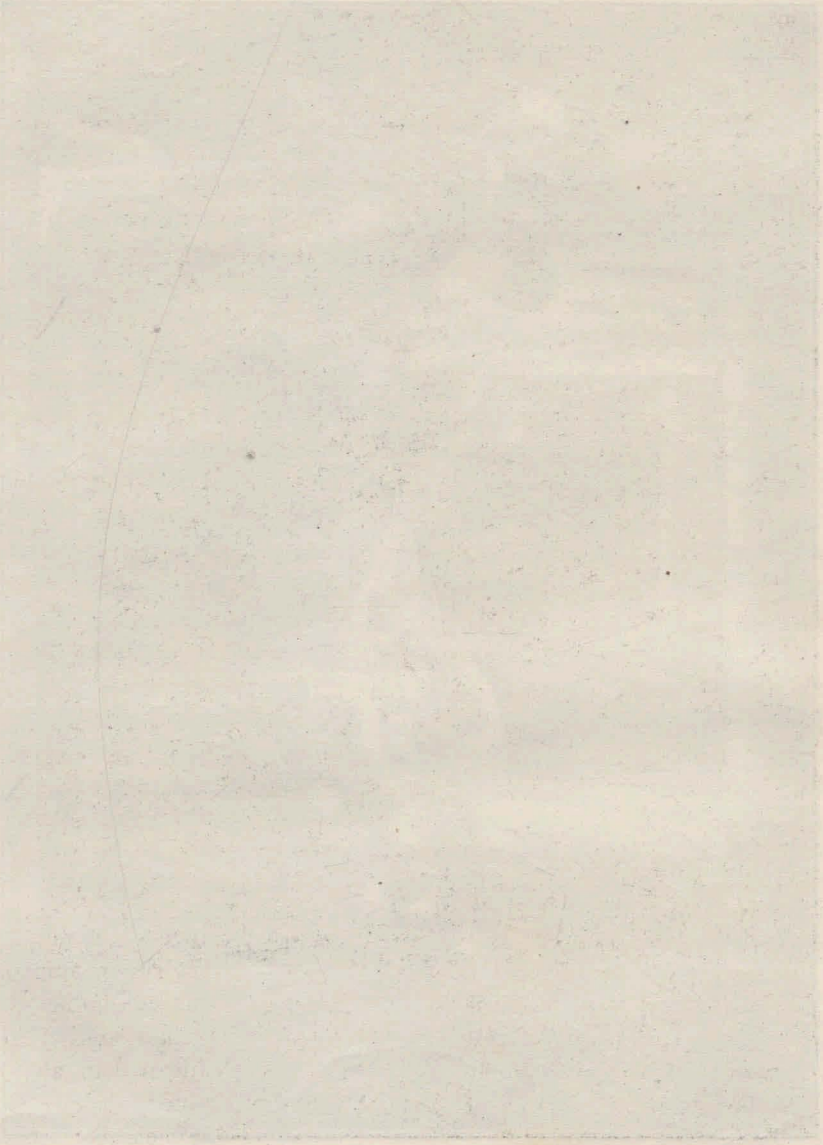
Así también, más tarde, cuando el audaz navegante arribó a las playas españolas y ofreció a los pies de la Reina los tangibles indicios del Mundo recién descubierto, su alma debió mirar a lo lejos, y descubrir la extensión del destino hispánico que súbitamente se convertía en brazo del cristianismo y de la civilización. Desde entonces las naves de Castilla pasearían por el ancho mar, trayendo tesoros increíbles, llevando los capitanes y letrados con quienes poder despertar un Mundo del salvajismo. Detrás vendría Hernán CORTÉS a cerrar contra la multitud de los guerreros indianos, en una prodigiosa hazaña de uno para mil. Vendría PIZARRO el de la barba ruda, a introducirse en las asperezas andinas y volcar ante la absorta mirada del orbe, aquel milagro de oro y pedrería.

Vendrían luego los agricultores y mercaderes, los jueces y catedráticos, los evangelistas y pobladores. Todos



«El testamento de Isabel la Católica»

Cuadro de Eduardo Rosales



ellos rápidamente, harían surgir ciudades del desierto, y llenarían la selva con los rumores nuevos de la industria. Los extensos y armónicos cañaverales darían al viento sus flores y un reguero de naves formaría desde entonces un *camino de paz,* a través de aquel Océano que tuvo cerrado el miedo, la superstición. Pero lo que vemos y palpamos es una parte de lo que reserva todavía el porvenir. ¿Quién sabe a qué límites de grandeza puede llegar este Continente? ¿Quién puede vaticinar las maravillas de fuerza y de ciencia que esconde aún América, la florida América a quien Isabel la Católica rescató de la esclavitud salvaje con sus íntimas, sagradas joyas?

José María SALAVERRÍA [español].

~ 4 ~

LO ESENCIAL

Lo esencial no está en ser poeta, ni artista, ni filósofo. Lo esencial es que cada uno tenga la dignidad de su trabajo, la alegría de su trabajo, la conciencia de su trabajo.

El orgullo de hacer las cosas bien, el entusiasmo de sentirse satisfecho, de querer lo suyo, es la sana recompensa de los fuertes, de los que tienen el corazón robusto y el espíritu limpio.

Dentro de los sagrados números de la Naturaleza, ninguna labor bien hecha vale menos, ninguna vale más. Todos somos necesarios y valiosos en la marcha del Mundo. El que construye la torre y el que construye la cabaña; el que teje los mantos imperiales y el que cose el traje humilde del obrero; el que fabrica las sandalias de sedas imponderables y el que curte la ruda suela que defiende en la heredad el pie del trabajador. Todos somos algo, todos estamos nivelados por esa fuerza reguladora que reparte los dones e impulsa las actividades.

Un grano de arena desquicia y sostiene una pirámide; un mendrugo salva y destruye una vida; una gota de agua marchita y hace reverdecer un laurel. Todos somos algo, representamos algo, hacemos vivir algo, aniquilamos algo.

El que siembra el grano que alimenta nuestro cuerpo, vale tanto como el que siembra la semilla que nutre nuestro espíritu, como que en ambas labores va envuelto algo trascendental, noble y humano: dilatar la vida.

Tallar una estatua, pulir una joya, aprisionar un ritmo, animar un lienzo, son cosas admirables. Hacer fecunda la heredad estéril y poblarla de florestas y de manantiales, tener un hijo inteligente y bello, y luego pulirle y amarle, enseñarle a desnudarse el corazón y a vivir a tono con la harmonía del Mundo, esas son cosas eternas.

Nadie se avergüence de su labor, nadie repudie su obra, si en ella ha puesto el afecto diligente y el entusiasmo fecundo. Nadie envidie a nadie, que ninguno podrá darle el don ajeno ni restarle el propio. La envidia es una carcoma de las maderas podridas, nunca de los árboles lozanos. Ensanche y eleve cada uno lo suyo, defiéndase y escúdese contra toda mala tentación que en la satisfacción del esfuerzo legítimo se nos brinda la actividad y el sosiego.

Lo triste, lo malo, lo dañino, es el enjuto de alma, el que lo niega todo, el incapaz de admirar y de querer. Lo nocivo es el necio, el inmodesto, el tonto, el que nunca ha hecho nada y lo censura todo; el que jamás ha sido amado y repudia el amor; pero el que trabaja, el que gana su pan y nutre su alegría, el justo, el noble, el bueno, para ese sacudirá el porvenir sus ramajes cuajados de flores y de rocío, ya tale montes o cincele poemas.

Nadie se sienta menos. Nadie maldiga a Nadie. Nadie desdeñe a Nadie. La cumbre espiritual del hombre ha sido el retorno al abrazo de las cosas humildes.

A. GUILLÉN ZELAYA [hondureño].

— 5 —

RIMA

«¡El vil metal!», exclaman ciertos tipos
que pían por un real
y con esa frase se disculpan de su inactividad...
No es el metal el vil... Vil es quien busca
oro, sin trabajar,
quien vende por dinero su conciencia,
su amor y su amistad...
Es el solo dinero al que se puede
llamar «el vil metal».

Angel DÍEZ DE MEDINA [boliviano].

~ 6 ~

MITOS INDIGENAS

El folklore salteño de la región andina — he dicho en otra oportunidad, — es una rapsodia de leyendas cristianas y de mitos indígenas. El antiguo politeísmo peruano sobrevive en los lejanos valles; los mestizos, al mismo tiempo que practican los ritos de la Iglesia católica y creen en los milagros de la Virgen y de los santos, adoran a Pachamama y a los dioses menores del paganismo incásico. Pachamama, «la santa tierra, la madre de todos y de todo», es la Cibeles india. Los hombres la invocan al sembrar en los valles, para recoger opimas cosechas; al hilar la lana, para que los hilos no se corten; al marcar los corderos y las cabras, para que se reproduzcan los rebaños; al cazar vicuñas y guanacos, para obtener muchas piezas; al trasmontar los cerros, para evitar el sorocho.

Así como Pachamama es la bondadosa madre de la tierra y de los hombres, Coquena es la divinidad protectora de las vicuñas y de los guanacos.

«—Tú viste a Coquena?
—Yo nunca lo *vide*,
pero sí mi *agüelo*, — repuso el pastor,—
una vez oíle silbar solamente
y en unos tolares como a la oración.
Coquena es enano; de vicuña lleva
sombrero, escarpines, casaca y calzón;
gasta diminutas ojotas de duende,
y diz que es de cholo la cara del dios.

De todo ganado que pace en los cerros,
Coquena es oculto, celoso pastor.
Si ves a lo lejos movers e las tropas
es porque invisible las arrea el dios.

Juan Carlos Dávalos.

En los valles andinos de Catamarca y de La Rioja, Coquena toma el nombre de Lastay y extiende su poder sobre todos los animales salvajes; es el dios de la caza.

Coquena vagabundea por los cerros, durante la noche, conduciendo rebaños cargados de oro y plata. Los bagajes están atados con víboras a guisa de cuerdas. En sus correrías nocturnas, el dios conduce metales de todas las minas cordilleranas a la de Potosí, para que su riqueza nunca se agote. El encuentro con esta divinidad es augurio nefasto; a la vista del hombre ella desaparece, transformándose en un aire, en un espíritu, — dicen los indios, — los tesoros que lleva se ocultan, y las vicuñas divinas muestran, solamente, los rastros de la preciosa carga en el lomo marcado y sudoroso.

Coquena otorga bienes con largueza, e inflige castigos sin piedad: él sorprendió en Tilcara, villorrio de Humahuaca, a un diestro cazador que había sacrificado muchas vicuñas y le

dió, para que abandonara la destructora ocupación, una grey cargada de plata. El afortunado relató su aventura a un indio rapaz y éste, para obtener otro tanto, dedicóse a la matanza de vicuñas; Coquena, irritado, apareció en la montaña, aprisionó al codicioso y le condenó a la perpetua servidumbre de pastorear su ganado. El indio no volvió jamás a su aldea y, a veces, a la luz de la Luna, se le divisa por las cuestas, impreciso como una sombra, arreando penosamente el rebaño mitológico.

Carlos IBARGUREN [argentino].

~ 7 ~

¿SON GIGANTES LOS CARNEROS?

. . . . . .

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras (1), sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría ninguno, le dijo:

—Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos yo no los veo: quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? — respondió don Quijote, — ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, — respondió Sancho, — sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes, — dijo don Quijote, — te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole:

—Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto a Dios, que son carneros y ovejas las que va a embestir. Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros

(1) De las palabras de don Quijote-F. y R.

azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios!

Ni por esas volvió don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:

—Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía: —¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy, que desea de solo a solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos

parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero.

Cervantes [español].

~ 8 ~

LA VISIÓN DE RIVADAVIA

(Anécdota)

Cuenta un historiador argentino esta anécdota interesante, relacionada con el progreso de Buenos Aires durante la administración de don Martín Rodríguez:

Conversaban un día familiarmente —dice— en el despacho de Rivadavia, entonces Ministro de gobierno, don Manuel José García, Ministro de hacienda, y otras personas distinguidas. Estaba allí el gobernador Rodríguez y dirigiéndose a éste, Rivadavia le dijo:

—Ya me ha traído Senillosa el trazado de la calle *Circunvalación* y la apertura de la calle *Garantías*.

—¿Dónde queda esa calle? — preguntó García con malicia, y Rivadavia entonces la señaló en el plano.

—Mi amigo — volvió a decir García — *las* ha puesto usted entre las tunas y demasiado distantes para que nos puedan servir.

—Las tunas se cortan y se edifica donde ellas se encontraban, — replicó Rivadavia, sin reparar en el juego que hacía su colega con el nombre de la calle y el concepto de *las garantías*.

—Cuando tengamos medio millón de habitantes y capitales para cortar tunas y hacer paredes. Lo que es por ahora, no arriendo las ganancias a los que vayan a vivir por allá, fiados en el nombre de la calle.

—¿El señor Ministro de hacienda no tiene fe ni confianza en el porvenir de su país? — le preguntó Rivadavia con la pompa característica de su seriedad.

—Sí, tengo fe; y fuera de que lo he dicho por broma, al oir el nombre de la calle me vino la idea de que por esos andurriales hará mejor papel la partida de Alcaraz que nuestro sistema de *garantías*. Necesitaremos mucho dinero, mi amigo don Bernardino, y medio millón de habitantes para llegar hasta allá.

—Pues eso es lo que incumbe preparar y realizar al señor Ministro de

Cervantes

Retrato por Juan de Jáuregui

hacienda. Hagamos un gobierno ejemplar, de orden y honrado, y yo le respondo a usted que en tres o cuatro años podremos deber sesenta millones: detrás de ellos vendrá el medio millón de habitantes que usted pide.

—Pero necesitarán primero enriquecerse, — replicó GARCÍA — para ir comprándonos las tierras, y ayudarnos a pagar la deuda.

—Sí, señor: vendrán y se enriquecerán para hacer todo eso.

José Manuel EIZAGUIRRE [argentino].

La calle *Circunvalación* era la actual Callao y la de *Garantías* la llamada hoy Rodríguez Peña, después de las cuales comenzaban los tunales y las quintas, región peligrosa a pesar de la vigilancia de los milicianos de ALCARAZ.

~ 9 ~

LOS BAGUALES

¡Los baguales!...

Erizado de azotes y crujidos de ramas retorcidas pasó un retumbo de redobles subterráneos.

Los ramajes quedaron tiritando.

El remolino se internó en el desierto con rapidez de tromba, y sobre el azul dormido de aquel atardecer sin mancha, quedaron flotando arrumazones de polvareda lenticular.

Algunas crines negras ondearon luego sobre la cresta de una colina remota, y el eco de un relincho apocalíptico repercutió trémulamente en el cobre viejo de la tarde.

Cuando los baguales fugitivos escapan de la primera pesquisa, buscan las serranías inexploradas. Allí relinchan por primera vez a pulmón lleno, con timbre ufano de soberanía; de allí dominan hacia todos lados el confín, husmean el olor de agua, empluman la cola, enarcan la cerviz y se disparan como sagitarios tras las brisas reveladoras de abrevaderos inéditos.

No temen la soledad, porque nacieron para ser libres; ni la inmensidad los desorienta, porque ellos han sido los primeros — quizá los únicos — geógrafos del Territorio.

Conocen o adivinan los esguazos de los ríos, aspiran el olor del manantial a veinte leguas de distancia, saben cómo debe escalarse un ventisquero, y ellos abrieron todas las huellas que hoy son allí los únicos caminos nacionales.

Viven con plenitud.

Aun los más ancianos se conservan triscadores y joviales, en ágil jarana con sus nietos bravíos.

En tropas organizadas con su inmemorial estatuto de beduínos, vagan de sierra en sierra, merodeando campos vírgenes.

Basta una señal del jefe para disparar sus corvejones y salvar cincuenta leguas con el plausible fin de tomar-

se un sorbo de agua, o para divertirse de lo lindo en la persecución de algún guanaco zonzo.

Saciados de *coirón* en algún valle, una pequeña invitación les incita al escape tras el postre de fresas en otro prado remoto.

En las noches claras del verano, cuando en la arena asoleada de la pampa les hormiguea el insomnio, les parece muy lógico escalar la Luna en una cumbre, o abanicarse con araucarias entre las camelias blancas del glaciar.

Eduardo TALERO [colombiano].

~ 10 ~

JUNCOS PENSADORES

Al despertarte

Al amanecer cada día, has de decirte:

—*Hoy, construiré algo bueno, o destruiré algo malo.*

Si un día no haces ni una cosa ni otra, será como si no hubieses despertado.

§

No vayas en una sola dirección

En cualquier selva — en la más enmarañada, en la más tupida —, siempre existe una vereda.

Puede suceder que tú no la encuentres al principio, pero eso no te autoriza a negar su existencia.

Penetra selva adentro; recórrela sin miedo, y no vayas en una sola dirección.

Haz de encontrar alguna vereda.

Y si no la ves, ¡ábrela!

§

Si tú pensaras...

—Yo *pienso* hacer esto, — dices a menudo.

—Te engañas. Tú no *piensas.*

Pensar es reconcentrar la mente en una sola idea, o en un solo sér. Pensar es dar al pensamiento la manera de la gota de agua.

Piensa en tus deseos y propósitos, pero *piensa* a toda hora, desde el despertar hasta la venida del sueño, y aun durmiendo piensa.

Si así procedes, fácilmente lograrás o realizarás las cosas pensadas.

§

Para cada guijarro hay una chispa

No tengas envidia nunca. Conserva siempre la serenidad frente al triunfo de tu amigo o el éxito de tu vecino.

¿De qué sirve el envidiar?

Para cada bestia, hay una brizna

de hierba y un pedazo de arroyo; para cada planta, hay una gota de rocío y un rayo de sol; para cada pájaro, hay una rama y un grano; para cada guijarro, una chispa...

¿Está claro? No envidies nada ni a nadie.

§

Eslabones somos

Eslabones de tierra somos todos los hombres.

Eslabones del Mundo.

A unos, los más, los une las fatigas de la vida. A otros, pocos, los vagos sueños fugitivos. A algunos, los enlaza la soledad viril; a otros, el esfuerzo interior tendido hacia la Eternidad.

Eslabones somos.

Algún día el Amor ha de atarnos a todos y volveremos a ser niños jugando, tomados de las manos, una ronda inmortal.

Celso TÍNDARO [argentino].

~ 11 ~

EL MAQUINISTA

(*Relato*)

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta, vida, calor y movimiento a aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento a las oscilaciones del manómetro y a las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo todo, previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha, con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre, vestido con una blusa azul, recogida en desiguales pliegues sobre unos pantalones del mismo color: robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rieles; a su voluntad y a su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, puede convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio

de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastre y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, a la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes a la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del Sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es a un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie o casi nadie repara, y a quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, a cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega a su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado a realizarlo, los otros a vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rieles vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza — si el suceso ocurre de noche, — un farol encarnado, a cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual a la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fué un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. El no ve más que el peligro inminente: dos moles de hierro, de madera y cobre, que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas a chocar, a destruirse, a producir desesperación y muerte, donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo.

La catástrofe, con sus terribles consecuencias, aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina; él está acostumbrado a tales saltos y puede librar su vida a cambio de algunas contusiones; pero, ¿y los viajeros? ¿y el tren confiado a su pericia? ¿y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso? No, él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia, y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe, aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre; mientras el tren contrario avanza también, practicando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están a cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe deshechos, abiertos, a un lado y a otro de los carriles; escúchanse por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia.

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho. ¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, con la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto a su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de

nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

Joaquín DICENTA [español].

~ 12 ~

DE LA BELLEZA ARTIFICIAL *

¿Qué diríais, ¡oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años, si la princesa del jardín se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de un hada maligna cuyo ministerio fuera la persecución y ruina de las obras más cumplidas de la Naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os parecería loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blanqueáis lo blanco, sois para nosotros pobrecitas a quienes de buena gana encerráramos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes a la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anejo a la mujer es como el blanco natural en la leche: si lo cubrís por mejorarlo, echáis a perder el acierto de la Naturaleza.

Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Atenas, el Templo de Júpiter, el Partenón ponían la fachada al Mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que los ha vuelto célebres: ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Venus púdica no admite las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse antes de tiempo. ¿Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle a la tiza una misericordia de blancura: el armiño no se queja del Hacedor, ni va a hurtar lo que le falta: la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni la azul blanca. Dice por ventura una de estas avecitas: — A mí no me ha puesto collar la Naturaleza; ¿yo me he de envolver un arco iris en el cuello? — Dice otra: — A mí no me gusta este importuno tornasol; ¡yo quiero pecho y cuello como la nieve!

Todos los seres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres; la mujer, la mujer tan sólo, el más bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va a postrarse ante las más ruines sustancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los ángeles del cielo.

Juan MONTALVO [ecuatoriano].

~ 13 ~

LA COSECHA DE LA ALGARROBA

(Vidala)

I

Ya el tako, rey de la selva,
luce su joya imperial,
y el koyuyo, su charango
rasga invitando a bailar.
Vamos al monte,
que la algarroba madurando está.

II

El sol su carne y su sangre
nos da en la primicia anual,
si es nuestro vino la aloja,
será el patay nuestro pan.
Vamos al monte,
que la algarroba madurando está.

III

Dicen que más de mil hachas
van talando el quebrachal:
¡quién sabe si estas cosechas,
para el año volverán!
Vamos al monte,
que la algarroba madurando está.

Ricardo ROJAS [argentino].

~ 14 ~

TRABAJOS VIRILES DEL GAUCHO

Examinemos los recursos con que cuenta el gaucho y las exigencias de su adaptación al ambiente. Para sus industrias viriles utiliza el único material de que dispone en abundancia: el cuero de vaca. Una herramienta sintética, el cuchillo, le basta para confeccionar sus numerosos pertrechos de jinete. El ensillado, que consta por lo menos de treinta piezas diferentes, es obra de su labor manual. De sus callosas manos salen, prolijamente sobadas y ensebadas, coyundas, maneas, lonjas, pencas, tientos, presillas y torsales destinados a las faenas agrícolas y al trabajo del monte. De sus toscas manos salen, elegantes guardamontes, coletos de becerro cosidos a lezna, retobos para el chambergo, guardacalzones de cordobán para proteger la ropa, y de sus manos salen lazos para apresar el ganado en el corral y en la selva.

Del cuidado que el artífice pone en la confección de algunas de estas piezas depende con frecuencia su seguridad personal y a menudo su vida misma. Y ha de estar continuamente reponiendo las piezas que se acaban y componiendo las que se deterioran por el uso, tareas estas engorrosas y

prolijas, que requieren tiempo, arte y paciencia.

La más concienzuda de las industrias gauchas es la fabricación del lazo. Los hay de dos tipos: el fuerte lazo del monte que mide por lo común nueve brazadas, y el otro más delgado o de corral, que suele alcanzar quince brazadas. Consta todo lazo de dos piezas sólidamente yapadas, la una larga, de cuatro tientos o ramales y la otra corta, de seis ramales, que es precisamente *la yapa*. El extremo correspondiente a la pieza larga termina en una presilla de botón tejida y se prende al asidero, en la cincha. El cabo opuesto acaba en una argolla de hierro por la que se escurre la armada: esta porción es la más fuerte para que resista a las tensiones más violentas, y es la más pesada, para que el lazo, al ser revoleado, tenga pulso y alcance. El buen lazo no debe ser tramposo como piola, sino armado y semirígido, como culebra. El buen lazo no proviene, por supuesto, de cualquier cuero ni se trenza en cualquier estación del año. Los mejores provienen de animales machos que tengan el pelaje castaño y las astas rubias. El cuero ha de estar libre de las desgarraduras epidérmicas que dejan las espinas y ha de ser de animal flaco, de vaca o de novillo y no de buey ni de toruno... Los animales gordos dan lazos copiosos, es decir, escamosos, y, por lo tanto, inservibles.

Elegido el cuero, se lo estaquea, se lo estira al máximum y si el tiempo está húmedo se lo remoja y se cortan los tientos. Aquí empieza la verdadera obra de arte: hay que sacar los tientos bien parejos, operación que exige cuidado y sumo tacto. Esta parte del trabajo suele estar a cargo de ancianos especialistas. En Pampa Grande (una estancia del doctor Indalecio Gómez), famosa entre otros prestigios por sus magníficos lazos, el más hábil preparador de tientos era un gaucho ciego. Sólo él podía, tanteando con los dedos, corregir defectos que ni los ojos ni las manos de los jóvenes habían podido evitar.

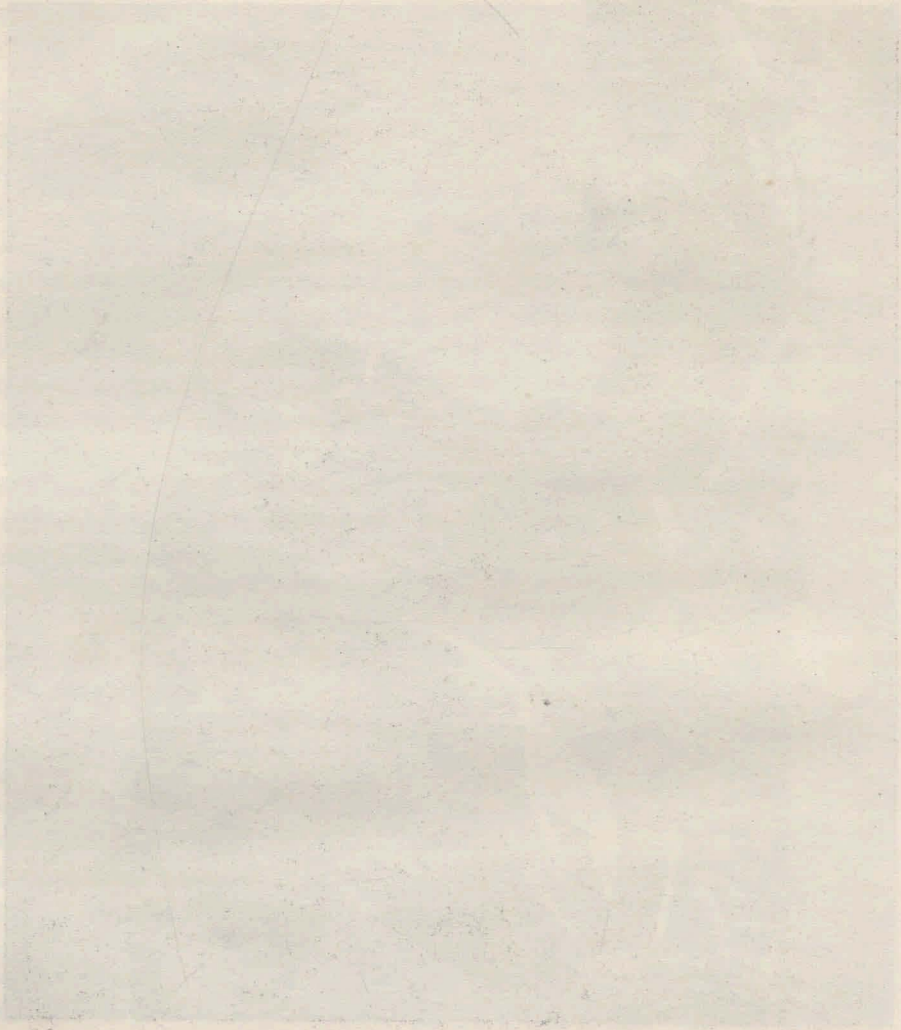
Juan Carlos Dávalos [argentino].

~ 15 ~

LAS PIEDRAS DEL CIELO

Meteorito, aerolito, bólido y uranolito, son cuatro nombres distintos que designan una misma cosa: masas pétreas o metálicas que, de cuando en cuando, caen sobre la Tierra, sin que a ciencia cierta sepamos de dónde vienen. Lo cierto es que proceden de fuera de nuestro Globo, que entran en su atmósfera desde los espacios celestes

Trabajo del gaucho



y que bien podemos por eso llamarlas piedras del cielo.

Como es natural en mensajeros que de tan excelsas regiones nos llegan, su presentación se hace casi siempre con gran aparato escénico: «a tal señor, tal honor», como dice el viejo refrán castellano.

Unas veces aparece en lo alto de la atmósfera una bola fuertemente luminosa, de color verde esmeralda, que cruza rápidamente aquellas alturas seguida de una brillante faja o cola roja o rojo-amarillenta. La huella de su paso queda marcada por un trazo de luz que va poco a poco extinguiéndose. A lo largo del camino recorrido persiste en flotantes más o menos tiempo nubecillas blanquecinas. Si el meteoro sale de nuestra atmósfera y sigue caminando por los espacios etéreos, habrá sido una estrella fugaz. Pero si, vencido por la atracción de la Tierra, viene a parar en la superficie de la misma, entonces diremos que ha caído un meteorito.

§

Las piedras meteóricas están formadas por agrupación de minerales como los que constituyen algunas rocas terrestres de origen volcánico profundo: peridoto, feldespatos, piróxenos, sílice, etc. En cuanto a estructura, tampoco hay en ellas nada que no se encuentre en las rocas terrestres procedentes de la profundidad, como los granitos y piedras análogas. Los granillos de los diferentes minerales están pegados unos contra otros de una manera irregular; si son muy pequeños, esta estructura no se verá sino preparando placas para su observación microscópica; cuando son de mayores dimensiones, la piedra meteórica se parece por su aspecto a esos mármoles que llaman brechas y que parecen formados por la soldadura de fragmentos irregulares.

§

¿De dónde vienen y cómo caen a la superficie terrestre?

No han faltado a este respecto las más descabelladas hipótesis, desde la que suponían que se formaban espontáneamente en el aire por condensación del mismo (de ahí el nombre de *aerolitos*), hasta las que las creen lanzadas por los volcanes de la Luna y caídas por azar sobre la Tierra.

Pero lo que la Ciencia nos dice, y lo que parece más probable sobre el origen de los meteoritos, es lo siguiente: la Tierra tuvo en épocas anteriores de su vida planetaria un segundo satélite, otra Luna, más pequeña que la que actualmente alumbra nuestras noches. Esta Luna, a la vez que giraba alrededor del planeta, iba perdiendo el agua y cuarteándose, como una masa de barro que se deseca al Sol. Los

fragmentos, desmenuzándose cada vez más por el mismo proceso de desecación, giran actualmente a nuestro alrededor, siendo invisibles por su pequeñez relativa y por la gran distancia a que se encuentran. Algunos de ellos, acercándose más a la Tierra, son atraídos por ésta, penetran en la atmósfera, se hacen visibles por incandescencia y acaban por rendir viaje en la superficie de nuestro suelo.

Esta es la teoría que el hombre ha inventado para explicarse el arribo a la Tierra de estos viajeros extraterrestres. Será cierto o será falso; pero con ello satisfacemos por el momento el ansia de conocer las causas de los fenómenos, ansia natural en la mente del hombre, santa curiosidad, madre de todos los progresos de la Humanidad.

Lucas Fernández Navarro [español]

~ 16 ~

COMENZAD POR VUESTRA CIUDAD NATAL

Sed útiles a vuestra ciudad natal. Embellecedla. Mejoradla. Hacedla atractiva.

Una ciudad cuya principal arteria está sucia, congestionada, repulsiva, desmerece mucho. Tal ciudad necesita limpieza, reforma, embellecimiento, para que la gente venga desde muchas millas a contemplarla.

El mejor anuncio de los negocios es la ciudad en que vivís.

Las ciudades ganan y pierden reputación, a la par de los hombres. Procurad que vuestra ciudad natal adquiera renombre en todo el Estado. Ello será un atractivo, y éste es fuente de prosperidad.

Ejecutarlo no es una empresa costosa. Para ello, se necesita algo menos escaso que el dinero: la coopeción.

Asociaos. Organizaos para el progreso cívico.

Redimid a vuestra ciudad de todo lo que da grima. Limpiad los lotes vacantes y convertidlos en jardines. Ved una deshonra en cada patio enmarañado. Que la opinión pública sea una picota para los que no se adhieran a este movimiento.

Hay conveniencia en ello, porque promueve la legalidad y el orden.

Es una ayuda en la educación de los niños, y atrae las factorías y las empresas comerciales hacia vuestra localidad.

La desmaña, la dejadez, la suciedad y el egoísmo, tales como los reflejan vuestras calles y edificios, redundan en mal para los habitantes.

Por ello, los niños y niñas crecen odiando su ciudad natal.

Formad de vuestra ciudad un paraíso para los niños: algo como un

recuerdo amoroso que los ligue a la tierruca.

Cuidad de vuestros parques, recreos y teatros y de todos vuestros lugares de común regocijo.

Formad la felicidad en vuestra ciudad natal. Hay conveniencia en ello.

Frank CRANE [estadunidense].

~ 17 ~

PRÉDICA DE PAZ

A mis hijos Luis y Ricardo.

Venid, queridos hijos míos, dadme un beso y estadme atentos, que voy a predicaros la paz universal en vuestro infantil lenguaje.

Quiero que desde niños aprendáis a amar a vuestros semejantes de todas partes del globo.

Escuchad atentos, tesoros de mi alma, que lo que voy a deciros y a aconsejaros es para bien vuestro y de todos los hombres.

No importa que ahora no me comprendáis bien; más tarde, cuando seais grandes, entonces apreciaréis en su valor mis palabras y las tomaréis por guía de vuestras acciones.

La bondad del alma es una bella virtud y el hombre que no la siente es un sér imperfecto.

Esa bondad debe ejercitarse con todos los hombres de la Tierra, porque todos son nuestros hermanos.

La humanidad es una gran familia, cuyo padre es Dios y cuya patria es la Tierra.

Cada hombre es miembro de esa familia, y por lo mismo debe amar a sus semejantes, no importa el país donde vivan, ni la lengua que hablen, ni la religión que profesen.

El Sol, la Luna, las estrellas, el aire, el agua y toda la Naturaleza, ha sido creada para bien común de los hombres: así la Tierra ha sido dada por patria a la humanidad. Ese pedazo de suelo al cual queremos tanto y que llamamos patria, no es sino un pedazo de la patria común.

¿Por qué, pues, los pueblos se mueven a guerra para adueñarse de una parte de la Tierra, si la Tierra es un bien común?

Así como una riña entre vosotros, hijos míos, sería una grave falta, las guerras entre naciones son grandes crímenes, porque en ellas los hermanos hieren y matan a los hermanos.

¿Qué harías tú, Luisito, si tuvieras una disputa por un juguete con tu hermano Ricardo?

Lo sé: vendrías a mí, y yo amistosamente arreglaría la dificultad y os dejaría en paz, contentos y hermanables, y no os dejaría partir hasta que os hubiérais dado un cariñoso abrazo en mi presencia.

Si así como vosotros procedieran los pueblos en sus cuestiones, nombrando a otro pueblo imparcial para que las solucionara, en vez de apelar a las armas para destrozarse, la Humanidad viviría en paz.

En todo el globo puede vivir el hombre, porque siempre vivirá entre hermanos; pero es santo y noble el amor al suelo en que ha nacido, como es noble y santo el amor hacia el padre y a la casita en que se formó la familia.

Respetad las leyes que rigen a la patria como respetais mis justos mandatos.

Amad a la patria y a vuestros compatriotas; pero amad todo eso porque vuestra patria es parte de la patria Universal, y vuestros compatriotas parte de la Humanidad.

No alimenteis odio en vuestro pecho hacia pueblo alguno, que todos los pueblos son hermanos, y los hermanos no deben odiarse.

Detestad la guerra, porque ella trae siempre grandes males para los pueblos. Una guerra deja en pos de sí ruina, sangre y llanto; hombres inválidos, viudas desconsoladas y huérfanos infelices.

Si cuando seais hombres llegais a ocupar altos puestos en vuestra patria, recordad estos consejos de vuestro padre y jamás, por cólera, aconsejeis la guerra, antes bien, por cordura aconsejad la paz.

Nunca una nación es pobre cuando vive en paz y sus hijos son honrados y laboriosos.

El amor a la paz es sentimiento de corazones nobles y generosos; el deseo de la guerra sólo nace en corazones crueles.

Defendeos tranquilamente de los ataques de vuestros enemigos, pero jamás los ataqueis.

El hombre que sólo sueña con guerras es un monstruo, porque quiere el exterminio de sus hermanos.

Detestad la guerra, hijos del alma, y amad la paz: *la paz es buena, la paz es justa, la paz es santa.*

Si pensais y procedeis según estos cariñosos consejos, me hareis feliz, y sereis útiles no sólo a vuestra patria y a vuestros compatriotas, sino a la patria Universal y a la Humanidad.

Luis FLORES FERNÁNDEZ [chileno].

~ 18 ~

RETRATO DE SARMIENTO

La Naturaleza hizo en grande a SARMIENTO. Dotó de fuerza membruda, desbordada con abundancia animal, su espíritu, como para que la robustez del leño exaltara la viveza de la brasa. Y aquella energía estuvo siempre despierta, como el fuego.

Al igual de este elemento, su con-

dición de vivir fué que estuviera siempre despierto.

. . . . . .

Nadie le recuerda ya sino bajo aquel aspecto de peñasco rugoso en que le habían anticipado carne de estatua, con una especie de saña genial, los azares de su vida violenta.

Formaba parte de su entidad aquella fisonomía de combate cuya fealdad de bronce pronunciaba la tenacidad de un tipo. Dijérasela su máscara guerrera, remachada a martillazo de dolor y atormentada por la escultura de la cólera. SARMIENTO, sereno, es imponente. El reposo de su bloque de batallador aviva el perfil severo. La categórica seguridad que forma su estática, así como el aplomo de la cornamenta, recela una latente violencia de agresión. Una vivacidad curiosa y múltiple le electriza, trayéndole instantáneamente las ideas a flor de piel como el redopelo de un espinazo felino. Tiene mucho de lumen elemental de la tierra, especie de cabir en su antiguo socavón minero; algo de monje fogoso y de viejo almirante sajón; no poco de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso como las cepas tutoras a las cuales vinculábase de nombre y de calidad. Y así nos queda su catadura de transeúnte formidable, caminando a paso macizo las aceras, aquí y allá lanzaba la malicia brusca del ojo que nada pierde; su mandíbula removiendo de través el belfo, con un gesto peculiar que trocaba la manulla senil en característica acción de befar el freno; recios los brazos de cavador que el bastón prolonga con vivacidad tactil, o con autoritarias interpelaciones a redoble de contera; peculiar la gruesa oreja sorda bajo la *galera* (1) prócer o el hongo de paja; anchamente encuadernada en el saco vulgar o la levita suntuosa su agachada solidez de toro lento; y la espalda potente, como apuntalando una mole habitual, cargada hacia la cerviz en una ímproba acumulación de lomo.

Por lo demás, es el suyo, con harta frecuencia, ese papel de telamón en la asendereada arquitectura constitucional; así como en su fisonomía, los aspectos señalados designan el hombre múltiple: constructor premioso hasta ser desequilibrado; obrero utilísimo, arrebatado por flameantes alas de fiebre, más allá de su propio afán;

---

(1) Nuestra acepción de la palabra *galera*, que el Diccionario académico no registra, viene de *galerum*, *galerus*, morrión de cuero y también peluca. Precisamente el sombrero de copa tiene la estructura fundamental del morrión. *Galeritus*, significaba ensombrerado, y la cogujada, recibía el nombre de *galerita* por su copete. — Nota del Autor.

En la décima quinta edición (1925) del Diccionario de la Academia se registra ya la palabra *galera*, cuya 7.ª acepción dice: «Argentina y Chile: familiarmente sombrero de copa».—P. B. F. y C. R.

combatiente y director de naves aventadas de trapo hasta la quimera; apóstol con frecuencia inspirado hasta la adivinación. Su faz glabra, desordenada por aquel violento equilibrio de energías, parece haberse desfachatado en la desnudez para manifestarlo con mayor audacia. Pues la línea preponderante de su tipo, declara con fiereza la lealtad. Sabe que todo han de sacarle al rostro, menos vergüenza o miedo. Y las distintas personalidades que lleva en sí animan con sorprendentes alteraciones aquella como marítima superficie de su espíritu. Nada más militar, más magistrado, más misionero, más orador, más abuelo, según los casos; pues claro es que, la sencillez fundamental de toda grandeza, llevábale a complacerse en ser buen viejo para compensarse de haber sido anciano sublime.

Leopoldo Lugones [argentino].

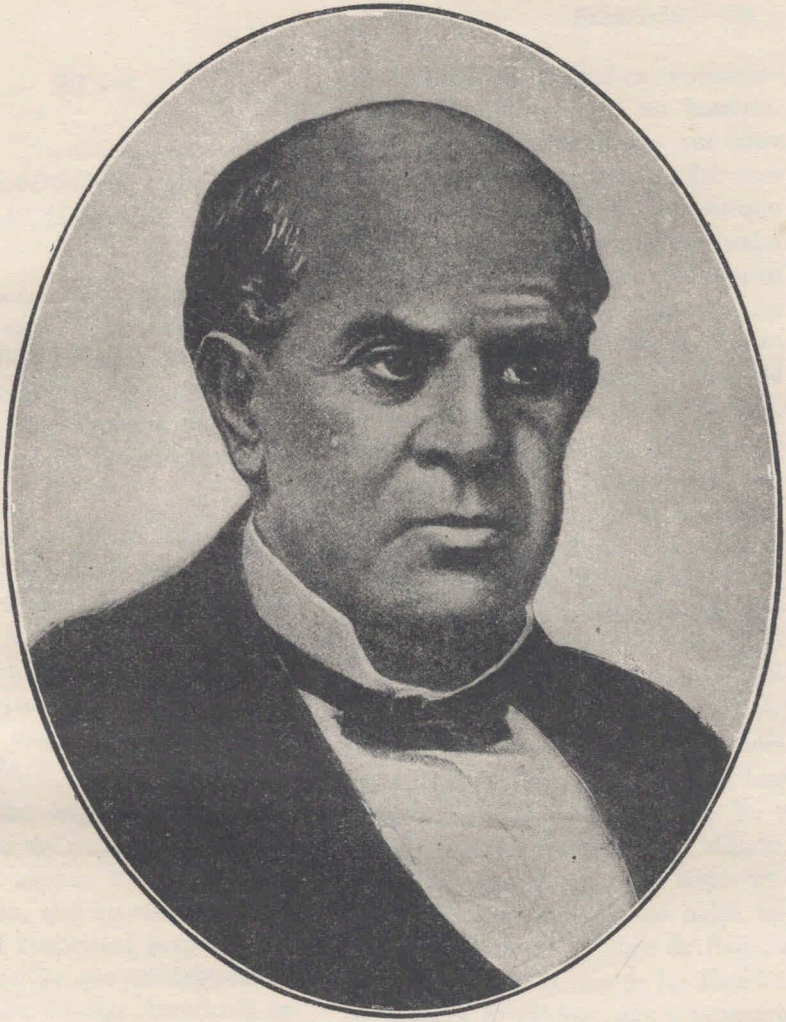
~ 19 ~

EL TRABAJO

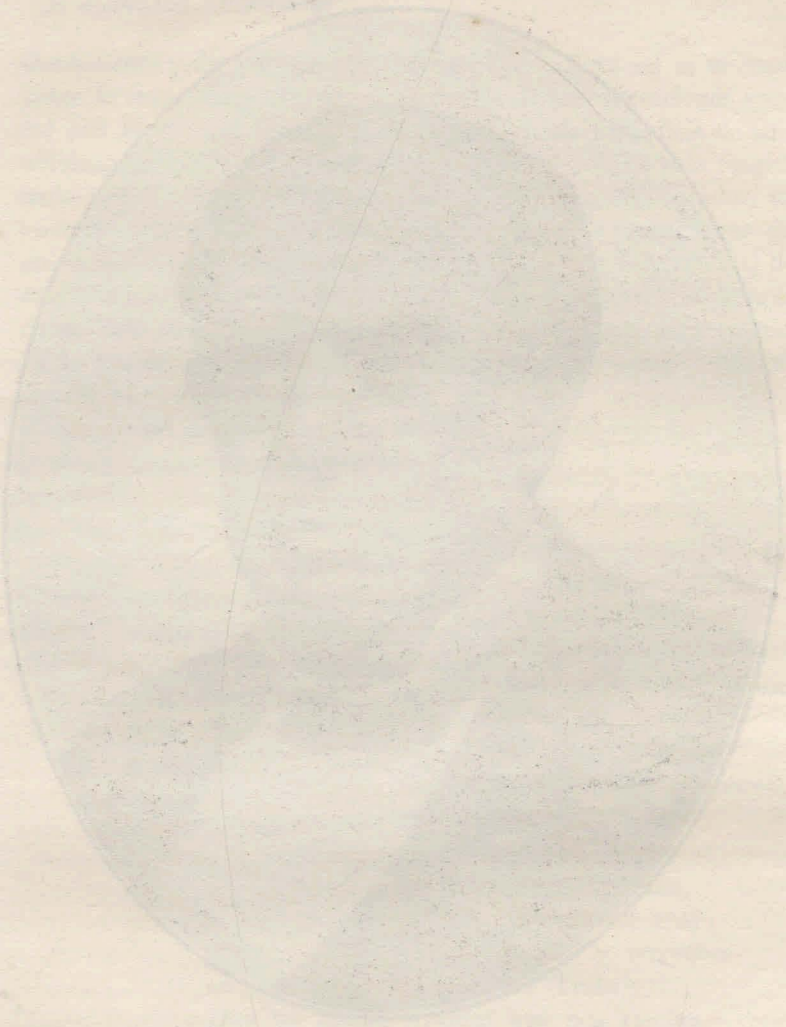
A los obreros hispano-americanos

¿Qué es el trabajo? Talismán sagrado
que hace en la tierra un semidiós del hombre:
vuelve dichoso al sér desventurado
y le da gloria, bienestar y nombre!...
De Gutenberg la fama no te asombre,
ni que Homero y Colón surjan de abajo,
porque se encuentra paz, vida y renombre
en las fuentes divinas del Trabajo!...
Hay un himno triunfal que nos fascina
y que en su música bella y argentina
enamorado tiembla el Universo:
es el himno vibrante del Obrero;
es que al choque del hierro y del acero
el carro del progreso se fulmina!...

Rafael García Escobar [salvadoreño].



Sarmiento



~ 20 ~

EXPLORADORES Y CIVILIZADORES

A una nación le cupo en realidad la gloria de descubrir y explorar la América, de cambiar las nociones geográficas del Mundo y de acaparar los conocimientos y los negocios por espacio de siglo y medio. Y esa nación fué España.

Un genovés, es cierto, fué el descubridor de América; pero vino en calidad de español; vino de España por obra de la fe y del dinero de españoles; en buques españoles y con marineros españoles, y de las tierras descubiertas tomó posesión en nombre de España.

También fué España la que envió un florentino de nacimiento, a quien un impresor alemán hizo padrino de medio Mundo, que no tenemos seguridad que él conociese; pero que estamos seguros de que no debiera llevar su nombre. Llamar América a este Continente en honor de Amerigo VESPUCCI fué una injusticia, hija de la ignorancia, que ahora nos parece ridícula; pero de todos modos, también fué España la que envió el varón cuyo nombre lleva el Nuevo Mundo.

Poco más hizo COLÓN que descubrir la América, lo cual es ciertamente bastante gloria para un hombre. Pero en la valerosa nación que hizo posible el descubrimiento, no faltaron héroes que llevasen a cabo la labor que con él se iniciara. Ocurrió ese hecho un siglo antes de que los anglosajones pareciesen despertar y darse cuenta de que realmente *existía* un Nuevo Mundo; durante ese siglo la flor de España realizó maravillosos hechos. Ella fué la única nación de Europa que no dormía. Sus exploradores, vestidos de malla, recorrieron México y Perú, se apoderaron de sus incalculables riquezas e hicieron de aquellos reinos partes integrantes de España. CORTÉS había conquistado y estaba colonizando un país salvaje doce veces más extenso que Inglaterra, muchos años antes que la primera expedición de gente inglesa hubiese siquiera visto la costa a donde iba a fundar colonias en el Nuevo Mundo, y PIZARRO realizó aún más importantes obras. PONCE DE LEÓN había tomado posesión en nombre de España de lo que es ahora uno de los Estados de nuestra República, una generación antes de que los sajones pisasen aquella comarca. Aquel primer viandante por la América del norte, Alvaro NÚÑEZ CABEZA DE VACA, había hecho a pie un recorrido incomparable a través del Continente, desde la Florida al golfo de California, medio siglo antes de que nuestros antepasados sen-

tasen la planta en nuestro país. Jamestown, la primera población inglesa en la América del norte, no se fundó hasta 1607, y ya por entonces estaban los españoles permanentemente establecidos en la Florida y Nuevo México, y eran dueños absolutos de un vasto territorio más al sur. Habían ya descubierto, conquistado y casi colonizado la parte *interior* de América, desde el nordeste de Kansas hasta Buenos Aires, y desde el Atlántico al Pacífico. La mitad de los Estados Unidos, todo México, Yucatán, la América central, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Chile, Nueva Granada y además un extenso territorio, pertenecía a España cuando Inglaterra adquirió unas cuantas hectáreas en la costa de América más próxima. No hay palabras con qué expresar la enorme preponderancia de España sobre todas las demás naciones en la exploración del Nuevo Mundo. Españoles fueron los primeros que vieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos; españoles los que por vez primera vieron el océano Pacífico; españoles los primeros que supieron que había dos Continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al Mundo.

Charles F. LUMMIS [estadunidense].

(Versión castellana de Arturo Cuyás.)

~ 21 ~

LOS JARDINES DEL JAPÓN

El amor a la Naturaleza es como una religión nacional en este pueblo. Desde muy temprano, los niños aprenden a amar a las plantas, a las piedras, a los insectos. Y notad que digo *amar* empleando la palabra en su más castizo sentido. Es amor, en efecto, amor y no simpatía, amor y no afición, amor verdadero, tierno y deleitoso, el que los nipones sienten por sus hermanos los vegetales. Nutridos con la savia espiritual de las leyendas búdicas, saben que las ramas tienen melancolías, que las hierbas sufren o gozan, que las hojas, al murmurar, dicen sus íntimos pensamientos y que en los troncos rugosos se esconde un alma que llora cuando el hacha la hiere. Todo esto constituye para la educación de la sensibilidad infantil una lección admirable.

En sus jardines, lejos del ruido de la calle, los chiquillos viven en verdadera comunión con los seres vegetales, que son sus primeros amigos. Luego, al llegar a la edad en que el carácter toma una forma definitiva, sus padres los llevan a contemplar los paisajes célebres, lo mismo que en Europa se lleva a los adolescentes a visitar los Museos. Un punto de vista bello,

es un lugar de romerías. Apenas sale uno de Tokío empieza a notarlo. Ante cada rinconcillo florido, ante cada curva harmoniosa del río, ante cada colina de líneas puras, álzanse los miradores rústicos de una casa de té. Y como esos miradores, o más bien dicho, pabellones, están siempre llenos de gente silenciosa que parece extasiarse en una contemplación mística, uno no puede menos de preguntar:

—¿Qué hace allí esa multitud absorta?... ¿Es acaso éste un lugar de peregrinaciones religiosas? ¿Hay aquí algún Buda milagroso?

—Ningún Buda — contesta el guía.

—¿Alguna fuente de esas que calman dolores?

—Tampoco.

—Algo debe sin embargo suceder, puesto que esa multitud se reune así, en medio de un camino desierto, en una casa de té, a una hora determinada.

—Nada de especial — termina el guía. — Todos los días de todo el año pasa lo mismo. Esa multitud que a usted le parece en éxtasis, y que sólo está en contemplación estética, ha venido de cien pueblos distintos a admirar el paisaje.

Enrique GÓMEZ CARRILLO

[guatemalteco].

— 22 —

MI MADRE

Contemplo tu último retrato ¡oh madre mía! y te veo tan joven que pareces mi hermanita menor, dulce y suave; y me asombra comprender que el sentimiento que me inspiras es un sentimiento paternal.

Yo soy ahora, a pesar de mi juventud que se va, mucho más viejo que tú. Si tu imagen se animara y tú, desprendiéndote del marco, vinieras hacia mí, yo alisaría tus cabellos, besaría tu frente y, manteniendo un instante tus manos entre las mías, te diría: ¡Anda y vé a jugar madrecita mía! ¿No oyes a mis hijos? anda y vé con ellos.

Yo no te conocí; sin embargo, ahora cuando te evoco, distingo tu memoria como si fuera un recuerdo cierto el que mi imaginación conserva.

Yo no te conocí, pero con mis primeras fantasías te forjé, por eso despiertas en mi corazón un sentimiento paternal.

Si tú me formastes con tu carne y tu sangre, yo te he formado con mis pensamientos.

Si tu imagen en esta tarde plácida y alegre, se animara, como a una niña te llevaría de la mano; adivino cuánto me haría sonreir tu inexpe-

riencia y cuánta alegría me trajera el saberme hijo de tu sér infantil...

Pedro Prado [chileno].

~ 23 ~

DE LA IGUALDAD Y LA LIBERTAD

La igualdad racional y posible no nivela las fortunas, pero tiende a disminuir el número de los opulentos y de los miserables, y en consecuencia los vicios, favoreciendo la libertad, porque el gran aliado del despotismo es la corrupción.

La igualdad tiende a ennoblecer el trabajo hasta el manual; y como el trabajo es moralizador, favorece la libertad.

La igualdad tiende a elevar la idea que el hombre forma de sí mismo; y como el creerse digno conduce a serlo, semejante persuasión es un auxiliar de la libertad.

La igualdad tiende a generalizar la instrucción y favorece la libertad.

La igualdad tiende a confundir las clases, a que fraternicen los hombres; disminuye sus desdenes, sus odios, sus iras, y facilita la harmonía necesaria a la libertad.

La igualdad, que supone que, como el Derecho, la fuerza está en todos, dificulta que la de uno solo sofoque la libertad.

La igualdad tiene amor a la obra social en que toma parte, y predispone a obedecer la ley, a formarla y consolidar la libertad.

La igualdad, que despierta muchas ambiciones, opone con su gran número un obstáculo a la ambición de uno solo, que pudiera ser fatal a la libertad.

La igualdad, aunque extraviada por la ira puede recurrir a la violencia, en su estado normal ama la paz, y es contraria al militarismo, tan peligroso para la libertad.

Concepción Arenal [española].

~ 24 ~

LAS ACEITUNAS

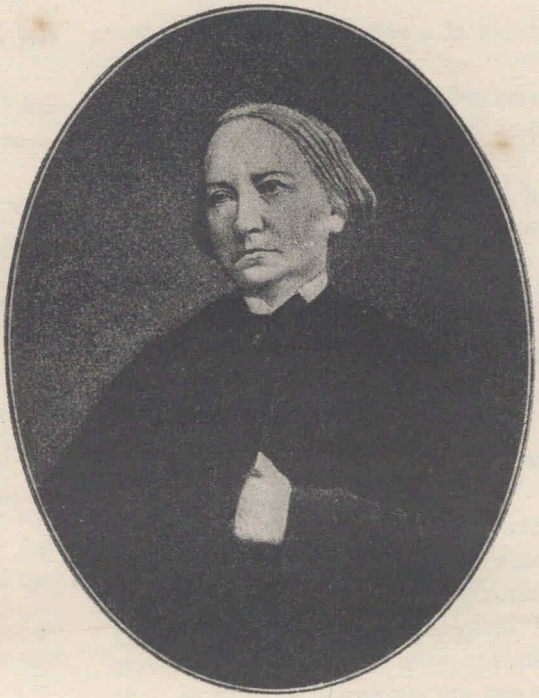
Paso de comedia muy gracioso

Personajes

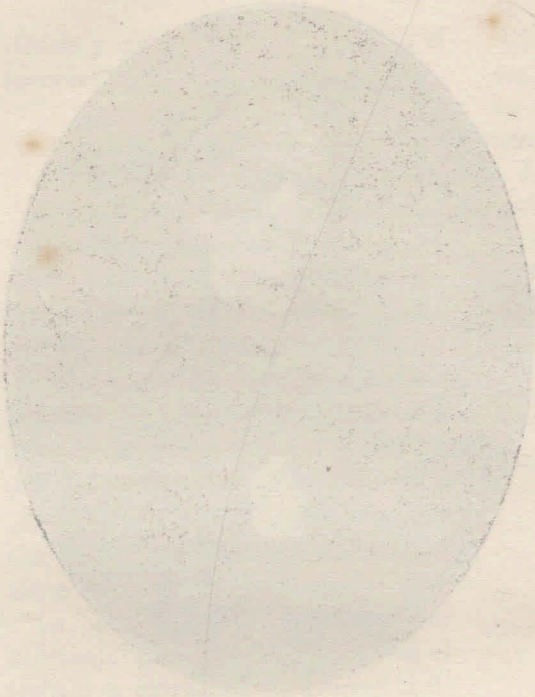
Toruvio, simple, viejo.
Agueda de Toruegano, su mujer.
Mencigüela, su hija.
Aloja, vecino.

La escena en el patio de una casa de aldea

Toruvio. — ¡Válgame Dios! ¡Qué tempestad! No parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo... ¿Habrá preparado de comer mi señora?... Agueda de Toruégano! ¿No lo oís?... ¡Mencigüela!.... ¿No lo oís?...



Concepción Arenal



MENCIGÜELA. — ¡Jesús, padre! ¿Vais a romper las puertas?

TORUVIO. — ¡Mirad qué pico, mirad qué pico! ¿Y en dónde está vuestra madre?

MENCIGÜELA. — Allá está, en casa de la vecina; ha ido a ayudarle a coser unas madejillas.

TORUVIO. — ¡Malas madejillas tengais! Anda y llámala.

AGUEDA. — Ya, ya, el de los misterios; ya viene de hacer una carguilla de leña, y no hay quien se entienda con él.

TORUVIO. — Sí; ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro que éramos yo y vuestro ahijado para cargarla y no podíamos.

AGUEDA. — ¡Y qué mojado que venís, marido!

TORUVIO. — Vengo hecho una sopa de agua. Dadme algo de cenar, mujer.

AGUEDA. — ¿Yo qué diablos os voy a dar, si no tengo nada?... Corre, muchacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama.

Veo, marido, que nunca os acordáis de plantar aquel renuevo de olivo que os rogué.

TORUVIO. — ¿Pues en qué me he detenido sino en plantarle como me rogásteis?

AGUEDA. — Calla, marido, ¿y adónde lo plantásteis?

TORUVIO. — Allí, junto a la higuera breval...

MENCIGÜELA. — Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está todo aderezado.

AGUEDA. — Marido, ¿sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo hoy plantado, de aquí a seis o siete años dará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinticinco o treinta años, tendremos un olivar hecho y derecho.

TORUVIO. — Eso es la verdad, mujer, y todo es muy lindo.

AGUEDA. — Mirad, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo recolectaré la aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la feria. Y mira, muchacha, yo te mando que no me des el celemín (1) menos de a dos *reales* castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que la avaricia nos cargará la conciencia, que basta pedir catorce o quince *dineros* por celemín?

AGUEDA. — Ya sabes, muchacha, a dos reales.

TORUVIO. — Ya sabes, muchacha, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA. — No me quebréis la cabeza. Mira, Mencigüela, te mando

(1) Medida de capacidad para áridos, igual a cuatro cuartillos, usada en Castilla. Equivale a 4.625 milílitros.

que no des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, muchacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA. — A como queráis, padre.

TORUVIO. — A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. — Así lo haré, padre.

AGUEDA. — ¿Cómo «así lo haré, padre»? Ven acá, muchacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA. — A como mandéis, madre.

AGUEDA. — A dos reales castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo «a dos reales castellanos»? Si no haces lo que te mando, te prometo dar más de doscientos correazos. ¿A cómo haş de pedir?

MENCIGÜELA. — A como decís vos, padre.

TORUVIO. — A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. — Así lo haré, padre.

AGUEDA. — ¿Cómo «así lo haré, padre»? Toma, toma, para que hagas como te mando.

TORUVIO. — Dejad la muchacha.

MENCIGÜELA. — ¡Ay, madre; ay, padre, que me matáis!

ALOJA. — ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

AGUEDA. — ¡Ay, señor! A este hombre se le ocurre dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa; ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO. — Yo juro que aun no son ni como piñones.

AGUEDA. — Sí son.

TORUVIO. — No son.

ALOJA. — Calma, señora vecina. Señor vecino, ¿dónde están las aceitunas? Sacadlas fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORUVIO. — No, señor; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOJA. — Pues traedlas aquí, que las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA. — A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

ALOJA. — Caro es.

TORUVIO. — ¿No le parece así?

MENCIGÜELA. — Y mi padre a quince dineros.

ALOJA. — A ver una muestra de ellas.

TORUVIO. — ¡Válgame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy yo he plantado un renuevo de olivo, y decía mi mujer que de aquí a seis o siete años dará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, que ella la recogería, que yo la acarrearé y la mucha-

cha la venderá, nada menos que a dos reales por celemín; yo que no y ella que sí. Y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOJA. — ¡Oh, qué gracioso! Nunca se ha visto tal. Los olivos no están plantados ¿y ya la muchacha ha recibido por las aceitunas?

MENCIGÜELA. — ¿Qué le parece, señor?

TORUVIO. — No llores, rapaza. La muchacha, señor, es como un oro. Anda, hija, y prepara la mesa, que te prometo regalarte un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendan.

ALOJA. — Entonces, vecino, entraos allá dentro y tened paz con vuestra mujer.

TORUVIO. — Adiós, señor.

ALOJA. — ¡Qué cosas vemos en esta vida! Las aceitunas no están ni plantadas y ya se riñe por ellas.

LOPE DE RUEDA [español].

Arreglo de P. B. F. y C. R.

— 25 —

MI PATRIA

(Paráfrasis de Schiller)

Soy ciudadano del Mundo:
en donde abunda la vida
pongo mi afecto profundo,
tengo una tierra querida.

En donde surca el arado
o la nave, en cualquier parte,
mi enemigo es el malvado
y un ideal es mi estandarte.

En donde triunfa el Derecho
y la paz une las manos
naturalizo mi pecho
porque allí están mis hermanos.

Con hogar o vagabundo,
mi patria no tiene nombre:
soy ciudadano del Mundo
y compatriota del hombre.

Roberto BRENES MESÉN [costarricense].

— 26 —

EL LLANERO

Sus ocupaciones principales son la crianza y pastoreo de los ganados, la pesca y la caza; si bien algunos cultivan pequeñas porciones de terreno para obtener raíces comestibles. Esta vida activa y dura, sus marchas continuas y su necesaria frugalidad, desarrollan en ellos gran fuerza muscular y una agilidad extraordinaria. Pobres en extremo y privados de toda clase de instrucción, carecen de aquellos medios que en las naciones civilizadas aumentan el poder y disminuyen los riesgos del hombre en la faena de la vida. A pie o sobre el caballo, que ha domado él mismo, el llanero, a veces en pelo, casi siempre con malísimos aparejos, enlaza a escape y diestramente el toro más bravío, o lo derriba por la cola, o, a usanza española, lo capea con singular donaire y brío: un conocimiento perfecto de las costumbres y organización de los animales del agua y de la tierra, les ha enseñado, no sólo a precaverse de ellos, sino a arrostrar sus furores.

Acostumbrado al uso constante de la fuerza y de los artificios para defender su existencia contra todo linaje de peligros, es, por necesidad, astuto y cauteloso; pero injustamente se le ha comparado en esto a los beduínos. El llanero jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y de honor como aquellos bandidos del desierto: debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio.

No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca, por amor al dinero, se le ha visto prostituirse, como raza proscripta, a villanos oficios. Igualmente diestros, valerosos y sobrios que las razas nómadas del Africa, aman, como ellas, el botín y la guerra, pero no asesinan cobardemente al rendido, a menos que la necesidad de las represalias o la ferocidad de algún caudillo, no les haga un deber de la crueldad. Tres sentimientos principales dominan en su carácter: desprecio por los hombres que no pue-

den entregarse a los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza.

En medio de esto, tiene el llanero prontitud y agudeza en el ingenio: sus dichos, festivos siempre y en ocasiones profundamente epigramáticos, participan del donaire y gracejo natural de los hijos de la risueña Andalucía. Como todos los pueblos pastores, son aficionadísimos a la música y al canto, e improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances. Lo más común es, que dos de ellos canten alternativamente acompañándose con la guitarra; y así con frecuencia se oyen resonar sus trovas en los caseríos, en los hatos, en las riberas de los ríos, ora los días festivos, ora cuando en las noches de vela, al suave resplandor de la Luna, rumia el ganado tranquilamente en la pradera. El llanero, en fin, ama como su verdadera y única patria las llanuras. A ellas se acostumbra fácilmente el habitador de las montañas; pero fuera de ellas, sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo. A semejanza de los árabes beduínos, un amor ardiente por la libertad y por la vida errante, les hace mirar las ciudades como prisiones en que los señores encierran a sus siervos.

Rafael María BARALT [venezolano].

~ 27 ~

EL TIGRE DE LOS LLANOS

(Relato)

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan, un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de travesía. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última represa o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo lugar una vez la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el ham-

bre y la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre cebado andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la Naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne y se le llama cebado cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones, convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre cebado, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oir bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chancho, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante de la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un

salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. «Entonces supe lo que era tener miedo», decía el general don Juan Facundo QUIROGA, contando a un grupo de oficiales este suceso.

SARMIENTO [argentino].

~ 28 ~

EL TEMPLO DEL SOL

I

Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tuvieron, fué la imperial ciudad del Cuzco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco CAPAC, por las innumerables victorias que tuvo en las conquistas que hizo, y porque era casa y Corte de los Incas sus dioses. De tal manera era su adoración que aun en cosas muy menudas la mostraban; que si dos indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cuzco y el otro que viniese, el que venía era respetado y acatado del que iba, como superior de inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino de ella, y mucho más si era natural. Lo mismo era en las semillas y legumbres o cualquiera otra cosa que llevasen del Cuzco a otras partes; que aunque en la calidad no se aventajasen, sólo por ser de aquella ciudad eran más estimadas que las de otras regiones y provincias.

De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores. Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos

reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales que muchos de ellos hicieron para sí, como en la descripción de ellas diremos de algunas. Entre las cuales y en la que más se esmeraron, fué en la casa y templo del Sol, que la adornaron de increibles riquezas, aumentándolas cada Inca de por sí y aventajándose del pasado. Fueron tan increibles las grandezas de aquella casa, que no me atreviera a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú; mas ni lo que ellos dicen, ni lo que yo diré alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al rey Inca YUPANQUI, abuelo de Huayna CAPAC, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber, que el aposento del Sol era lo que es ahora la iglesia de Santo Domingo, que por no tener su precisa anchura y largura no la pongo aquí: la pieza en cuanto a su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana muy primorosa y pulida.

El altar mayor, digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supieron hacer altar, estaba al oriente. La techumbre era de madera muy alta porque tuviese mucha corriente, la cobija fué de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba a abajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol hecha de una plancha de oro al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el tesoro del templo de pared a pared. No tuvieron los Incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del Sol en aquel templo ni en otro alguno, porque no adoraban a otros dioses sino al Sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

Inca GARCILASO DE LA VEGA
[peruano].

— 29 —

EL TEMPLO DEL SOL

II

A un lado y otro de la imagen del Sol estaban los cuerpos de los reyes muertos puestos por su antigüedad, como hijos del Sol, embalsamados no se sabe cómo, parecían estar vivos;

Vista de las ruinas de Tiahuanacu (Bolivia)

Se calcula que esta ciudad existió hace 3.000 años

estaban sentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían sentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo, sólo Huayna CAPAC se aventajaba de los demás, que estaba puesto delante de la figura del Sol, vuelto el rostro hacia él como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás, pues mereció que en vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro, que los más de ellos no han aparecido hasta hoy. El año de 1559, el licenciado POLO descubrió cinco de ellos, tres de reyes y dos de reinas.

La puerta principal del templo miraba al norte como hoy está, sin la cual había otras menores para el servicio del templo. Todas estaban aforradas con planchas de oro en forma de portada. Fuera del templo, por lo alto de las paredes, corría una cenefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho, en forma de corona, que abrazaba todo el templo.

Pasado el templo había un claustro de cuatro lienzos, el uno era el lienzo del templo. Por todo lo alto del claustro había una cenefa de un tablón de oro de más de una vara en ancho que servía de corona al claustro; en su lugar mandaron poner los españoles en memoria de la pasada otra cenefa blanca de yeso del ancho de la de oro; yo la dejé viva en las paredes que estaban en pie. Al derredor del claustro había cinco cuadras o aposentos grandes cuadrados cada uno de por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámide, de los cuales se hacían los otros tres lienzos del claustro.

La una cuadra de aquellas estaba dedicada para aposento de la Luna, mujer del Sol, y era la que estaba más cerca de la capilla mayor del templo; toda ella y sus puertas estaban aforradas en tablones de plata, porque el color blanco viesen que era el aposento de la Luna; teníanla puesta su imagen y retrato como al Sol, hecho y pintado un rostro de mujer en un tablón de plata. Entraban en aquel aposento a visitar la Luna y a encomendarse a ella, porque la tenían por hermana y mujer del Sol, y por madre de los Incas y de toda su generación; así la llamaban «Mama Quilla», que es Madre Luna; no le ofrecían sacrificios como al Sol. A una mano y a otra de la figura de la Luna estaban los cuerpos de las reinas difuntas, puestas por su orden y antigüedad. Mama Oello, madre de Huayna CAPAC, estaba delante de la Luna rostro a rostro con ella y aventajada de las demás, por haber sido madre de tal hijo.

Otro aposento de aquellos, el más cercano a la Luna, estaba dedicado al lucero Venus, a las Siete Cabrillas y

a todas las demás estrellas en común. A la estrella Venus llamaban «Chasca», que quiere decir de cabellos largos y crespos; honrábanla porque decían que era paje del Sol que andaba cerca de él, unas veces delante y otras veces en pos. A las Siete Cabrillas respetaban por la extrañeza de su postura y conformidad de su tamaño. A las estrellas tenían por criadas de la Luna, y así les dieron el aposento cerca del de su señora, porque estuviesen más a mano para su servicio; porque decían que las estrellas andan en el cielo con la Luna como criadas suyas, y no con el Sol, porque las ven de noche y no de día.

Este aposento estaba entapizado de plata como el de la Luna, y la portada era de plata; tenía todo lo alto del techo sembrado de estrellas grandes y chicas, a semejanza del cielo estrellado. El otro aposento junto al de las estrellas, era dedicado al relámpago, trueno y rayo; estas tres cosas nombraban y comprendían debajo de este nombre *Illapa,* y con el verbo que le juntaban distinguían las significaciones del nombre; que diciendo *viste la Illapa,* entendían por el relámpago; si decían *oíste la Illapa,* entendían por el trueno, y cuando decían *la Illapa cayó en tal parte o hizo tal daño,* entendían por el rayo.

Inca GARCILASO DE LA VEGA
[peruano].

~ 30 ~

CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO

(Fragmento)

Un padre que da consejos
más que padre es un amigo.
Ansí como tal les digo
que vivan con precaución;
naides sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada;
no *estrañen* si en la jugada
alguna vez me equivoco;
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su *cencia*
tienen la cabeza llena.
Hay sabios de todas menas:
mas digo sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada;
el hombre, de una mirada
todo ha de ver al momento;
el primer conocimiento
es conocer cuándo enfada.

La Puerta del Sol en el templo de Tiahuanacu

Junto a la puerta se ve una india aymará

Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno;
en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios;
de los hombres, sólo en uno,
con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos;
se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga;
aquel que *defetos* tenga,
disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada,
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él;
siempre el amigo más fiel
es una *conduta* honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno le asalten;
ansí no se sobresalten
por los bienes que perezcan;
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas,
el que respeta a la gente;
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos;
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.

El trabajar es la ley,
porque es preciso *alquirir;*
no se *espongan* a sufrir
una triste situación:
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

José HERNÁNDEZ [argentino].

~ 31 ~

MUERTE DEL GENERAL SAN MARTÍN

París, 29 de agosto de 1850.

Señor:. . . . . .

Cumplo hoy con el doloroso deber de comunicar la más triste noticia que pueda transmitirse a las Repúblicas de la América del sur, la muerte del general don José de SAN MARTÍN. En la noche del 17 salí para el puerto de Boulogne, acompañado por un compatriota, con el objeto de visitar al ilustre enfermo, cuya salud se hallaba en estado alarmante, como anuncié a usted el mes pasado. En la mañana del siguiente día supimos la noticia de su muerte, acaecida el mismo día de nuestra partida. Don Mariano

BALCARCE, esposo de la noble hija del general, nos refirió, con el corazón destrozado por el dolor y bañados los ojos en lágrimas, sus últimos momentos.

El 17, el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar a las habitaciones de su hija, donde pidió que le leyeran los diarios, que el estado de su vista no le permitía desde mucho tiempo leer por sí mismo. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras, el próximo fin de su existencia.

El médico le aconsejaba trajera a su lado una hermana de caridad, a fin de ahorrar a su hija las fatigas ya tan prolongadas de sus cuidados, y a fin de que el mismo enfermo tuviera más libertad para cuanto pudiera necesitar, lo que a veces no hacía por no molestar a su hija. Esta señora no quería ceder el privilegio, tan grato para su amor filial, y de que disfrutó hasta el último instante, de asistir a su padre en su penosa enfermedad.

El señor BALCARCE salió en la mañana de ese mismo día a hacer esa diligencia, acompañado por don Javier ROSALES, a quien comunicó las esperanzas que abrigaba en el restablecimiento del general, y su proyecto de hacerle viajar; tan lejos estaba de prever la desgracia que le amenazaba, y tanta confianza le inspiraba el estado, en ese día y los anteriores, de su padre. El señor ROSALES procuró disipar esas ilusiones que podían hacer más sensible un golpe, que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron por desgracia en realizarse.

Después de las dos de la tarde, el general SAN MARTÍN se vió atacado por sus agudos dolores al estómago. El doctor JORDÁN, su médico, y sus hijos estaban a su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero repentinamente el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor BALCARCE con palabras entrecortadas que la alejara, y expiró casi sin agonía. Es más fácil comprender que explicar la aflicción de sus hijos en presencia de esa muerte tan súbita como inesperada.

Algunos días antes, el general se sintió atormentado en la noche por sus dolores, tomó una dosis de opio mayor que la prescripta para calmarlos, y en la mañana siguiente amaneció moribundo. Las aplicaciones de sinapismos lograron reanimarlo, pero vino luego una reacción con fiebre violenta, que entiendo ha influído en su muerte imprevista, a pesar de las engañosas apariencias de mejoría que se notaron en los cuatro últimos días.

En la mañana del 18 tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los

restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la Historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

Bajé en seguida a una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche a las tres, hora en que había expirado el general SAN MARTÍN. ¡Singular coincidencia! El reloj de bolsillo del mismo general se detuvo también en aquella última hora de su existencia...

Félix FRÍAS [argentino].

~ 32 ~

EL SEMBRADOR DESCONOCIDO

Desolado, árido, el promontorio se hundía en el mar como un reptil que hubiera bajado a beber agua.

Las brisas cargadas de sales, las aguas amargas, un sol despiadado secaban todo esfuerzo de verdor. Y el centenario reptil sediento, no terminaba de aplacar su sed.

Un día un hombre, prófugo de las leyes de los hombres, vino al promontorio. Entre las cavidades de las rocas permaneció escondido durante largo tiempo. Disciplinó su organismo comiendo sólo mariscos sin cocer y bebiendo el agua de lluvia retenida en los huecos de las piedras.

El traía, sin saberlo, la redención del promontorio.

En su fuga, al atravesar la montaña, había saciado su hambre, y aun colmado sus alforjas, con frutas silvestres; rico botín que se agotó muy pronto. Las semillas arrojadas en la tierra estéril se secaron casi todas, pero algunas, más tenaces, más virtuosas, vivieron por sobre todo.

Con el tiempo, en el promontorio árido creció un bosque de almendros que arrojaban durante casi todo el año su cosecha. Al amparo de este verdor y de esta sombra, vinieron pájaros errantes a refugiarse. Por las tardes, el viejo reptil se embelesaba de músicas y de aleteos.

Más tarde estos huéspedes, vencedores de las distancias, que retornaban de cada viaje con un tesoro de granos y de espigas, hicieron un oasis del antiguo peñón inhabitable. Pronto se levantó un hogar. Un hogar primitivo, hecho con trozos arrojados

por el mar y cubierto con zacate de los maizales. Entre la arboleda se alzó una columna de humo, himno de vida lanzado al infinito, e iluminaron las primeras llamas de una hoguera, altar en que el hombre glorificó sus triunfos sobre la Naturaleza.

Nadie supo nunca el paradero del hombre que huía de las leyes de los hombres. Ni hacía falta, puesto que había cumplido su misión.

Ahora decidme: ¿ese sér miserable, acaso perverso, no merece más, en nombre de la Vida, que tantos héroes a quienes la ambición o el fanatismo lanzaron, amparados por esa misma ley, a la carnicería y al odio de sus propios hermanos?

Fué un misionero inconsciente de la Vida. Pero aun así, era un predestinado: engendró Vida, creó Amor.

Yo elevo aquí mi homenaje para el sembrador desconocido, que ha poblado la tierra de plantaciones, de huertos, de jardines.

Hosanna al sembrador desconocido. Al que sembró para el cuerpo y al que sembró para el espíritu. Recojamos con fervor su suprema lección. Héroes anónimos que supieron darse enteros a la patria, no en la muerte sino en la vida. Su ejemplo nos sugiere: «*No basta morir por la patria, hay que vivir para la patria.*» Máxima más fecunda y más difícil que aquélla que nos pide nuestra sangre, que es bien poca cosa, y con la que no se es útil ni al progreso ni al amor de los hombres.

¡Hosanna para ellos que crearon Vida, que engendraron Amor!

Julio Enrique AVILA [salvadoreño].

~ 33 ~

EL HOMBRE, EL LIBRO Y LA LECTURA

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimentos nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal, y puede decir, como el hombre de TERENCIO, que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absor-

tos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia, sino las formas plásticas del egoísmo?

La Naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad.

Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

RIOJA ha podido decir así, con simplicidad tocante:

> Un ángulo me basta entre mis lares
> un libro y un amigo, un sueño leve
> que no perturben deudas y pesares.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma, y MONTESQUIEU ha escrito en sus *Pensamientos* que jamás tuvo un pesar que no lo olvidara después de una hora de lectura.

§

El libro es enseñanza y ejemplo. — Es luz y revelación. — Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscaban su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro, puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como FRANKLIN por la lectura solitaria.

Nicolás AVELLANEDA [argentino].

~ 34 ~

LAS VENAS DEL PAIS: LOS CAMINOS

Un país sin caminos, es un cuerpo sin venas ni arterias. Podrá poseer sangre rica y abundante, pero ésta no circula, queda estancada.

La Argentina, como todos los países de Iberoamérica, necesita caminos, muchos caminos carreteros, anchos y buenos. Sin ellos, no se desenvuelven la industria y el comercio, el pensamiento y la cultura. Sin ellos, ningún pueblo puede comunicarse con los demás. Sin ellos, un pueblo no tiene derecho a considerarse civilizado.

Sin caminos, los productos de las industrias madres no llegan a tiempo hasta los centros de consumo, las estaciones y los puertos. Y las comunidades rurales, tampoco reciben rápidamente sus instrumentos y materiales de trabajo.

Habiendo innúmeros y excelentes caminos, la producción aumenta, se abarata el transporte, la vida económica de la Nación se vuelve próspera. Los países con mejor vialidad, son

siempre los más ricos de la Tierra.

Sin carreteras, en todas direcciones, tampoco circulan las ideas, porque no puede conducirse continuamente el libro y el periódico que las siembra.

Con los caminos se intensifica el turismo, se fomentan placenteros viajes que son también cultura.

Por los caminos se va al hogar propio, a la casa amiga o al país vecino, y pasa rodando la correspondencia de los que están ausentes.

La Argentina necesita con urgencia muchos caminos carreteros, anchos y buenos, como infinitos largos tajos que crucen todo su territorio.

Pedro B. FRANCO [argentino].

~ 35 ~

EL BRASERO *

¡Brasero de pedrerías, ilusión para el pobre: mirándote, tenemos las piedras preciosas!

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados del ardor: primero es la brasa, desnuda como una herida; después, una veladura de ceniza que te da el color de las rosas menos ardientes; y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima que te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa, iban después velándose, muriéndose...

Eres la intimidad: sin tí existe la casa, pero no sentimos el *hogar*.

Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice en torno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas. Aunque la vida nos esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno tuyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que cubran tu rescoldo maravilloso.

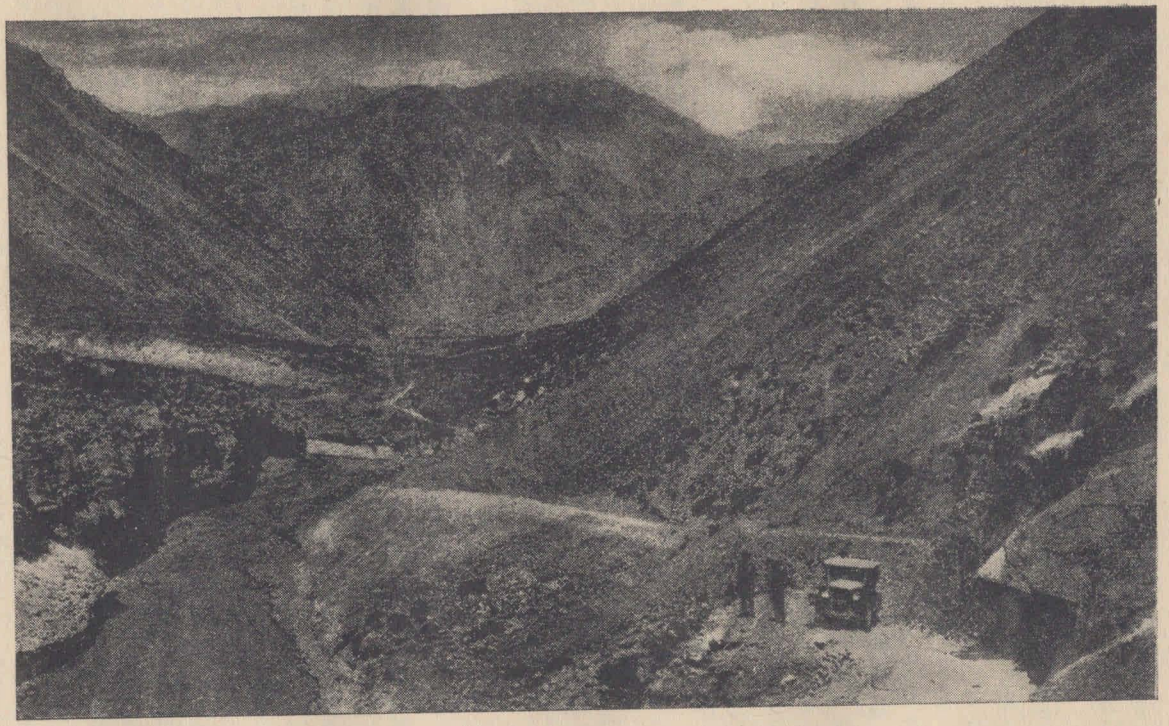
Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en tí las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también para que te acuerdes de ella suelo espolvorearte las hierbas fragantes, que crepitan en tu rescoldo como besos.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo:

—Que todos los pobres te enciendan en esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre tí con amor.

Gabriela MISTRAL [chilena].



Vista del camino internacional a Chile, sobre el río Mendoza

~ 36 ~

LA BANDERA

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la costa y el río o el mar va poco a poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, parece como que nos saluda la bandera, erguida en el alto torreón. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más, que aun tiene la remota esperanza de que a ella volvamos. Luego... luego, desalentada y triste, cae abrazando el mástil, que se queja.

¿No os parece una madre al despedirse de una hija que se casa, de la hija que se pierde? Adivina que vamos a olvidarla mucho tiempo, que el amor encendido por ella en nuestro espíritu brillará mientras que dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla...

A poco de bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor nos la recuerdan. Escuchamos los sones entusiastas de un himno, pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírlo, les corre aprisa la sangre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos toma todo, que nos enturbia la vista, y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo a los extranjeros que recorren nuestras calles en días de fiesta patria, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieron ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. En cien y mil más descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más una bandera como se tiene una madre nada más.

Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA
[mexicano].

~ 37 ~

FRAY LUIS DE BOLAÑOS

Se le denomina con razón Apóstol del Paraguay y del Río de la Plata. Lo fué en grado excelso, en el período inicial de la conquista espiritual, cuando los jesuitas hicieron su aparición en las regiones guaraníes para sustituir y desalojar paulatinamente a los franciscanos, que los habían precedido en la tarea y preparado la propaganda ulterior de los padres de la compañía de Jesús. Sin tomar partido en pro ni en contra de los jesuitas, afirmo que pertenece a fray Luis de

BOLAÑOS todo el mérito del precursor, del iniciador de un vasto movimiento histórico de civilización, que tuvo por estandarte la cruz y por instrumento la lengua guaraní. Pues el modesto franciscano no sólo fué un evangelista, sino también *un héroe civilizador*, esto es, *un conquistador civil*. Fundó, entre otros pueblos las reducciones de Itatí, Atyrá, Itapé, Caazapá, Yuty e Ipacaraí. El solo hizo más, con el prestigio pacífico de la palabra redentora, que diez conquistadores y adelantados juntos, revestidos de hierro y de violencia. Para atraer a los indios al cristianismo, les habló en su propio idioma y puso nombres autóctonos a Dios y al diablo, al paraíso y al infierno. El conquistador arrogante desdeñaba aprender la oscura lengua de los pobres indígenas; el misionero humilde la poseyó con tal perfección — fué agraciado con el don de lenguas, — que compuso un Catecismo en guaraní, Catecismo que es una obra clásica para los guaranistas, por la pureza del idioma allí empleado. A este acto de humildad franciscana debe la ciencia lingüística el precioso documento que he mencionado repetidas veces, al estudiar los mitos aborígenes. Tan cierta es la bienaventuranza prometida a los humildes, que la inmortalidad alcanza a sus obras mínimas.

Llega fray Luis de BOLAÑOS, con el Adelantado ORTÍZ de ZÁRATE y don Martín del BARCO CENTENERA, el futuro cantor de la *Argentina*, tres décadas antes del fin del siglo XVI, a las provincias del Río de la Plata, en calidad de obrero espiritual. Con san Francisco SOLANO, otra figura apostólica de primera magnitud, penetra en la Provincia Gigante de las Indias a predicar el Evangelio. Recorre la provincia de Guayrá, funda numerosas reducciones, conjura el lago de Ipacaraí, repite el prodigio mosaico de hacer brotar agua del erial en Caazapá, donde aun existe el pozo que lleva su nombre; establece una misión en el Alto Paraná y no cesa en su actividad por espacio de más de medio siglo de intrépido apostolado.

Eloy FARIÑA NÚÑEZ [paraguayo].

~ 38 ~

LA HORMIGA, LA CIGARRA Y LA ABEJA

(Fábula)

La Hormiga y la Cigarra se recriminaban mutuamente: ésta achacaba a la otra su tacañería y aquélla a ésta su prodigalidad.

—No haces más que consumir — refunfuñaba la Hormiga, — y lo que es peor, no trabajas. No es extraño

que mueras en invierno por falta de recursos.

—Y tú — zumbaba la Cigarra, — si bien trabajas y te desesperas trabajando, ¿qué es lo que vas a aprovechar, si en invierno duermes y de nada te sirve tu granero?

—*Chit, Chit, Chit* — intervino la Abeja hacendosa; — estáis disputando sin razón. Imitadme: trabajo, me deleito en las flores y ahorro con provecho pensando en el porvenir.

No seamos hormigas que acumulan sin aprovechar; no seamos cigarras inactivas y gárrulas; sino abejas previsoras, productoras y libadoras de miel.

Domingo SASSO [argentino].

~ 39 ~

LOS MADEROS DE SAN JUAN

...Y aserrín
aserrán,
los maderos
de san Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
alfeñique;
los de Trique
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,

los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de san Juan
piden queso,
piden pan;
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!
Y sus cabellos blancos como la nieve están;
...de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que a tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...

...Los de Roque,
Alfandoque...
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Mañana cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del Mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...

...Los de Rique,
alfeñique...
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,

los días ignorados del nieto guardarán...

...Los maderos
de san Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique
alfeñique;
los de Trique
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!

José Asunción SILVA [colombiano].

~ 40 ~

EL GATO DEL MONTE

(Soliloquio)

Cabezón y mofletudo, me parecería a un niño de teta si no fuera por mis dientes de aguja y mis bigotes de mandarín.

Mis pupilas, ambidextras, ven igual en pleno día y plena tiniebla.

Quizá por ser un poco ñato, mi olfato no es muy sutil. En cambio, mis oídos velan por mí hasta cuando duermo: el menor ruido, hasta el paso de una de esas pulgas que viven a mis expensas, me despierta...

Mis mostachos, que tengo en muy alta estima, me son también dedos del más exquisito tacto.

Soy el más digitígrado de toda la familia. Y, sin duda, también el más elegante.

Me tiren como me tiren, caigo siempre de pie. Para algo soy compadre y amigo del Diablo.

Trepo a los árboles como si tuviera alas.

Saco las uñas sólo cuando es necesario.

Aunque no me desagrada el sabor de los ratones, conejos, topos y demás artículos similares, tengo una conmovedora debilidad por los volátiles: pájaros, perdices, lechuzas, palomas. Y no porque moren en sus altas cuevas barranqueras, me olvido de los loros, cuyos pichones no precisan mi elogio.

Aunque sólo por alarde cinegético, es decir, por amor a la gloria, cazo también víboras, algunas de las cuales pretenden imitar los caprichos de

mi piel y el grito de mi cólera que me apaga las orejas y me enciende los ojos...

Como mi vecino y rival, el zorro, y a veces con más éxito que él, suelo visitar los gallineros. Y a propósito: advertiré que el zorro me tiene miedo. Alguno habrá visto que cuando nos encontramos por ahí, don Juan, lo mismo que un gozque a un perro grande, suele rendirme las más candomberas cortesías.

Con un concepto muy artístico de mi profesión, cuando yerro el golpe no persigo jamás la pieza: sólo que a veces me vuelvo paso a paso al punto de partida para medir la distancia exacta a que debí saltar.

Luis L. FRANCO [argentino].

~ 41 ~

SAN MARTÍN Y BOLÍVAR

(Fragmentos de dos paralelos)

I

Semejante a aquel río de los trópicos, el mayor del Universo, que cuando sale de madre en las súbitas creces del verano, baña en un solo día comarcas tan vastas que formarían por sí solas un dilatado imperio, y arrasa en sus hinchados turbiones los bosques como deleznable hierba, y se desborda por las cimas de las montañas que comprimen su cauce, BOLÍVAR, hijo del Amazonas, desciende desde las montañas del Aragua e inunda de bayonetas todos los valles de la América que aclaman su victoria. SAN MARTÍN, el coloso de los Andes, ha ido levantándose, a semejanza de esas calladas moles que los geólogos afirman han brotado en recientes siglos sobre la costra de la Tierra, alzándose lentamente en silenciosa majestad.

BOLÍVAR apenas cabe en el estuario del más grande de los ríos de América. El pedestal eterno de la gloria de SAN MARTÍN está fijo en la cúspide de los Andes. Desde allí ha visto pasar delante de su severa mirada, ejércitos y naciones, dando a aquéllos gloria, y libertad a las últimas. Y por esto, a su vez, las generaciones le divisan todavía en lo alto de las rocas como la sombra de ANÍBAL, contemplando las obras portentosas que su genio ha sembrado por doquier.

BOLÍVAR asimila por orgullo, SAN MARTÍN emancipa por amor. BOLÍVAR por doquier se impone, SAN MARTÍN se sacrifica en todas partes. BOLÍVAR es el personalimo americano, SAN MARTÍN es sólo la identificación de la causa americana, y por ésto algunos le han comparado al padre de la América del norte, como otros han llama-

San Martín

Bolívar

do a su émulo «el NAPOLEÓN del Nuevo Mundo».

Benjamín VICUÑA MACKENNA
[chileno]

II

Los guerreros más notables de la América moderna española, BOLÍVAR y SAN MARTÍN, sólo se tocan por los propósitos de su carrera y por la gloria que les cupo en la lucha de la Independencia. Como hombres, son más bien dos contrastes que dos analogías. Caracteres encontrados, talentos de temple desigual, naturalezas subordinadas a diversos impulsos, se colocaron una vez uno frente al otro, y al darse los abrazos como hermanos en la victoria, se repelieron, advirtiendo que no pertenecían a la misma familia, según las leyes que la Naturaleza ha establecido para eslabonar por la simpatía a los seres inteligentes.

El uno anhelaba, sediento de ruido y esplendor, subordinarlo todo a su personalidad y a su fama. Esforzábase el otro por hacer impersonales sus proezas y esquivaba sus sienes a los laureles mejor merecidos.

El uno escala el Chimborazo para que resuene más desde la altura su *Delirio;* el otro, silencioso como un cometa, describe su curva sobre la cumbre de los Andes, deseoso de no ser sentido. El uno vence, destruye, aniquila, impaciente; el otro economiza la sangre y las cosas, crea y administra.

BOLÍVAR es el vengador exasperado por los excesos de la guerra a muerte; SAN MARTÍN el realizador con la espada de los severos principios de los pensadores de Mayo. El primero resucita un Mundo para darle su nombre; el segundo redime a los pueblos de su servidumbre para que la gran patria americana cuente con ciudadanos y no con esclavos.

Juan María GUTIÉRREZ [argentino].

~ 42 ~

AGUAS PURAS

Nunca será bastante alabado el beneficio de tener padres virtuosos. El que ha tenido la suerte de criarse entre padre y madre de buenas costumbres, que prosperan con los frutos de un trabajo honrado, que se quieren respetuosamente, que se mueven en un orden de relaciones cordiales, francas y rectas, ha bebido en la fuente de las aguas más puras.

Pensad en los ejemplos fortificantes de una familia rectamente ordenada. El padre y la madre trabajan sin precipitaciones para ganar el pan nuestro de cada día y para ir levantando la casa. El sale constantemente

todas las mañanas sin pereza ni cansancio; vuelve a la hora de comer, y se recoge a descansar con ella en aquel lecho que inspira a los hijos el respeto de las cosas augustas. Al fin de la semana trae el dinero a su casa con alegría, porque lo ha ganado bien, y lo cuenta y lo repasa con su mujer, que es la guardadora del tesoro. Los días de fiesta se lleva a los hijos a tomar el Sol al campo o a la montaña, sin escatimar aquellas diversiones que no cuestan más de lo que se puede gastar.

La madre cuida la casa como reina de suave gobernar. Ella dirige las faenas de la cocina y de la colada, repasa las ropas, viste y desnuda a los hijos pequeños. Tal vez ayudará al marido con el ejercicio de industrias o de algún comercio casero, o saldrá durante pocas horas a ganarse la vida en algunas de esas funciones modernas encomendadas a la mujer. Pero su lugar predilecto, mientras haya familia, y la familia tenga hijos, será la casa, y por eso no la abandonará nunca del todo a los criados y a las criadas, que, si bien podrían ayudarla en sus faenas, no la sustituirían noblemente en la dignidad moral que sus pies y sus manos dejan con amor en el suelo que pisan y en las cosas que tocan.

Pedro COROMINAS [catalán].

(Traducido del catalán por G. Martínez Sierra).

— 43 —

MI RELOJ

(Fantasía)

Mi flamante reloj de bolsillo había andado durante 18 meses sin atrasar ni adelantar, sin hacer saltar ninguna pieza de su mecanismo y sin pararse. Yo había acabado por considerarlo infalible en sus juicios sobre la hora, y por creer que su constitución y su anatomía eran imperecederas. Pero una noche, por olvido, dejé que se le acabara la cuerda. Este accidente me apesadumbró, como si hubiera sido un anuncio inequívoco de calamidades. Pero en seguida recobré el espíritu, arreglé el reloj calculando poco más o menos la hora, y mandé mis presentimientos y supersticiones a paseo.

Al día siguiente entré en la principal joyería para ponerlo en la hora exacta, y el jefe del establecimiento me lo sacó de las manos y procedió a arreglarlo en mi lugar. Después dijo: — «Estaba cuatro minutos atra-

sado... hay que adelantar la aguja del regulador.» Traté de detenerlo... Traté de hacerle entender que el reloj andaba perfectamente. Pero no pude; lo único que esa calabaza humana podía comprender era que el reloj estaba cuatro minutos atrasado, y que había que adelantar un poco la aguja del regulador; y, en tanto que me agitaba angustiado alrededor de él y le suplicaba que dejara en paz el reloj, él, con toda calma y crueldad, realizó su vituperable propósito.

Naturalmente, el reloj empezó a adelantar. Y fué adelantando más y más rápidamente cada día. Antes de que acabara la semana lo había asaltado ya una fiebre furibunda y su pulso había subido a 150 por minuto, a la sombra. A los dos meses había dejado muy atrás a todos los relojes de la ciudad, y se había anticipado en trece días y pico al almanaque: estaba ya en pleno noviembre, disfrutando de la nieve, cuando faltaba volver algunas horas de octubre todavía. Precipitaba los términos del alquiler de casa, de las cuentas a pagar, y de otras cosas por el estilo de una manera tan ruinosa, que al fin no pude aguantarlo. Se lo llevé a otro relojero para que le arreglara el regulador. El relojero me preguntó si lo había hecho componer ya alguna vez. Dije que no, que ese reloj no había necesitado nunca la menor compostura. El hombre puso entonces una cara de perverso regocijo y se apresuró a abrir el reloj con una palanquita; se colocó luego un pequeño cubilete en uno de los ojos y escudriñó la máquina. Dijo que había que limpiar y lubricar todo el reloj, además del arreglo del regulador... Que volviera dentro de una semana.

Efectivamente, después de limpiado y lubricado y regulado, el reloj empezó a atrasar a tal punto que su tic-tac era tan lento como el doblar de las campanas. Y yo empecé a perder mis trenes, a faltar a todas mis citas, a quedarme continuamente sin comer, mi reloj estiraba a cuatro los tres días de gracia en los vencimientos, y hacía que se protestaran las letras. Poco a poco fuí retrocediendo al día anterior, luego a la antevíspera, luego a la semana precedente, y de ahí a poco me dí cuenta de que completamente solo y abandonado, iba pasando yo a la semana penúltima, y había perdido de vista el Mundo. Me pareció advertir entonces en mi interior un vago sentimiento de compañerismo con la momia del Museo, y un deseo de cambiar noticias con ella. Volví a casa de otro relojero. Este desarmó el reloj en todas sus piezas delante de mí, y dijo que el tambor de la cuerda se había dilatado. Y agregó que podría reducirlo otra vez a su tamaño en tres días.

Después de esto el reloj daba siempre un término medio satisfactorio,

pero nada más. Todos los días, durante unas cuantas horas, echaba a andar con tanta rapidez como la maldad misma y se ponía a ladrar y a jadear y a gritar y a estornudar y a resollar, y de tal manera, que con el alboroto, yo no podía oir mis propios pensamientos; y, mientras se mantenía en ese estado no había reloj alguno en el país que pudiera competir con él. Pero, luego, por todo el resto del día no hacía más que acortar y acortar el paso y entretenerse estúpidamente en su camino, hasta que los relojes que había dejado atrás le alcanzaban otra vez. Y un momentito antes de finalizar las 24 horas, tomaba un trotecito animado y llegaba frente a la tribuna de los jueces en regla y a la hora exacta. Daba, pues, un justo y cabal término medio, y nadie habría podido decir que con eso hacía el reloj más o menos de lo que estaba obligado a hacer. Pero, para un reloj un término medio correcto no es más que una pobre virtud, y resolví llevar el instrumento a otro relojero. Este dijo que el «eje maestro» se había roto. Declaré que me alegraba de que no se tratara de algo más grave. A decir verdad, yo no tenía la menor idea de lo que podría ser el «eje maestro», pero no quería mostrarme ignorante ante un extraño.

El relojero reparó el eje maestro, pero el reloj había perdido en un sentido lo que había ganado en otro. Echaba a correr por un tiempo, y se paraba luego un rato; volvía a correr otro poco y se paraba otra vez, y así sucesivamente midiendo los intervalos enteramente a su gusto. Y cada vez que echaba a correr coceaba como un mosquete antiguo. Durante unos cuantos días anduve con una almohadilla sobre el pecho para amortiguar el golpe, pero al fin llevé el reloj a otro relojero. Este lo desmontó hasta la última pieza, se puso a revolver las ruinas debajo de su lente, y dijo luego que parecía que en el balancín había algo que no estaba bien. Montó de nuevo el reloj y lo hizo andar otra vez. El reloj marchaba bien entonces; sólo que a las diez menos diez invariablemente, fuera de día o de noche, las manecillas se cerraban como un par de tijeras, y desde ese momento en adelante viajaban juntas.

El hombre más sabio del Mundo no habría podido poner en claro la hora que era con un reloj semejante; de suerte que me decidí a hacerlo componer una vez más. El relojero dijo, esta vez, que el cristal se había doblado y que el muelle real no estaba derecho. Observó también que a una parte del mecanismo había que echarle una media suela.

El hombre hizo todas estas cosas perfectamente, y entonces el reloj empezó a andar de una manera excepcio-

nal; sólo que, de vez en cuando, después de estar funcionando tranquilamente durante ocho horas casi, todo lo que había dentro de él se soltaba de repente y se ponía a zumbar como una abeja y al mismo tiempo las manecillas empezaban a girar con tanta rapidez, que perdían por completo su individualidad y parecían simplemente una finísima telaraña sobre el disco de la muestra: en sólo seis o siete minutos devanaba vertiginosamente las próximas 24 horas, y entonces se paraba dando un golpe vibrante. Con un pesar profundo en el corazón fuí a ver a otro relojero, y me quedé junto a él mientras desmontaba el reloj. Había ido dispuesto a interrogar al artífice minuciosamente y rígidamente, porque el asunto iba poniéndose ya serio. Este reloj me había costado en un principio 200 dólares y me parecía haber pagado ya 2.000 o 3.000 por composturas.

Estaba allí, pues, a la espera, mirando las cosas, cuando de pronto reconocí en ese relojero a un antiguo conocido, un ingeniero, maquinista de un vapor en otro tiempo, y no muy buen ingeniero por cierto. El hombre examinó todas las piezas cuidadosamente, como los demás relojeros lo habían hecho, y luego, me dió su veredicto con la misma seguridad y aplomo de los otros. Dijo: — La máquina pierde demasiado vapor... Lo que debe hacer usted es colgar la llave inglesa sobre la válvula.

Allí mismo le hice volar los sesos, y dispuse que lo enterraran a mi sola costa.

Mi tío Guillermo... ¡ay! ¡ya no existe!... solía decirme que un buen caballo era siempre un buen caballo hasta la primera vez que se desbocaba, y que un buen reloj era siempre un buen reloj hasta la primera vez que los relojeros lograban ponerle la mano encima. Y recuerdo también que solía preguntar con extrañeza qué carrera seguirían todos esos hojalateros, armeros, zapateros y herreros que fracasaban en sus negocios; pero nadie pudo nunca satisfacer su curiosidad a este respecto.

Mark TWAIN [estadunidense].

~ 44 ~

CANCIÓN DE LA PAZ

Duermen los niños en sus cunas,
las buenas madres velando están;
duermen los niños, sueñan los niños:
ésa es la Paz.

Cantan los niños en la escuela,
vuela en los aires coro jovial,
cantan los niños, juegan los niños:
ésa es la Paz.

El Sol fecunda las campiñas,
los sembradores sembrando van;
grandes cosechas colman el Mundo:
ésa es la Paz.

A la distancia en la llanura
se eleva el humo del dulce hogar;
vuelan en torno las golondrinas:
ésa es la Paz.

En los jardines florecidos
desgrana perlas el fontanal;
hay un idilio junto a la fuente:
ésa es la Paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
diez mil navíos van a zarpar;
por el mar vienen diez mil navíos:
ésa es la Paz.

Por los senderos en tumulto
los campesinos vienen y van;
pasan cantando los campesinos:
ésa es la Paz.

Vibra la Vida en las metrópolis,
destruye y crea sin descansar;
vibra la Vida, triunfa la Vida:
ésa es la Paz.

Y en las aldeas y ciudades,
y en las montañas y en las campiñas
ninguno falta, todos están:
están los viejos y los jóvenes,
están los hijos y están las madres:
ésa es la Paz.

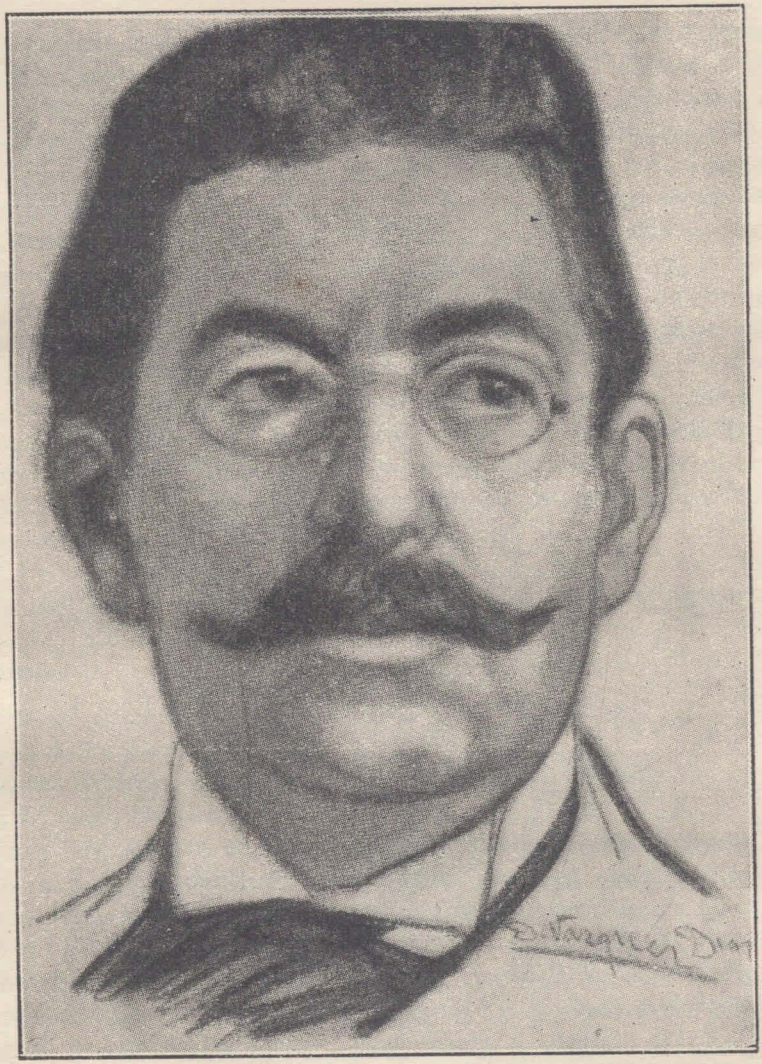
Mario BRAVO [argentino].

— 45 —

LOS RÍOS HERMANOS

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del Continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur; ambos rivales en las magnificencias de la Naturaleza y en los prestigios de la Leyenda y de la Historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: «Mar Dulce» llamó YÁÑEZ PINZÓN al Amazonas, y «Mar Dulce», también, llamó al Plata, DÍAZ DE SOLÍS.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del Sol, hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del



José Enrique Rodó

Retrato de D. Vázquez Díaz

Océano con la convulsión suprema del pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaranítica; subyuga, a uno y otro lado la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del Continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la Historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiéndose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su Historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: *las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la gran amistad de los hombres.*

José Enrique Rodó [uruguayo].

— 46 —

EL GUAJIRO

Según autores, entre los indios de Yucatán significaba «Señor». Un yucateco fidedigno me asegura que hoy en Yucatán no se usa tal vocablo, mientras que en la isla de Cuba, principalmente en la parte occidental, es muy común y distinta su significaciós. Aquí *guajiro* es sinónimo de campesino, esto es, la persona dedicada al campo con absoluta residencia en él, y que como tal, usa el vestido, las maneras y demás particularidades de los de su clase. Hasta en

las poblaciones se distingue desde lejos al *guajiro*: camisa y calzones de pretina o *vedija,* como dicen, blancos o de listados de hilo, sin nada de tirantes, chaleco, casaca, ni media; zapatos de vaqueta o venado, sombrero de *guano yarey,* de tejido fino y ligero; algunas veces por corbata un pañuelo casi estilo mujeril, poco plegado o flojo, todo como lo demanda el clima. Sin embargo, este vestido que llaman «de largo», no varía en la estación del frío, si alguna vez no echa mano del capote; en los caminos le acompaña al cinto un machete terciado con satisfecha indiferencia, cabo atrás, cuando monta en una albarda cómoda sobre un brioso caballo, que vuela por los campos al toque de las espuelas de plata; otras veces, con paso más pausado, lleva abierto el quitasol y algún *cuero,* signo de su jurisdicción doméstica rural.

Éntrase todo así de sopetón en los pasadizos y dentro de las tiendas, porque sus modales son groseros; cruza las piernas sin reparo y no se quita el sombrero por nada; para él no hay mal tiempo, ni malos caminos, ni necesidades. Sobrio, se contenta con poca comida, frutas o lo que haya, mucho o poco, con tal que no falte el tabaco, una taza de café mal hecho y alguna *pelea* de gallos en domingo. Franco y generoso, todo lo dá, lo gasta o lo juega; pero indómito, vengativo y celoso, a la más ligera ofensa, a la chanza más discreta, *pela por el quimbo* de una manera brutal, implacable, sin reparar en número, categorías ni circunstancias. Pero donde oyó sonar una cuerda allí le arrastran los pies al *zapateo;* y canta sus amoríos con el mismo descaro y entusiasmo en un convite extraño que en la cárcel o en los caminos.

La ojeriza y desconfianza son inherentes en ellos respecto a los ciudadanos o *republicanos,* como dicen algunos; mas a pesar de su locuacidad y preciarse de sabihondos, en las poblaciones llevan buenos chascos; tócales a su vez la superioridad de conocimientos prácticos en el campo: botánicos, médicos, agricultores, etc., etc., no hay vegetal que no conozcan y distingan con sus propiedades terapéuticas y demás utilidades; ríense de los químicos e innovadores, convenciendo su maestría con la mejor azúcar del Mundo que elaboran sin mayor estudio, o el tabaco que cultivan con mil penalidades y vigilias, porque el guajiro es de poco dormir; penetra el fondo y calidad de los terrenos a simple vista; estudia en la Naturaleza las costumbres y particularidades de todos los animales; conoce prácticamente el país con las más minuciosas circunstancias de su topografía, y casi todos son arquitectos rústicos, carpinteros, etc., etc. Otros hay que se emplean de arrieros, carreteros, *malojeros,* carboneros, etc., como en inferior cate-

goría, con la falda de la camisa por fuera de los calzones, durmiendo a la intemperie unos, atascados otros en los malos caminos echando maldiciones, tiznados aquellos hasta los ojos; todos saludables, todos alegres.

Este es el guajiro, el hombre peculiar de la isla de Cuba, que bien merece ser descripto con alguna extensión. En la *Vueltaarriba* dicen también *montuno*, y algunos en Cuba *jíbaro* como en Puerto Rico. La voz guajiro suele usarse a veces como adjetivo.

D. E. PICHARDO [dominicano].

~ 47 ~

CARTA A UN AMIGO

(*Descripción*)

Mi anterior fué escrita en camino, y hoy hace dos días que estoy en la estancia de... Pienso permanecer aquí algún timpo por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea, y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven, como en las regiones que tú has visitado, ni montañas ni nieves sempiternas, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La Naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista, despierta y revela la imaginación.

He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas, como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han dado el mismo acogimiento y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe varios meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad... ¡Buena gente! Ignoran que la tristeza ha echado raíces profundas en mi corazón.

Todo entregado a la meditación, paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abruma, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea, de todo me olvido, de mi dolor, de mi aislamiento, del Mundo y aun a veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto, y salgo con algunos

peones a recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo de ellos, y voy a visitar algunos ranchos vecinos; y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyo yo también de estas moradas de felicidad, y perseguido por mis lúgubres ideas, suelto la rienda a mi caballo para aturdir mi mente, y me alejo más y más hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado, y luego bajo fatigado a reposarme en la verde pradera. ¡Qué gusto verme transportado de aquí a allá, como por las alas del viento; volar de un sitio a otro, y esparcir la vista a la vez por horizontes diversos, y luego venir a reposarme alrededor de una multitud de insectos que hormiguean y chillan, de una multitud de aves que vuelan o reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumian tranquilamnte la hierba! ¡Observar el orden y la harmonía de la Naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá en el corazón del Universo, la mano omnipotente que lo rige! ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía; cómo se llena de gozo a medida que penetra y mira, faz a faz, los maravillosos arcanos de la Creación! Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el Universo, todo lo abarca y lo sujeta a su atracción. ¡Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la Luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento! ¡Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio, que no interrumpen sino el balido de la oveja, el relincho del caballo y chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas! ¡Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo, y esos fuegos fatuos que se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen, dando pábulo a la fantasía y aterrorizando al vulgo!

Son las doce, y es la hora que yo voy, como OSSIAN, a interrogar mis recuerdos al resplandor de la Luna, a escuchar las melodías aéreas y hablar con mi corazón!

Esteban ECHEVERRÍA [argentino].

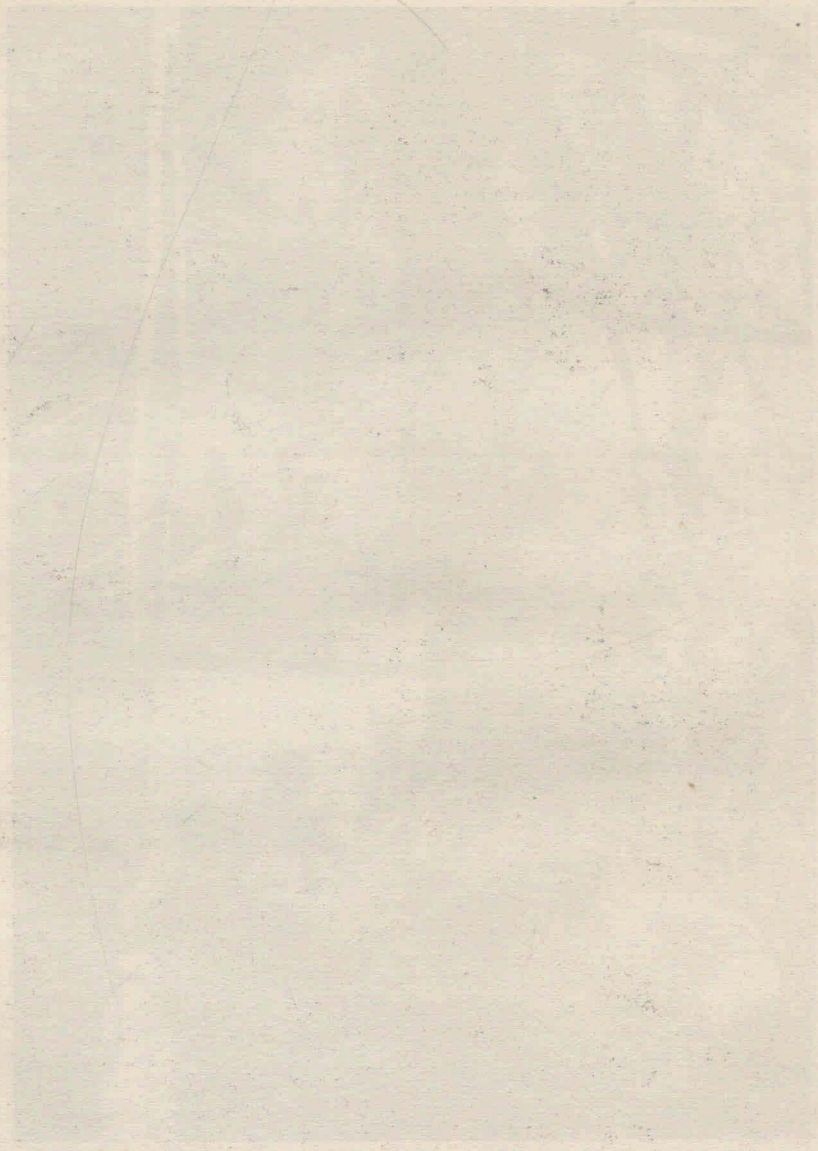
~ 48 ~

EL CANAL DE PANAMÁ

Corresponde al éxito del Canal de Suez, el haber dado ánimo para tentar seriamente el de Panamá.

Después de los estudios definitivos de WYSE, RECLUS, SOSA, POUYDESSEAU, VERBRUGGHE, CELLER y PIXEL, del 76 al 78, un congreso internacional se reune en París, compuesto

Paisaje de la región de Nahuel Huapí



por los más notables ingenieros, para tomar una resolución definitiva desde el punto de vista técnico. Allí estaba Fernando de LESSEPS, que perforó el istmo de Suez; FABRE, que abrió el San Gotardo; DIRKS y CONRAD, que realizaron magníficas obras hidráulicas en Holanda; EIFFEL, ya ilustre entonces, y cuyo nombre había de ser mundialmente familiar; Armando RECLUS, geógrafo de nacimiento; Bonaparte WYSE, el más reputado explorador de Panamá y el vidente más entusiasta de la empresa.

La ciencia aprobó el canal y escogió la vía que va de Colón en el Atlántico a Panamá en el Pacífico. Fundóse una Compañía universal del canal interoceánico en 1878, dirigida por LESSEPS, concesionario de un privilegio colombiano. Los visionarios de Colón a WYSE habían triunfado. En ocho años la obra debía estar terminada: 70 kilómetros de largo por 8 metros de profundidad, 22 de ancho en el fondo, y 38 al nivel del agua.

En diciembre de 1879 partió de Europa LESSEPS y su estado mayor técnico y administrativo. En enero de 1881 llegan los empresarios, las máquinas, el inmenso tren de instalación y trabajo. Sigue el desembarco, las construcciones, las instalaciones de oficinas: es una verdadera ciudad la que se levanta, y el 21 de enero de 1882 se hace la primera excavación. Pero, con ella, comenzará la dureza de las pruebas, el martirologio. Una incógnita despreciada en los cálculos aparece y se impone. Y el hombre que no había retrocedido ni ante el prejuicio, el pesimismo, la inercia, las contrariedades, la ambición, el aislamiento en medio de bosques tropicales, pantanos y montañas impenetrables, ni ante la hostilidad de la Naturaleza, debe volver atrás en presencia de la enfermedad que acarreaba la muerte. La fiebre amarilla y el paludismo dándose la mano, iban a oponerse a la obra colosal de Panamá. Julio DINGLER, director de la empresa, llega en compañía de su esposa, dos hijos y el futuro yerno, y vuelve a Francia con cuatro féretros. Más de 22 mil hombres, ingenieros, empleados, operarios; europeos, americanos, asiáticos, franceses de Guadalupe y Martinica; más de 22 mil víctimas, en esos pocos años, hicieron la fiebre amarilla y la malaria. No hay fe, no hay obstinación posible: los trabajos se detienen. No es un canal lo que abren, sino un inmenso cementerio el que cavan. Hay un lugar, ciudad actualmente, que conserva el triste nombre que le dieron: Matachín.

Con el abandono de la idea hasta 1888, pasó la primera Compañía de Panamá: que no hay confianza ni esfuerzos, ni organización posible donde reina la enfermedad y la muerte.

Quedaron en el lugar los ilusorios planes, la triste experiencia, el ataque llevado a formidables obstáculos físicos, máquinas potentísimas, más de dos mil edificios. Y quedó la verdad irrefragable que, sin salud, indispensable factor de la economía humana, nada se puede realizar.

Aquellos 22 mil hombres sacrificados a las endemias, enseñaron dolorosamente a estadistas, sabios, técnicos y trabajadores que *tenían que llamar en su auxilio a la Medicina y a la Higiene si querían ver realizados sus sueños* de dominio sobre la Naturaleza.

Transcurrieron 20 años. ROOSEVELT dijo entonces: «El canal se construirá». Y el canal fué.

El 15 de agosto de 1914 se entregaba al Mundo la navegación interoceánica; las aguas del Atlántico y del Pacífico se mezclaron a través de las esclusas. ¿Quién fué el que operó el milagro? Gorgas, un médico, un higienista: nada más.

Afranio PEIXOTO [brasileño].

~ 49 ~

ORIGEN DEL LAGO TITICACA

(Fantasía)

Cuéntase que, allá en los tiempos mitológicos, existía en las profundidades del Océano Pacífico un suntuoso palacio de cristal de roca, lujosamente ornamentado con perlas y corales; ese palacio estaba rodeado de deliciosos jardines y umbríos bosques, que en perpetua primavera producían las más exquisitas frutas y las más bellas y fragantes flores.

En aquella encantadora morada, habitada por la dichosa Icaca, hija de Neptuno y de las Aguas, reinaba la más envidiable felicidad.

En las noches de tempestad, cuando el dios de los Mares, tridente levantado, agitaba las más temibles olas y Eolo desencadenaba los furiosos vientos, la hermosísima Icaca, abandonando su palacio submarino, subía a las rocas de una pequeña isla y sentada allí con el cabello suelto, cuyos blondos rizos acariciaban los huracanes, contemplaba la borrasca con sus azules y divinos ojos, y pulsando su harmoniosa lira, entonaba con mágico acento melodiosos y arrebatadores cantos.

Las ballenas, tiburones, delfines, lobos marinos y demás habitantes del líquido elemento, asomaban sobre la superficie de las aguas, y rodeando la islita escuchaban extasiados la di-

vina música de aquella hechicera beldad.

Así se hallaba Icaca en una de las ocasiones en que subió a la isla, cuando una débil embarcación, juguete de las olas y del viento, sobre montañas de nevada espuma, y estrellada contra los negros escollos, zozobró deshecha en mil pedazos y sin que quedara a la vista una sola de sus tablas.

El bello cuadro anterior desapareció, también, como una ilusión óptica; los monstruos marinos, sorprendidos y asustados por el estrépito que produjo el choque de la barquilla contra los arrecifes, se sumergieron para ocultarse entre las ondas.

Icaca interrumpió su canto y apartando la mano de su lira, señaló un lugar, clavando allí su mirada por un momento.

Un hermoso joven, mil veces más bello que Narciso, pero de atléticas formas, luchaba con vigorosos brazos contra el aterrador torrente de gigantescas olas.

La sensible Icaca se precipitó en el mar y algunos instantes después volvió a la isla, llevando de la mano al joven Tito, que admirando a su heroica y bellísima salvadora, lleno de amor, de reconocimiento y de ternura, se atrevió a ofrecerle su corazón, que Icaca aceptó, dándole en cambio, el suyo; porque también, le amaba ya.

Todas las Gracias giraron en torno de aquellos venturosos amantes; el amor batió placentero sus alas, y Venus, satisfecha, sonrió con deliciosa emoción en el Olimpo.

A la voz de Icaca, un millón de castores cargados de las más preciosas maderas acudieron presurosos, y aquellos diligentes animales construyeron en diez minutos una encantadora habitación destinada a ser la morada de Tito.

Al aproximar Febo su rubia cabellera a las doradas puertas del Oriente, bajaba Icaca al hermoso palacio de sus padres y allí pasaba el día, recorriendo pensativa y melancólica sus bosques y jardines; y cuando Diana se presentaba guiando el carro de la Noche, subía de nuevo a la isla de Tito, donde las horas, en alas de la dicha huían rápidamente arrebatadas por el tiempo.

Tres años pasaron de esta manera, pero Diana, envidiosa de aquella felicidad que había presenciado por tanto tiempo, con semblante trémulo en apariencia, guió, una noche, hacia aquel sitio, los pasos de Neptuno, quien vió de lejos a los dos amantes, uno en brazos de otro.

Irritado el terrible dios de las aguas, lanzó en el espacio a Icaca y Tito, ordenando a Eolo que sus furiosos vientos los arrebatasen muy lejos de su Imperio.

En breves instantes atravesaron la atmósfera por sobre las aguas del

Pacífico y la inmensa cadena occidental de los Andes, viniendo a caer en el centro de la América del Sud en unas áridas y extensas llanuras, próximas a las faldas del Illampu y del Illimani, llanuras desde las que el asombrado viajero puede contemplar hoy aquellos dos encanecidos gigantes del Continente de los Incas y la plateada cadena por la que están unidos.

Tito, que era mortal, se sofocó en las alturas del espacio que atravesaron; Icaca, inconsolable, quiso hacer en su corazón la tumba de Tito.

Convirtió a éste en una colina y ella, deshaciéndose en llanto, transformóse en un inmenso lago que rodeando la colina y haciendo de ella una isla la abrigó en su seno.

Los nombres unidos de ambos desventurados amantes, formaron el Titicaca, que tiene el lago y la isla.

Ramón ROSQUELLAS [boliviano].

— 50 —

A LA FRATERNIDAD EN LA INDUSTRIA

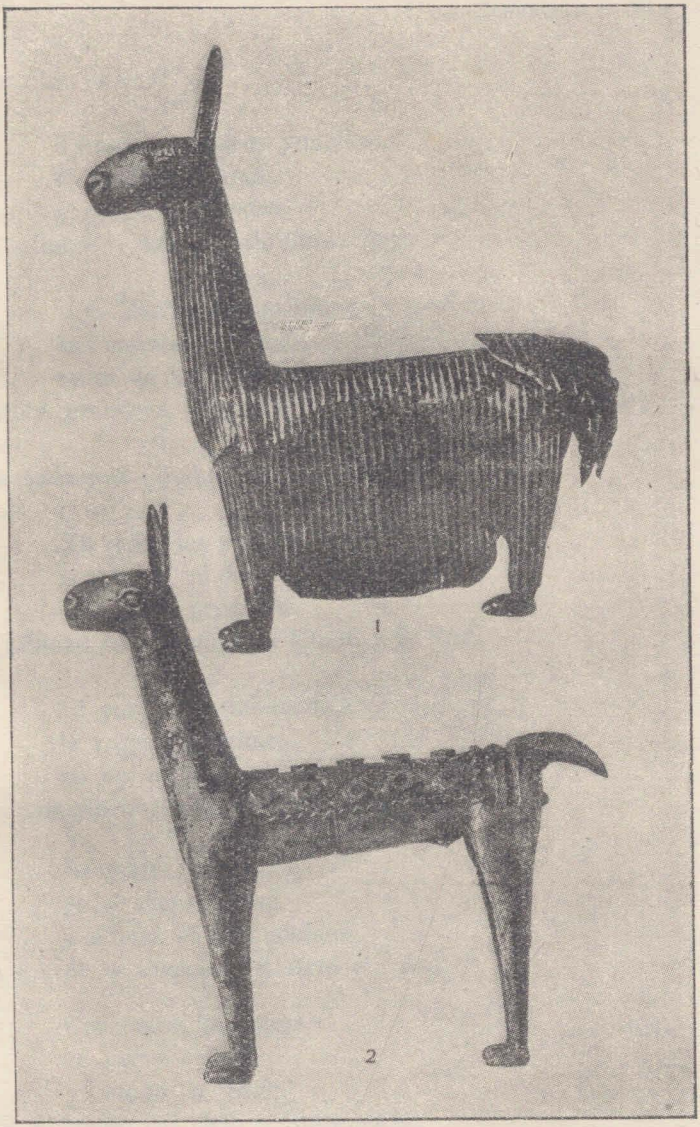
(Balada)

Coro de niños

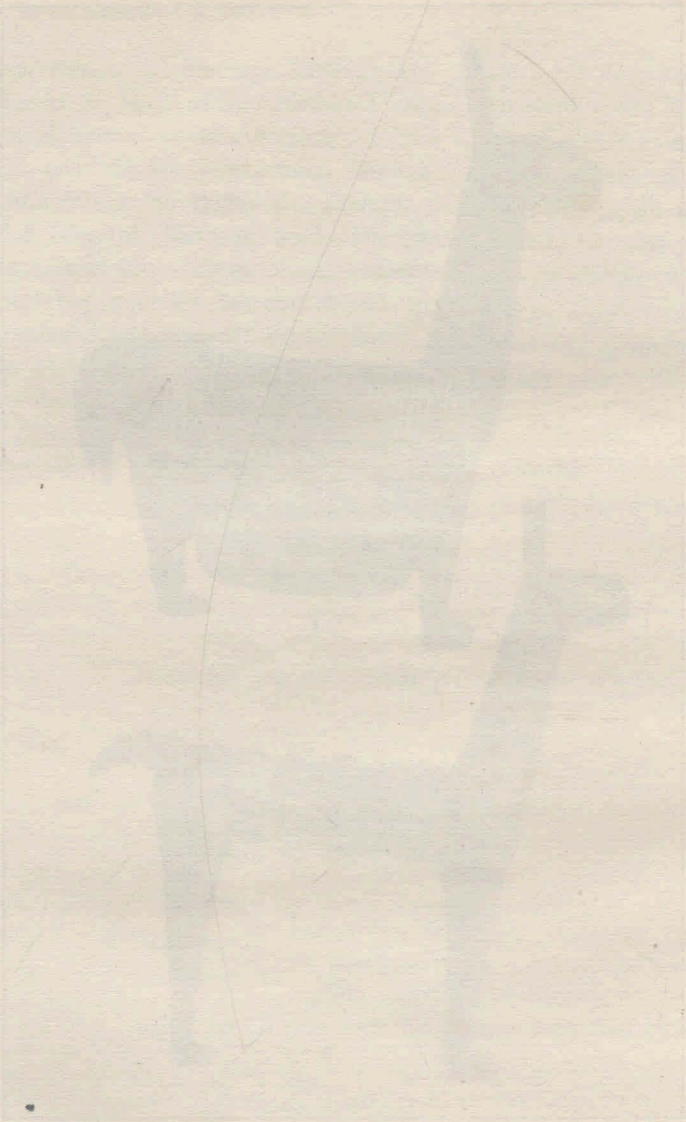
Los cielos se tiñen
de claro arrebol,
¿quién manda esas luces?
¿de dónde esos tintes que anuncian un Sol?

Coro de ancianos

¡Oh, Industria, sabemos
quién eres, tu voz
despierta a los pueblos,
los llama, los mueve, los lanza a la acción!



Adornos incaicos de plata con forma de alpaca (1) y de llama (2), desenterrados en las islas del lago Titicaca



Coro de jóvenes

Templad nuestros yunques,
el brazo empujad,
y grillos y espadas
en combos y arados sabremos trocar.

¡Oh Patria, tus valles,
tus montes, tu mar,
serán de los libres
futura grandeza, magnífico altar!

La Industria (Todas las voces juntas)

Yo todos los pueblos
reuno en un haz,
empujo el progreso
y afianzo en el mundo la Unión y la Paz.

El yunque es mi trono,
la fragua mi altar,
mi ley el trabajo,
mi imperio la tierra, y el aire y el mar.

La inerte materia
yo sé transformar,
y aduno en mis moldes
la luz de la Ciencia, del Arte el Ideal.

Concentro los rayos
en breve cristal,
y fundo la lente
que el fondo del cielo permite tocar.

Yo fijo en mis prensas
la idea fugaz,
y es chispa que envío
creciendo, alumbrando de edad en edad.

Yo tiendo mi alambre
y al habla ya están
las playas distantes,
y así les preparo la Unión fraternal.

He creado un potente
moderno animal,
caballo en la tierra,
se lanza a las aguas, novel Leviatán.

Su ijar es de acero,
su voz de huracán,
su altivo penacho
mi reino, a las gentes, se avanza a anunciar.

Taladro los montes,
remuevo la mar,
y cruzo los aires
en frágiles barcas de leve cendal.

Y acaso mañana
tras rudo lidiar,
despliegue a los vientos
las alas ligeras del águila real.

Mis trojes, abiertas
a todos están:
¡oh! pueblos dispersos,
venid al banquete de Unión y de Paz!

¿Buscáis abundancia?
¿Queréis libertad?
—¡Seguidme! Yo toco
la diana que anuncia su carro triunfal!

Eduardo de la BARRA [chileno].

~ 51 ~

EL MÉDICO A PALOS

(Fragmento del acto I)

ESCENA III

LUCAS y GINÉS, son dos amigos; BARTOLO, un leñador.

GINÉS y LUCAS

LUCAS. — Fortuna ha sido haber hallado a este hombre. Pero ¿no ves qué traza de médico aquélla? *(Los dos miran hacia el foro).*

GINÉS. — Ya lo veo... Mira, retirémonos uno a un lado y otro a otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del Mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS. — Sí.

GINÉS. — Y sólo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LUCAS. — Bien... Entonces me haces una señal, y le ponemos como nuevo.

GINÉS. — Pues apartémonos, que ya llega. *(Ocúltanse a los dos lados del escenario).*

ESCENA IV

BARTOLO *y dichos*

BARTOLO *(Sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, tarareando; siéntase en el suelo, en medio del escenario, y saca de las alforjas una «bota», que, después de beber, va a colocar al lado por donde sale* LUCAS, *el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía.* BARTOLO, *sospechando que es para quitarle la bota, va a ponerla a otro lado a tiempo que sale* GINÉS *haciendo lo mismo que* LUCAS. BARTOLO *pone la bota entre las rodillas, y la tapa con las alforjas).* — Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS. — ¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO. — ¿Y qué?

GINÉS. — ¿Que si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO. — No, y sí, conforme lo que ustedes quieran.

GINÉS. — Queremos hacerle a usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO. — Si así es, yo me llamo don Bartolo. *(Quítase el sombrero y lo deja a un lado).*

LUCAS. — Pues, con toda cortesía...

GINÉS. — Y con la mayor reverencia...

LUCAS. — Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS. — Y con todo respeto y con la veneración más humilde...

BARTOLO (*aparte*). — Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS. — Pues señor, venimos a implorar su auxilio de usted para una cosa muy importante.

BARTOLO. — ¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS. — No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros conocemos el sobresaliente talento de usted y su...

BARTOLO. — Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña. Si ha de ser de encina no la daré menos de a dos reales la carga.

GINÉS. — Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO. — La de pino la daré más barata...

LUCAS. — Suplico a usted que hable de otro modo.

BARTOLO. — Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

GINÉS. — ¡Un sujeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al Mundo los talentos de que le ha dotado la Naturaleza?

BARTOLO. — ¿Quién, yo?

GINÉS. — Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO. — Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido. *(Aparte)*. Ebrios están.

LUCAS. — ¿Para qué excusarse? Nosotros lo sabemos y se acabó.

BARTOLO. — Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINÉS. — ¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.—¡Qué disparate! *(Aparte.)* ¿No digo que están bebidos?

LUCAS. — En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS. — Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS. — Confiese, con mil demonios, que es médico, y acabemos.

GINÉS. — ¿Para qué fingir, si todo el Mundo lo sabe?

BARTOLO. — Pues digo a ustedes que no soy médico. *(Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle)*.

GINÉS. — ¿No?

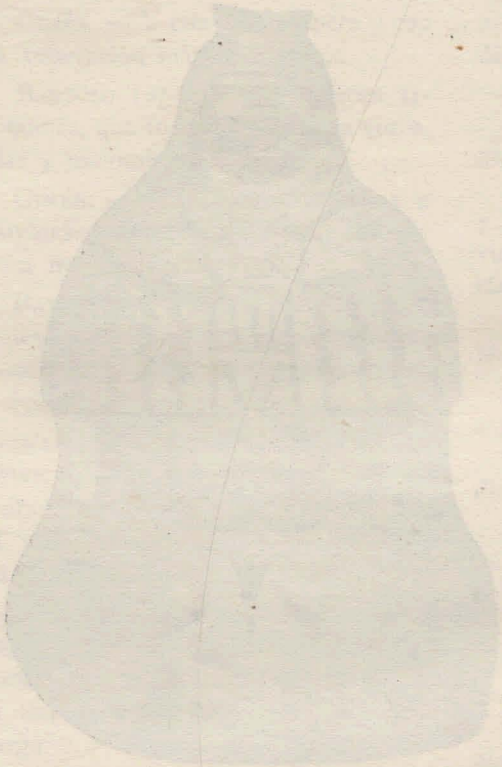
BARTOLO. — No, señor.

LUCAS. — ¿Conque no?

BARTOLO. — El diablo me lleve si entiendo palabra de Medicina.

GINÉS. — Pues amigo, con su buena licencia, tendremos que valernos del remedio consabido... ¡Lucas!

Vaso de cerámica incaica



LUCAS. — Ya, ya.

BARTOLO. — ¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS. — Este. *(Dándole de palos).*

BARTOLO. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... Basta, que soy médico, y todo lo que quieran ustedes.

GINÉS. — Pues bien, ¿para qué nos obliga a esta violencia?

LUCAS. — ¿Para qué darnos el trabajo de derrengarle a garrotazos?

BARTOLO. — El trabajo es para mí que los llevo... Pero señores ¿qué es esto? ¿es una humorada, o están ustedes locos?

LUCAS. — ¿Aun no confiesa usted que es doctor en Medicina?

BARTOLO. — No, señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS. — ¿Conque no es médico?... ¡Lucas!

LUCAS. — ¿Conque no? *(Vuelven a darle de palos).* ¿Eh?

BARTOLO. — ¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre de mí! *(Pónese de rodillas en ademán de súplica).* Sí que soy médico. Sí, señor.

LUCAS. — ¿De veras?

BARTOLO. — Sí, señor, y cirujano, y saludador, y farmacéutico, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS. — Me alegro de verle tan razonable. *(Levántanle cariñosamente entre los dos).*

LUCAS. — Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO. — ¿Si seré yo médico, y no lo sabía?

GINÉS. — No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO. — Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS. — Certísimo.

BARTOLO. — ¿Seguro?

GINÉS. — Sin duda ninguna.

BARTOLO. — Pues lléveme el diablo si yo sabía tal cosa.

GINÉS. — ¿Pues cómo, siendo el profesor más eminente que se conoce?

BARTOLO. — *(Riéndose).* ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

GINÉS. — Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades mortales.

LUCAS. — Una mujer que estaba ya enterrada cuando usted la atendió...

GINÉS. — Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO. — ¿También lo curé?

LUCAS. — También.

GINÉS. — Conque buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir a un joven rico, que vive en esa quinta cercana del molino. Usted estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO. — ¿Me traerán en palmitas?

LUCAS. — Sí, señor; y, acabada la curación, le darán a usted que sé yo cuánto dinero.

BARTOLO. — Pues, señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuánto dinero?... Vamos allá.

GINÉS. — Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO. — No, poco a poco. (LUCAS *recoge las alforjas y el hacha.* BARTOLO *le quita la bota y se la guarda debajo del brazo).* La bota conmigo.

GINÉS. — Pero, señor, ¡un doctor en Medicina con bota!

BARTOLO. — No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... *(Apartándose a un lado, medita y habla entre sí. Después con ellos).* Lo pulsaré, le recetaré algo... Le mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán a sacudir el bulto; y si lo soy, me lo sacudirán también...

. . . . . .

GINÉS. — Vaya, basta de meditación.

LUCAS. — ¿Será cosa de que otra vez...? *(En ademán de volverle a dar).*

BARTOLO. — ¡Qué! No, señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

Leandro F. de MORATÍN [español].

— 52 —

LOS TRES PODERES

(Cuento)

Erase que se era un rey que tenía tres hijos, los vistió de colorado... y ya está el cuento empezado.

Y en verdad no los vistió de colorado, sino de negro, color de luto; porque el bueno del rey estaba para morir cuando llamó a los tres hijos y les habló de esta manera:

—Ya veis cuán de prisa me voy al panteón, sin llevarme a él más de lo que queráis ponerme por mortaja; no llevo mi reino, ni mis riquezas, ni mis honores, ni mis palacios, porque es la fosa tan estrecha, que en ella no cabe sino el cuerpo. Lo demás ahí queda para vosotros. Pero puedo llevarme un consuelo, que ese no ocupa lugar, e irá sentado en mi corazón. Y es el saber que os repartís mi herencia sin disputas ni rencores que turben la paz de mi sepultura.

Así, pues, escoged cada cual de vosotros la parte que apetezca, y si no hubiere conformidad, yo la pondré en las pocas horas que me restan.

—Yo — dijo el mayor — escojo la corona, con el poder y la autoridad que la representa. Y no pido nada

fuera de justicia, porque ellos tocan al primogénito, según las leyes y costumbres de nuestro reino.

—Dices bien; tuya es la corona.

—Yo, — dijo el segundo, — escojo los tesoros y haciendas, porque es justo que quien es hijo y hermano de reyes tenga con qué sustentar el decoro de la majestad.

—Y si os lleváis todo por derecho de primacía, ¿qué dejáis para vuestro hermano menor, que es tan hijo y hermano de reyes como lo sois vosotros?

—Le quedan los palacios de la ciudad y de recreo que no deba ocupar el rey futuro.

—Ni los necesito ni los quiero — dijo el menor, — porque palacios sin renta antes da risa que respeto.

Dejadme solamente con la Biblioteca de la familia. No hará gran falta a mis hermanos; y si les fuere menester, bien podrán el uno conquistar y el otro comprar Biblioteca mejor que ésta. Y os juro por el reposo de nuestro padre, que mi elección va tan conforme con mi gusto y quedo tan contento de mi parte, que no habría escogido otra a ser yo el primogénito.

—Hágase como lo pedís. Y muero tranquilo, puesto que os dejo en paz.

Y murió el buen viejo, que había sido un buen monarca, aunque, por tradición de su país, monarca despótico, como se echa de ver por el reparto que hizo de su herencia, sin sujetarse a otra ley que su voluntad.

Ulrico, que así se llamaba el hijo mayor, entró a gobernar su reino, un Estado constituído autoritariamente en la semi-civilización de la antigua autocracia eslava.

Waldimiro, el segundo, pasó a gozar de su opulencia, llevando vida de príncipe rico, parte soberano en cuanto a los fueros, preeminencias y ventajas, y parte vasallo en cuanto a la independencia de la vida y la persona, estado cómodo y envidiable, tan libre de la obligación de mandar, como descansado de la pesadumbre de obedecer.

Sergio, el menor, se dió a perfeccionar su sabiduría, que ya era grande, y a cultivar su entendimiento, que no era poco, según se puede advertir por la elección de su herencia.

El rey Ulrico disponía a su antojo de vidas y haciendas, mandaba los ejércitos de tierra y mar, recibía embajadas de soberanos extranjeros y homenajes y reverencias de los súbditos propios. Pero, no poseyendo de otras rentas que las de su lista civil, no muy abundante, vivía con modestia desproporcionada a tan gran poder y autoridad. Y envidiaba a su hermano Waldimiro. Waldimiro vivía con tanto rumbo y boato, que mejor que príncipe de las rudas dinastías eslavas, se le creyera un príncipe de las antiguas dinastías babilónicas.

Festines y banquetes en su palacio de la Ciudad, cabalgatas y monterías

en sus palacios de recreo, legiones de criados y aduladores, Corte de parásitos más numerosa que la Corte oficial de su rey. Pero no tenía el poder soberano. Y envidiaba a Ulrico.

El uno se emborrachaba en una orgía de autoridad; el otro en una orgía de placer.

Y ambos concordaban únicamente en una cosa: en desdeñar a Sergio, que ni rico, ni poderoso, pasaba sus días en el estudio y la meditación.

—Todo lo puedo yo con mi acero — decía Ulrico acariciando con la mano su espada, ante la cual temblaban sus vasallos.

—Todo lo puedo yo con mi oro — decía Waldimiro tirando al aire sus monedas ante las cuales se humillaban las turbas y se abrían las puertas y se doblaban las voluntades y los amores.

Y efectivamente; el rey, a fuerza de tiranías, cohechos y exacciones pudo ser y fué rico, chupando la sangre de sus súbditos.

Y el príncipe a fuerza de dádivas y corrupciones, se atrajo gran golpe de parciales — que *el oro los recluta fácilmente entre los malos,* — los cuales le proclamaron por rey de un territorio vecino.

Ulrico y Waldimiro quedaron henchidos de satisfacción y orgullo pensando que habían ya encadenado la felicidad.

El mando y la riqueza piden tanta suerte para conseguirlos, como discreción para emplearlos. Y de esta cualidad carecían precisamente ambos reyes; por lo cual se desesperaban, viendo con sorpresa y con ira que con todos sus esplendores deslumbrantes, *ni la fuerza conquista, ni el oro compra una sola lucecilla de entendimiento.*

Y aquellos dos pobres de inteligencia, si alguna vez la tuvieron en su espíritu, nunca la descubrieron por falta de labor y cultivo.

Porque estaban criados a la usanza de aquellas razas antiguas, que fiaban todo a los prestigios de la alcurnia y de la fuerza. Bastábale saber echar una firma garabatosa o manejar una espada reluciente. Cualquier otro oficio así fuera liberal, era reputado por vil y digno sólo de gentecillas asalariadas para discurrir por los magnates, quienes se hacían servir el alimento intelectual de la misma manera que el alimento corporal, por servidores mercenarios!

Así se embrutecieron aquellas razas, así se petrificaron aquellas naciones, purgando en la dominación extranjera el pecado de subvertir la Naturaleza, que coloca el cerebro en la cima de la figura humana para mostrar su supremacía.

Y así lo pagaron los soberbios príncipes. Sus depredaciones, tiranías y derroches, provocaron la ira de sus súbditos y la enemistad de otros reinos, y la guerra de fuera, ayudada de

la revolución de dentro, devoró en pocos días el poder de Ulrico y Waldimiro, que parecían sentados sobre tronos inconmovibles de oro y acero. Combatidos, derrotados y abandonados de los que fueron cortesanos de la fuerza y parásitos de la fortuna, que como se pegan al manto y no a la persona de los reyes, hubieron de huir de sus reinos con más prisa que equipajes y más miedo que comitiva para quitárselo.

El pueblo desbordado, que como los ríos, toma en una hora venganza de los diques y presas que los oprimieron durante muchos años, se desquitó de las tiranías pasadas incendiando los palacios y castillos de sus reyes.

Y no se libró de la ruina general el pobre Sergio, porque en tales desquites suelen las familias padecer las culpas de las personas.

Los tres hermanos pudieron, con grandes fatigas, refugiarse en una nave extranjera que los dejó en la isla remota, habitada por pocas gentes y gobernada al uso patriarcal.

Ulrico desembarcó antes que los otros, con paso firme y cabeza erguida, como quien está acostumbrado a ser el primero en todo.

Siguióle Waldimiro, pisando con cautela para no poner el pie en el fango y suciedad del camino y mirando con asco las toscas viviendas del país, como quien no sabe vivir sino en medio de sederías, tapices y regalos.

Iba detrás Sergio, con cara de gozo y mirada de curiosidad satisfecha, como quien se recrea en conocer cosas y costumbres nuevas. Su amor al estudio le daba allí la felicidad que faltaba a sus hermanos.

Errando durante algunas horas por la población solos y tristes, sin más abrigo que la ropa puesta y sin dinero para el albergue, porque los crueles revolucionarios, les despojaron de todo lo que tenía valor.

Unicamente se había salvado una cosa: un libro que Sergio se llevó consigo. Llegó la noche y durmieron en la mitad de la calle. Y durmieron mal y poco, porque no tardó en despertarles un guardia de la policía advirtiéndoles que en aquel pueblo no se consentía la vagancia ni la mendicidad. Al verse tratados de tal manera los dos orgullosos monarcas se desmandaron contra el guardia, y éste los llevó presos ante el jefe de la isla.

—¿Por qué dormíais en la calle? — les preguntó.

—Porque no tenemos nada.

—Pues hay que *ganarlo con el trabajo*. Se os dará ocupación. Tú, ¿qué sabes hacer?

—Yo, mandar — dijo Ulrico.

—Buen oficio mientras haya quien obedezca.

—Yo, gastar, — respondió Waldimiro.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

—Buen oficio mientras haya dinero.

—Hemos perdido reinos y riquezas, todo, todo.

—Vosotros habréis perdido todo, yo nada, — dijo Sergio.

—¡Pues si ni tú ni nosotros tenemos más que lo que traemos encima!

—Por eso no he perdido nada. He salvado todo, todo mi tesoro; lo traigo puesto en el cerebro.

—¿Y tu Biblioteca?

—También la traigo: en la memoria.

—Pues tú serás el único que vivas aquí.

Y los dos soberbios príncipes quedaron humillados ante aquel a quien tanto despreciaban, aprendiendo tardíamente que *sólo hay un poder firme e imperecedero: el del entendimiento.*

Eugenio SELLÉS [español].

~ 53 ~

ODA A LA REPÚBLICA ARGENTINA

¡Corazón de América y brazo del futuro americano!

¡Dueña del Sol de mayo!

¡Madre de luchadores, Patria de corazones!

¡Tierra en que germinan semillas de porvenir!

¡Pampa inmensa donde el Sol se expande, y los rebaños, el tigre, el avestruz y el potro tienen existencia!

¡Matrona de hierro que tuvisteis, por sangre y hierro, tu libertad!

¡Fecunda y misteriosa protectora de las razas del Mundo, que pones en cada una de ellas tu germen autóctono!

¡Comodora de la bandera blanca y azul que en la escuadra de América presentas tu Sol delante de todas las estrellas!

¡Gloria y amor a tí, oh, Argentina Patria!

§

Un galope de pegasos nuevos anuncia triunfo, Nación de las naciones latinas, y tus hombres de pensamiento, como tus hombres de obra trabajan en siembras de ciudades y de ideas.

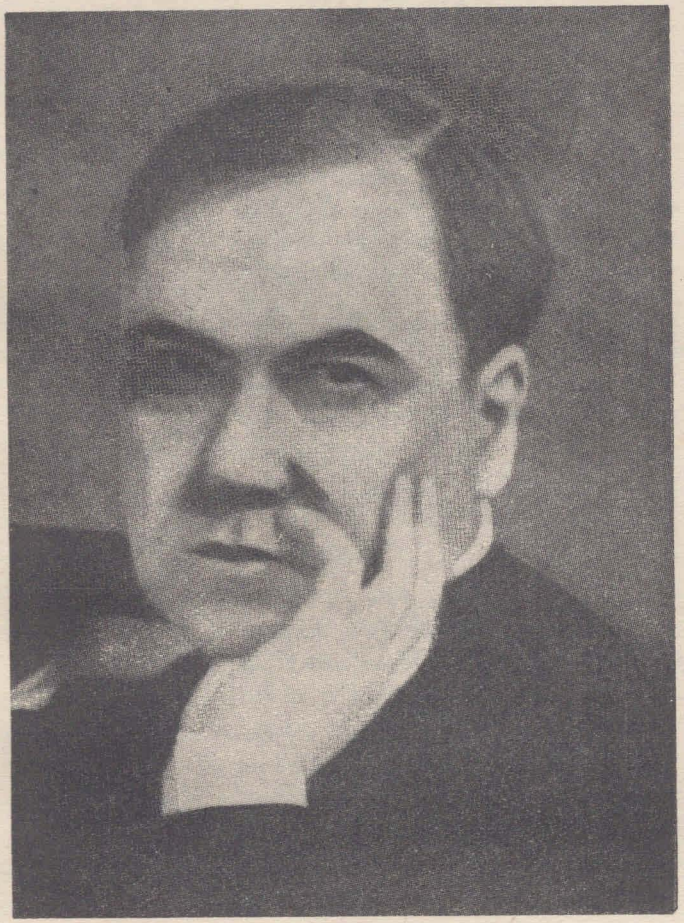
Has tenido el talismán que ha ahuyentado la guerra.

. . . . . .

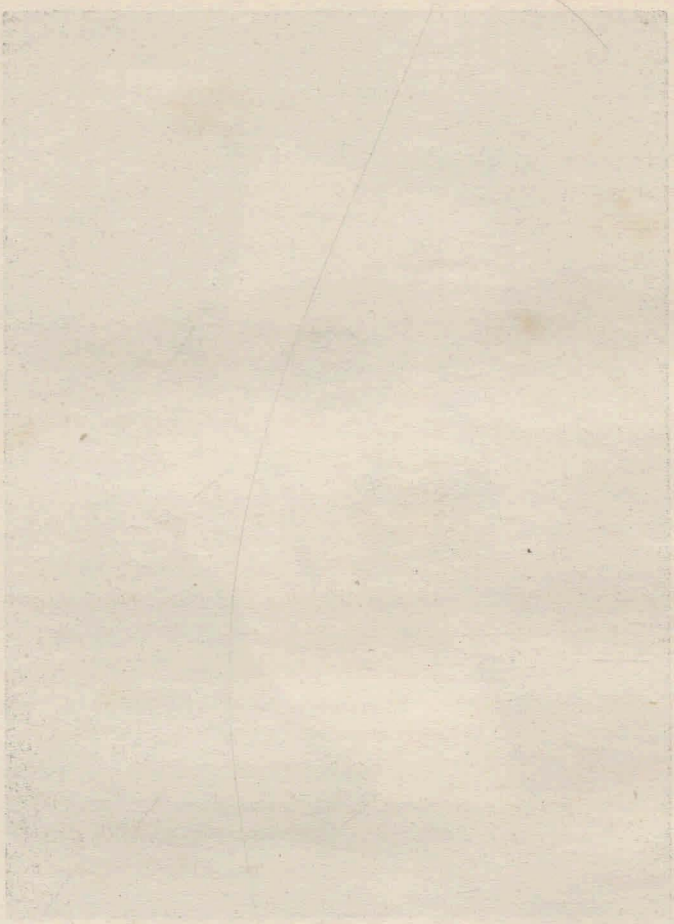
¡Y tu bella sangre ¡oh! Argentina, comunica su ritmo al vibrar de todo el Continente!

§

La estatua de la Libertad está levantada delante de la ciclópea Nueva York; el simulacro de la Vida futura de la América latina, debe levantarse delante de la triunfante Buenos Aires.



Rubén Darío



Como en el crisol el oro, en tí se juntan y se purifican la sangre y los pensamientos de todos los pueblos.

Como en la pampa el potro, en tu cielo vuela libre el pegaso.

Y la ciudad de los sueños que vienen, y la ciudad de las victorias que vienen, será Buenos Aires. Tal lo esperan los hijos de la Visión, tal lo aguardan los ausentes de la Esperanza, tal lo miran los ciudadanos y obreros de la Atlántida.

§

¡Gloria y amor a tí!

¡Gloria por los brillos de tu alma y por el hierro de tus guerreros!

¡Gloria por los colores de tu pabellón!

¡Gloria por la fuerza de tu Historia y por SAN MARTÍN, BELGRANO y MORENO!

¡Amor a tí, Nación de las naciones de América!

¡Amor a tí, porque eres nuestra abanderada continental!

¡Porque en tí alienta la Santa vitalidad latina!

Y porque en tus palpitaciones, ¡oh! corazón de América! — tanto como si fuese un ritmo pitagórico — yo creo escuchar la música del Universo Futuro.

Rubén DARÍO [nicaragüense].

~ 54 ~

LA DUEÑA DE CASA *

Se ha dicho que el hogar es el reino de la mujer, pero no todas las mujeres saben empuñar el cetro como dueñas de casa.

Es reina, no esclava; gobierna a todos sin despotismo, imponiéndose dulcemente a todos por sus cualidades. Los suyos se encariñan con ese rincón amado y ansían volver cuanto antes a él, porque en él se encuentran a gusto, cualesquiera que sean las comodidades.

Cuanto más se deja sentir la influencia inmediata de la dueña de casa, tanto mayor es el bienestar, el orden y la atracción que ejerce un hogar, verdad que la observación y la experiencia han fijado en el proverbio que atribuye a la casa humilde y pequeña mayor reposo que en la gran mansión, por suntuosa que sea.

Es que el palacio no tiene dueña de casa.

La habilidad para el gobierno del hogar que se habita, comprende una parte eminentemente espiritual, asociada al prolijo cuidado material de las cosas y de las personas. No es una técnica ésta que la mujer pueda adquirir en conjunto, sino a la que por

inclinación llega y donde afirma tanto más su éxito y su triunfo cuanto menos se acuerda de sí misma.

Doña Agustina ROSAS de MANSILLA se casó, como era costumbre entonces, siendo casi una niña, pero la joven amuchachada que le quitaba a su hijo Lucio los juguetes para jugar ella, se hizo en poco tiempo, dice éste, mujer hacendosa. Cosía ropa blanca, zurcía medias. «La limpieza era en mi madre, — prosigue — algo así como la obsesión de la pulcritud. Si el agua dulce no abundaba, su ingenio la suplía. En aquella casa se vivía fregando: los negritos, las chinitas, las mulatillitas acababan de cambiar de olor y de color.»

El orden y el bienestar en el hogar, es lo que se goza comúnmente sin detenerse a apreciar lo que cuesta.

Tanto el esposo que se siente tan bien en el hogar como esos hijos a quienes nada les falta en él, dentro de los alcances de la familia, donde todo es orden y harmonía, donde todo es higiene y comodidad, difícilmente uno y otros se detienen a meditar en la suma de detalles, en la serie de esfuerzos y hasta en los pequeños sacrificios cotidianos de esa esposa y madre que no pierde un instante, que no descansa un momento para que todos se sientan bien, para que la satisfacción de las necesidades no sea alterada. Y sin embargo, cada día que pasa es una victoria que no se advierte, porque quien la obtiene no la proclama, no pide nada para sí y queda al último de los demás.

Esa prosa de la vida que en el hogar se puntualiza: la comida que agrada, la ropa de muda lista, la cama preparada, todas las cosas en su lugar, el orden por todas partes, el aseo resplandeciendo, concordante todo para no entorpecer nuestra acción, no alterar nuestros hábitos de la vida íntima ni nuestras exigencias de vuelta a la casa, son ciertamente la resultante de una dirección y de un trabajo tan solícitos como continuos, y sin embargo todo ello no luce, no brilla ni exalta a la contemplación; pero si algo faltara, si un detalle desarmonizara, entonces sí se notaría con desagrado.

Honorio J. SENET [argentino].

~ 55 ~

RIVADAVIA Y WÁSHINGTON

Hay algo que consuela de las amargas decepciones de este Mundo, y es la inmortalidad de la virtud en la Tierra.

Pasarán los siglos, y WÁSHINGTON aparecerá cada día más alto a los ojos de las generaciones que se sucedan.

Después de WÁSHINGTON, la América no presenta otra figura de gran

ciudadano que pueda ponerse al lado de RIVADAVIA.

RIVADAVIA es el WÁSHINGTON sudamericano, sin el laurel del guerrero pero con la palma del martirio.

La virtud del hombre de Estado del Río de la Plata, pasó por la prueba de fuego de la adversidad y de la persecución, que faltó a la virtud del hombre de Estado del opuesto hemisferio.

Se venera a WÁSHINGTON, se ama a RIVADAVIA, por la simpatía que inspira siempre a todo corazón bien puesto un infortunio inmerecido, y esmalta, por decir así, con los tiernos matices de la sensibilidad, la admiración al sacrificio por una noble causa.

Juan Carlos GÓMEZ [uruguayo].

~ 56 ~

EL EXTRANJERO

Tú ves jugar en tu natal ribera
las mansas ondas de tu Plata inmenso,
y él cruza las tormentas del océano
a la merced de su destino incierto!
El náufrago del Mundo y de las olas
es un hermano que te manda el cielo.
Hombre, hermano del hombre,
abre tus playas
al extranjero!

Tú ves brillar el rayo de la aurora
en el regazo del hogar paterno,
y él dejó el suyo, — para siempre acaso,
ay! allá en otra tierra y otro cielo!
El peregrino de la tierra extraña,
es el hermano del hogar ajeno.
Hombre, hermano del hombre,
abre tus puertas
al extranjero!

Tú el canto escuchas del amor sublime
que arrulla el corazón dentro tu seno,
y él oye sólo en la orfandad del suyo
el fúnebre sollozo del recuerdo!
En medio de tu gloria y tu alegría,
él cruza solo allí como un espectro!
Hombre, hermano del hombre,
abre tus brazos
al extranjero!

Tú amarras a la tierra de tu patria
todas las ilusiones de tus sueños,
y él, a través de los lejanos mares,
lanza los suyos que arrebata el viento.
Tú llevas en tu rostro la alegría
y él lleva el luto del hogar paterno!
Hombre, hermano del hombre,
abre tu alma
al extranjero!

Tú dormirás al lado de los tuyos
las muertas horas del eterno sueño,
y él en el fondo de la mar acaso
sepultará el cadáver de su cuerpo!
Abre tu corazón al peregrino;
oh! Dios! no sea que al llamar al cielo
digas también tú mismo:
—Abre tus puertas
al extranjero!

Ricardo GUTIÉRREZ [argentino].

~ 57 ~

EL ARPA

El arpa es un rasgo característico de las poblaciones quichuas en la República; por eso es general en Santiago del Estero, mientras es excepcional o desconocida en las otras provincias. La guitarra es el instrumento popular en el resto de la Nación, importación de los conquistadores que se conservará como una propiedad de los habitantes de las campiñas, porque la guitarra es una compañera cómoda de la vida vagabunda del gaucho.

Es con el arpa que los improvisadores santiagueños cantan los grandes acontecimientos de la vida popular y de sus héroes: acompañados con el arpa cantan el amor a la libertad, a la patria. Santiago tiene también sus bardos, que nunca expresan los sentimientos íntimos ni las grandes cosas sino en quichua, porque el español es el lenguaje oficial, que arrebata el sabor especialísimo y grato al corazón de aquel pueblo excepcional y simpático. Esos improvisadores, adquieren celebridad y nunca les falta auditorio.

Todos los bailes de las campiñas se hacen al compás del arpa, que es un elemento indispensable de las fiestas populares, y el tocador ocupa siempre un lugar preferente, puesto que es necesario.

La lengua quichua según sus conocedores, es harmoniosa y se presta a la poesía, y esas canciones tienen bellezas dignas de estudio. Siempre escuchamos con placer a esos bardos de chiripá, dominados casi constantemente por la cadencia triste del canto y la suave melodía del instrumento.

Vicente G. QUESADA [argentino].

~ 58 ~

LAS TRES GOTAS

(Apólogo)

Alba, — la buena hada protectora de los novios, Alba, la que mora en la pupila azul de los orígenes más puros, — pasando una mañana cerca de una camelia, oyó pronunciar su nombre, por tres cristalinas y trémulas Gotas.

Aproximóse; luego, posándose en el corazón de la flor, preguntó cariñosa:

—¿Qué deseáis de mí, Gotas brillantes?

—Que vengas a decidir en una cuestión, — dijo la primera. — Somos tres Gotas diferentes, reunidas en diversos puntos; queremos que

digas cuál de nosotras vale más, y cuál es la más pura.

—Acepto. Habla tú, Gota brillante.

Y la primera Gota trémula, habló así:

—Yo vengo de las altas nubes, — soy hija de los grandes mares. Nací en el ancho océano, antiguo y fuerte. Después de andar envuelta en mil borrascas, una nube me absorbió. Fuí a las alturas, donde brillan estrellas y de allá rodando, rodando por entre rayos caí en la flor en que descanso ahora. Yo represento el océano.

—Habla tú ahora, Gota brillante, — dijo el hada a la segunda.

—Yo soy el rocío que alimenta a los lirios; soy hermana de los opalinos fulgores de la Luna; soy hija de las tinieblas que se forman cuando la noche oscurece a la Naturaleza. Yo represento el amanecer del día.

—¿Y tú? — preguntó Alba a la más pequeña.

—Yo nada valgo.

—Habla... ¿De dónde vienes?

—De los ojos de una viuda; fuí sonrisa, fuí niña, fuí amor más tarde: ¡ahora soy lágrima!

Las otras vivían de la pequeña Gota... Y Alba, abriendo las alas, tomóla afectuosamente, y dijo:

—Esta es la de más valor, ésta es la más pura.

—Pero yo fuí océano...

—¡Yo atmósfera!...

—Sí, trémulas Gotas; mas, ésta fué corazón!...

Y el hada desapareció por la región azul llevando a la gota humilde...

D. COELHO NETTO [brasileño].

~ 59 ~

LA TIA CELESTA

(Cuento)

¿No la visteis al cruzar la esquina, a la viejecita de pelo más blanco que los copos de la nieve detenidos en los aleros de los tejados, de tez rancia como el marfil, de dentadura cabal y firme todavía, sin postizos ni engañifa alguna? Las curtidas y arrugadas manos con que manejaba la badila revolviendo las castañas en el tostador, decían a veces la vida de labor incesante; la venerable calma de la frente y la limpidez de los ojos, que debieron ser hermosos a los veinte años, la tranquilidad de la conciencia... Sentada en la bocacalle, al margen de la acera, procurando no estorbar con su humilde comercio a los transeúntes, en primavera ven-

Las brujas de San Millán

(detalle)

Ignacio Zuloaga

día lilas, clavelinas y rosas «de olor», pero apenas asomaba el frío, saliendo a relucir las primeras pañosas, establecía su puesto de castañas asadas, y allí la tenían los chiquillos golosos de la escuela y los estudiantes que van a la Universidad y al Instituto, despachando la mercancía con una afabilidad y un desinterés señoril...

Generosa y franca a fuer de española neta, jamás escatimó la ración al niño que tiritando alarga su *perra chica,* y al mozo que riendo, suelta la peseta en el regazo; jamás regateó — y *jamás pidió limosna.*

Ahogos y miserias, crugidas y hasta enfermedades, sospechamos que se las pasó la tía Celesta muy agazapada, en su sotabanco de la ronda; ¿pero extender ella aquella mano? Primero se moriría. Era preciso oirla, cuando se expresaba en confianza. «Trabajar, sí señor, que esa es la ley del pobre..., digo del pobre honrado. Con mi trabajo me he *mantenío,* y nadie ha *tenío* que avergonzarme ni de moza ni de vieja.... Y ya *¿pa* qué voy a pedir? *Tó* me sobra. Con setenta y seis que cumplí el Día de santos! Se murió mi hija, crié un nieto que quedaba, y se me escapó, dicen *que sa embarcao pa* las Américas, porque era codiciosillo y quería hacer un fortunón... A mí que la Virgen no me quite mi cocido y mi catre...»

Y cuando insistíamos para saber si no aspiraba a algo, murmuró confidencialmente la tía Celesta: «Me pide el cuerpo, con este frío barbero, otro mantón abrigadito, que el puesto ya parece de telaraña... Y el caso es que me conviene que venga todavía más frío, más nieve, más escarcha..., así venderé más castañas calientes, y *pué* que junte *pa* el mantón... Ya llevo tres reales... Mientras está una *aterecía...*, y por otra parte *achicharrá...*»

La mañana en que tía Celesta expresó tan modestas aspiraciones «¡qué mañana!, se helaban las palabras en la boca», fué la última que la ví ocupar su puesto y revolver las castañas sobre la hornilla. Desapareció... «Estaba acatarrada...» Buen catarro debía ser, que pasaron las Navidades y llegaron los carnavales sin que la castañera volviera a su sitio de costumbre. Y tampoco, cuando los últimos cierzos de la sierra, soplaron ya fatigados sobre Madrid, se presentó cual otros años ofreciendo los precoces narcisos, que anuncian la resurrección de Flora...

Seguramente la tía Celesta había logrado el mantón con que soñaba — un mantón color de tierra, que no se rompe, que no se gasta, y que abriga de una vez.

Emilia PARDO BAZÁN [española].

~ 60 ~

YO SOY COMO EL HORNERO

Yo soy como el hornero
que trabaja cantando.

El polvo de su tierra y el agua de su cielo
le ofrecen noble barro:
intuición heredada,
un poco de trabajo,
canto, aleteo, amor,
y ya está el nido armado.

Un pedazo de tierra,
de cielo otro pedazo;
luego, trabajo, amor,
y el poema acabado...

Yo soy como el hornero
que trabaja cantando.

Fernán SILVA VALDÉS [uruguayo].

~ 61 ~

DEBEMOS JUNTARNOS

Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la Tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar.

Seamos los iniciadores de una cruzada de Educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la Conquista. No hablo solamente de la educación escolar. Al decir Educación me refiero a una enseñanza directa de parte de los que saben algo en favor de los que nada saben; me refiero a una enseñanza que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que traba-

ja, y la potencia de cada cerebro que piensa.

Necesitamos producir, obrar rectamente y pensar. Trabajo útil, trabajo productivo, acción noble y pensamiento alto, he ahí nuestro propósito. Pero todo esto que es una cumbre debe cimentarse en muy humildes bases y sólo puede fundarse en la dicha de los de abajo. Por eso hay que comenzar por el campesino y el trabajador. Tomemos al campesino bajo nuestra guarda y enseñémosle a centuplicar el monto de su producción mediante el empleo de mejores útiles y de mejores métodos.

Los educadores de nuestra raza deben tener en cuenta que el fin capital de la Educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos, y de *emplear su energía sobrante en bien de los demás*. Esto que teóricamente parece muy sencillo, es, sin embargo, una de las más difíciles empresas, una empresa que requiere verdadero fervor apostólico.

Organicemos entonces el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores. Y no descansemos hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza se didiquen a servir los intereses de los desvalidos, y se pongan a vivir entre ellos para enseñarles hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza, y esperanza en sus propias almas.

José VASCONCELOS [mexicano].

~ 62 ~

DON JUAN DE GARAY

Noble, generoso, audaz, valiente y desinteresado: su figura destaca vigorosamente y su nombre se impone a la inmortalidad, acentuado por méritos y virtudes que exaltarían su efigie en todos los tiempos y en las más trascendentales situaciones históricas de la Humanidad.

Fué superior a su tiempo. Tuvo, como todos los conquistadores españoles, el temerario arrojo, la proverbial hidalguía, el desprecio de la vida y la sublime ambición de la gloria, pero tuvo, por sobre todo ello, la intachable hombría de bien, la honradez acrisolada, la modestia sincera, y la dulzura, propias de otras épocas y otros teatros, un excelso amor por sus semejantes, inaudita energía en las horas de prueba y serenidad y firmeza en los días de bonanza.

Dotado de un perfecto equilibrio, su obra forma el mejor pedestal a su extraordinaria actuación. Como

otros héroes, dominó a sangre y fuego, mas combatió para civilizar. Fué acción y pensamiento. No le guiaron pasiones malsanas, o intereses bastardos; no conoció la codicia, ni el doblez, ni la crueldad.

La estela de su vida, es progreso y aurora de futuras grandezas. No hay una mancha, una debilidad o un desfallecimiento que obliguen el silencio o la atenuación del historiador.

Los documentos de la época, torpemente redactados, y los relatos de los historiadores primitivos, ingenuos o malevolentes, salvan, con rara unanimidad, las líneas de su persona.

Ningún guerrero más digno de elogio: ni aun aquellos que actuaron en comarcas más importantes, y sojuzgaron pueblos de cultura más avanzada. Está exento del cargo socorrido y frecuente de haber destruído monumentos preciosos y aniquilado civilizaciones superiores. Tuvo la fortuna de actuar en una zona donde todo era rudimentario.

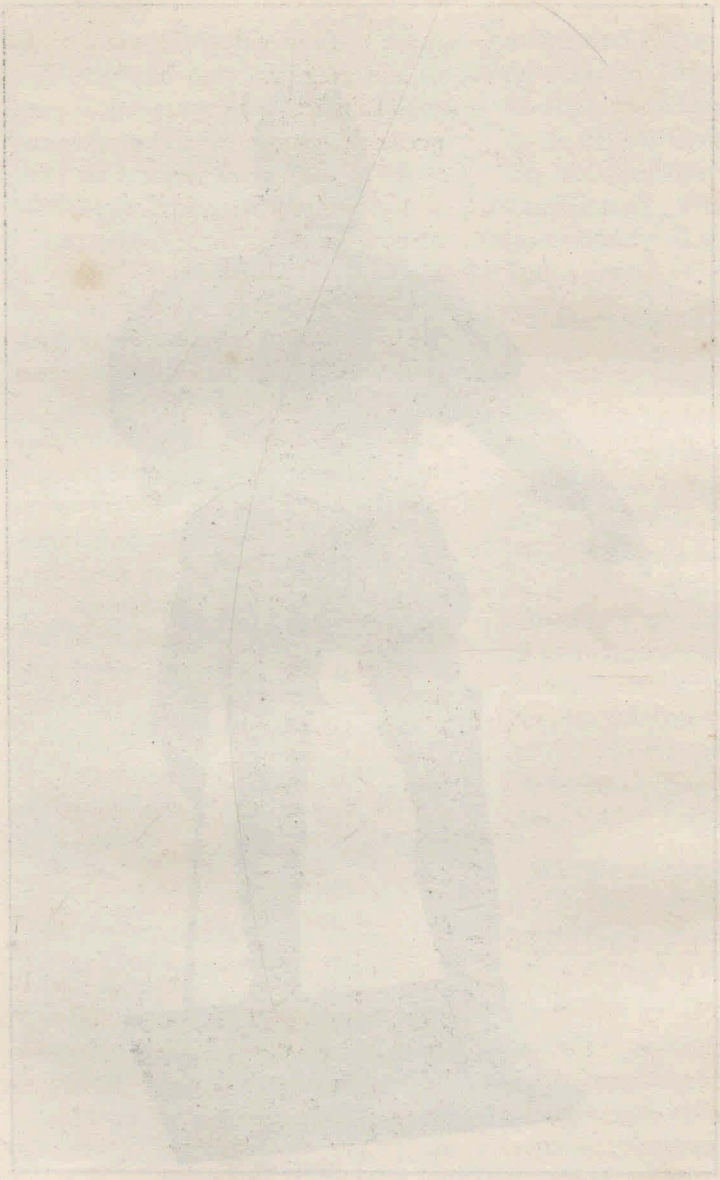
El futuro fundador de Buenos Aires, el más bello de sus títulos a la consideración de españoles y argentinos, partió de España en 1543, pobre y desconocido. No era, como otros conquistadores, un navegante avezado, un guerrero famoso, un noble cargado de títulos y honores; no traía mando de expediciones imponentes, ni pidió anticipadamente compensaciones exorbitantes. Vino, casi niño, bajo la dirección y el amparo de su tío don Pedro Ortíz de Zárate.

Cumplió su destino con la modestia que caracterizó toda su vida. Ascendió lentamente, por el propio esfuerzo. Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando proezas pálidamente descriptas en estas páginas, cuando la hazaña del salvaje le obligó a ello; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea oscura pero fecunda del gobierno, realizada sin contralor en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas, tan extraordinarias son y tan insuperables parecen!

Cuando se examina la actuación de este hombre excepcional y se analizan las múltiples cualidades que lo destacaron entre los hombres de su tiempo, la más sincera admiración domina el espíritu y todo elogio parece mezquino.

José Luis Cantilo [argentino].

Don Juan de Garay — *Gustavo Eberlein*



~ 63 ~

MARAVILLAS DE LA CIENCIA HUMANA

—Tantas son las maravillas realizadas por el hombre en este siglo, — díjeles a mis alumnos, — que más de una vez se me ocurre pensar: — Si los padres de nuestros abuelos volviesen a esta vida, ¿qué dirían de tantos sorprendentes progresos científicos?

—Pero no han sido conquistados por un solo hombre... — me interrumpe Jorge.

—Naturalmente que no. Cualquier descubrimiento, todo invento hecho por un sabio, es el fruto de muchos otros descubrimientos e inventos perfeccionados y combinados.

Mirad, por ejemplo, cuántos investigadores intervinieron en la ciencia de la electricidad, desde fines del siglo XVI, en que los científicos ingleses GILBERT y BOYLE comenzaron sus estudios de los fenómenos eléctricos. Otto von GUERICKE, en el año 1647, inventa la primer máquina eléctrica y más tarde descubre el fenómeno de la inducción eléctrica. En 1736, Stephen GRAY muestra cómo puede conducirse la electricidad por un alambre, trasmitiendo choques eléctricos a una legua de distancia.

—¿Y el inventor del pararrayos?, — me pregunta José María.

—También, FRANKLIN, realizó experiencias para trasmitir señales.

—En 1927, — explica Carlos, — se ha celebrado en todo el Mundo el centenario de la muerte de VOLTA, que inventó la pila eléctrica.

—Sí; en 1799. Y veintiún años más tarde, AMPÈRE inventa el galvanómetro y formula la ley de la circulación de la corriente. En 1867, los ingleses Werner SIEMENS y Charles WHEASTONE, revelan el funcionamiento de una dínamo. Y tantos físicos más, uno tras otro, han hecho adelantar el conocimiento y las aplicaciones de la electricidad.

—Usted ha dejado sin nombrar al célebre MORSE — díceme Luis orgulloso de pillar al maestro en olvido.

—De él iba a hablar, justamente. Finley MORSE, era un pintor estadunidense que en 1837 presenta el primer sistema de telégrafo eléctrico, perfeccionado por otros, usado todavía hoy con su alfabeto de líneas y puntos.

Gracias al descubrimiento de la electricidad química y al empleo de baterías eléctricas debidos a VOLTA, la telegrafía fué alcanzando nuevos horizontes. En los primeros tiempos, se utilizaba un alambre para cada signo alfabético; en nuestros días, se pueden trasmitir por un solo alambre y a la vez ocho telegramas.

El mismo MORSE fué también de los primeros en ensayar el telégrafo submarino, cuya seguridad se obtuvo a mediados del siglo XIX al descubrirse la aplicación del caucho como substancia aisladora.

Después de la invención del telégrafo eléctrico, los científicos advirtieron la posibilidad de que con alambre se pudiese trasmitir la voz humana. En 1873 tocóle a Alexander Graham BELL inventar el teléfono en uso en todos los países cultos. Un perfeccionamiento de EDISON permite hablar a largas distancias.

—Actualmente, no es necesario usar alambres para las comunicaciones por el aire...

—Tú lo has dicho, Ismael. Es que existen caminos en el espacio, como los hay en la Tierra y en los mares. Ya nos ocuparemos de ellos.

Pedro B. FRANCO [argentino].

~ 64 ~

LOS CAMINOS DEL ESPACIO

—Quedamos en que hablaríamos de los caminos del espacio, ¿no es verdad?

Bien. No los vemos, pero existen, son infinitos, y permiten comunicarnos de un Continente a otro sin alambres.

—¿Y quién los descubrió? — pregunta alguien.

—Un físico hamburgués, Heinrich HERTZ, en 1887, al descubrir las ondas electro-magnéticas y su propagación a través del éter. Las ondas van y vienen, velozmente, por los caminos del espacio conduciendo palabras e imágenes.

¿A qué me estaré refiriendo, Jorge?

—A la radiotelegrafía — se adelanta a contestar Luis.

—Es decir, al telégrafo sin hilos.

—Entonces, — exclama José María, — ya sé quién es el inventor: MARCONI, que es italiano...

—Precisamente. Conocidas las ondas hertzianas, — llamadas así en homenaje a su descubridor —, y su facilidad para propagarse, Guglielmo MARCONI pensó en utilizarlas como conductores de signos a distancia. Después de muchos pacientes ensayos — ya sabéis que sin constancia nada se puede realizar —, logra poner en práctica lo concebido. Compone dos aparatos...

—...Uno trasmisor y otro receptor... — expresa Andrés.

—...Y unos instrumentos con antenas. Con tal equipo pudo trasmitir líneas y puntos del alfabeto Morse a unos pocos metros de distancia. Esto era en el año 1896. MARCONI y otros sabios luego, han perfeccionado tanto el invento que hoy, sin alam-

bres, se envían mensajes alrededor del Mundo.

—Y los buques, — manifiesta uno de mis muchachos —, aunque estén en medio del océano, lejos de toda costa, pueden comunicarse con tierra u otros barcos y solicitar auxilio en caso de naufragio o incendio.

—Imaginaos, amigos míos, cuántos beneficios presta a la Humanidad la radiotelegrafía, y cuántos más prestará mañana.

Aun hay algo más asombroso. No recuerdo a quién, creo que a un sabio italiano, se le ocurre aprovechar las ondas hertzianas para largar por los caminos del espacio la palabra hablada. En 1912, hace la primera trasmisión telefónica sin hilos. Al año siguiente, estableciase la primera comunicación radiotelefónica en Europa, entre Berlín y Viena, con un recorrido de 572 kilómetros. En 1915 ya se hacían trasmisiones entre Francia y Estados Unidos, países separado por más de 6.000 kilómetros; distancia sobrepasada en mucho a fines de 1928, cuando Buenos Aires se comunicaba radiotelefónicamente con la estación de Nauen (Alemania).

—Ahora — dice Antonio —, este invento resulta vulgar. ¡Se ha desarrollado tanto!

—Es verdad; en todas las naciones hay centenares de estaciones difusoras y se han generalizado los servicios públicos de radiotelefonía. Si este invento se explota sanamente, constituye una segunda escuela, Universidad popular, periódico de viva voz, sala de teatro y de conciertos aun para los hogares humildes. Lo que hace falta es que aprendamos a no escuchar sino a las estaciones que trasmitan programas de verdadera cultura.

Nos queda por hablar de otro maravilloso invento, más reciente que los anteriores. En 1921, Hemof PETERSEN, sencillo radiotelegrafista sueco, halla un procedimiento de fototelegrafía instantánea. Con este sistema, bastante perfeccionado, se llega a reproducir a distancia ilimitada, en pocos minutos y con claridad, páginas escritas, dibujos, fotografías y cualquier imagen. En febrero de 1929, desde Nauen se trasmitieron varios autógrafos a diarios de Buenos Aires.

Ya veis cómo se ingenia el hombre para aprovechar las trasmisiones inalámbricas. ¿Qué portentos veremos mañana? Aguardemos. Los caminos del espacio no están cerrados.

Pedro B. FRANCO [argentino].

~ 65 ~

CUANDO SARMIENTO HABLA DE SU MADRE

La adoración de SARMIENTO por su madre es el invariable tema de su corazón; equivalente al tema educativo en sus asuntos sociales y políticos. Es el canto melódico de las instrumentaciones orquestales wagnerianas. En la tormenta de ideas y de pasiones desencadenadas por la angustiosa dominación de violas y violines, cobres y timbales, clarines y oboes; en el estruendo armónico del conjunto de ondas musicales que se entrechocan y agitan como sus homónimas del mar, rugientes, iracundas, sollozantes y tremantes; escúchase, lejano, el canto límpido de la melodía que susurra en el violoncello su queja; o trina en la pureza de la flauta; o desgránase en el lento arpegio cromático de la comba del arpa... Cuando SARMIENTO habla de su madre, cesan cóleras y dicterios, ironías y rencores, y canta en su corazón la dulce melodía de las tormentas orquestales; el rayo de la Luna de las tormentas de la mar... ¡Cuán admirable resulta contemplar entonces a aquel hombre alto, robusto, orgulloso, fuerte, que conservó siempre algo de abrupto y tosco, hilando su amor de niño obediente hacia la madre que le dió el sér!... Así se expresa al referirse a ella en uno de sus libros: «Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia; es la tierra viviente a que se adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; LAMARTINE ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias,* que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la Historia.... Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se han leído páginas como las de LAMARTINE, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte. Pobre mi madre...» Describe SARMIENTO con orgullo su hogar paterno pobre, pero honesto, noblemente sometido a las desigualdades de la fortuna; para agregar luego: «Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza acercarse a sus puertas, sin ser debidamente

solicitado, en debida forma invitado; y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una deshonra...» Para terminar reverente: «Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido...»

Sobrábale razón a SARMIENTO en ostentar como manto de patricio romano, la pobreza de su hogar humilde: que el mayor mérito está, no en heredar nombre ilustre, o en disminuirlo y menoscabarle; sino en labrar la piedra de la propia grandeza, creando la cumbre de la estirpe, desde donde podamos contemplar hacia abajo la escala por la cual ha de ascender nuestra progenie, rostro hacia arriba, admirando y recordando al hombre fuerte que supo sojuzgar por la inteligencia, o ennoblecer por la virtud y la templanza...

Pedro César DOMINICI [venezolano].

~ 66 ~

PALABRAS PIDIENDO UN DIA DE LLUVIA

(Fragmento)

¿Qué se han hecho las nubes?
Los vientos, ¿qué se han hecho?

¡Señor: que llueva un poco;
que se oscurezca un poco el ancho cielo;
que se abran los caminos invisibles
al goce musical de un aguacero!
¡Que haga un poco de frío,
como para cerrar nuestro aposento
y quedarnos detrás de las ventanas
viendo llover sobre los rojos cerros,
o leyendo algún libro
que no es dable leer sino lloviendo!

¡Señor, que llueva un poco;

que se haga trizas el cristal del cielo!
No es porque tenga tierras labrantías;
no es porque tenga campos o viñedos,
o trigales unánimes
y ganado sediento.
¡Agua nos sobra en el Atuel profundo;
agua nos sobra en el Diamante inmenso!
¡Mas yo no tengo nada; a no ser esta
flor de mi soledad y mi silencio
que se me está secando entre las manos,
entre mis flacas manos de labriego!

¡Señor, que llueva un poco!

Alfredo R. Bufano [argentino].

~ 67 ~

LOS INGLESES EN 1806

(Narración)

Frente a una casa de la calle Defensa, en los alrededores del convento de Santo Domingo, casa solar con amplia azotea intercalada como terraza entre sus tejados, la última compañía del regimiento 71, acosada por los tiros, las piedras y los proyectiles que le arrojaban desde la azotea, había tenido que detener el paso.

En esta casa habitaba una antigua familia oriunda de hijosdalgos españoles venidos con don Pedro de Cevallos y radicada en el norte de la Provincia, donde tenía su más hermosa estancia.

La resistencia en esa casa se hacía, siendo muy niños los hijos varones y anciano el padre, por los vecinos, parientes y amigos reconcentrados en esa cómoda azotea, y por numerosos esclavos que en el régimen patriarcal de la Colonia eran también como de la familia, nacidos en la casa y en la estancia, y llenos de afecto y lealtad por sus amos y por los niños con quienes se habían criado y jugado en la infancia.

Frente a la puerta colonial enorme, con una puerta chica en el centro, y resistente como una poterna, reforzada con gruesos clavos de hie-

rro en su espesa ensambladura de cedro, se había detenido esa última compañía del regimiento 71, que mandaba el capitán PALLEY y que cerraba la marcha de la columna inglesa en camino hacia la plaza Mayor.

En las filas de los veteranos se sentía un sordo rugido, como el de la fiera que se contrae para acometer.

De pronto se abrió la pequeña puerta central del portalón para dar paso a un hombre, y se volvió a cerrar con estrépito. El hombre se quedó parado delante, cubriéndola con su cuerpo gigantesco, y enarcando sus brazos, con un trabuco en cada mano y un facón de cabo de plata en la cintura.

Era un coloso, de un negro mate como el ébano, sin lustre, y las facciones regulares de un blanco. Llevaba el trabuco peculiar de los gauchos domadores, chiripá corto ceñido con faja pampa angosta, botas de potro, tirador con rastra de plata y boleadoras a la cintura. Estaba en cabeza, con su crin crespa esquilada corta, cubierto el busto con una camiseta clara, arremangada en los brazos, que surgían como dos medios postes de jacarandá, en el cuello un gran pañuelo de yerbas, y colgado al brazo izquierdo un viejo poncho de seda azul y blanco.

Se sintió el martillar de las armas. Ese hombre iba a ser fusilado.

El capitán PALLEY levantó la mano para detener la ejecución, y avanzó hacia el negro con su espada desenvainada debajo del brazo. Sus órdenes militares para ese día eran marchar directamente al Fuerte, defendiéndose con fuego oblicuo a las azoteas para despejarlas, pero sin asaltar las casas de familia.

Un teniente de la compañía había saltado instintivamente de la primera fila y se había puesto a su lado. Era una especie de atleta celta, casi tan grande como el negro, de ojos celestes y cabellos rubios como el oro: hermoso como un héroe de OSSIAN en su soberbio uniforme de *highlander* que había cruzado los grandes combates del Mundo.

Viendo que el negro no cejaba en su actitud hostil, sin poderse contener cayó en guardia frente a él con su largo sable reluciente en la diestra vigorosa; y todo el mundo se detuvo instintivamente, ante la expectativa del combate singular.

El negro puso en el suelo los trabucos, empuñando su facón y envolviendo el poncho en la mano izquierda. El joven veterano apenas tomó contacto con el hierro, hizo una finta al costado en una esgrima ignorada para su adversario, y se fué a fondo como un viento con un hachazo a la cabeza. El negro, sin preocuparse de ella, fiado en su solidez, metió el poncho como solía hacerlo con el tigre y tiró un tajo a la muñeca, como para desjarretar, y el sable saltó lejos.

En seguida envainó el facón, tomó al celta por la cintura como si fuera un niño y lo tiró de cabeza contra el poste de la acera. Y enceguecido por la ira y por la sangre que le coloreaba la chasca, con las furias desatadas en su alma africana, antes que nadie pudiera evitarlo saltó hacia el caído como un rayo. Había desjarretado; iba a degollar. En ese momento se sintió un grito de horror de una de las ventanas de la casa, y se vió de pie en ella a una niña hermosísima que exclamaba: ¡No, Sixto! ¡Eso no hace cristiano! ¡Viva la patria!

El negro se detuvo, y mirando a la ventana, humilde y extático, y envainando lentamente su puñal, dijo:

—¡Ah! Es la niña Juanita. Tiene razón. Somos cristianos, y somos criollos.

Y el esclavo colonial argentino, erguido y cubriendo con su vasto cuerpo y con sus brazos en cruz la puerta sagrada de sus amos, mirando fijamente a los conquistadores, y agitando como una bandera precursora su poncho azul y blanco, gritó también con su voz de bronce:

—¡Viva la patria!

Y este grito tremendo, que saludaba a un sér aun no nacido, y que estaba ya en el corazón y en los labios de la multitud, pareció resonar en la calle y en las azoteas, en el Fuerte y en la plaza Mayor, volar en la llanura y trasmontar los Andes, tronar en las batallas y vibrar en los triunfos y en las derrotas, y anunciar ese día al pueblo naciente conquistado por sorpresa, el desquite de la Reconquista y la aurora de 1810.

El capitán PALLEY, imperturbable y leal, tendió la mano al digno predecesor de Falucho y de Barcala, y le dijo simplemente: «*¡All right, mister Six!*».

Julio A. COSTA [argentino].

~ 68 ~

EL QUE NO TRABAJA NO COME

Todo lo que es orgullo de la Humanidad es fruto del trabajo. Lo que es bienestar y lo que es belleza, lo que intensifica y expande la vida, lo que es dignidad del hombre y decoro de los hogares y gloria de los pueblos, la espiga y el canto y el poema, todo ha surgido de las manos expertas y de la mente creadora. El trabajo da vigor al músculo y ritmo al pensamiento, firmeza al pulso y gracia a las ideas, calor al corazón, temple al carácter. La perfección del hombre es obra suya. Sólo por él consigue la libertad y depende de sí mismo, afirmando su señorío en la Naturaleza.

El trabajo encumbra a la Humanidad sobre la bestia. Despierta las mieses en las pampas, saca metal lu-

José Ingenieros

Caricatura de Columba

ciente de los más negros antros, convierte el barro en hogar, la cantera en estatua, el trapo en vela, el color en cuadro, la chispa en fragua, la palabra en libro, el rayo en luz, la catarata en fuerza, la hélice en ala. Su esfuerzo secular creó el poder del hombre sobre las fuerzas naturales, dominándolas primero para utilizarlas después. Fueron obra suya la palanca, la cuña, el hacha, la rueda, la sierra, el motor y la turbina. Nada dura en el Mundo que no conserve el rastro de sus virtudes, vencedoras del tiempo.

Todo el capital de la Humanidad es trabajo acumulado; lo crearon las generaciones que han trabajado y son sus dueños legítimos las generaciones que trabajarán. Los que detentan algo de ese capital común para convertirlo en instrumento de ocio, son enemigos de la sociedad.

El trabajo es un deber social. Los que viven sin trabajar son parásitos malsanos, usurpando a otros hombres una parte de su labor común. La más justa fórmula de la moral social ordena imperativamente: *El que no trabaja no come.* Quien nada aporta a la colmena no tiene derecho de probar la miel.

José INGENIEROS [argentino].

— 69 —

EL PREGONERO

(Narración colonial)

Nadie más importante y popular que el Pregonero en la época colonial. Gaceta, boletín, correo, faraute; no había bando, subasta y almoneda sin él. Los acuerdos tomados por Sus Mercedes en las reuniones a cabildo de la «justicia y regimiento de la ciudad», por su voz eran conocidos del pueblo. En los libros capitulares, todo auto termina: «*Se publicó y pregonó este bando al toque de caja, a altas voces, con gran concurso de gentes.*»

Sobre el poyo de piedra de la plaza Mayor, en la plazoleta de Santo Domingo, en la esquina de las pulperías o al zocaire de un tapial, sobre cuya barba vicheaban los rapazuelos, allí resonaba el redoble del atambor y la voz del Pregonero. Allegábanse, acuciados por la novedad, formando rueda, mulatillos, negros, vaqueros, indios y con lento paso y severo continente, apartándose del chusmerío, graves hidalgos de holgada capa, aludo sombrero y larga espada; damas de sayo y manto, que salían, mañaneras, de misa de alba; galanes de jubón carmesí, gregüescos acuchillados

y fina golilla; rollizos frailes y soldados del tercio.

A la vera del Pregonero, tiesos y solemnes, la mano en la empuñadura del espadín, los alguaciles del Cabildo, el alcalde de Hermandad como testigo y el escribano para dar fe.

Al tercer redoble resonaba la recia voz del Pregonero: «Que se den cuatro huevos por un real». «Que no se venda ni compre trigo sin licencia», «Que se manifiesten los forasteros», «Que el vino se venda en peruleras», «Que nadie sea osado a tener más de un perro», «Que ningún vecino eche basuras en las calles», «Pena dos pesos, si es negro, azotes»; terminando el bando: «Todo lo cual Su Señoría manda se guarde y cumpla».

Con gran alharaca y rechifla se recibía a veces el pregón, otras, si el asunto era grave con meditabundo y compungido rostro.

En las subastas de negros era de oir la voz del Pregonero, previo redoble: «Diez piezas de esclavos negros, con sus crías, pongan precio Sus Mercedes». Mayor era el alboroto y el griterío en las almonedas: «Una capa de paño sevillano, un jubón atrencillado de bayeta de Castilla, unas calzas de velludo, todo medio traído, se venden»; y terminaba dirigiéndose al comprador al adjudicar el lote: «Que buena, que buena pro le haga.»

Tanto medraban los pregoneros, pues daba de sí mucha granjería el oficio, que el Cabildo resolvió se arrendara en público remate.

B. J. MALLOL [argentino].

— 70 —

EL ÁRBOL Y EL HOMBRE

¡Todo lo que es el árbol para el hombre! ¡Y qué mal se lo paga el hombre en su ingratitud! ¡Él lo cubre, lo alumbra, lo alimenta, le da la frescura de su sombra, la pulpa jugosa de sus frutos, el arado romano de la labranza, la cuba de las vendimias, el carro, la noria, el barco, la cuna al que nace, el ataúd con que lo entierran; el árbol le protege de los temporales, purifica y embalsama el aire que respira; en las noches de invierno se deshace en brasas para dar calor a su compañera, a su amiga, a su hermana. ¡Y, entretanto, con qué dureza de corazón él lo hiere, lo lacera y lo maltrata, y lo abate inútilmente, sólo por el placer bárbaro de destruirlo, por el instintivo rencor a toda criatura viva que en la superficie de la tierra se eleve más que él! Si no existiese el árbol, el hombre, creación de la edad de oro, no habría podido sobrevivir. ¿Qué hubiera sido del velludo, del ingenuo Pitecantropo erguido, aparición cuaternaria, *missing link* entre los antropoides y el hombre,

si el árbol no le hubiese abrigado de las lluvias y salvado de las fieras, si sus hojas no le hubiesen vestido, ni alimentado sus frutos; a él, que aun no sabía matar con tanta perfección como su feroz descendiente, ni amasar el pan con el grano de las mieses, ni fermentar el vino con el racimo de las vides?

En todas partes los creadores de civilización, los constructores de ciudades modernas, derriban troncos, arrancan florestas, tienen — como los marroquíes, — la obsesión de la planicie árida, asolada, quemada por el Sol. Y, entretanto, necesitamos cada vez más el árbol. Si ya no dependemos inmediatamente de él, si ya no nos abriga bajo su copa frondosa, si ya no nos protege de las fieras y de las tempestades, si ya casi no nos alimenta (el gran señor del Mundo habita palacios y devora cadáveres), no por eso el árbol ha dejado de ser útil al hombre.

¿Qué sería de nosotros si las florestas no regulasen el régimen de las lluvias, no dirigiesen el curso de las fuentes, no purificasen la atmósfera, no corrigiesen la temperatura, no diesen a la Naturaleza espiritualidad, aquel sentimiento edénico que nos hace hallar dulce la vida y bellos los paisajes? ¡Con qué abnegación los eucaliptos sorben los pantanos, sembradores de muerte; con qué fidelidad los pinos marítimos fijan las arenas movedizas, convirtiendo las dunas tristes e inmensas en la alegría dorada y dionisíaca de los viñedos! Es por medio de los árboles — más que por los prados o las montañas — que se comunica nuestra alma de emoción fraternal de la Naturaleza. Por eso los artistas los comprendieron y los amaron siempre. Por eso PETRARCA mandó plantar un laurel sobre el túmulo de VIRGILIO. Por eso TOLSTOY pidió que lo enterrasen en una sepultura humilde, rodeada de árboles rumorosos. Fué esa emoción profunda la que dictó a RUSKIN la célebre frase: «¡Plantad árboles, para dar sombra y reposo a la humanidad de mañana!».

Julio DANTAS [portugués].

~ 71 ~

BALADA DEL VIOLIN

Aquel mozo enfermo y flaco
tocaba el violín al Sol
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

¡Y buen dar! Cuando tocaba
algún rondel español
o alguna sonata eslava...

Aquel mozo enfermo y flaco

salía a buscar el Sol
y a llenar su viejo saco,
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

Salía a matar su esplín
cuando tocaba el violín,
cuando como un caracol
salía a buscar el Sol...

Aquel mozo enfermo y flaco
murió tocando el violín.
¿Qué queréis? Halló su fin
en un sorbo de alcohol
y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al Sol
y abrazado a su violín...

Víctor Domingo SILVA [chileno].

~ 72 ~

EL TITIRITERO Y EL LUGAREÑO

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse y comenzó a remedar el gruñido de un cochinillo con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero.

Comenzaron todos a gritar que se quitase la capa, hízolo así, y viendo que no tenía otra cosa alguna debajo de ella, le renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho.

Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas expresiones de necia admiración, gritó pidiendo silencio, y dijo: — Señores, sin razón se admiran ustedes de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfección como a ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que venir a este sitio mañana a la misma hora.

El pueblo, preocupado ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, más para silbar al paisano, que para divertirse en ver lo que había prometido.

Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón y fué más aplaudido de lo que había sido nunca. Siguióle después el labrador; agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja a un marranito que llevaba escondido bajo del brazo y el animalito empezó a dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No

por eso se turbó el buen lugareño, antes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio:—Señores, — dijo con mucha socarronería,—ustedes no me han silbado a mí, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.

P. ISLA [español].

~ 73 ~

FASTOS AMERICANOS

Argentina:
25 de mayo de 1810
9 de julio de 1816
Bolivia:
6 de agosto de 1825
Brasil:
7 de septiembre de 1822
15 de noviembre de 1889
Chile:
18 de septiembre de 1810
Colombia:
20 de julio de 1811
Costa Rica:
15 de septiembre de 1811
Cuba:
20 de mayo de 1898
Ecuador:
10 de agosto de 1822
Estados Unidos:
4 de julio de 1776
Guatemala:
15 de septiembre de 1811
Honduras:
15 de septiembre de 1811
México:
16 de septiembre de 1810
Nicaragua:
15 de septiembre de 1811
Panamá:
28 de noviembre de 1821
3 de noviembre de 1903
Paraguay:
14 de mayo de 1811
Perú:
28 de julio de 1821
Salvador:
15 de septiembre de 1811
Uruguay:
25 de agosto de 1825
Venezuela:
19 de abril de 1810

Todas estas fechas rememoran el anhelo humano de Libertad. Todas son hermanas en la gloria porque las santificó el sacrificio.

¡Son el grito de Dolores; de Yara; de Asencio! ¡Son el Cabildo abierto del 22 de mayo y la última carga de Ayacucho!

Son los nombres de MIRANDA el precursor, SAN MARTÍN, BOLÍVAR, MORELOS, WÁSHINGTON, BELGRANO, O'HIGGINS, SUCRE, BROWN, MATÍAS DELGADO, MARTÍ...

Evocan la epopeya magnífica de nuestros ciudadanos-militares, de los que únicamente utilizaron la espada

para combatir por la Libertad de los pueblos. Esto hay que repetirlo muchas veces para que se haga carne en nuestro espíritu y germine, mejorando nuestra conciencia ciudadana, dándole horizontes más amplios a nuestra solidaridad continental.

Sean estas fechas el talismán que obre el conjuro de unirnos cada vez más — tal el simbolismo de nuestro escudo — por los siglos de los siglos, amparando los frutos opimos del trabajo y de la idea, para que en nuestra patria, y en todas las patrias, sea una realidad el voto del credo republicano, tan sobria y magistralmente expresado en el preámbulo de nuestra Carta magna. Y entonces en el suelo bendito de Iberoamérica, donde se está gestando la Humanidad del futuro, los hombres se darán la mano al amparo de leyes libérrimas que debemos respetar y cuidar más que nuestra propia vida.

¡Fechas cien veces gloriosas! Unelas cual piedras de una corona maravillosa, la efemérides del 12 de octubre de 1492, día en que los trémulos labios de COLÓN presentaron al Mundo la Atlántida de las leyendas!

Cesáreo RODRÍGUEZ [argentino].

~ 74 ~

SAN MARTÍN

SAN MARTÍN fué el libertador del sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del Rey.

Cuando NAPOLEÓN entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra NAPOLEÓN: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros y más tiros desde un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese contento. SAN MARTÍN peleó muy bien en la batalla de Bailén y le hicieron teniente coronel.

Hablaba poco; parecía de acero; miraba como un águila; nadie lo desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo dis-

San Martín y O'Higgins atravesando los Andes

cursos; levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fué su primera batalla; sable en mano se fué SAN MARTÍN detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo; a BOLÍVAR lo había echado el Morillo el Cruel de Venezuela; HIDALGO estaba muerto; O'HIGGINS salió huyendo de Chile. Pero donde estaba SAN MARTÍN siguió siendo libre la América.

Hay hombres así que no pueden ver la esclavitud. SAN MARTÍN no podía, y se fué a libertar a Chile y el Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. SAN MARTÍN se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco; liberta a Chile.

Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba BOLÍVAR. SAN MARTÍN le cede la gloria. Se fué a Europa triste y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador PIZARRO trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores.

Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad; los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, *no son héroes, sino criminales.*

José MARTÍ [cubano].

~ 75 ~

PASCUALILLO

(Relato de un hecho real)

—¡Venga usted, venga usted en seguida! — me dijo la nena desde el balcón, abierto, por donde entraba a borbotones todo el caudal luminoso del mediodía: — ¡Qué horror! ¡Qué desgracia! Un automóvil acaba de atropellar a un perro, ¿ve usted?, a ese pobre perro. Allí está, despatarrado, en medio de los rieles del tranvía... ¿oye usted sus gritos?

Y me señalaba entre las floridas acacias que bordan mi calle, un sitio, en el que se aglomeraban los bobos de siempre, llenos de esa compasión estéril, nula, incapaz de otra cosa que de comentarios más o menos dulzones.

Ni siquiera había alguien que se atreviese a quitar el perro de los rieles, para que el próximo tranvía no consumara la obra iniciada por el automóvil.

Pero la bestezuela, movida por el aguijón formidable de su instinto y a pesar de lo derrengada y maltrecha, hizo un esfuerzo (iba a decir sobrehumano), y se arrastró, dando alaridos de dolor, hasta la acera cercana, yendo a acurrucarse cerca del umbral de una puerta. Los bobos seguían rodeándola estúpidamente, sin atreverse a socorrerla.

Algunos, más oficiosos, le palpaban el cuerpo para ver dónde estaba el mal, y no los movía a compasión sus chillidos, hasta que el animalito acabó por enseñar rabioso los dientes a quienes se aproximaban demasiado.

La nena, nerviosa, angustiada, me dijo: — Baje usted y vea cómo está; vea qué puede hacer por él.

No se atrevía a decirme todo su pensamiento.

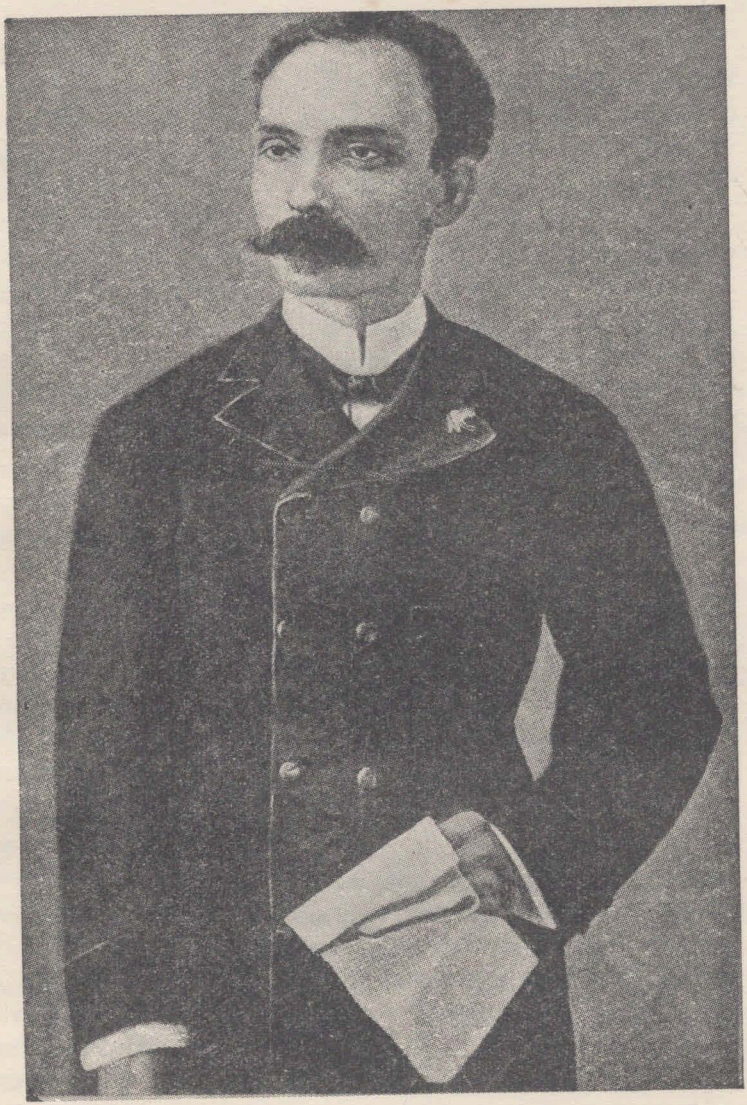
Todo su pensamiento era: — Si usted tuviese el valor de cogerlo y traerlo a casa, aquí, cuando menos, moriría en paz...

Pero yo comprendí, y bajé, dirigiéndome al sitio donde yacía el perro, que, a cada amago de tocamiento, aullaba de miedo al dolor.

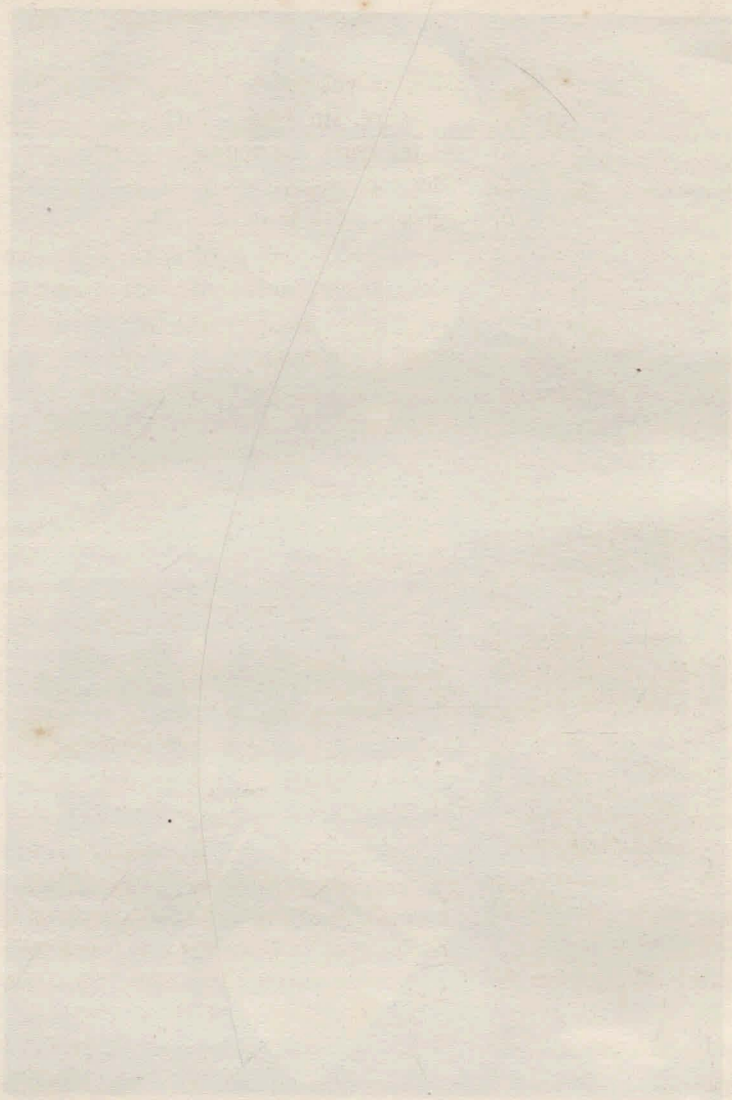
Me acerqué al grupo y ví que no había rastro de sangre.

Sin duda, se trataba de un terrible magullamiento. Además, parecía como si las patas estuviesen rotas.

El animalito, lleno de barro, no era feo: pequeño, con grandes orejas; de pelo blanco y negro, en manchas muy desiguales; la cabeza negra menos



José Martí



una línea central, blanca, que parecía la raya de un peinado. Ojos llenos de comprensión, de inteligencia.

Me informé con el grupo de bobos, en su mayoría chicuelos del barrio, acerca de los detalles del accidente.

Un chico me dijo: — Yo lo ví todo. Le pasó por encima una de las ruedas del automóvil.

Otro: — Está derrengado.

Otro: — Tiene *partidos* los riñones. Morirá, a lo más, dentro de una hora.

—Y si no, — añadió otro — vendrán los perreros, se lo llevarán y lo asfixiarán.

Por último, una mujer me dijo: — Venía con su ama, señora anciana, que al verlo caer bajo las ruedas del *auto,* fuése tapándose los ojos y dando gritos... Tenía un collar, pero un chico acaba de quitárselo.

El perro, en tanto, me miraba. Parecía comprender el diálogo y darse cuenta de mi interés. Sus ojos tristes, tenían un simpático brillo de aquiescencia.

Acerqué lenta, muy lentamente mi mano y acaricié con suavidad su cabeza. No me mordió. Seguía mirándome intensamente.

—¿Cómo podría llevármelo a casa? — pregunté a los chicos. — ¿Queréis cogerlo alguno de vosotros?

—¡Nos mordería! — replicó uno.

—Tal vez en un saco, poniéndole con cuidado — insinué.

Una voz, la de la mujer de marras (madre, sin duda), surgió: — Cójalo usted como los cogen las perras cuando son pequeños: de la piel del cogote... No le hará nada.

Seguí el consejo, y la bestezuela se dejó hacer dócilmente, sin quejarse.

Seguido de la turba de chicuelos, atravesé la calle, subí a mi casa. La nena, compasiva y curiosa, salió a recibirme.

—¡Animalito! — exclamó al verlo, con inflexión de inmensa piedad. Y trajo unas mantas, que puso en un rincón.

Lo echamos allí; despedí a los chicos y ordené que lo dejaran en paz, limitándome a ponerle cerca un poco de leche.

—¡Que se muera tranquilo!

§ §

Dos días pasó el perro en su rincón sin mover apenas más que la cabeza, para seguirnos con los ojos, entre curiosos y asustados, cuando pasábamos cerca de él. Respiraba con mucha fatiga.

Al tercer día, con gran sorpresa, lo encontramos ya enderezado, casi de pie...

Por la tarde, cojeando horriblemente, arrastrándose, pugnaba por ir y venir.

Un día más y con torpeza, pero

con resolución: paseábase ya por toda la casa.

§ §

—¿Qué nombre le pondremos? — preguntó la nena. — De seguro el animalito tenía el suyo... pero vaya usted a preguntárselo...

Me quedé perplejo.

Eso de poner un nombre es cosa muy delicada. ¡Un nombre! ¿Sabéis todo lo que es un nombre? La individualización por excelencia... (la que dentro de nosotros mismos asignamos a las representaciones que parecen venir del exterior; la *única real*...).

Felizmente, recordé una festiva costumbre de cierto amigo mío. Este, cuando compraba algún objeto, por ejemplo un bastón, un lapicero, un cortaplumas, veía el calendario y bautizaba su compra con el nombre del santo del día. Tenía unos gemelos de camisa que se llamaban Justo y Pastor, una pluma-fuente que hubiera respondido (escribiendo) al nombre de Escolástica; un reloj al que había nombrado Canuto... *et sit de coeteris.*

Ví, pues, el santoral: rezaba «San Pascual Bailón».

Y el perro se llamó Pascualillo...

Mientras escribo estas líneas, está aquí, a mis pies, mirándome con una húmeda mirada de ternura. Tiene por la nena y por mí un amor que raya en la insensatez... como todos los grandes amores.

Cuando llego a casa, por la noche, conoce la vibración especial del timbre, un poco prolongada, y aúlla de placer. Salta como si se rebotara sobre el suelo, con sus patas chuecas aun, pero ya seguras; me abruma a fiestas, echa a correr vertiginosamente, describiendo un círculo cada vez más amplio en torno mío, y cuesta trabajo calmar su alegría atolondrada y ruidosa.

Durante el día está siempre cerca de nosotros. Si nos movemos, su mirada inquieta nos sigue. Sabe, con un saber escondido y profundo, que le salvamos la vida, y estoy seguro de que la daría por nosotros.

Amado NERVO [mexicano].

~ 76 ~

EL PROTECTOR

Cuando pequeño, mi madre me conducía de la mano, me guiaba por todos los caminos. Un día partí a estudiar lejos varios años, y hube de valerme ya solo. Sin embargo, durante aquella separación, Señor, aun pensaba yo en mi madre como un niño; mis cartas llamábanla «mamá», «mamacita», y las suyas me acariciaban,

cubrían de besos a su muchachuelo.

Pasó tiempo, otros años pasaron, y la vida tornó a reunirnos. Fué allá en una ciudad del norte, donde ciertas ambiciones me llevaron en busca de fortuna, y en la cual ella sentíase extranjera entre las gentes y las costumbres.

Entonces, de repente, nos hallamos con que había llegado un camino por el cual debía conducirla yo a ella. Esa mañana trémula y dorada hubo en mi corazón una fiesta bella de orgullo; dirigía yo a mi madre ahora; yo la imponía de cuanto era discreto y conveniente hacer, porque, además de no conocer aquella tierra, parecía ignorar la marcha de los tiempos nuevos; yo, el fuerte, la guiaba; y ella, la débil, la remisa, entregábase a mi saber y mi prudencia.

Un día llega siempre, Señor, en nuestra vida, a partir del cual, como empieza el árbol a dar sombra y abrigo a sus raíces, los hijos comenzamos a cobijar a nuestra madre.

En esa mañana trémula y dorada, siempre hay una fiesta en nuestro corazón, bella de orgullo; pero también perdemos el supremo bien de una madre que nos besa, nos cubre y nos protege cuando estamos desarmados. Desde entonces mi viejecita es una criatura que yo conduzco de la mano.

Y ahora no sé, madre, qué dicha vale más: si aquella cuando tú me amparabas porque yo permanecía el más débil, o esta en que mi alma pone un brazo alrededor de tus hombros y te lleva como a una hija.

Eduardo BARRIOS [chileno].

~ 77 ~

SEMBRAD

Sin saber quien recoge, sembrad,
serenos, sin prisas,
las buenas palabras, acciones, sonrisas...
Sin saber quien recoge, dejad
que se lleven la siembra las brisas.

Con un gesto que ahuyente el temor
abarcad la tierra,
en ella se encierra
la gran esperanza para el sembrador.
¡Abarcad la tierra!

No os importe no ver germinar
el don de alegría;
sin melancolía
dejad al capricho del viento volar
la siembra de un día.

Las espigas dobles romperán después...
Yo abriré la mano
para echar mi grano
como una armoniosa promesa de mies
en el surco humano.

Cristina de ARTEAGA [española].

~ 78 ~

BAJO LOS ÁRBOLES

Nos encontramos en Zárate.

Hemos salido muy temprano a recorrer las barrancas que dan al Paraná. Estas viejas barrancas, abrumadas de sueño y gastadas por los vientos y las lluvias, son las mismas que vieron reír y saltar nuestra infancia.

Una lengua de las barrancas avanza casi hasta tocar la ribera del río. En la punta, hay un monte. Y ahí, nos internamos en el corazón del monte.

No podemos prescindir de los hermanos árboles. Árboles que nos regalen sombra, paz, meditación y ternura.

Otros, los destrozan para combustible; algunos, los cortan para construcciones; muchos, búscanlos por sus frutos, las resinas o sus tinturas.

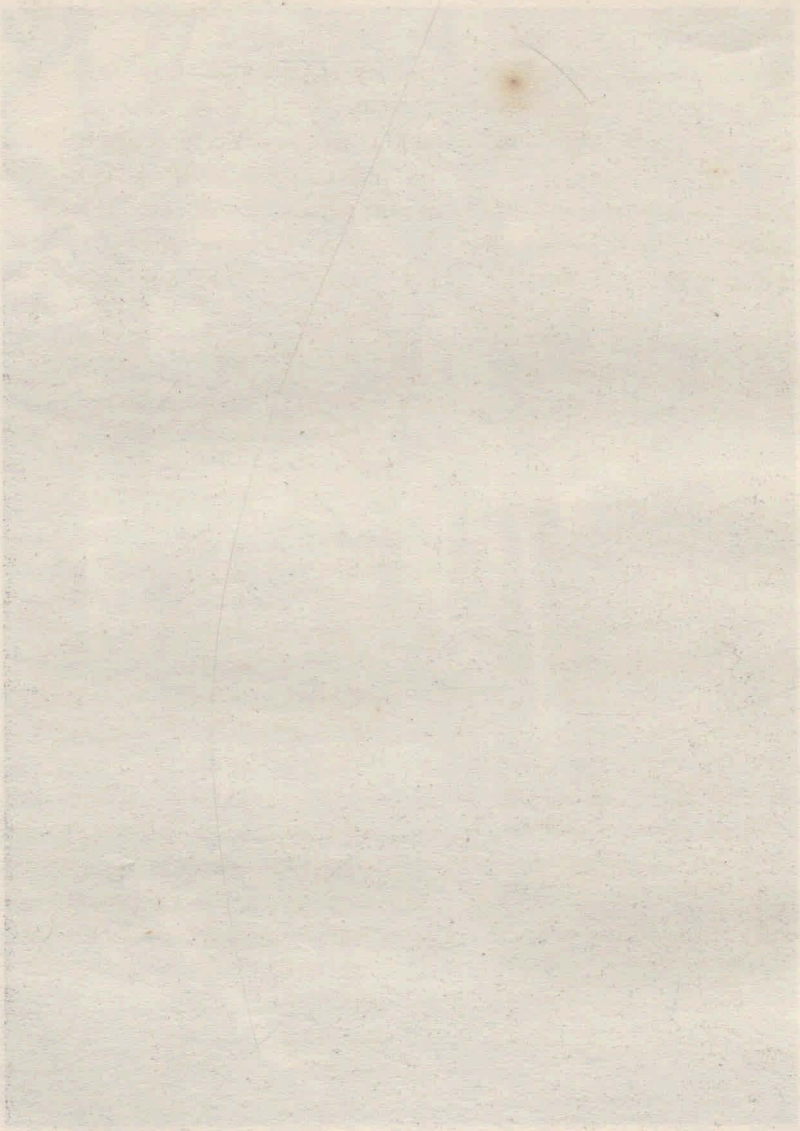
Nosotros nada buscamos en los árboles. Que nos den sombra, nada más, sombra fraternal, fresca y pura.

Echados sobre la hierba, al pie de un árbol, parece que renacemos. Ya no tiene fatigas el Mundo, ni la urbe egoísta fragor y cansancio.

No queremos lumbre. No queremos vigas, ni mesas. Nos basta la sombra que acaricia y alivia. Para sentarnos a leer un bello libro, o platicar con algún amigo — uno de los pocos —, o simplemente para soñar viendo cómo juega el Sol con sus cordones de oro.

Bajo la fronda, las cosas más sencillas nos encantan y alegran. El sim-

Bosque de hayas en Santa Cruz



ple rumor de hojas que caen, nos sabe a deleite. Es ruido vulgar, mas se torna pleno de gracia para nosotros.

¡Oh, árboles bienhechores y generosos! Estad tranquilos. Y abrid bien todos vuestros brazos para cobijarnos. No somos hombres malos. Cuando hacia vosotros venimos jamás traemos hacha, ni sierra. ¡Sois sagrados, árboles!... ¡Sois sagrados, árboles!

Celso TÍNDARO [argentino].

~ 79 ~

EL MEJOR MAESTRO

(Fragmento de una escena)

VIII

MANUEL, es pintor; muy joven. ROSA, es la madre. JUAN, un hermano de Manuel. MAESTRO es el educador que ha instruído a Manuel. ALBERTO es un amigo de la casa, que trae como visitantes a CARMONA, ilustre pintor y TRILLES, famoso crítico.

. . . . . .

CARMONA. — (*A Manuel*). Bueno; ya sabe usted a qué hemos venido: el señor Maestro nos ha hablado de que dibuja usted y pinta, y para eso venimos, a ver lo que usted hace, y si podemos darle un consejo, dárselo.

MANUEL. — Yo, créanme ustedes, no me hubiera atrevido a hacerles venir; pero...

TRILLES. — ¿Por qué?

CARMONA. — ¿Es que le da a uster vergüenza?

MANUEL. — Por mí no: por mis obras.

CARMONA. — Vamos, hombre; con nosotros puede usted tener confianza. Los pintores somos como una familia.

ALBERTO. — Sí; un poco desunida.

CARMONA. — No: un mucho.

TRILLES. — Pero eso cae por fuera. ¿Y qué maestros ha tenido usted?

CARMONA. — ¿Y por qué ha de haber tenido maestros? El mejor maestro es uno mismo.

TRILLES. — Hombre, yo creo que el artista nace; pero también se hace.

MAESTRO. — Acaso no me esté bien el decirlo; pero el único maestro que ha tenido soy yo. Y si no le he formado a mi modo es porque yo tengo mi estética, y él...

CARMONA. — No le preocupe a usted la estética. (*A Manuel*). ¿Cómo le empezó a usted la afición?

ROSA. — De niño: ya cuando era así hacía unos adornos que nos quedábamos embobados.

MANUEL. — Madre...

CARMONA. — Déjenselo decir a él:

siempre es interesante saber cómo viene una vocación.

MANUEL. — Mi madre dice bien: fué como un afán que me entró de recordar todo lo que veía; pero así como las criaturas quieren recordar las palabras, yo quería recordar las líneas, los colores y, sobre todo, la expresión; en vez de letras hacía rayas, y antes de leer ya escribía.

TRILLES. — Muy bien.

MANUEL. — Después empecé a ir a la escuela, y el maestro me hacía copiar estampas, láminas y esos modelos que ustedes saben. Pero, con perdón suyo, ya que está aquí presente, yo no copiaba aquello de buena gana.

MAESTRO. — Hay que empezar por el principio, ¿no es así?

MANUEL. — Puede ser; pero a mí me consumía los nervios aquel modo de empezar. A mí me gustaba inventar, no hacer lo que veía delante, sino lo que quería ver; no lo que tenía cerca, sino lo que tenía lejos.

CARMONA. — Ya es querer, ya.

MANUEL. — Después fuí dos o tres veces a la ciudad: cuando veía una Exposición, me la comía con los ojos; iba siguiendo todos los cuadros uno por uno, como si fuesen flores y yo una abeja; al pronto me parecían todos bien, y hermosos, y llenos de luz; pero llegaba al día siguiente aquí, al pueblo, y cuando los volvía a recordar y los comparaba con lo que estaba viendo, con los hombres de verdad, con la expresión de la gente, con la luz del cielo y de las nubes, me parecían acartonados, negros y todos iguales; sobre todo eso, todos iguales, como si hubiesen salido de una fábrica y los hubiesen pintado a tanto por hora; y entonces me entraba hambre de pintar cuadros diferentes, o locos o extraños o silvestres o como saliesen, pero que no fuesen de molde.

CARMONA. — ¡Bravo, bravo! Quiere usted tener lo que se llama personalidad, ¿eh?

MANUEL. — No sé lo que quiero tener; pero sí sé lo que aborrezco. Aborrezco todo lo que no es sincero, el artificio, el asunto y el hacer comercio con una cosa que a mí me parece tan sagrada como los mismos santos del altar.

CARMONA. — Vamos, que para la edad que tiene usted, ya aborrece usted bastantes cosas.

MANUEL. — Perdóneme usted; pero creo que tengo el deber de decir lo que siento. Yo no sé nada; pero quiero ser artista, quiero ser lo que yo entiendo por ser artista; no rebajarse a pintar cosa que el corazón no dicte.

. . . . . .

Santiago RUSIÑOL [catalán].

(Traducido del catalán por G. Martínez Sierra).

~ 80 ~

CAUPOLICAN

(Fragmento de «La Araucana»)

Este fragmento comienza en el instante en que debe elegirse un jefe, para lo cual el anciano Colo-Colo propone una prueba a los caciques. Cada uno de éstos, demostrará su fuerza sosteniendo sobre el hombro un gran madero. Quien más lo sostenga ha de ser el jefe a quien todos acatarán. Paicaví, lo sostiene 6 horas; Elicura 9 horas, Purén medio día, Ongolmo poco más. El gigante Lincoya, permanece con el madero 24 horas ante el asombro general.

P. B. F. y C. R.

No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto:
la ventaja le daban, juntamente
con el gobierno, mando y todo cuanto
a digno general era debido,
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento
de haberse más que todos señalado;
cuando Caupolicán a aquel asiento
sin gente a la ligera había llegado:
tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho

varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado
y en casos de repente reportado.

Con un desdén y muestra confiada
asiendo del tronco duro y nudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció, maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

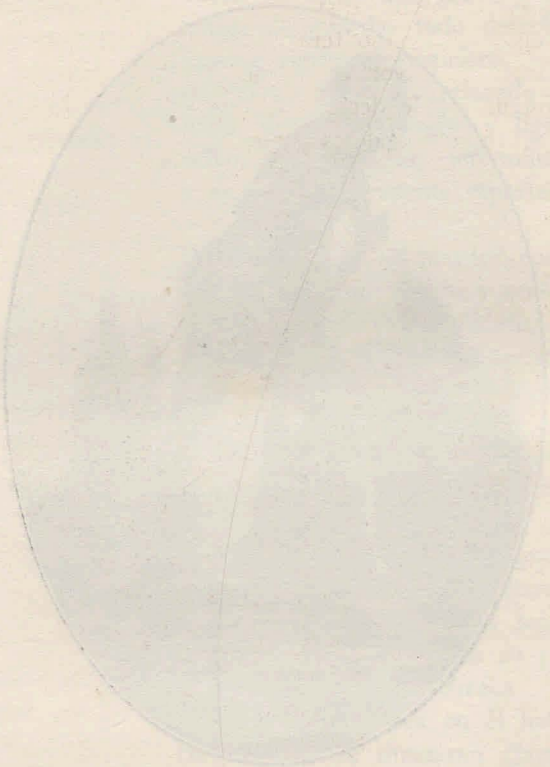
El bárbaro sagaz despacio andaba,
y a toda prisa entraba el claro día,
el Sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca decrece en su porfía:
al ocaso la luz se retiraba
ni por ésto flaqueza en él había:
las estrellas se muestran claramente
y no muestra flaqueza aquel valiente.

Salió la clara Luna a ver la fiesta
del tenebroso albergue húmedo y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta,
antes con nueva fuerza y mayor brío
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trajera.

Era salido el Sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,

Caupolicán

Estatua existente en el cerro de Santa Lucía de Santiago de Chile
Escultura de Nicanor Plaza.



y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aun más ánimo tenía:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito definido,
con las más ceremonias que supieron
por sumo capitán fué recibido
y a su gobernación se sometieron.
Creció en reputación, fué tan temido,
y en opinión tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas de él temblaban
y casi como a rey le respetaban.

Alonso ERCILLA Y ZÚÑIGA [español].

— 81 —

EL DIA DEL CAMINO

Hoy, 5 de octubre, es el Día del camino.

Hay en esta fecha simbólica, trascendental significado para la patria, sin brillo de espadas ni olor a pólvora.

Ella, al recordarnos que el camino nos brinda trabajo, progreso y civilización, nos señala el deber de abrir más, muchos más caminos carreteros, y el deber de conservarlos y embellecerlos.

Los caminos de hierro, las vías aéreas y los ríos — esos *caminos que andan*, según un poeta —, no son suficientes. De poco servirían esos medios de comunicación, sin las carreteras que unen las dársenas a las estaciones, que pasan por las chacras y las granjas, que acercan y abrazan los pueblos hermanos.

Mas no nos conformemos con hacer caminos extensos y anchos puentes. Hay que conservarlos limpios, en buenas condiciones, y poner señales en los sitios de peligros.

Además, es preciso embellecerlos y plantar árboles a todo lo largo. El fatigado viajero y las pacientes bes-

tias tendrán así sombra, y en muchas ramas habrá música de aves.

Y no debemos aguardar que el Estado o el Municipio realicen y mejoren estas obras. Constitúyanse los vecinos en consorcios camineros y abran carreteras en la llanura, en la selva, en el valle, en la montaña, y velemos todos por su conservación y su embellecimiento.

Pedro B. FRANCO [argentino].

~ 82 ~

LA MÚSICA

El músico se sirve del sonido musical para expresar su yo, como el escritor de las palabras. El lenguaje verbal concreta más que el de la Música, pero por eso mismo exteriorizando más, digámoslo así, interioriza menos. Todos conocemos cuán inadecuadas y pobres son las palabras para transmitir nuestra «intimidad psíquica». Ahí es donde resalta el papel importante de la Música, que al pensar sin conceptos, deja al espíritu más libre de sus actividades. ¿Habéis notado a dos personas decirse en una mirada todo aquello que un discurso no podría explicar? La onda pensante ha ido a herir a otro cerebro sin intermediario. El verdadero compositor no va de las palabras a la Música, sino de esta última a las otras. Dos almas se comunican por la Música como lo harían dos mudos; mientras que el lenguaje verbal recurre a la definición incesante. Cuántas personas, debido justamente a ésto, dejan de decirse muchas cosas que se alcanzan mejor sin palabras. La laguna es llenada por este lenguaje extraño y profundo de la Música, tan humano, que todos los pueblos lo han conocido.

En sus *Notes sur Paris* [*Notas sobre París*], TAINE trae una página delicada sobre BEETHOVEN. Su amigo Wilhelm está tocando la *Sonata en Sol menor,* opus 90, mientras el filósofo deja escapar el torrente de pensares producido por esa audición.

«La Música — dice —, tiene ese algo de exquisito que no sugiere en nosotros *formas,* tal paisaje, tal fisonomía de hombre, tal acontecimiento o situación definida, pero sí tal matiz de alegría o de melancolía, tal grado de tensión o de abandono, la más rica plenitud de serenidad o una mortal depresión de tristeza. Toda la población habitual de las ideas ha desaparecido; sólo permanece el fondo humano infinito de gozar o de sufrir; las agitaciones y los aplacamientos de la creación nerviosa y sensible; las variaciones y harmonías innumerables de su desorden o de su alma.»

Alberto NIN FRÍAS [uruguayo].

~ 83 ~

EL GORRIÓN CRÍTICO

(Fábula)

Estaba una Golondrina ocupadísima fabricando su casa. Un Gorrión, asomado al alero del tejado, le decía:

—Eso va mal, no dejes abertura; ¿por qué la haces hacia abajo, en vez de hacerla como nosotros, encima del tejado al abrigo de una teja? ¡Mira que se te va a caer! ¡Vaya que eres torpe! Ahí se van a asfixiar tus hijos...

Y mientras el gorrión se explicaba de este modo, un fuerte chaparrón inundó los canales y el nido del crítico, arrastrado por una gotera, cayó a la calle.

—¡Hola! — dijo entonces la Golondrina. — ¿Tu hermoso palacio estaba inseguro? ¡Pues más te hubiera valido cuidar de tu obra, en vez de censurar la mía!

Todos somos algo gorriones. Censuramos las obras ajenas, sin parar mientes en los defectos de las propias obras.

Vicente DÍEZ DE TEJADA [español].

~ 84 ~

EL RADIOTELEGRAFISTA

(Cuento)

Noche de tormenta.

Alta mar.

El transatlántico *Neptuno,* solitario, navega a media velocidad y un poco inclinado a babor. No obstante, todo es tranquilidad a bordo. Sólo el capitán, baja y sube escaleras con prisa, pero sonriente y sereno.

Los pasajeros van recogiéndose. Algunos, ya duermen; otros, los más animosos, pasean por cubierta, apercibiéndose quizás a contemplar las fuerzas sin dominio de la Naturaleza.

Negro el cielo y negras las aguas. De tanto en tanto, bellísimos relámpagos de caprichosas formas arbóreas, rayan aquí y allá el firmamento.

La lluvia, despaciosa al principio y luego torrencial, ha ahuyentado a los pocos pasajeros que aun permanecían en pie, resistiendo las furias del viento. Marineros encapotados, silencio-

sos, corren cual fantasmas, para cumplir órdenes recibidas.

Brama el mar.

El buque se queja, cruje, inclinándose cada vez más.

Enormes olas se sacuden con violencia indomada, pegando grandes saltos como si quisieran voltear al gran jinete mecánico que atrevido las monta.

Del puente de mando desciende, apresurado y nervioso, sujetándose la gorra, un hombre joven, casi un muchacho.

Es el modesto radiotelegrafista.

—¡Esté atento y listo, Fred! — le grita el capitán.

Fred saluda, sonríe, y desaparece.

Ahora nadie duerme a bordo. El buque se ha sacudido de manera inusitada e inquietante. Hombres, mujeres y niños, unos quinientos en total, se despiertan sobresaltados. El espectro del naufragio los arranca del tibio lecho.

Suena lúgubre la campana de alarma.

En los camarotes y pasillos hay desorden, precipitación, gritos, lloros, imprecaciones. Las madres visten bruscamente a sus hijos, y cargan en brazos a los pequeñitos.

S. O. S.

El capitán está junto a la cabina radiotelegráfica. Ha ordenado trasmitir el aterrador mensaje inalámbrico. Y las tres letras vuelan por el espacio, hacia todos los puntos cardinales.

¡S. O. S.!... ¡S. O. S.!... S. O. S.!...

Nadie contesta al angustioso llamado dirigido a la solidaridad humana.

Mientras el radiotelegrafista continúa trasmitiendo la señal de auxilio, el capitán ha ido a cubierta. Da órdenes a oficiales y marineros, y observa a éstos que están arriando los botes salvavidas.

Intenta tranquilizar a los pasajeros. Procura demostrar más serenidad que nunca. Pero es inútil. La inclinación del buque es tanta, que la borda de babor casi va a flor de agua.

Y la tormenta no cede. Arrecian el viento y la lluvia. Cuando los elementos se desencadenan, están ciegos y sordos. No hay un solo hombre tan cruel como ellos.

El capitán manda ocupar los botes:

—¡Primero son las mujeres y los niños!

Se dirige hacia la cabina de Fred, y al ir a bajar la escalera se encuentra con dos niñitos que, abrazados, lloran desesperadamente. ¡Pobrecillos! Se han extraviado. ¡Quién sabe por dónde andan los padres buscándolos en vano! El marino llama a un oficial y éste los conduce a un bote.

Dos vapores han recogido al fin el llamado del *Neptuno*. Mas han dicho

¡S. O. S.!

que se encuentran a muchas millas de distancia. Tardarán de dos a tres horas para llegar.

—¡Qué fatalidad! — murmura el capitán y, sonriente y animoso como si todo marchara bien, torna adonde es indispensable su presencia.

Los botes, repletos de espanto y desesperación, danzan al costado del buque. Algunos pasajeros, aun sin salvavidas, se arrojan al agua.

Un bote, de tanto peso, se ha hundido, ahí cerca, con toda la gente.

El agua va penetrando en todos los compartimentos. Las bodegas hace rato que se hallan inundadas.

Se oye una fuerte explosión que sacude todo el barco. Es una caldera que ha estallado.

A poco, de la sala de máquinas, asoman varias lenguas de fuego. El incendio ha comenzado.

El *Neptuno* se hunde lentamente, como alargando su agonía. La popa entera está sumergida.

Ha sonado un tiro en el puente de mando.

Dos o tres oficiales y algunos marineros alistan el último bote.

Nadie queda en la cubierta inclinada. Pero alguien todavía se encuentra en su puesto. Con plena conciencia de su función y de su heroismo civil. Siente que el buque sigue hundiéndose, alcanza a oir voces desgarradoras. Pero él queda imperturbable en su cabina.

Prosigue lanzando y recibiendo despachos inalámbricos. ¿Llegarán a tiempo los navíos salvadores? Les trasmite en forma precisa la posición del *Neptuno*.

—¡Vengan pronto! — les dice. — ¡Nos hundimos!...

Los aparatos han dejado de funcionar.

¿Estarán todos en los botes? ¿Se salvarán todos? — se pregunta el radiotelegrafista. Tiene un último pensamiento. ¡Su pobre madre! De aquí a cinco días, la anciana acudirá como de costumbre al puerto, envuelta en su chal deshilachado, descolorido por el tiempo, el sudor y las lágrimas. Mas esta vez no volverá a besar a su hijo, héroe de la democracia. Nunca más besará a su hijo. Ni siquiera podrá verle en las cuatro maderas de un ataúd!

Celso TÍNDARO [argentino].

~ 85 ~

DERECHO DE REUNIÓN

Viven los hombres constituídos en naciones por instinto y por derecho: tiénenlo de propender a su bienestar y perfeccionamiento, siempre que tirando por sendas no extraviadas obren su felicidad sin perjuicio de sus semejantes. Si pues tuvieron derecho

de reunirse en naciones, ¿por qué en el seno de ellas no lo tendrían para agruparse en pequeñas sociedades con honestos y saludables fines? La insociabilidad es el carácter más sobresaliente de la barbarie, pues todo en la Naturaleza tiende a unirse, cuando ella quiere salir de la incultura primitiva: la desunión, la incomunicación imposibilitan el progreso, se oponen al pulimento moral y al conforte físico, indispensables para titular civilizados a los pueblos. Las especies más bravías y feroces desdeñan la asociación, y henchidas de cólera y soberbia se andan por montes y desiertos, satisfaciéndose en la soledad a que les impelen los empujes de sus crudas entrañas. Por el contrario las especies bonancibles son amigables y gustan de la compañía: el castor es industrioso entre castores, alegre la paloma entre palomas: el instinto que las aproxima es indefectible; el lazo que las une, sagrado: romper este lazo, ahogar ese instinto, es obrar contra los fines de la Naturaleza.

El ejercicio de un derecho, el cumplimiento de un deber son otra naturaleza, y más cuando la costumbre les ha echado su sello tan difícil de quebrar. Pueblos donde los ciudadanos se reunen libremente, sin dificultades que vencer, ni peligros que temer, están en buen camino, si es que ya no han llegado a la perfección. El despotismo es solitario y feroz como el tigre: los esclavos caminan taciturnos, y unidos solamente por las cadenas.

Supongamos una familia donde el padre, hombre cerril y de broncas afecciones, prohibiese la comunicación entre los miembros de esa familia; que castigase luego la junta de dos o tres, y que cada uno permaneciese en su puesto, separados unos de otros, sin poder convenirse en lo perteneciente a las comodidades de la vida. ¿Sería ese un padre o un tirano? Pues la nación es una familia, familia vasta y difundida en una gran porción de territorio: prohibir, perseguir la reunión, la comunicación de esos miembros, es buenamente anular un derecho, oponerse al cumplimiento de un deber, ahogar una santa efervescencia de la cual pudieran surgir maravillosos específicos para los males de la sociedad humana. Desde luego el ingenio inventa solo; el filósofo medita y forma sus sistemas en sus soledades; solo devanea el poeta, y aun las Musas no le acompañan sino invisibles, suspirando en torno suyo. Empero, ¿qué provecho reportaría el género humano de esos prodigios de la soledad, si luego no se apoderasen todos de la obra de uno solo? Reunidos se favorecen, reunidos se elevan, reunidos caminan al progreso, tocándose, puliéndose, perfeccionándose y llenando su destino.

Juan MONTALVO [ecuatoriano].

— 86 —

DOCE DE OCTUBRE

Festejemos ¡oh, pueblos! otro Doce de octubre.
¡Cantad!
Celebremos la gracia de las tres carabelas
que vinieron danzando bajo la tempestad,
y al tocar un islote con sus proas cansadas
redondearon el Mundo para la Humanidad.
Celebremos aquellas armadas de galeones
que venían perdiendo cuarteles por el mar,
y a las naos mercantes llenas de aventureros,
desde el último paje al señor capitán.
Celebremos la hazaña de los conquistadores
—alientos de trompetas, palabras de atabal,—
un reflejo de acero a través de la selva,
vadeando el torrente o a los pies del volcán.
Y al que plantó la Cruz y al que vistió museta,
al que sembró los campos y trazó la ciudad.

Celebremos la lengua materna en que se dice:
crepúsculo y hermano, corazón y cristal,
y hagamos el propósito de defenderla siempre,
palabra por palabra y en toda su unidad.
Lo que decir no quiere que no la regalemos
con una pluma, a veces, o una flor tropical.

Y entretanto, nosotros, Argentina y España,
entre la hija gloriosa y la madre inmortal,
bajo la dulce carga de comunes laureles,
al vínculo de oro demos dos vueltas más.

B. FERNÁNDEZ MORENO [argentino].

~ 87 ~

ESTEBAN ECHEVERRÍA

(*Fragmentos*)

ECHEVERRÍA era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podría presentársele como el tipo del ingenio sudamericano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación, y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la Naturaleza despiertan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura hallarán sin duda en la lectura de las obras de ECHEVERRÍA, placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas.

§

Nada es tan eficaz para inspirar aversión hacia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de ECHEVERRÍA. El conocía los serios deberes del literato y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar las preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen a gritos las necedades que el vulgo ama como a sus hijos; y sacrificaba siempre el efecto inmediato a las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen su gusto refinado. Escribió *La Cautiva* en humildes octosílabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos a cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta.

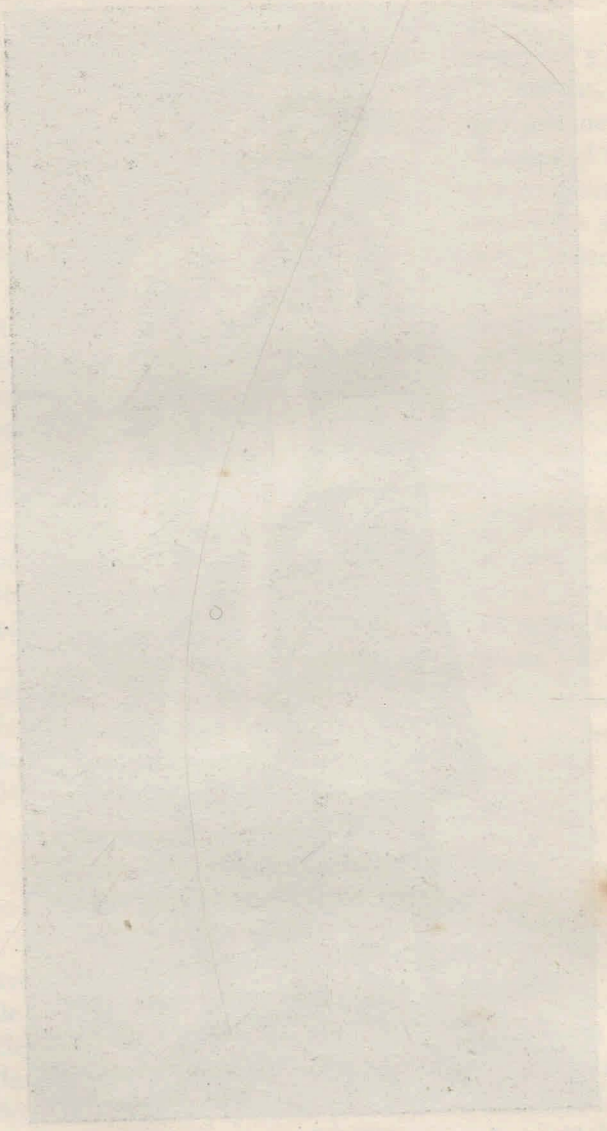
Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondar pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la Naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigilias, y la invisible confidente bajó a su alma con una frecuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse a pesar de haberla invocado muchas veces... Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la elegía.

Pedro GOYENA [argentino].

Esteban Echeverría

Estatua de T. Tasso

Existente en Palermo. Fué costeada por suscripción pública iniciada por alumnos del Colegio Nacional Central de Buenos Aires



~ 88 ~

EXCELSIOR

¿Cuál es el que ha ido más lejos? Porque yo he resuelto ir más lejos;

¿Cuál es el que ha sido más justo? Porque yo he resuelto ser el hombre más justo de la Tierra;

¿Cuál es el que ha sido más prudente? Porque yo he resuelto ser el más prudente;

¿Y cuál ha sido el más feliz? Paréceme que soy yo. No creo que nadie haya sido más feliz que yo;

¿Y cuál es el que lo ha prodigado todo? Porque yo he prodigado sin cesar lo más precioso de mí;

¿Y cuál ha sido el más altivo? Porque yo creo ser el más altivo de los vivientes; ¿no soy hijo de una gran Capital, cuyas enhiestas techumbres rozan los cielos?

¿Y cuál ha sido el más audaz y leal? Porque yo he resuelto ser el más audaz y leal del Universo;

¿Y cuál el más benévolo? Porque yo he resuelto prodigar más benevolencia que los demás;

¿Y cuál ha gozado y correspondido al afecto de mayor número de amigos? Porque yo he gozado y correspondido como el que más al afecto apasionado de innumerables amigos;

. . . . . .

¿Y cuál es el que concibe los más vastos pensamientos? Porque yo he resuelto sobrepujar los más vastos pensamientos;

¿Y cuál es el que ha escrito los himnos más adecuados a la Tierra y al porvenir? Porque me siento arrebatado por un loco deseo — hasta el éxtasis — de crear los himnos más gozosos para todas las tierras.

Walt WHITMAN [estadunidense].

(Traducido del inglés por Armando Vasseur)

~ 89 ~

EL MURCIÉLAGO

Un gran bienhechor

Mi casita está a la orilla de una laguna de cuarta de agua de profundidad, de curso lentísimo y que si no fueran los sauces que lloran a sus orillas y los pichones de cisnes que manchan en esas aguas el inmaculado plumaje de su pecho, podría el lugar que llámase laguna, llamarlo claramente con su nombre de pantano infecto.

Sobre esas aguas verdosas no puede pensarse en derramar los remedios científicos del petróleo, de la nafta, que destruyen las larvas de los mosquitos.

Por eso mi lagunita negreaba en años anteriores y en momentos propicios se reproducían millones y millones de larvas. A pesar de que mi *bungalow* tiene tejido de alambre en todas sus ventanas, los mosquitos penetraban en la casa en batallones a cada abrir y cerrar de puertas. Tenía por auxiliar de mi sueño tranquilo al mosquitero, el que debía usar todo el año menos en los meses de julio y agosto.

Como en los lagos no puedo derramar petróleo por las muchas aves que en ellos viven, siempre pensé en aclimatar los murciélagos, grandes devoradores de mosquitos.

Pero el murciélago no se encuentra en el mercado ni en las pajarerías, y siempre había fracasado en los encargos de mucha cantidad.

Lo que no pude hacer de prisa me ha costado más de diez y seis años de paciencia.

Cada vez que algún chico me ha traído algún murciélago (calculemos unos doscientos en quince años), jamás lo he puesto en la colección: he esperado el anochecer y abierto muy suavemente el cajoncito, y he dejado que el animalito al despertarse encontrase la puerta franca.

Hoy uno,.al mes otro y otros a los varios meses, han encontrado a la noche comida abundante de mosquitos, y en sus vuelos callados algún machito se ha encontrado con alguna hembrita.

...Desde julio de 1921 no he necesitado ya bajar el mosquitero de mi cama y duermo tranquilo, porque los murciélagos aclimatados en el Jardín zoológico ya han destruído la nube de mosquitos que me volvían loco.

Clemente ONELLI [argentino].

~ 90 ~

SOBRE LA LINOTIPIA

¡Maravilloso invento la linotipia, compañero linotipista! Ese brazo que sale de ella y se pone a distribuir los caracteres tipográficos colocando las enes con las enes, las haches con las haches, las jotas con las jotas, etcétera, es un brazo casi humano. Uno lo ve avanzar y retroceder, orientándose y buscando los sitios, como si obedeciera a las inspiraciones de un cerebro autónomo. Dan ganas de descubrirse, y, así como aquel hombre que, oyendo hablar a un loro, se dirigió a él exclamando: —«Usted perdone. Creí que era usted un pájaro», — decirle:

—Perdone usted. Creí que era usted una máquina...

Yo confieso que al ver funcionar la linotipia experimento siempre una gran emoción. El prodigioso aparato me parece mucho más inteligente que yo, y a veces pienso que llegará un día en el que no será la linotipia quien

componga mis artículos, sino que seré yo quien componga los que se le ocurran a ella. Sí, compañero linotipista. La linotipia es más que una máquina y más que un sér humano. Es algo así como una nueva divinidad, y, entre gentes más ingenuas que nosotros, no tardaría en llegar a tener un culto.

Pero hay una cosa en qua la linotipia revela su naturaleza mecánica, y esta cosa no es una imperfección, sino todo lo contrario. Es, precisamente, su perfección absoluta y desconcertante. La linotipia no pone jamás una ene en el sitio de las haches, ni una hache en el sitio de las enes. No se equivoca nunca, y esto es lo que demuestra su falta de raciocinio. Sólo yerra el ente de razón, y sólo un idiota o una máquina pueden jactarse de no haber hecho en su vida ninguna tontería. El antiguo cajista, si lograba distribuir con rapidez los caracteres tipográficos en sus diversos cajetines, era de una manera automática; pero, hombre al fin, de vez en cuando su sér consciente se imponía a su semi-consciente, y el resultado era una equivocación. Con la linotipia, en cambio, toda equivocación resulta imposible.

Julio CAMBA [español].

~ 91 ~

EL PERIODISTA

Soldado de la imprenta que pelea,
que libra cada instante una batalla,
y que vence con *plomo* y sin metralla
en los campos augustos de la idea.

Se yergue majestuoso y centellea
el arma del Derecho que avasalla,
y le opone a los déspotas la valla
del talento o del genio con que crea.

Los derechos del pueblo son su guía;
combatir las infamias es su intento;
las glorias de su pluma y su talento,

derrocar por doquier la tiranía,
y que luzca por fin el claro día
en que reine en el Mundo el pensamiento!

Emilio BRICEÑO [panameño].

— 92 —

LA CHOLA

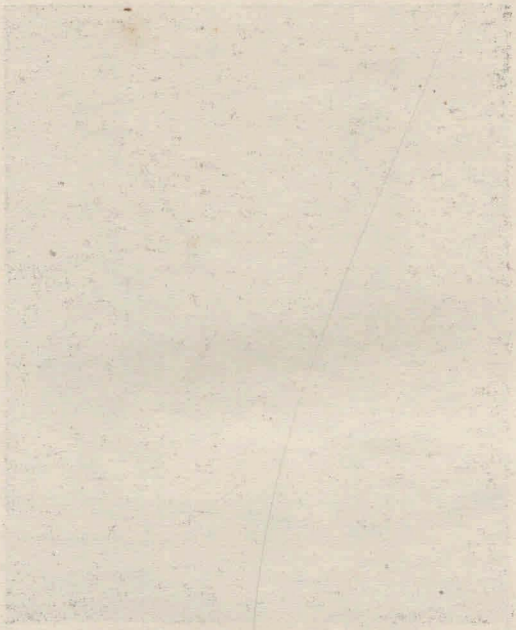
¡La chola!... ¿Pero no es hechura de la gracia meridional de España? ¿Pero no es una prolongación de Andalucía? ¿O es única, inconfundible, peculiar?... Veamos: su génesis arranca de la conjunción iberoindígena que floreció desde la costa caribe, desde México, hasta las tierras de Caupolicán. Producto de temperamentos antagónicos, reprodujo y unificó el genio genitriz de las dos razas. Y si perdió el espíritu jovial de la española, para perpetuar la melancolía nativa de la meseta, dió rosas a su tez bruna, suavizó la aridez de sus líneas y prolongó la belleza clásica del pueblo conquistador y varonil.

Como la *manola,* gusta del atavío singular. Tiene apego a la prenda fina, a la fragancia y al color. Su indumentaria de importación vino, sin duda, con las naos castellanas en soberbios modelos de mujer. Fué su patrón de Córdoba, de Sevilla y de Jerez... Pero el clima, comúnmente recio en la altiplanicie, modificó las prendas de vestir. Adoptó la pollera corta, pero amplia y encarrujada a la pretina. La bota lujosa, relegaba el zapato y el calcetín, a resguardo del frío invernal. La mantilla de la manola, vaporosa y sutil, tuvo un remedo en el mantón de largos flecos, floreado y de tono escarlata, amarillo o azul. Necesitó, bien pronto, el abrigo de la cabeza; y como no podía ser la burda birretina del aymará, recurrió al sombrero de fieltro o de esparto, redondo y de alas recogidas, y que tomó — ¿por qué dudarlo? — de los esbirros de Mariana de Austria, la famosa guardia imperial del «Hechizado».

Como la *manola,* ama las flores; pero las gusta en el jardín, no en su traje; en la alegría de su patio o su ventana, no en sus cabellos ni en la agonía del jarrón. Gasta, en cambio, el lujo ornamenticio de las joyas, las gruesas *caravanas* de oro nativo, celadas con primor; *topos* y caprichosos colgantes, el collar y los aros de perlas *o huairuros*... Y así, enjoyecida, asiste a la fiesta santoral, a la juerga de carnestolendas, al romeraje del ba-

Cholas de La Paz

G. Buitrago Carrillo



rrio y a los toros, como pudiera hacerlo una manola de verdad.

Es bilingüe. Resultado de la conjunción de dos razas, habla su aymará, en el altiplano y su quechua, en Potosí: pero sin descuidar la fabla gloriosa de sus conquistadores. A veces me he quedado confuso ante sus enmohecidos arcaismos. «*Procure en la almona vecina*», me guiaba una chola tendera para indicarme que en el vecino almacén podía adquirir ciertas baratijas.

En un taller de platería, de las afueras de Potosí, a donde acudo para comprar monedas antiguas, me llama la atención un niño que machaca, sobre una bigorneta, un monís de plata, con toda la gravedad de un hábil menestral.

—Experto el niño — aseguro.

—¡Si está chafallando, pues!... — me informa la chola que teje junto al hogar.

¿Chafallando? ¿Se refería a su trabajo de chafalonía, o a que el muchacho trataba de remedar, sin conciencia ni arte?... Un martillazo mal dirigido, que quiebra el reluciente metal, pone en claro la expresión de la madre, más castiza que lo que hube imaginado. ¡No podía hacer otra cosa el arrapiezo, que chafallar!...

Tal es la chola, — si valen en su apología estos trazos.—Laboriosa, inteligente, sentimental... Salero le faltó para ser manola, pero le sobró corazón para ser heroína en las luchas de la Libertad.

W. Jaime MOLINS [argentino].

~ 93 ~

EL MEJOR ENFERMERO

(Cuento)

—No está peor — dijo el médico al marcharse; — como logremos que hoy duerma, todo irá mejor. Conque si viene el sueño, que por ninguna causa se le interrumpa. ¿Lo oye usted bien?

¡Preguntar a aquel hombre si oía bien la orden de salvar a su hijo...! ¡Qué malo había estado el chiquillo! Más de cuatro veces creyó su padre que se le quedaba entre las manos; que se le quedaba el cuerpecillo mísero y enflaquecido, mientras el alma se escapaba a buscar a su madre, que debía andar por el cielo o bien cerca, hacía cosa de dos años.

Muy malito había estado, y para cuidarle no había habido allí sino su padre, quien tenía que salir a trabajar todos los días. Como quiera había conseguido últimamente del amo del taller que le dejase libre la tarde. Con

esto, y la caridad de algunas vecinas que le sustituían, cuando una, cuando otra, en la guarda y cuidado del enfermo, se había ido arreglando tal cual la asistencia de éste.

La tarde pasó, poco más o menos, como las anteriores. Pugnaba la criatura por dormirse; pero algún diablillo que le andaba dentro se lo estorbaba sin duda, burlándose, en ausencia del médico, de todos los planes de éste para exterminarlo. Instaba el diablillo al niño a cambiar de postura cada dos minutos, a cambiar incesantemente la cabeza, a pedir agua con una vocecita apagada y tenue.

El padre le daba agua, le arropaba luego y le hablaba muy poco y muy bajo, como si quisiera quitar al sueño todo pretexto para no llegar a la cama de su hijo. Mas el caprichoso tirano, a quien sólo place coger de improviso a sus vasallos y sorprender las casas en que no se le espera, no parecía estar de humor de llamar en aquella puerta...

En pos de la tarde pasaron, enlutadas como disciplinantes, las primeras horas de la noche. De cada vez iban llegando a la estancia aquella menos ruidos y menos claridad. Los cuartos vecinos fueron dejando de meter por debajo de la puerta del enfermo el resplandor de sus luces. El padre no había querido encender la suya, atento siempre a allanar el camino a aquel rogado forastero que nunca acababa de llegar trayendo en sus manos la salud del niño.

¡Al fin llegó! Sin duda oyó Dios las súplicas de aquel padre afligido, y el sueño tuvo que obedecer y callar ante el mandato de quien puede más que él. ¡Qué alegría la del pobre hombre cuando al cabo se convenció de que su hijo dormía! ¡Con qué ansia escuchaba su respiración lenta y acompasada! Dormía, dormía por fin, y el médico había dicho que dormir sería curarse.

Su niño, era, después de la voluntad de Dios, la única razón que para vivir tenía aquel hombre. Imaginad, pues, cómo se pondría a cuidar el tan esperado sueño. Ni a respirar puede decirse que se atrevía, por si acaso respirar sonaba; vendó con un pañuelo el picaporte, previendo el caso de que a algún vecino se le ocurriera llegarse a él y entrar a preguntar por el enfermo; si oía penetrar en el portal a un inquilino retrasado salía de puntillas a rogarle que subiera despacio. Llegó a antojársele que un relojón de níquel que tenía en el bolsillo, metía aún dentro de él, demasiada bulla y, no sabiendo cómo pararle, lo enterró bajo un montón de ropa en el rincón más distante de la cama.

Pasaron dos horas, tres, y el niño seguía durmiendo. Dió la una el reloj de una iglesia, y casi al mismo tiempo sintió el buen hombre que alguien intentaba abrir la puerta. ¿Quién

podría ser, tan tarde? Quien fuera, traía indudablemente la intención de que la puerta no sonara, pues la iba abriendo despacio, con suaves e intermitentes movimientos. . . Mucho le agradecía aquella precaución el dueño de la casa.

Sus ojos, hechos a la escasísima claridad que la Luna metía por una ventana, distinguieron el bulto de un hombre que, en vez de dirigirse a donde él estaba, fué hacia el muro opuesto, al cual se arrimaba una cómoda vieja y desnivelada. Ya no podía caber duda: el visitante no temía despertar al niño, sino al padre. ¿Quién podía ser el ladrón, que tan bien conocía el terreno en que iba a operar?

En aquella cómoda, en el cajón de abajo y dentro de una despellejada cartera, guardaba su dueño todo su caudal: unos cuantos billetes que, real a real, había ido cercenando durante varios años al gasto diario. Varias veces el paquete se había aproximado a las quinientas pesetas pero sin llegar nunca a ellas; cuando parecía que ya iba a tocar la costa, surgía un imprevisto cualquiera y se lo llevaba otra vez mar adentro.

El hombre honrado se avalanzó sobre el ladrón, cauteloso y en silencio como un gato, y le asió por el cuello de la chaqueta. Hubiera podido estrangularle, pues para ello le sobraba aliento y fuerza — y ¿a quién no para defender lo suyo? —; pero lo suyo en aquél momento no era el dinero, sino el sueño de su hijo, y tembló de miedo de que la lucha produjera ruido. Unicamente probó engañar al malhechor.

—No tengo más que esto — le dijo en voz muy queda sacando del bolsillo unas cuantas pesetas.

—No: lo de la cómoda — le contestó en actitud resuelta.

—¡Calla! ¡Habla bajo por lo que más quieras en el Mundo! Calla y toma lo que buscas.

Y se lo dió.

—No hagas ruido al salir — le dijo luego mansamente, como quien da un encargo a un amigo...

Enrique MENÉNDEZ PELAYO [español]

— 94 —

ORACIÓN

En el día de los muertos por la patria.

Por todos los que se fueron antes que nosotros, donando a las generaciones que les van siguiendo su sangre, su pensamiento, su brazo y sus lágrimas.

Por las madres, — todo corazón, — que formaron hombres buenos y puros, y ahora duermen tranquilas el último sueño.

Por los grandes pensadores que nos iluminaron el camino hacia el porvenir, y ya no los vemos pero los oímos.

Por los varones que sólo usaron su espada para construir un pueblo libre sin opresión extranjera y sin tiranos dentro, y se marcharon con un sello en los párpados.

Por los sabios para quienes el Mundo se reducía al laboratorio o la Biblioteca, y que aportaron incesantes contribuciones a la Ciencia universal hasta que el gran misterio nos los arrebató.

Por los campesinos, que partieron oscuramente después de abrir millares de surcos, llenar innúmeros graneros, permitiéndonos levantar opulentas ciudades.

Por los escritores y los artistas que, frente a trigales y ganados, mostraron libros y telas admirables, y un día se perdieron en el mar sin orillas.

Por los trabajadores que en talleres y fábricas agostaron su cuerpo para crear nuestra industria, y hoy ya no están aquí.

Por los que enseñaron el abecedario a los hijos del pueblo, de día y de noche, y como sombras han pasado.

Por todos los que se fueron antes que nosotros, donando a las generaciones que les van siguiendo su sangre, su pensamiento, su brazo y sus lágrimas, esta fervorosa oración. Nunca, nunca los olvidaremos. La Implacable no se llevó todo. Nos queda la memoria de esos hombres, que nos servirá de ejemplo y de aliento para ir hacia arriba y siempre adelante.

Pedro B. FRANCO [argentino].

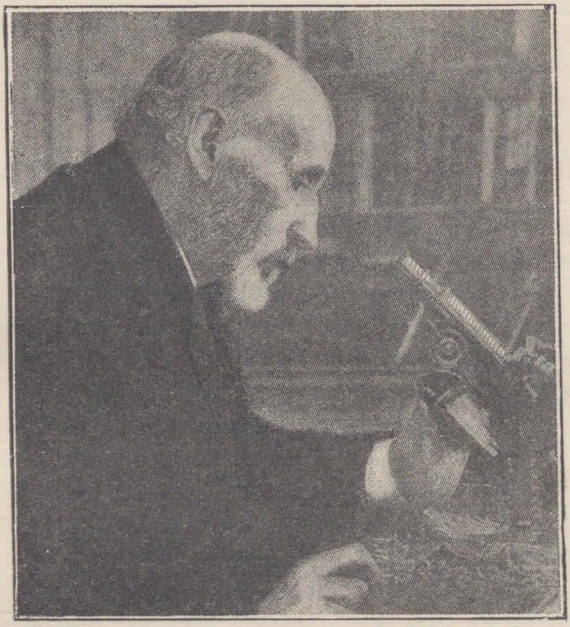
— 95 —

EL ECLIPSE DE SOL

(Cuando yo era niño)

El tercer acontecimiento que me produjo también efecto moral importante, fué el eclipse de Sol del año 60. Lo habían anunciado los periódicos y se esperaba con gran impaciencia en el pueblo. Muchas personas, protegidos los ojos con cristales ahumados, acudieron a una colina de los alrededores desde donde pensaban observar cómodamente el espectáculo.

Mi padre me había explicado la teoría de los eclipses y yo la había comprendido bastante bien. Sin embargo, me quedaba un resto de desconfianza. ¿No se distraerá la Luna del camino señalado por el cálculo? ¿Es posible que la Ciencia, que no puede explicar cosas que vemos y tocamos, pueda predecir un fenómeno que ocurre más allá de la Tierra, a millones de kilómetros? Justo es reconocer que la casta Diana, la Luna, no



Ramón y Cajal ante el microscopio

faltó a la cita. Llegó a la hora y los minutos anunciados cumpliendo con exactitud el programa. Durante el eclipse me hizo observar mi padre esa especie de inquietud que se apodera de la Naturaleza entera. Para los animales y las plantas acostumbrados a la regular alternativa de la luz y la sombra, el eclipse es una especie de contrasentido como si de pronto se equivocasen las fuerzas naturales que rigen su vida.

El eclipse del 60 fué para mí una revelación. Caí en la cuenta de que el hombre desvalido y desarmado ante los elementos, como tuve ocasión de observar en el suceso que refiero antes (1), tiene en la ciencia poderoso instrumento de previsión y de dominio.

¿Pero la Ciencia lo sabe todo, lo puede todo? «No, — me constestaba mi padre; — el hombre de ciencia que con tanta precisión ha sabido calcular la fecha y duración de un eclipse, el que ha sabido pesar los astros y medir las distancias interplanetarias, sólo muy lenta y penosamente sabe conocerse a sí mismo: la vida está llena de problemas que la Ciencia no puede resolver.» No fueron éstas, sin duda, las frases de mi padre, pero éste era el sentido de su explicación.

Santiago RAMÓN Y CAJAL [español].

(1) «Un rayo en la escuela».

~ 96 ~

EL MAGO DE MENLO PARK

Su vida debe ser leída por todo el que entre a la edad de la razón. Es la suya una existencia cuyos episodios no engendran en el corazón del lector, esa pesadumbre que a pesar nuestro nos embarga, cuando comparamos nuestra propia suerte con las oportunidades que el ciego azar concediera a otros niños que luego fueron hombres famosos. Si leéis la vida del *Brujo de Menlo Park,* no tendréis nunca que exclamar: «¡Si yo también hubiese nacido rico!» «¡Si yo fuese hijo de un grande hombre!» Porque EDISON no nació rico, ni recibió de un padre poderoso o influyente el reconocimiento prematuro de sus méritos, ni tampoco es un genio en el sentido que damos a esta calificación, cuando nos referimos a un hombre cuya mente crea cosas portentosas sin trabajo aparente.

Los inventos de EDISON son el producto de la observación más minuciosa y de una labor pacientísima y constante. Son a veces el reflejo de su misma modestia, de su poca inclinación a confiar demasiado en la inspiración, en cuyo altar muchos hombres han sacrificado su capacidad de acción y su disposición a recibir hu-

mildemente las lecciones de la experiencia. Y EDISON es precisamente un gran experimentador; tiene su mente disciplinada para someter siempre sus juicios a prueba; para asistir como espectador imparcial en los ensayos que promueve; para recibir una enseñanza más en cada momento de la vida.

Todos habéis visto un alambre enrojecido por el calor, y algunos tal vez sepan que un alambre puede ser llevado a ese estado candente por el paso de una poderosa corriente eléctrica. Innumerables personas habían presenciado este fenómeno antes que EDISON, y muchos tal vez pensaron que esa clase de luz, perfeccionada convenientemente, pudiera muy bien reemplazar el costoso arco voltaico en el alumbrado. La gloria de EDISON consiste más en la realización de la idea que en su concepción; realización sembrada, por otra parte, de dificultades prácticas que sólo la paciencia y la constancia pudieron salvar.

«El nuevo método de alumbrado, — dice EDISON —, sólo podía ser llevado a la práctica a condición de impedir la combustión del conductor, que inevitablemente se produce si aquél se halla expuesto al aire. La idea de encerrar el alambre en una ampolla de cristal, privada de aire, es bien sencilla y pudo ocurrir a muchos. Yo sólo reclamo el mérito, si lo hay, de la constancia y de la fe, y pongo este episodio a la consideración de los jóvenes en cuya mente suelen esterilizarse los propósitos por falta de perseverancia.»

La historia de este invento está precisamente jalonada por una serie de dificultades que fueron vencidas por una infinita capacidad para la experimentación. Porque ha de saberse que obtenida la ampolla vacía, todos los materiales de que se echó mano para fabricar el filamento resultaban ineficaces. EDISON ensayó, sin exagerar, miles de substancias que reducía a largos hilos en la esperanza de hallar el conductor apropiado. Amigos, admiradores, empleados y centenares de colaboradores voluntarios registraron el Mundo entero en busca de materias susceptibles de ser convertidas en filamentos. De todas partes del Mundo llegaron durante años al Laboratorio de Menlo Park, paquetes conteniendo extrañas substancias que EDISON sometía a prueba en su lámpara incandescente. Al fin obtuvo recompensa tanta constancia: la fibra de cierto bambú del Japón, cuando se la embebía en cierto líquido y se la carbonizaba luego calentándola en planchas de cierto metal, daba el resultado buscado, esto es, irradiaba una luz más intensa que las demás substancias cuando se hacía pasar por esos filamentos, dentro de la ampolla descripta, una corriente eléctrica.

El invento del fonógrafo es otro triunfo de la experimentación y la paciencia. Su autor dice que la idea le ocurrió reflexionando que así como la membrana del teléfono *habla* y *canta,* por la sola virtud de las vibraciones que efectúa, era posible, teóricamente al menos, registrar esas vibraciones en una superficie de cera y reproducirlas después. Pero la consumación de este invento sólo era posible merced a una labor infinita. La exhibición de los centenares de modelos sobre los que el paciente inventor ensayó, y que hoy son objeto de justa reverencia acreditan cuán lenta y trabajosa fué la labor de EDISON en ésta la más popular de sus creaciones. El noble anciano se complace siempre en poner de relieve esta faz de su cooperación al progreso humano, sobre todo cuando se dirige a los niños en quienes adivina capacidad para la acción. No le agrada que le llamen genio, y mucho menos sabio. «Lo que sabemos es un trillonésimo de lo que ignoramos, — dice sonriendo. — ¿Sabio electricista? ¡Si no sé lo que es la electricidad!»

Ernesto NELSON [argentino].

~ 97 ~

HIMNO DEL OBRERO

CORO

Del trabajo la luz redentora
es de bienes principio inmortal;
quien su limpia bandera tremola
halló vida y halló libertad.

Del taller en el campo fecundo
no florece maldad opresora;
fulge en él una espléndida aurora
que al obrero hace grande y feliz.

Donde hay pueblo que activo trabaja
no nacieron jamás los esclavos:
pueblo es ese de indómitos bravos
que ennoblece el trabajo viril.

Loor eterno al trabajo bendito

que al obrero hace un dios, porque crea;
que transforma en ariete la idea
contra el monstruo irascible del mal.

Guerra al ocio que es germen de vicios,
y amarguras y eternos dolores:
que las zarzas se tornen en flores
del trabajo al impulso tenaz.

No más lucha! El cañón fratricida
que los campos destroza en la guerra,
convertido en arados, la tierra
abra en surcos con paso triunfal.

Y huirá, cual la noche sombría,
la miseria que cubre de duelo
los hogares... Trabajo es consuelo
que en sus almas nos lleva hasta Dios.

Sí, el trabajo cual numen celeste,
a los pueblos redime y levanta;
y es el himno de gloria que canta
el obrero al excelso Hacedor.

Alfonso ESPINO [salvadoreño].

~ 98 ~

EVANGÉLICAS

I

Muy pocos dicen: «Quiero ser como DANTE»; pero todos exclaman: «¡Quién fuera como DANTE, como SHAKESPEARE, como SARMIENTO!».

II

No busques ni el primero ni el último puesto, sino el que te corresponda. Pero, si no quieren darte ese mismo, sal prontamente de la sala; porque en aquella casa no impera la Justicia.

III

Simplifica tus necesidades personales y centuplicarás tu acción humana: economiza vida para tus propósitos.

IV

No vivas nunca debajo de las alas del águila: abriga más el cielo abierto, que la techumbre dorada de los palacios ajenos.

V

No seas ciudadano correcto e inofensivo; sé hombre útil y azotador de inútiles y perjudiciales.

VI

El hombre se debe a todos, no a uno solo.

VII

No seas carga nunca, que es la condición más miserable a que puede llegar un hombre.

VIII

No hay situación humana sin obligaciones.

IX

No tengas el afán de *parecer,* sino el afán de *ser.*

ALMAFUERTE [argentino].

~ 99 ~

EL PADRE LAS CASAS

(Fragmentos)

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el padre LAS CASAS, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el padre LAS CASAS, porque con la bondad se le fué poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Otras veces se levantaba del sillón como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias,* los horrores que vió en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con COLÓN a la isla Española en un barco de aquellos de velas in-

fladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El Sol, lo veía él siempre salir sobre cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó empezó a hablar poco.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las Encomiendas; iba a Palacio a pedir al gobernador que mandase cumplir las Ordenanzas reales...

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el Rey mismo: contra España toda, él solo, de pelea.

Seis veces fué a España con la fuerza de su virtud, aquel padre que «no probaba carne». Ni al Rey le tenía él miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era más malo: y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno «porque la maldad no se cura sino con decirla y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no la pueda negar nadie, en latín y en castellano».

José MARTÍ [cubano].

~ 100 ~

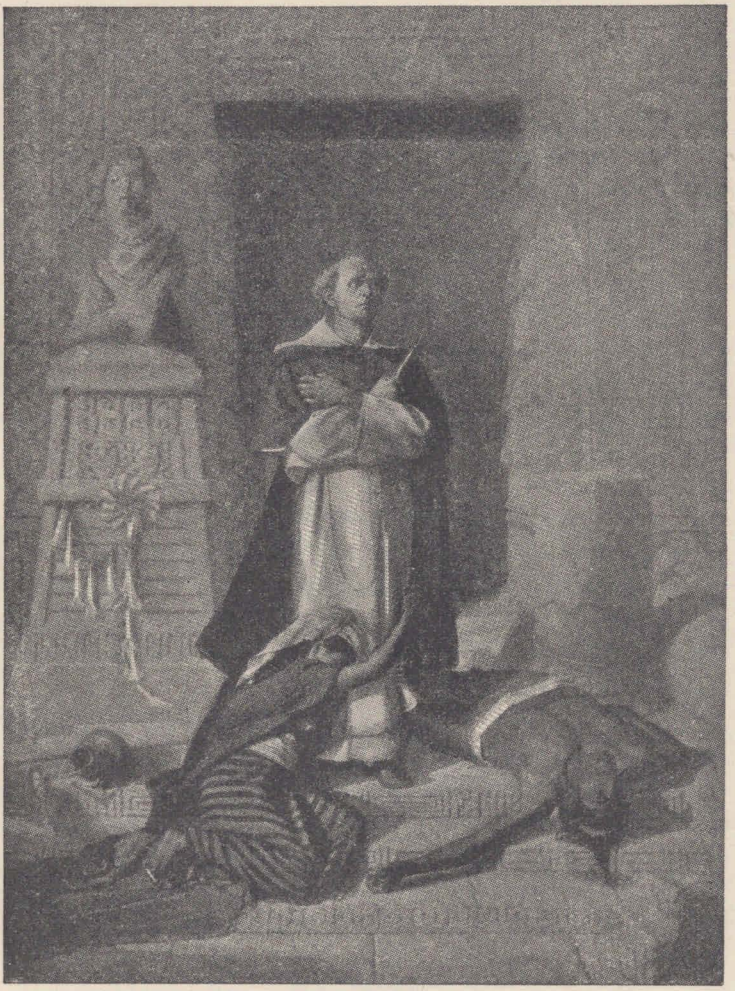
YACU-MAMA

(Narración folklórica peruana)

Significa esta palabra «Madre del río», y es el nombre con que los salvajes designan la boa.

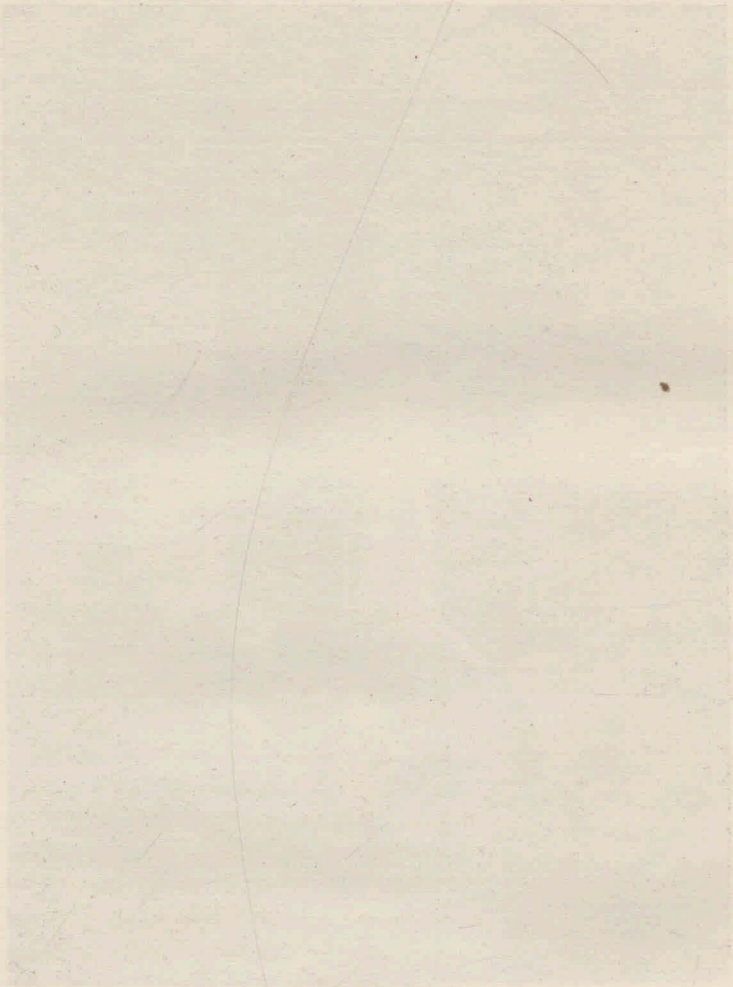
En su choza amazónica a orillas del sonoro Ucayalí, Jenaro Valdivian vió con sorpresa que las provisiones y las balas se acababan. Su fiel servidor, aquel indio *conivo* que tan bien flechaba los monos gordos para convertirlos en manjar exquisito, se marchó, como ellos dicen, a *pasear*. Dos o tres días de misteriosa excursión por la selva, de donde regresaba, con su bondadosa sonrisa doméstica, lleno de orquídeas sangrientas y de mariposas deslumbradoras para el chiquillo.

¡Cómo iba a dejar solo a este hijo



Fray Bartolomé de las Casas

Cuadro de Félix Parra existente en la Academia de San Carlos (México)



de siete años que, educado por los indios de Loreto, tenía ya vivacidades de salvaje! Salió a la orilla del río y silbó largo rato en vano. En el centro del agua un remolino de burbujas pareció responderle; pero la empecinada boa no quiso moverse. Estaba allí seguramente durmiendo y digiriendo, en su soledad acuática, el pecarí cazado ayer. Resignado, en fin, Jenaro Valdivian, cogió el machete y la carabina, encerró en la choza a Jenarito, a pesar de sus protestas de niño mimado, y lo amonestó severamente:

—¡Cuidado con salir! Ya regreso.

Para consuelo y paz dióle al partir una vela y un cartucho de hormigas tostadas que son golosinas de los niños salvajes.

Valdivian no las tenía todas consigo la víspera. Al zanjar un árbol de caucho le pareció que el tigre le estaba espiando en la espesura. Bien conocía los hábitos de la maravillosa bestia de terciopelo, que sigue durante días enteros a su presa y ataca solamente cuando ha observado los pasos y agilidad del adversario. En noches pasadas, fumando su cachimba bajo la Luna, viera esas dos luces rojas, errantes y alucinantes sobre la ojiva de la tiniebla. Un disparo las dispersa por un momento: pero la ronda vuelve, y el cauchero, que sueña al aire libre, se dice lanzando bocanadas de humo, con un calofrío molesto: «Ya está aquí el tigre esperándome.»

En su canoa, río abajo, Jenaro pensó que era preferible no alejarse mucho. Recordaba que a dos vueltas del río hallaría en la «Quebrada de las serpientes», junto a la choza abandonada por los indios *witeototos,* huídos del alto Putumayo, su admirable y misterioso telégrafo, el *manguaré.* (Es un recio tronco horadado con tan extraño arte que, al golpear sus nudos redondos, la selva toda resuena a cinco leguas con un rugido). Su servidor le había enseñado esa clave inalámbrica y seguramente algún indio amigo escucharía su mensaje distante; o tal vez Gutiérrez, el caucho más rico de los contornos, le despacharía un propio con pertrechos y víveres.

Llegó de la espesura a la canoa aquel perfume caliente que le embriagaba siempre como un efluvio de paraíso perdido. Avanzaba la selva en las riberas su fronda chillona y parlante, coronada en el sombrío vértice por monos y guacamayos tricolores. Un estruendo de menudos loros verdes pasó en el viento, hojas dispersas de un árbol roto por el huracán. La canoa crugía con un zumbido tropical de flecha o de abejorro. «Será penoso el regreso,» pensó Jenaro Valdivian, hundiendo apenas el remo en el agua espumante.

En la solitaria choza, el niño em-

pezó por devorar la vela de esperma. En seguida, las hormigas tostadas con sabor de pintado bombón inglés fueron la delicia de un cuarto de hora. La sed comenzaba a atormentarle y sacudió la puerta enérgicamente. Quería salir al río a bañarse en el remanso de la orilla como los niños del país; pero Jenaro Valdivian había asegurado la cancela de cañas con la caparazón de una inmensa tortuga muerta. El Hércules de siete años gritó en lenguaje *conivo*:

—¡*Yacu-mama, Yacu-mama!*

En el río, unas fauces tremendas emergieron del agua con un bostezo lento. La oscura lengua en horqueta bebió todavía con molicie la frescura del agua torrencial. Poco a poco el cuerpo de la boa fué surgiendo de la orilla como un suave remolino de hojas. Tenía cinco metros, por lo menos, y el color de la hojarasca. El niño batió palmas y gritó alborozado cuando la espléndida bestia vino a su llamado retozando como un perro doméstico, pues es en realidad el can y la criada de los niños salvajes. Sólo quienes no han vivido en el Perú ignoran qué generosa compañera puede ser si la domestican manos suaves. A nadie obedecía como al minúsculo tirano, jinete de tortugas y boas, que le enterraba el puño en las fauces y le raspaba las escamas con una flecha. De un colazo la bestia rampante disparó la concha de la puerta y entró meneándose con garbo de bailarina *campa*. Jenarito gritó riendo:

—¡Upa!

La boa lo enroscó en la punta de la cola para elevarlo hasta el techo de la cabaña; pero de pronto volvió la cabeza airada hacia la selva. Se irguió en vilo como un árbol muerto. Por sus escamas pasaba un crugido eléctrico y la cola empezó a latiguear el suelo de la choza con espanto del guacamayo azul y verde que estaba columpiándose en su cadena. Inmóvil, con los ojos sanguinolentos, parecía escuchar en el profuso clamor de la arboleda algún susurro conocido.

Los monos en la distancia chillaron estrepitosamente. ¿En qué rincón cercano había muerto un árbol? Su turba de aves sin abrigo iba buscando otro alero en el hervidero de la selva poblada, sobre la rotunda fuga del río. Era preciso tener oídos de boa para percibir en tal estruendo el leve rasguño de unas garras.

El tigre de la selva entró de un salto, se agazapó batiéndose rabiosamente los ijares con la cola nerviosa. Como una madre bárbara, la boa preservó primero al niño derribándolo delicadamente en un rincón polvoriento de la cabaña. La lucha había comenzado, silenciosa y tenaz como un combate de indios. El felino saltó a las fauces del adversario, pero sus garras parecieron mellarse y por un minuto quedó envuelto en la red impalpable

que hizo crujir las costillas. Una garra había destrozado la lengua serpentina y la boa adolorida deshizo el abrazo por un minuto para volver a enlazar otra vez. Un alarido resonó, acabando en un jadeo abrumado. La sangre salpicaba de un doble surtidor y ya sólo se divisó en el suelo un remolino rojo, que fué aquietándose hasta quedar convertido en una charca inmóvil de sangre negra.

El niño lo había mirado todo, con un terror oscuro primero, con alegría de espectador después.

Cuando seis horas más tarde volvió Jenaro Valdivian y comprendió de una mirada lo pasado, abrazó al chiquillo alborozadamente; pero en seguida, acariciando con las manos las fauces muertas de su boa familiar, de su criada bárbara, murmuraba y gemía con extraña ternura:

—Yacu-mama, pobre Yacu-mama!

Ventura GARCÍA CALDERÓN [peruano]

~ 101 ~

DE LA «ORACION AL PAN»

(Fragmento)

. . . . . .

Trigo de abril, mies del Señor,
¡danos el candor!

Trigo de agosto, luz que irradía,
¡danos la alegría!

Trigo segado de la heredad,
¡danos la humildad!

Trigo molido, polvo de lirio,
¡danos el martirio!

Trigo de trigo, miga y corteza,
¡danos amor, dolor y paz y fortaleza!

¡Trigo, danos el candor!
¡Danos la alegría!

¡Danos la humildad!
¡Danos el martirio!
¡Danos amor, dolor y paz y fortaleza!

¡El cuerpo déjanos provisto!
¡deja el espíritu provisto,
trigo, de todo bien provisto!

—Y así seremos el pan de Cristo,
el pan de Dios, el pan del Bien:
pan de la Gloria eterna, pan de panes, amén.

GUERRA JUNQUEIRO [portugués].

(Traducido del portugués por Eduardo Marquina)

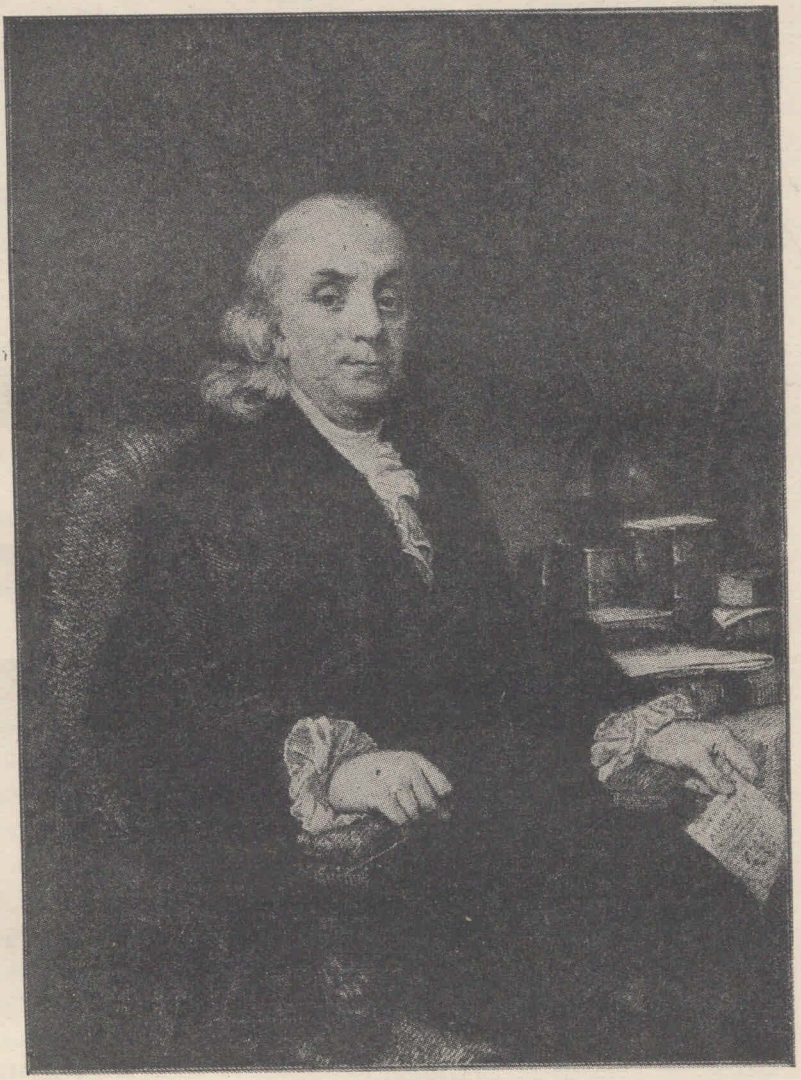
~ 102 ~

DE MIS PRIMEROS AÑOS

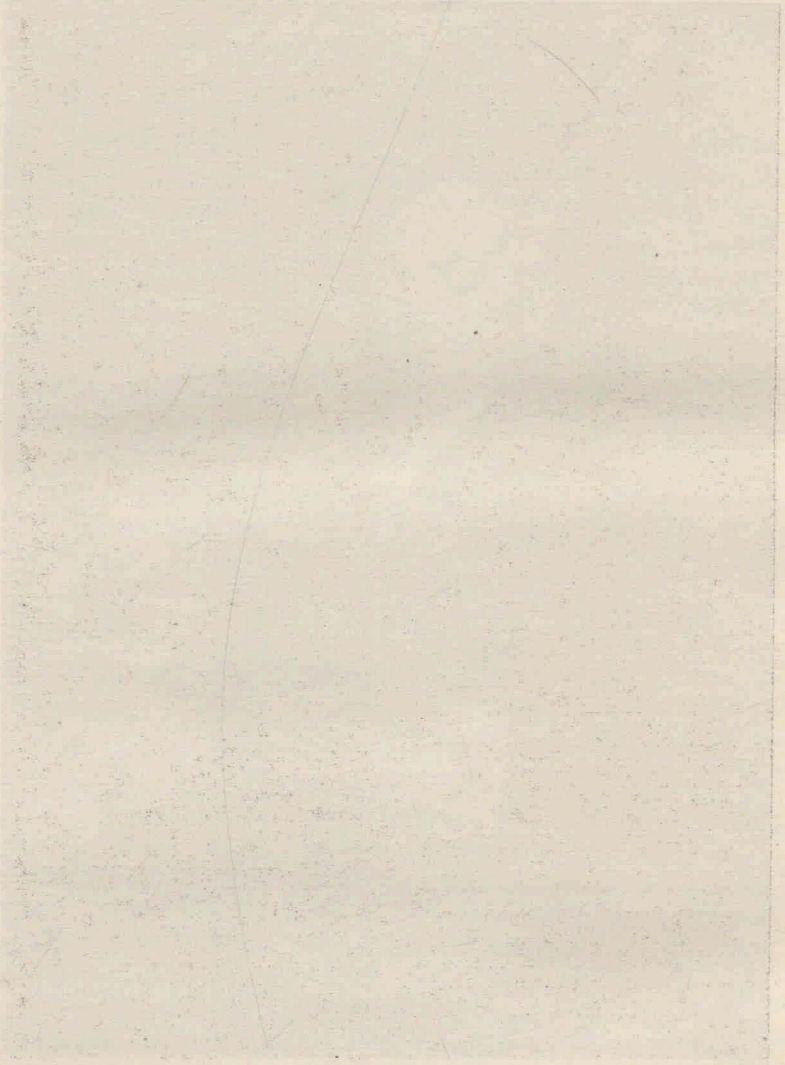
(Autobiografía)

. . . . . .

Seguí empleado en el comercio de mi padre durante dos años, esto es, hasta que tuve doce de edad; y cuando mi hermano Juan, que se había criado en aquel oficio, dejó a mi padre para casarse y establecerse por su propia cuenta en Rhode Island, no había duda de que yo debía ocupar su puesto y hacerme velero. Pero como quiera que mi aversión a aquella industria persistiese, mi padre pensó en buscarme otra ocupación que me fuese más agradable, temeroso de que, rompiendo yo con todo, me dedicase a la mar, como su hijo Josías había hecho, con gran disgusto suyo. Por esta razón muchas veces me llevó consigo de paseo para que viese trabajar a los carpinteros, albañiles, torneros, hojalateros, etc., y poder observar mi inclinación y tratar de fijarla sobre un oficio u otro de los existentes en el país. Desde entonces ha sido siempre una distracción para mí el ver a los buenos operarios manejar sus herramientas; y me ha sido muy útil el haber aprendido de ellos lo bastante para hacer algunos cortos trabajos en mi casa, siempre que no se encontraba a mano un obrero, y para construir pequeñas máquinas para mis experimentos, cuando la idea de ejecu-



Benjamín Franklin



tarlos estaba aún fresca y viva en mi mente. Mi padre, al fin, se fijó en el oficio de cuchillero, y habiéndose establecido por entonces en Boston, Samuel, el hijo de mi tío Benjamín, que había aprendido este oficio en Londres, me enviaron con él algún tiempo para que le fuese tomando afición. Pero disgustado mi padre por querer aquél que le retribuyesen por mi estancia, me trajo otra vez a su casa.

Desde niño fuí muy aficionado a leer, y gastaba en libros cuantas monedas caían en mis manos.

Esta mi inclinación a los libros determinó al fin a mi padre a hacerme impresor, a pesar de tener ya otro hijo (Jaime), de esta profesión. En 1717 mi hermano Jaime, regresó de Londres con una prensa y tipos para establecerse por su cuenta en Boston. A mí me gustaba mucho más este oficio que el de mi padre, pero aun conservaba un verdadero capricho por la mar. Para prevenir el temido efecto de esta inclinación, mi padre estaba impaciente por verme unido a mi hermano. Por algún tiempo me mantuve aún firme, pero al fin me dejé persuadir y firmé los contratos cuando sólo contaba doce años. Según ellos, debía servir como aprendiz hasta que cumpliese veintiún años, y únicamente recibiría un jornal diario durante el último año. En poco tiempo hice grandes progresos en el oficio, y llegué a serle muy útil a mi hermano. Ahora tenía a mi alcance libros mejores. Mi conocimiento con los aprendices de los libreros me permitía algunas veces recibir prestado algún libro pequeño, que tenía yo el mayor cuidado de devolver pronto y limpio. A menudo permanecía sentado en mi cuarto la mayor parte de la noche, leyendo los libros que me habían prestado por la tarde y que tenía que devolver por la mañana temprano, si antes no eran echados de menos o necesitados.

Benjamín FRANKLIN [estadunidense].

~ 103 ~

LA APACHETA

La apacheta es el monumento indígena más impresionante que conozco, entre los vestigios de la civilización diaguita. Impresionante por su simplicidad embrionaria, su grosera sordidez y su emplazamiento salvajemente poético.

Consiste en un montón de piedras ubicado a veces al pie de un cactus, y siempre, en el filo de una abra, junto al camino de herradura, en el punto preciso en que el viajero divisa por un lado algún risueño valle y por el otro una altiplanicie desierta o una

vasta gradación de cumbres nevadas. Este túmulo marca sobre la áspera senda el término que separa la tierra benigna de la montaña inhospitalaria.

De un lado, allá abajo, queda la comarca de los dioses propicios a la agricultura, a la industria, a las faenas domésticas, al hogar y a la familia; del otro, allá lejos, el reino de la incertidumbre, los dominios de Zupay, de los elementos hostiles con quienes el hombre, débil y solo, tendrá que habérselas en travesía difícil y penosa.

La apacheta, cerrito artificial, es la divinización rudimentaria de la montaña, un altar erigido a la medida del hombre, en medio de una Naturaleza desmesurada.

Arrodillarse ante un cerro hubiera sido un acto desproporcionado hasta lo imposible. Fabricar un minúsculo cerro que no rebase la estatura humana, era, en cierto modo, aproximarse por un piadoso esfuerzo de la voluntad a la deidad enorme que oculta el destino de las criaturas.

La apacheta es, pues, el altar de Pachamama y ante ella murmura el indio, con la cabeza descubierta, su plegaria conmovedora. Sea que se marche de viaje y se aleje por meses del valle natal o que se adentre por la Cordillera en busca de chinchillas o de vicuñas, siente la necesidad de congraciarse la protección de la deidad terrible que guarda en sus entrañas las sombras de los antepasados innumerables y alberga la multitud inquieta y amenazante de las fuerzas ciegas: el sorocho, el pugio, el viento blanco, el *catoijlla* retumbante, la neblina, el granizo, las lagunas encantadas...

El indio arroja contra la apacheta su *acullico* y esta ofrenda es el sacrificio más caro que le permite su indigencia; porque la coca es como el pan y el vino y la carne de otras razas más felices. La coca es como el pan, como la carne y como el vino, puesto que si no los reemplaza del todo en su milagroso régimen alimenticio, los sustituye en parte con la falacia de la anestesia que engaña al estómago vacío, a la sangre ávida de agua y a la imaginación atormentada por la soledad.

Parece increíble que un indio sea capaz, gracias a la coca, de pasarse muchos días en plena Cordillera, solo su alma, sin más recursos que los que puede llevar en su mula. Un barrilito de agua dulce, un puñado de charqui, una bolsita de harina tostada, otra de azúcar y una chuspa de coca, componen todo su avío.

Juan Carlos DÁVALOS [argentino].

~ 104 ~

CÓMO CONSTRUIMOS EL HOGAR *

La vida diaria de un hombre es la mejor demostración de su estado moral y social. Tomad, por ejemplo, a dos hombres que trabajen en la misma ocupación y ganen el mismo salario, y no obstante, ¡qué diferente es la vida del uno y la del otro! Empieza el uno por ser un hombre libre e independiente, mientras que el otro es un esclavo y un embrutecido. El uno habita en una casita pequeña, pero limpia; el otro vive en una pocilga. Al uno se le ve con un traje barato, pero decente; el otro anda siempre en andrajos. Los hijos del uno son limpios y van a la escuela, los niños del otro son desaseados y andan todo el día por la calle. El uno disfruta de algunas de las comodidades de la vida y se proporciona algunos placeres honestos, como por ejemplo estar suscripto a un buen periódico, la adquisición de algún libro instructivo; el otro, en cambio, no posee comodidad alguna ni sabe lo que son placeres honestos, ni ha leído jamás un libro. Y, sin embargo, *estos dos hombres ganan el mismo salario.* ¿Cuál es la causa de esta diferencia?

La causa de ello consiste en que el uno se rehusa a sí mismo en bien de su mujer, de sus hijos y de su hogar, y el otro de nada se priva sino que vive bajo la tiranía de los malos hábitos. El uno es un hombre sobrio y encuentra placer en hacer atrayente su hogar doméstico, procurando que su familia encuentre en él la mayor comodidad posible, mientras que el otro no se cuida de su hogar ni de su familia, sino que gasta la mayor parte de su salario en la taberna, el café o el garito. El uno mira hacia arriba, el otro mira hacia abajo. La norma del placer en uno es espiritual y elevada, la del otro es baja y rastrera. El uno gusta de libros que eleven el espíritu, el otro gusta de bebidas que le degraden y le embrutezcan. El uno ahorra cada día todos los céntimos que puede, el otro los derrocha.

Puede ser causa también de esta diferencia las condiciones de las respectivas mujeres de estos dos hombres, ya que no puede haber ahorro, economía ni comodidad en ningún hogar doméstico, si a ello no ayuda la mujer, y la mujer de un obrero no puede ser como una esposa cualquiera; la mujer del obrero ha de ser a la vez ama de casa, ama de leche, sirvienta, enfermera y obrera también, si le es posible, como su marido; la mujer del obrero ha de serlo todo a la vez; si ella es hacendosa y económica, hará de su casa un sitio de bienestar, que será la felicidad de su es-

poso; en cambio, si es una mujer malgastadora, si es pródiga, todo el dinero que se ponga en sus manos será lo mismo que echar agua en un cedazo; por esto han de poner tanto cuidado los obreros al elegir esposa.

L. L. [español]

~ 105 ~

LA ALPACA

Camélidos argentinos: la vicuña, el guanaco, la llama, la alpaca.

Muchos híbridos de los diferentes Camélidos se reproducen: el *huarizo,* el *misti,* el *paco-vicuña.* Pero la alpaca nada tiene que hacer con ellos. Ha mantenido sus características. Por eso es una rara desde la época incaica, de la que procede su antigua domesticidad.

El apogeo de la cría de la alpaca existió antes de la Conquista y con ésta comenzó su decadencia. Perú posee, con todo, actualmente, más de millón y medio de estos animales, o sea tres veces más que Bolivia,

La alpaca vive en alturas donde no le es posible hacerlo a ningún otro animal doméstico: a cinco mil metros, con temperaturas friísimas, vientos constantes, lluvias, nevadas y granizadas, pastando en terrenos húmedos de vegetación misérrima, «que solamente ella puede utilizar y transformar en lana preciosa».

Hay una hermosa alpaca de formas armoniosas, diferente a la común, llamada *Alpaca suri,* que quiere decir alpaca-avestruz. El parecido al ave corredora se lo da el bulto pomposo de su lana, semejante al que le forma la pluma al avestruz. Tiene cabeza más pequeña, sin depresión en la nuca y con gran copete que le cae sobre los ojos; orejas chiquitas, movedizas, que dirige adelante cuando observa y atrás cuando huye o ataca. A flor de la cabeza, sus ojos grandes tienen mirada bondadosa. Los labios, que se mueven siempre, tienen pelos tactiles.

En la garganta, la lana le rebosa como un collar. El cuello es cóncavo hacia arriba. Las patas delanteras son algo más cortas. Todas tienen lana hasta las rodillas: no tan abajo en las traseras.

La alpaca en general mide un metro de alzada hasta la cruz. Es apta para la carrera y el salto. Tiene marcha segura y libre, rendidora al paso o al galope.

De carácter relativamente dócil, suele terquear, y, como sus hermanos del género, escupe cuando se enoja.

Su lana, que recorre todos los colores, del blanco nieve al negro, es sedosa, brillante, de vellón pesado, con hasta ciento setenta hebras por milí-

metro y cuarenta centímetros de largo.

La de este rumiante, es la más flexible y fina de las lanas. Perú exporta más de 50 mil quintales por año, para fabricación del tejido llamado lustín, lustrina o alpaca, y para otros usos.

Francisco MARCADÉ [argentino].

~ 106 ~

EL VIRREY DEL ACERTIJO

(Tradición)

El Virrey que se encontraba hacía algún tiempo en lucha abierta con los miembros del Cabildo y con el alto clero, se burlaba de los pasquines y anónimos que pululaban, no sólo en las calles sino hasta en los corredores de palacio. La grita popular que amenazaba tomar las fatales proporciones de un motín, tampoco le inspiraba serios temores; porque Su Excelencia, que a no tener tan restringida su autoridad habría sido un tiranuelo, contaba con dos mil quinientos infantes para resguardo de su persona, y con cuerdas nuevas de cáñamo para colgar racimos humanos en una horca.

Felizmente el premio otorgado por ABASCAL al molondro predicador vino a sugerir a otro religioso agustino, hombre de ingenio y de positivo mérito que sus motivos tenía para sentirse agraviado, la idea salvadora que atemorizando a S. E., lo obligase sin notable escándalo a irse con la música a otra parte. Para conseguir su plan, le fué necesario ganarse al criado en cuya lealtad abrigaba más confianza el Virrey, y he aquí cómo se produjo el mayor efecto a que un sermoncillo de mala muerte diera causa.

Una mañana, al acercarse el marqués de la Concordia a su mesa de escribir, vió sobre ella tres saquitos, los que mandó arrojar a la calle después de examinar su contenido. S. E. se encolerizó, dió voces borrascosas, castigó criados y aun es fama que se practicaron dos o tres arrestos. La broma probablemente no le había llegado a lo vivo hasta que se repitió a los quince días. Entonces no alborotó el cotorro sino que mohino y cabizbajo, anunció a la Real audiencia, que no sentándole bien los aires de Lima y necesitando su salud de los cuidados de su hija, la hermosa Ramona ABASCAL, se dignase apoyar la renuncia que iba a dirigir a la Corte. En efecto, por el primer galeón que zarpó del Callao para España envió el consabido memorial, y el 7 de julio de 1816 entregó el mando a su favorito don Joaquín de la PEZUELA, que tan ingratamente le correspondió después.

Ahora saquemos del limbo al lector.

El contenido de los saquitos que tan gran resultado produjeron, era:

SAL - HABAS - CAL

S. E. sin ayuda de arte mágica ni de consultar brujas, adivinó que esto quería decir: *Sal, Abascal.*

Vió por otro lado que la nube de la Independencia se venía encima, y antes que ser arrastrado por ella, creyó preferible, como hombre cuerdo, retirarse con todos sus laureles.

. . . . . .

He aquí por qué tomó el *tole* para España el excelentísimo señor don José Fernando de ABASCAL, y por qué es llamado el *Virrey del acertijo.*

Ricardo PALMA [peruano].

~ 107 ~

LA PALMA Y LA MALVA

(Fábula)

De penacho gentil la sien ceñida,
tipo de majestad y de elegancia,
a pocos pasos de mi humilde choza
alzaba su cabeza hermosa Palma;
y a sus pies confundida entre *cadeles,*
hediondas, cardos, índigos y zarzas,
de la humildad emblema, discurría
la ignorada existencia de una Malva.
Una tarde, en que a solas, de Natura
gozaba la beldad, desde mi hamaca
parecióme escuchar la Palma altiva
dirigir a la Malva estas palabras:

—«¡Triste de tí, cuya tediosa vida
en vergonzosa oscuridad se arrastra,
en medio de selváticas malezas
a vegetar por siempre condenada!

¡Triste de tí, infeliz!... ¡Cuando te miro
se me desgarra el corazón de lástima!
Las brisas juguetonas no te besan,
las aves lisonjeras no te cantan;
¡cuán dura y solitaria y fastidiosa
debe ser tu existencia, pobre Malva!
¿Y no te causa envidia mi ventura?
De esta extensa pradera soy la gala,
yergo la altiva frente hasta las nubes,
y cuanto miro aquí, yace a mis plantas.
Las aves en bandada alegres vienen
a ensayar sus acentos en mis ramas,
los céfiros mil besos me prodigan
jugando con mis plumas de esmeralda,
y el trovador que aquesa choza habita,
al son de su melódica guitarra,
con la esbeltez de mi elegante talle
compara la cintura de su amada.
¡Oh! ¿no soy yo feliz? al contemplarme,
¿no quisieras también ser una Palma?
¡Cuánta pena me inspira de tu suerte
la ruda crueldad; desventurada!»

Así dijo la Palma, envanecida,
vibrando de placer sus verdes ramas,
mientras que con humilde acatamiento
la Malva silenciosa la escuchaba.
Pero de pronto electrizada nube
surcando el éter de Aquilón en alas,
con su cresta chocó... Súbito estruendo
los setos sacudió de mi cabaña,
y en breve instante, ¡quién pensado hubiera!
su corona de plumas destrozada,
la vi tendida sobre el mustio suelo
al mismo pie de la asombrada Malva!

F. J. AMY [portorriqueño].

~ 108 ~

DE LA VIDA AZTECA

Iztacpalapa

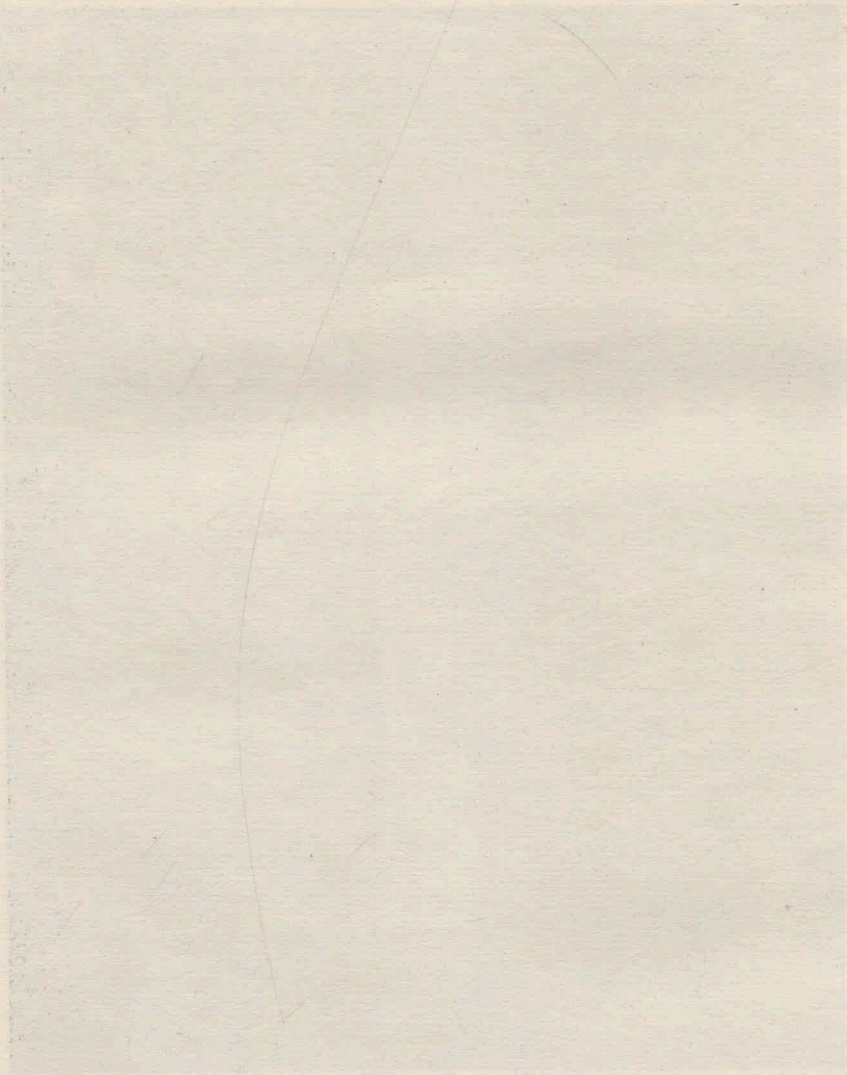
Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso que consistía en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad a los recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los españoles debajo de cubierto, quedando los demás en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que se había de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separación de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenían sus colgaduras de algodón, tejido a colores, con dibujo y proporción.

Había en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traída por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacía reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura que tenía el cacique para su recreación; donde llevó aquella tarde a CORTÉS con algunos de sus capitanes y soldados, como quien desea cumplir a un tiempo con el agasajo de los huéspedes y con su propia jactancia y vanidad. Había en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar a las plantas menores, y un espacioso jardín, que tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de hierbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacían labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular; fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo, tan grande, que tenía cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudían varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de MOCTEZUMA, se miraba como argumento de mayores opulencias...

México

Siguióse la marcha con la misma orden, y dejando a los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacán en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrían en la misma laguna se dió vista desde más cerca y no sin admiración a la gran ciudad de México, que se

Piedra azteca, vista de perfil



levantaba con exceso entre las demás, y al parecer se la conocía el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron a poco menos de la mitad de un camino más de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad a recibir al ejército cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque sólo hacían reverencias y pasaban adelante para volver acompañando...

Poco después se fué dejando ver la primera comitiva real, que serían hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venían en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencia de procesión. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando a las paredes en la misma orden, y se vió a lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venía MOCTEZUMA sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporción entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribución procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguían el paso de las andas cuatro personajes de gran suposición, que le llevaban debajo de un palio, hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera, que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen a mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. CORTÉS se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó MOCTEZUMA de sus andas, y se adelantaron algunos indios, que alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que, a su parecer, era indigna de sus huellas.

Antonio de SOLIS [español].

— 109 —

EL TEMPLE DE GUIDO SPANO

(Anécdota)

La semana pasada encontré a GUIDO SPANO en la calle y le dije:

—¿Cómo le va? tanto tiempo que no lo veo; usted habrá hecho también negocios!

—No, — me contestó; soy el hombre más feliz de la Tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida y me sobra tiempo; no tengo reloj y no me importa un comino de las horas!

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Con tamaña filosofía; cómo no había de estar este hombre contento!

En una ocasión me acuerdo haberlo visto en cama enfermo de reumatismo y tocando la flauta, con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

Eduardo WILDE [argentino].

~ 110 ~

EL PORVENIR DE AMÉRICA

Cuando pienso en los destinos que aguardan a la América, me parece que entre los diferentes elementos que elaboran su civilización, uno de los que han de influir más eficazmente en dar a su constitución definitiva un sello original, es la diversidad de razas que la pueblan, y de las que una rápida inmigración atrae a su seno.

La homogeneidad de población imprime, como se sabe, a cada nación rasgos peculiares que la distinguen de otras procedentes de diverso origen; mas circunscripto su desarrollo físico y moral a la esfera de las aptitudes especiales de cada raza, su civilización toma un carácter uniforme, siempre el mismo.

La colonización hispanoamericana presentó un rasgo bien característico; la facilidad con que se asimilaron los dos pueblos, conquistadores y conquistados. Desde los primeros momentos brotaron simpatías entre las hospitalarias hijas del Nuevo Mundo que acababa de revelarse, y los misteriosos huéspedes anunciados por la tradición. Hernán CORTÉS toma por intérprete y compañera de sus hazañas a la bella Marina. GARCILASO se une a una noble peruana. En todas partes, las dos razas parecen fundirse una en otra, y dan origen a tipos notables por vigorosas aptitudes físicas y morales.

Abierta por la emancipación la clausura de tres siglos, la América proclama la fraternidad y llama a su seno a todas las naciones.

La inmigración que primero afluyó al norte, empieza hoy a dirigirse a las orillas del Plata, para difundirse luego en el resto del Continente.

Ahora bien: una región que en el corto espacio de algunos kilómetros ofrece con frecuencia al viajero que la visita, la temperatura de todos los climas y todos los accidentes topográficos imaginables; una región tal modifica incesantemente las razas, produciendo infinitos matices, cada uno de los cuales posee aptitudes especiales.

En época no muy remota será, pues, la América, morada de hombres de todos los pueblos, que poniendo en la labor común los progresos y aptitudes peculiares de su raza, darán a su

civilización un carácter amplio, vario, universal, de que carece la del antiguo mundo.

José María SANTIBÁÑEZ [boliviano].

Cochabamba; 1875.

~ 111 ~

CREER Y ESPERAR

¡Sed buenos, fuertes, justos y abnegados! Todos debemos pasar y desaparecer, con nuestra fuerza y con nuestra abnegación, como los arroyos se pierden en los ríos y como los ríos se vuelcan en el océano. Cuando desaparecemos de la Tierra, en ella seguimos *permaneciendo,* no con nuestros nombres pasajeros y con nuestras fisonomías fugitivas, sino con el sudor, la sangre, las lágrimas que hayamos dejado sobre este suelo, y con los gestos de energía, los actos de nobleza, las palabras de justicia y de ternura que hayamos sembrado sobre el gran seno de la patria, nuestra madre y nuestra hija al mismo tiempo, madre por la vida que nos dió, e hija por el amparo que recibió con nuestro esfuerzo cariñoso.

¡Practicad y enseñad el desinterés! El desinterés es un gran hacedor de milagros. Grandes almas, verdaderas almas, son las abnegadas, que se anulan y disipan en otras. El alma, que en parte desaparece al vibrar en otras almas, desdóblase, multiplícase. De ese desdoblamiento y de esa multiplicación de corazones altruistas, es de donde nacen las grandes patrias.

¡Sed buenos y justos! Y sed, también, serenos para que podáis despreciar las injurias y las calumnias, con que los mezquinos y los malos siempre procurarán enturbiar vuestro pensamiento, manchar vuestra nobleza e infamar vuestro desprendimiento!

Vivid con el corazón lleno de fe, con el cerebro lleno de luz, con el cuerpo lleno de salud!

Huid de la tristeza y de las ambiciones pequeñas; conservad vuestra alegría y vuestra modestia; y, cuando estéis tristes y desanimados, reaccionad, e inventad buen humor, ánimo, entusiasmo, nuevo valor y nueva bondad, para que vuestros amigos se consuelen con vuestra compañía y para que vuestros enemigos no se pongan jubilosos al ver vuestro abatimiento.

¡Creed y esperad! Creer y esperar — es querer. Querer — es realizar.

Olavo BILAC [brasileño].

(Traducido del portugués).

~ 112 ~

EPILOGO CENTÓN

I

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva; conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del Autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo. — Jaime BALMES [español].

II

La entrada en nuestra casa, por modesta que sea, debe ser siempre el mayor de los privilegios o preferencias, que sólo debemos acordar a quien lo merezca. — Juan ZORRILLA DE SAN MARTÍN [uruguayo].

III

La madre es nuestra providencia sobre la Tierra en los primeros años de la vida; nuestro apoyo más firme en los años siguientes de la niñez; nuestra amiga más tierna y más leal en los años borrascosos de la juventud. — Severo CATALINA [español].

IV

¡Cuán gran riqueza es, aun entre los pobres, el ser hijo de un buen padre! — Luis VIVES [español].

V

Es muy precioso, muy rico
el veloz metal del tiempo
para hacer de él desperdicios.

CALDERÓN DE LA BARCA [español].

VI

A todo el que estudia no debe moverle otro fin que saber. — Francisco SANCHES [portugués].

VII

La atención es el buril de la memoria. — CERVANTES [español].

VIII

La llave que se usa constantemente, reluce como plata: no usándola se llena de herrumbre. Lo mismo pasa con el entendimiento. — FRANKLIN [estadunidense].

IX

El progreso es una cooperación: sin el concurso de muchos hombres no se realiza. — Baldomero ARGENTE [español].

X

Quien dice Higiene dice comodidad, salud, bienestar y gusto de vivir. — Mariano de CAVIA [español].

XI

Las únicas drogas que recomienda la Higiene son: el Sol, el aire y el agua. Las tres se encuentran en abundancia y por poco precio en la gran farmacia de la Naturaleza. — Arturo CUYÁS [español].

XII

Son hombres los que aran su propio surco. — José INGENIEROS [argentino].

XIII

La libertad es una condición esencial del hombre: tocarla es violar su personalidad, un sacrilegio. — PI Y MARGALL [español].

XIV

¡Qué gusto tendría yo en que las personas de doctrina y autoridad clamasen a todas horas contra este maldito furor de la guerra, causa de tantos males y desórdenes, y estorbo de tantos bienes! — JOVELLANOS [español].

XV

El crimen de la guerra. — Esta palabra nos sorprende, sólo en fuerza del grande hábito que tenemos de esta otra, que es la realmente incomprensible y monstruosa: *el derecho de la guerra,* es decir, el derecho del homicidio, del robo, del incendio, de la devastación en la más grande escala posible; porque esto es la guerra, y si no es ésto, la guerra no es la guerra. — Juan B. ALBERDI [argentino].

XVI

La diferencia entre el bien heredado y el bien producido, entre las ganancias del juego y las del trabajo, es el sabor del esfuerzo fructífero que acompaña a éstas y falta en aquéllas, el sentimiento moralizador de la paternidad del resultado, el recuerdo tonificante de las dificultades vencidas y de los obstáculos superados, que le sirven de contramarco para realzarlas. — Agustín ALVAREZ [argentino].

XVII

¡Instrúyete! Hay más luz en las veintisiete letras del alfabeto, que en todas las constelaciones del firmamento. — GUERRA JUNQUEIRO [portugués].

XVIII

La cuna ni distingue ni engrandece, pero el hombre sabe distinguirse y engrandecerse sobre los demás. — Rosalía de CASTRO [española].

XIX

Si la sociedad es cooperación, los miembros de la sociedad tienen que ser, antes que otra cosa, trabajadores. En la sociedad no puede participar quien no trabaja. — José ORTEGA Y GASSET [español].

XX

Procuremos mejorar las condiciones de la vida y hacer que el Mundo sea mejor, aunque sea solamente un poco mejor, por haber nosotros vivido en él. — Teodoro ROOSEVELT [estadunidense].

XXI

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar sobre la patria nacional, la Patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa harmonía, será una política vana o descarriada. — José Enrique RODÓ [uruguayo].

El Senado de Tlaxcala

Cuadro de R. Gutiérrez, en la Academia de San Carlos (México)

A LOS NIÑOS Y NIÑAS QUE LEEN «ELEVACIÓN»

Ya vuestro amigo el maestro os habrá dicho cuánto significa la palabra *elevación,* hablando de las cosas del pensamiento, del corazón o de la conducta.

Además, el sentido de ese vocablo está interpretado en el frontispicio de este libro, donde se ha combinado la mitología helénica con un mito americano. Apolo, dios griego, conductor del carro del Sol, representa las Artes, la Poesía y la Música, la Elocuencia y también la Medicina y los augurios. Con sus flechas, que simbolizan los rayos solares, ha dado muerte a la terrible serpiente de dos cabezas, en la cual encarnaban los Incas el mal, la ignorancia, las sombras.

Con ELEVACIÓN os hemos dado el arco y las flechas de Apolo, para armaros contra todo lo que ensombrece y emponzoña la vida, así como la lira con la que tañía y cantaba en el destierro, para que os deleitéis con la belleza.

Por eso este libro es un saco de semillas espirituales esparcidas en todas sus columnas, semillas que al igual de las otras, echadas en los surcos, llevan también en su seno dorada mies. Sólo que la dorada mies de ELEVACIÓN no será mañana maravilla de los campos, sino flor azul de ensueños puros en vuestras ánimas y luego fruto maduro en la voluntad y la acción que aportéis para el progreso y el bienestar de la comunidad.

Estas semillas, envueltas en la palabra impresa, contribuirán a haceros buenos trabajadores, técnicos capaces, honestos industriales y comerciantes, dignos profesores, nobles artistas, padres rectos o dulces madres. Así, a la vez, os volveréis sembradores de propósitos honrados y de acciones puras, de educación cívica y colectiva, de amor y paz.

Procurad inspiraros en los grandes varones, — algunas de cuyas figuras halláis en estas páginas, — que hicieron una religión de la libertad.

No reconozcáis en los hombres otros privilegios que los fundados en

el trabajo, en la bondad y en el carácter, o en el empeño fervoroso de combatir la injusticia, el egoísmo, la rutina y la corrupción.

Sed celosos sostenedores de la Democracia, y haced que ésta funcione normalmente, comenzando por practicar las prendas ciudadanas con lealtad, conciencia e hidalguía. Armaos de tolerancia, de respeto a todos los hombres, a todas las ideas políticas y religiosas.

ELEVACIÓN os afirma el amor a la Argentina, y al par os invita a conocer y comprender mejor a todos los países integrantes de Iberoamérica, porque con el conocimiento viene el cariño fraternal.

A las niñas que leen ELEVACIÓN, les decimos que cuiden siempre su condición de mujer. El adelanto intelectual no debe borrar jamás las virtudes femeninas de recato, dulzura, pureza, piedad, ni hacer olvidar cómo se arregla y dirige una casa. De este modo serán buenas compañeras de los hombres de hoy y buenas madres para los hombres de mañana.

Niños y niñas: en la familia de la escuela, amad a vuestros camaradas como a hermanos, para amar fraternalmente a todos los compatriotas primero, a todos los iberoamericanos luego y por fin a toda la Humanidad. Y que rueden y rueden por el Mundo las divinas palabras: *Amaos los unos a los otros.*

Pedro B. FRANCO y Cesáreo RODRÍGUEZ.

POR LA SALUD DEL CUERPO Y DEL ESPIRITU

Leer semanalmente estos consejos
y en cada lectura ampliar uno de ellos.

I

Respirar profundamente y siempre por la nariz, manteniendo la boca cerrada.

II

Respirar siempre aire puro; permanecer el mayor tiempo al aire libre; dormir ocho horas y en habitación ventilada.

III

Donde se habite que brille la limpieza y reine el orden.

IV

Ser amigo del agua y del jabón.

V

Lavar con frecuencia las manos y especialmente antes de comer.

VI

A la dentadura limpiarla prolijamente antes de acostarse.

VII

Evitar los excesos en la comida, tomar alimentos nutritivos; poca carne, y de preferencia cereales y legumbres. Comer despacio y masticar bien.

VIII

Cuidar el regular funcionamiento del vientre.

IX

Usar ropa adecuada a la estación; en invierno no abrigarse demasiado.

X

En caso de enfermedad, consultar al médico y *nunca* a las curanderas y adivinas.

XI

Vacunarse.

XII

Mantener siempre el cuerpo derecho, al andar, al estar en pie o sentado.

XIII

El trabajo es la mejor panacea contra las enfermedades del cuerpo y del espíritu.

XIV

Las horas de descanso, los días de fiesta, dedicarlos a la familia, a la amistad y a las satisfacciones espirituales.

XV

Mantener el espíritu activo, alegre, sereno, cordial y puro.

ELEVACIÓN.

DÉCIMA HIGIÉNICA

(Para aprender de memoria)

Vida honesta y arreglada:
usar de pocos remedios
y poner todos los medios
de no apurarse por nada.
La comida moderada;
ejercicio y diversión;
no tener nunca aprensión;
salir al campo algún rato;
poco encierro; mucho trato
y continua ocupación.

Doctor LETAMENDI.

REFERENCIAS BIO-BIBLIOGRÁFICAS DE AUTORES

REFERENCIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DE AUTORES (1)

ALBERDI, Juan Bautista (1810-1884). — Ilustre pensador argentino, sociólogo y economista. Gran estadista; fué el espíritu inspirador de la organización institucional argentina. Se dedicó a estudios sociales y económicos, cultivando también las Letras y la Música.

Libros principales: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina; El crimen de la guerra* *.

ALMAFUERTE (1854 - 1917). — Seudónimo de Pedro B. PALACIOS, original poeta argentino, escritor y maestro, posiblemente el poeta más representativo del alma democrática de Iberoamérica. Atormentado con su bondad infinita, amó cristianamente a los niños y a todos los humildes.

En casi todos sus versos, cuajados de pensamientos evangélicos y nobles metáforas, canta la angustia del hombre, el dolor del pueblo y grandes sueños de fraternidad humana.

Ciudadano ejemplar por su carácter y austeridad.

En el apóstrofe ningún otro poeta americano le supera.

Compuso numerosas sentencias y reflexiones que llamó *Evangélicas* *.

Sus poesías, recopiladas por su amigo Alfredo J. TORCELLI, han aparecido con el título de *Obras completas.*

ALVAREZ, Agustín (1857-1914). — Pensador argentino, consagrado a estudios de Sociología, de Enseñanza y de Etica. Amó la virtud, la justicia y la sencillez. Luchó por la difusión de la Ciencia, por la cultura moral y por el culto del idealismo.

De sus libros no deben dejarse de leer: *La creación moral; ¿Adónde vamos?; Educación moral.*

AMY, Francisco J. (1837-....). — Escritor portorriqueño. Es autor de numerosas fábulas y poesías satíricas. Escribía con igual facilidad en español y en inglés.

ARENAL, Concepción (1820-1893). — Socióloga y penalista española; en

(1) Los títulos que llevan asterisco indican los libros de los cuales se extrajo algún trozo.

cuestiones penitenciarias era autoridad. Vivió siempre retirada, empleando toda su existencia en bien de los desgraciados, sobre todo de los presos y los enfermos. Ocupóse también mucho de la educación de la mujer.

No obstante su dedicación al estudio y la investigación científica, no olvidó ni un momento los deberes de su sexo. «Fué siempre muy profundamente mujer, — ha dicho de ella nuestra camarada y doctora Dora E. MIRANDA, — amó y sintió como mujer, cuidó de su hogar y de sus hijos, «guardó la casa e hiló la lana» como la matrona de la Roma antigua».

Libros principales: *Cartas a los delincuentes; La condición social de la mujer en España; Cartas a un obrero; El derecho de gracia ante la justicia y el reo, el pueblo y el verdugo; La igualdad social y política y sus relaciones con la libertad* *. Compuso fábulas, en verso, para los niños.

ARGENTE, Baldomero (1877). — Profesor y publicista español, contemporáneo, especializado en estudios económicos.

Ha publicado varios libros, entre ellos un notable ensayo biográfico y crítico de Henry GEORGE, famoso economista y sociólogo estadunidense.

ARTEAGA, Cristina de (...). — Doctora en filosofía y letras, escritora, conferenciante y poetisa española de exquisita sensibilidad. Contemporánea. En plena juventud conquistó éxitos en la cátedra, en la tribuna y en el periodismo.

Pertenece a una linajuda familia; es hija de los condes del Infantado. No obstante este origen, Cristina de Arteaga se identificó con el pueblo, llevando ilustración y arte a los círculos obreros e interviniendo en reuniones de trabajadores. En 1927 ha ingresado en una Orden religiosa.

Recomendamos la lectura de su libro de poesías *Sembrad* *.

AVELLANEDA, Nicolás (1837-1885). — Hijo de Marco AVELLANEDA, el mártir de Metán. Periodista, jurisconsulto, orador elocuente, temible polemista argentino.

Dedicó todos sus esfuerzos en bien del país.

Fué Ministro de instrucción pública, durante la presidencia de SARMIENTO, e introdujo varias y útiles mejoras. Presidente de la República, se hizo cargo del gobierno en momentos difíciles y de crisis económica.

Ha sido un gran patricio, dotado de todas las cualidades del verdadero hombre de Estado.

Sus obras han sido publicadas completas por ley nacional.

AVILA, Julio Enrique (...). — Literato y periodista salvadoreño. Contemporáneo.

BALMES, Jaime (1810-1848). — Filósofo español; analítico y de estilo muy claro.

Obras importantes: *El criterio*, tratado de Lógica; *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, que constituye una filosofía de la Historia.

BARALT, Rafael María de (1810-1860). — Correctísimo literato venezolano. Autor de diversas publicaciones, entre ellas una *Historia de Venezuela* y un valioso *Diccionario de galicismos*.

BARRA, Eduardo de la (1839-1900). — Poeta y crítico chileno, polemista sin rival. Escribió durante cincuenta años: versos, crítica literaria, artículos científicos y sobre Educación. Dedicóse a la enseñanza de las Matemáticas.

Ayudó mucho a Rubén DARÍO, cuando la estada de éste en Chile, prologando la primera edición de *Azul...*

Obras: *Poesías*, en dos volúmenes; *Rimas chilenas; Estudios sobre versificación castellana*.

BARRIOS, Eduardo (1884). — Novelista y cuentista chileno, contemporáneo. Ha viajado por gran parte de América.

En la novelística iberoamericana está en primer plano. Obras principales: *Del natural, Un perdido*.

BILAC, Olavo (1865-1918). — Ha sido el príncipe de los poetas brasileños. En prosa escribió crónicas y conferencias. Como sonetista no tiene que envidiarle al cubano HEREDIA. Admirable es su soneto *Oir estrellas*.

Obras: *Poesías y Tarde*, colección de sonetos.

BRAVO, Mario (1882).—Publicista, orador y poeta argentino, contemporáneo.

En su continuada actividad política y legislativa, se da tiempo para platicar con las Musas componiendo versos sencillos y emotivos, muchos inspirados en cosas de la infancia y de la Naturaleza.

BRENES MESÉN, Roberto (...).— Costarricense contemporáneo. Cultiva la prosa, la prosa filosófica, y el verso; ha publicado un bello libro de poesías: *En el silencio*.

Educador prestigioso, ha hecho y hace mucho por la cultura de su pueblo. Fué dos veces Ministro de instrucción pública, ensayando importantes reformas.

Ha publicado una buena *Gramática*, elogiada por CEJADOR y por José MIR.

BRICEÑO, Emilio (1857-1894). — Inspirado poeta de Panamá.

Figura en el *Parnaso panameño* de Octavio MÉNDEZ PEREIRA.

BUFANO, Alfredo R. (1895). — Uno de nuestros primeros poetas líricos contemporáneos. Posee el privilegio de sentir y el arte de expresarlo. Sus poesías se distinguen por la dulzura y la delicadeza en el sentimiento, la gracia y la soltura en la expresión. En los últimos tiempos se ha doblado en su lira cierto deleitoso misticismo panteísta.

Libros principales: *Canciones de mi casa,* el más querido por nosotros; *El viajero indeciso; Poemas de Cuyo.*

BUITRAGO CARRILLO, G. (...). — Joven pintor argentino, contemporáneo.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1600-1681). — Clásico español, inmortal dramático. Su producción teatral abarca distintos géneros, sobresaliendo en los *autos sacramentales,* piezas alegóricas, religiosas, como algunas de sus comedias inspiradas en la *Biblia;* las comedias *filosóficas,* de las cuales *La vida es sueño* es la principal; los dramas trágicos, como *El alcalde de Zalamea,* y los de celos. Compuso asimismo comedias históricas, caballerescas y mitológicas, zarzuelas y entremeses.

Como poeta dramático es superior a todos los españoles, ya por la grandeza de la concepción, ya por el simbolismo religioso, por la interpretación histórica o por la fuerza con que presenta el amor puro e ideal. Muchos intentaron imitarle.

CAMBA, Julio (1882). — Fino humorista español, contemporáneo. Autor de excelentes y amenas crónicas, coleccionadas en volúmenes, como los titulados: *Sobre casi nada; La rana viajera; Sobre casi todo* *.

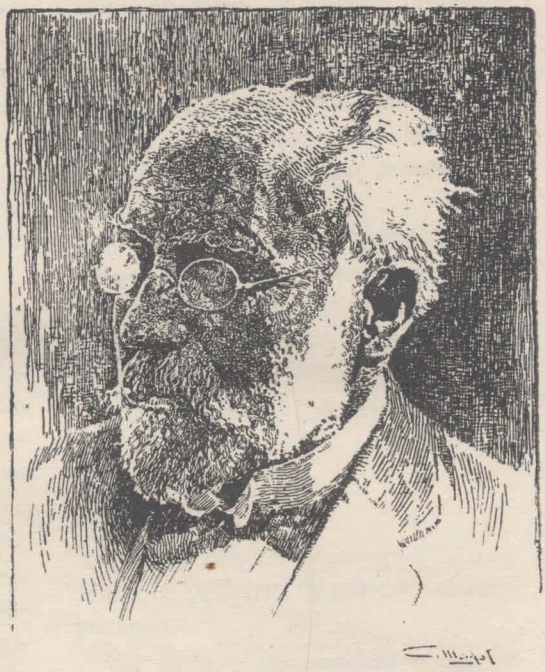
CANTILO, José Luis (1870). — Periodista, político y publicista argentino, contemporáneo.

Entre otros trabajos ha hecho publicar: *Don Juan de Garay* *, documentada y comprensiva biografía; *Enseñanza profesional e industrial en las escuelas primarias.*

CAPDEVILA, Arturo (1889). — Poeta y prosista argentino, contemporáneo.

Uno de sus mejores libros de poesías es, quizás, *Melpómene.* Es Autor de muchos ensayos, como los de *La dulce patria* *; y de altos estudios, como la excelente exégesis del *Cantar de los cantares.* Escribe para el teatro; *La Sulamita* es obra hermosísima.

Otros libros: *La fiesta del Mundo; Del libre albedrío.*



Almafuerte

Retrato de C. Mayol

CASTRO, Rosalía de (1837-1885). — Dulcísima poetisa española, de origen gallego, Autora de cantares flúidos y frescos, con profundas reminiscencias del inmortal HEINE.

Es BÉCQUER hecho mujer.

Libros importantes: *La flor; Cantares gallegos,* en donde volcó el alma de Galicia; *Follas novas.*

CATALINA, Severo (1832-1871). — Escritor español. Adquirió popularidad con su libro *La mujer,* de estilo elegante y lleno de observaciones psicológicas sobre las mujeres, en el cual exalta a la virtud femenina.

CAVIA, Mariano de (1855-1920). Castizo cronista y crítico español. Observador sagaz de la vida y los hombres, creó varios tipos literarios de los que se valía para filosofar con gracia y sonriente ironía.

Combatió incesantemente contra los vicios y las locuciones bárbaras en el idioma español. Su libro *Limpia y fija...,* es una muestra cuya lectura recomendamos para la higiene lingüística.

CERVANTES, Miguel de (1547-1616) —A este clásico español se le admira en todo el Mundo por su novela *Don Quijote de la Mancha* *, de la cual se han hecho ediciones especiales para niños. Con ella creó dos tipos inmortales: Don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote es un paladín desinteresado, ama la virtud, odia la injusticia y la perversidad, sueña con grandes empresas y con proteger a los débiles y consolar a los afligidos; Sancho Panza es rústico, grosero, pero bondadoso.

Las *Novelas ejemplares* de este Autor son notables, particularmente *Rinconete y Cortadillo* y *El coloquio de los perros.* Escribió también versos y para el teatro.

Según algunos, CERVANTES es uno de los más grandes escritores del Mundo.

COELHO NETTO, Domingo (...).— Hombre de letras brasileño, contemporáneo.

Ha dado a luz muchas obras de mérito, de cuentos, novelas, comedias, fábulas. Para los niños ha publicado un volumen de *Apólogos.*

COLUMBA, R. (...).—Talentoso caricaturista argentino, contemporáneo. La caricatura de INGENIEROS que damos en *Elevación* es un acierto de aguda interpretación.

COROMINAS, Pedro (1870). — Escritor y abogado catalán, contemporáneo. Notable artista de la prosa. *La vida austera* * es libro bellísimo y educativo. Editó también *El sentimiento de la riqueza en Castilla,* es-

tudio preparado durante veinte años de labor continuada.

COSTA, Julio A. (1852).—Hombre de Estado, argentino, contemporáneo. Fué diputado y gobernador. Desde su juventud dedicóse al periodismo, demostrando brillantes condiciones.

Entre sus libros, de materia histórica y política, mencionaremos: *El presidente; Entre dos batallas;* etc. Posee estilo chispeante y agudo.

CRANE, Frank (...-...). — Interesante escritor estadunidense, fallecido hace pocos años. Gustaba escribir artículos breves de honda intención educativa.

CUYÁS, Arturo (1845). — Escritor español, contemporáneo, filólogo. Autor de diversas obras, entre ellas: *Hace falta un muchacho, Libro de orientación en la vida de los adolescentes; Alma de niño; Cartas de Carlitos a su abuelo; Sueños de Tribilín;* colección de cuentos educativos y estimulantes.

DANTAS, Julio (1877). — Autor dramático, poeta y médico portugués, contemporáneo. De copiosa producción en el periodismo literario. Maneja el diálogo de manera maestra, sobria e ingeniosamente.

Su drama más popular es *La cena de los cardenales.*

DARÍO, Rubén (1864-1916). — Insigne poeta iberoamericano, nacido en Nicaragua. Uno de los primeros entre nuestros contemporáneos de habla española.

Con su modernismo, de inspiración griega y savia francesa, ha ejercido enorme influencia en la renovación y restauración de las letras españolas, al margen de la Academia. Su maestría en el verso — que hizo música, — y en la prosa de orfebre, arrastra y rinde nuestra admiración.

Su obra cumbre es la titulada *Cantos de vida y esperanza.* Otros libros notables: *Azul...*, el del despertar lírico, y *Prosas profanas.* Sus bellas crónicas llenan varios volúmenes.

Amó a la Argentina, a cuya vida estuvo vinculado así como a la de Chile. En Buenos Aires compuso el relato de su existencia.

DÁVALOS, Juan Carlos (1887). — Poeta argentino, contemporáneo. Con singular sentido del verso, se distingue por cultivar la poesía regional norteña, en la que no tiene quien lo aventaje.

Libros importantes: *Cantos agrestes,* uno de los más gustados por nosotros; *Cantos de la montaña; El viento blanco; Los gauchos* *, en el cual se presenta la figura del gaucho sin retórica ni mistificaciones.

DICENTA, Joaquín (1863-1917). — Autor dramático y cronista español. Compuso novelas, como *Mares de España* y *Tinta Negra*, y también poesías, pero sus grandes éxitos los obtuvo en el teatro, con dramas de asunto social entre los que se distinguen: *Juan José*, el más popular y traducido a muchos idiomas, *El señor feudal* y *El lobo*.

DÍEZ DE MEDINA, Angel (1870-1909). — Abogado, parlamentario, periodista y profesor boliviano. Tiene una colección de poesías titulada *Cantos de juventud*.

DIEZ DE TEJEDA, Vicente (1872). — Escritor español, contemporáneo. Ha cultivado, especialmente, el cuento y la novela corta.

DOMINICI, Pedro César (...). — Escritor y diplomático venezolano, contemporáneo. Sobresale en la novela y en la crónica literaria. A este último género pertenecen sus volúmenes: *De Lutecia*, *Libro apolíneo* y *Tronos vacantes*.

Actualmente representa a su país cerca del Gobierno argentino.

EBERLEIN, G. (1847).—Estatuario alemán, contemporáneo. En la ciudad de Buenos Aires existen varias obras de este artista.

ECHEVERRÍA, Esteban (1805-1851). — Gran poeta romántico argentino. Autodidacto. Sus obras completas fueron coleccionadas y editadas por su amigo Juan María GUTIÉRREZ.

Adquirió renombre con sus libros *Consuelos* y *Rimas*, hallándose en el segundo su admirable poema *La Cautiva*, inspirado y pleno de sentimiento.

Fundó y presidió la Asociación de mayo, para la cual redactó su *Dogma socialista* conteniendo sus ideas políticas y económicas, por las que se le ha considerado como nuestro precursor de la Sociología.

EIZAGUIRRE, José Manuel (1862-1930). — Brillante periodista argentino, contemporáneo. En *La Prensa* ejerció cargo principal.

Escritor monográfico, trata temas históricos y políticos con elevación e independencia. Ha publicado *Cómo se formó el país argentino; La bandera argentina; Córdoba*, libro de costumbres; *¿Dónde está el pueblo?* y otros más.

ERCILLA Y ZÚÑIGA, Alonso de (1533-1594). — Ingenio español llamado el cantor de Arauco, por haber narrado bellamente la conquista de esta comarca en el poema épico *La Araucana*, que consta de tres extensas partes. La primera de éstas, fué escrita en Chile sobre pedazos de cuero y de papel. Hay en el poema brillantes

descripciones, como la de los Andes, pintorescas comparaciones, crónica histórica y recuerdos mitológicos.

Siendo príncipe Felipe II, ERCILLA lo acompañó por Europa como paje.

ESPINO, Alfonso (...). — Poeta lírico salvadoreño, contemporáneo. Canta las cosas americanas con inspiración y buen gusto.

Principales obras: *Mármoles y bronces* *, de versos, y *Rumbo al cenit*, de prosa.

FARIÑA NÚÑEZ, Eloy (1885-1929). — Cultísimo hombre de letras paraguayo. Ensayista.

Radicado en Buenos Aires, adquirió renombre al triunfar en un certamen literario de *La Prensa*, en 1913, con su hermoso cuento *Bucles de oro*. Dejó varios libros de mérito como *El jardín del silencio*, ensayo filosófico; *Las vértebras de Pan*, colección de cuentos; *Elogio del silencio*, en donde se revela un alma de artista; *Conceptos estéticos* *. Compuso también para el teatro.

FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero (1886). — Médico y poeta argentino, contemporáneo. Todas sus composiciones llevan sello personal, caracterizado por la diestra síntesis — algunas veces feliz — con que expone sentimientos e ideas.

Ha publicado gran número de volúmenes en pocos años. Mencionaremos los titulados: *Campo argentino; Poesía; Aldea española.*

FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas (...) —Profesor de ciencias naturales, español, contemporáneo. Autor de *El mundo de los minerales*, libro ameno e instructivo acerca del reino inorgánico.

FLORES FERNÁNDEZ, Luis (...). — Chileno contemporáneo. Sus producciones, todas en prosa, revelan al hombre de letras y de cultura.

FRANCO, Luis L. (1898). — Joven poeta argentino, contemporáneo.

Su inspiración tiene bellos aciertos en los motivos de la vida regional del Norte. *La flauta de caña* es, quizás, su mejor libro.

Cultiva la prosa, sobre todo para relatos folklóricos, como en *Los hijos del Llastay* *.

FRANKLIN, Benjamín (1706-1790). Físico, escritor, economista y político estadunidense. Es un gran ejemplo del partido que el hombre puede sacar de su voluntad y constancia. De origen humilde alcanzó a ocupar espectables posiciones. Tomó parte activa en las luchas de la Independencia de Estados Unidos.

Formidable lector, devoraba cuantos libros tenía a la mano, dedicando

al estudio todas sus horas de descanso.

Hizo diversos inventos y compuso varios libros, entre éstos el de *Proverbios del viejo Enrique o la ciencia del buen Ricardo*. Nos ha dejado su *Autobiografía*.

FRÍAS, Félix (1816-1881).—Hombre público argentino. En sus escritos, en sus discursos, en todos los actos de su existencia puso de manifiesto ricas prendas de austero ciudadano.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura (1882). —Hombre de letras peruano. Admirable cincelador de prosa, en la crónica, el ensayo, el cuento, la crítica. Es devoto de España y sus cosas.

Libros principales: *Frívolamente...; Semblanzas de América; Dolorosa y desnuda realidad*, cuentos; *Cantilenas*, prosas líricas.

GARCÍA ESCOBAR, Rafael (...). — Poeta lírico salvadoreño. Contemporáneo. De preferencia extrae sus temas de la vida cotidiana del hombre.

GARCILASO DE LA VEGA, inca (1539-1616). — Nacido en Cuzco, hijo de una *ñusta* o princesa incaica y de un capitán español. Escritor dedicado a investigaciones históricas, se distinguió en la crónica publicando *La Florida del Inca* y la *Primera parte de los comentarios reales*, donde estudia el origen, la idolatría y la política de los Incas.

GÓMEZ, Juan Carlos (1820-1884). — Periodista y poeta lírico uruguayo. Ejemplar ciudadano, sobresalió por sus ideas de libertad así como por su sana propaganda política. Contribuyó a la organización del vecino país.

Fué polemista brillante. Como tribuno del pueblo su talento era inalcanzable. Estuvo desterrado en Chile, compartiendo el exilio con intelectuales argentinos.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique (1873-1927). — Nació en Guatemala, comenzando a escribir muy joven.

Artista de temperamento sutil, se le consideraba príncipe de los cronistas de habla española.

Era un enamorado de Francia y amante de España, teniendo también por la Argentina predilección especial.

Obras importantes: *El Modernismo*, de estudios literarios; *Treinta años de mi vida*. Libros de viajes: *Por tierras lejanas; Nostalgias; Grecia; El Japón galante y heroico* *.

GOYENA, Pedro (1843-1892). — Hombre de letras, jurisconsulto y notable orador argentino.

Como escritor y crítico literario su personalidad es inconfundible. La bi-

blioteca La cultura argentina que fundara INGENIEROS, ha editado un volumen de *Crítica literaria* con varios ensayos de Pedro GOYENA.

GUERRA JUNQUEIRO (1850-1923). — Genial poeta portugués. Se impuso en la poesía social revolucionaria, sobresaliendo con sus libros *Morte de D. Joâo* [Muerte de don Juan] y *Velhice do padre Eterno* [Vejez del padre Eterno]. En la lírica su obra maestra es los *Simples*, de estrofas tiernas y harmoniosas.

Entregado al misticismo panteísta, publicó incomparables obras: *Oración al Pan* * y *Oración a la Luz*.

Fué fervoroso amante de la libertad humana y propagandista sincero de las ideas liberales. Como intelectual ayudó a la revolución que hizo desaparecer la monarquía de Portugal.

GUILLÉN ZELAYA, A. (1890). — Escritor y periodista hondureño, contemporáneo. No escribe sino para sembrar cultura.

GUTIÉRREZ, Juan María (1809-1867). — He aquí un ejemplo, entre los argentinos, de verdadero hombre de letras consagrado a las faenas desinteresadas de la pluma para laborar por la cultura del país.

Fué educador, periodista, crítico, historiador, bibliógrafo. Desempeñó la presidencia del Consejo nacional de educación y el rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

Es autor de una antología titulada *América poética*, y de un estudio acerca del *Origen y desarrollo de la Enseñanza pública superior*.

GUTIÉRREZ, R. (...). — Artista mexicano.

GUTIÉRREZ, Ricardo (1836-1896). — Argentino. Estudió Derecho y Medicina. Fundó el Hospital de niños que hoy lleva su nombre. Fué soldado en las luchas por la organización de la República.

Como médico, siempre se le recuerda por su amor entrañable a los niños, y por su eficiente concurso cuando la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Buenos Aires en 1867.

Desde joven distinguióse como poeta lírico, encantando con sus versos sencillos y transparentes de calor humano. De sus trabajos poéticos son importantes los poemas *Lázaro* y *La fibra salvaje*, así como sus colecciones tituladas *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*. Dejó también un poema *A la fraternidad hispano-argentina*.

GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel (1860-1895).—Príncipe de los poetas líricos mexicanos. Es el cantor de la ternura y

de la emoción volcadas en forma magnífica. Su prosa no es menos primorosa.

Ha sido uno de los precursores del Modernismo en Iberoamérica en el siglo XIX.

Sus principales poesías están coleccionadas en un volumen y en otro sus *Cuentos color de humo* y *Cuentos frágiles.*

HERNÁNDEZ, José (1834-1886). — Escritor y periodista argentino.

Dentro de la literatura americana su poema *Martín Fierro* *, completado con *La vuelta de Martín Fierro,* ocupa el primer plano en el género gauchesco, llamado por Carlos O. BUNGE *mester de gauchería.* Talentosa e ingeniosamente hace HERNÁNDEZ en dichas obras una pintura realista de la vida del antiguo gaucho, cuyo lenguaje metafórico y sentencioso ha intentado copiar.

IBARGUREN, Carlos (1877). — Escritor y hombre de Estado argentino, contemporáneo. Todos sus libros son notables contribuciones a la cultura argentina.

En el volumen titulado *De nuestra tierra* *, refleja ambiente y tipos regionales que pasaron. Ha publicado además *Historias del tiempo clásico* y una hermosa y emocionadora semblanza titulada *Manuelita Rosas.*

INGENIEROS, José (1877-1925). — Ilustre hombre de ciencia argentino, contemporáneo. A los veinticinco años de edad, ya había conquistado fama de sabio, robustecida después por sus libros *La simulación en la lucha por la vida* y *Al margen de la Ciencia,* así como por su actividad universitaria en Europa.

Al talento y a la erudición del científico unía INGENIEROS el amor a la belleza del artista, y la inquietud espiritual de los grandes soñadores. Con sus trabajos de investigación, sus revistas e iniciativas diversas, contribuyó eficazmente a crear la atmósfera que la Ciencia argentina no tenía; con sus libros de Moral y de Sociología, adoctrinó a la juventud de toda Iberoamérica que tiene en él a un pensador sincero, íntegro, austero y bondadoso.

Obras notables: *Patología del lenguaje musical; Sociología argentina; Evolución de las ideas argentinas; Las fuerzas morales* *; *Hacia una moral sin dogmas; Criminología.*

ISLA, padre José Francisco de (1703-1781). — Clásico español, aunque algunos no le consideran tal por la abundancia de galicismos en sus obras, consecuencia de sus incesantes lecturas francesas.

Es escritor burlesco. Su libro principal es la novela satírica *Historia del famoso predicador fray Gerundio de*

Campazas, en dos partes; la Inquisición secuestró esta obra. En las *Cartas de Juan de la Encina* satiriza a cierto cirujano de Segovia autor de ruidoso *Método racional de curar sabañones.*

JÁUREGUI Y AGUILAR, Juan (1570-1649). — Célebre pintor y poeta español. Se le atribuye el retrato de CERVANTES que publicamos en *Elevación.*

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (1744-1810). — Célebre escritor español, literario y científico.

En prosa tiene obras didácticas, sociales y dramáticas. Su talento de economista, se ve en el documentado *Informe acerca de la Ley agraria;* como Autor dramático, compuso comedias *lacrimosas* y alguna tragedia. En poesía ha dejado romances, letrillas, sátiras y epístolas.

L. L., (1885). — Obrero español, contemporáneo, que ocupa sus ocios en escribir sencillas páginas educativas que aparecen en periódicos sindicales.

LOPE DE RUEDA (¿...1565?).—Clásico español. Distinguióse en la poesía pastoral. Sus comedias suelen ser *coloquios,* simples diálogos entre dos o más pastores y alguna zagala, o *pasos,* como el graciosísimo de *Las aceitunas,* que hemos arreglado para *Elevación.*

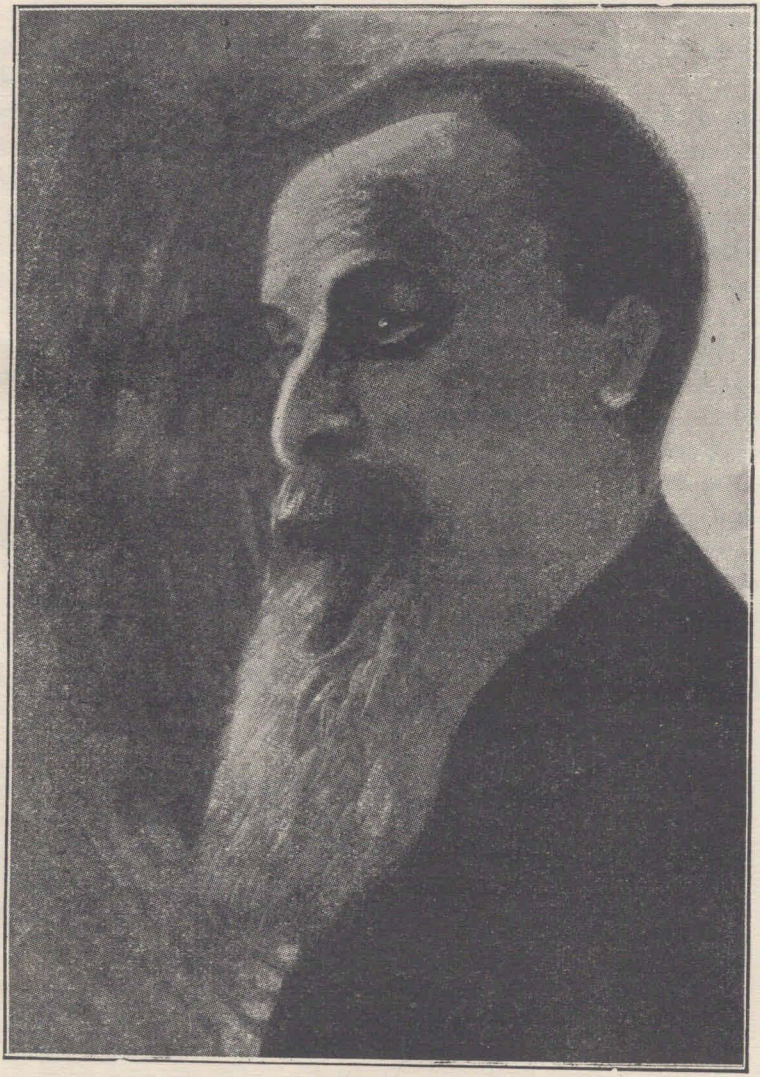
LUGONES, Leopoldo (1874). — Erudito escritor y talentoso poeta argentino. Impuso el Modernismo en el país y en Iberoamérica, después de difícil batalla.

Es, sin duda, nuestro primer humanista. Trabajador incansable, es uno de los grandes arquitectos de la cultura argentina desde fines del siglo XIX. Se le discute mucho por sus ideas políticas, — de las que nosotros también disentimos, — pero se le admira y respeta por su vasta producción literaria en verso y en prosa.

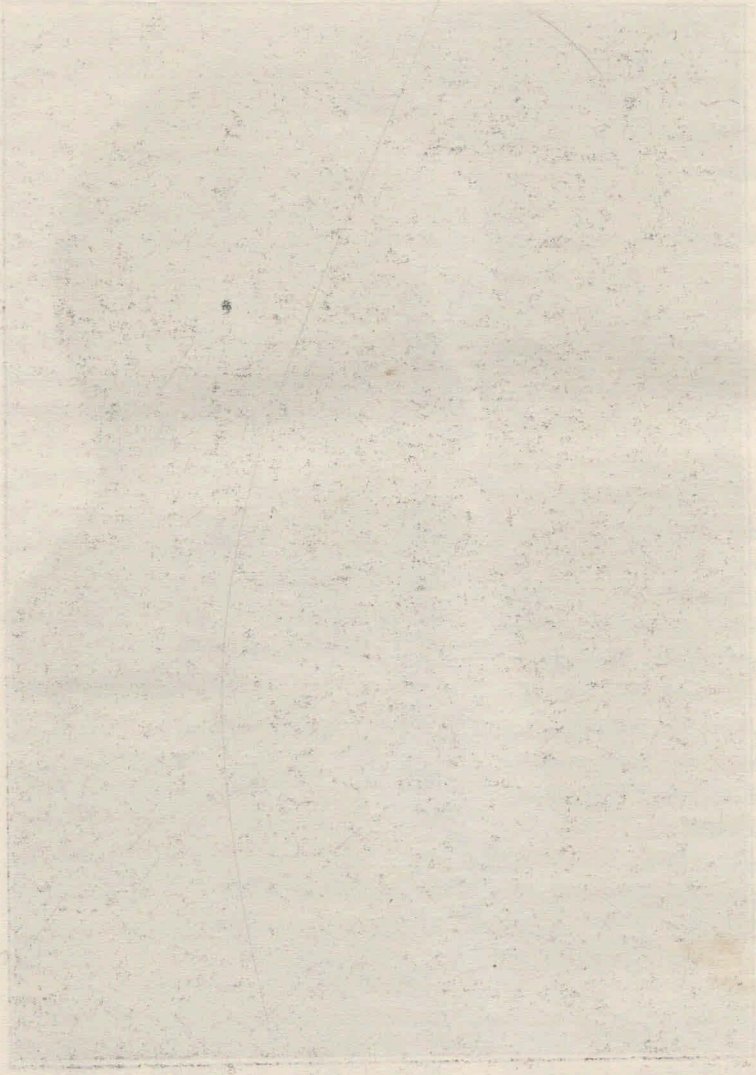
Entre sus obras poéticas mencionaremos: *Las montañas del oro; Los crepúsculos del jardín; El libro fiel; Poemas solariegos.* En prosa: *El Imperio jesuítico; La guerra gaucha; Historia de Sarmiento* *, que basta para señalar como artífice de la prosa a un escritor; *Estudios helénicos.*

Escribe asímismo acerca de temas científicos y educativos. Su trabajo polémico *La reforma educacional* es siempre recordado.

LUMMIS, Charles F. (1859). — Publicista, explorador, arqueólogo e historiador estadunidense. En su libro *Los exploradores españoles del siglo* XVI, reivindica a España y sus métodos de colonización en el Nuevo Mundo.



Guerra Junqueiro



Ha dedicado mucho de su tiempo al problema de los indios, por cuya educación brega sin cesar.

Su vida es un ejemplo de voluntad. A pesar de los obstáculos y largos padecimientos físicos, vive consagrado al estudio. Su primer libro, de poesías, lo hizo imprimir sobre corteza de álamo que él raspó hasta dejarla como papel. En Los Angeles, habita una casa construída con sus propias manos.

MALLOL, B. J. (...). — Publicista argentino, ameno escudriñador de «sucesos antaño acaecidos en nuestra ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires». En sus *Narraciones coloniales* *, nos habla de hombres y cosas de Buenos Aires en el siglo XVII.

MARCADÉ, Francisco (...). — Periodista argentino, contemporáneo. Escribe en revistas acerca de animales de la fauna del país y temas varios.

MARTÍ, José (1853-1895). — Genial pensador, hombre de letras y orador cubano. Es una de las más ejemplares figuras americanas del siglo XIX.

Consagró su talento extraordinario y su vida austera a luchar por la libertad, particularmente de su patria, para la cual no admitía ningún dominio extranjero; por esto bregó en contra del protectorado de Estados Unidos.

Hombre de pensamiento y de acción, su apostolado por la libertad y la justicia, lo condujo a la cárcel, a la deportación y al martirio. Mas nada le arredraba, hasta hallar la muerte peleando por la independencia cubana como cualquier obscuro soldado.

Vastísima es su producción literaria, en volúmenes y dispersada en periódicos. Publicó algunos folletos de agitación como *El presidio político en Cuba;* y *La República española ante la revolución cubana;* dramas, como *Atala;* poesía: *Ismaelillo* y *Versos sencillos.* Con el título de *Flor y lava* se han editado diversos artículos de MARTÍ.

Tuvo la representación consular de Argentina en Estados Unidos.

MAYOL, C. (...-1929). — Popular dibujante español, notable como caricaturista. Trabajó muchos años en Buenos Aires.

MENÉNDEZ PELAYO, Enrique (1861). — Poeta y cuentista español, contemporáneo.

MISTRAL, Gabriela (1889).—Poetisa, escritora y educadora chilena. Gabriela MISTRAL es todo un acto de amor y de fe.

Su obra literaria y su labor cultural, conocida y apreciada en toda

Iberoamérica, ha influído poderosamente en la orientación práctica de la enseñanza y en el mutuo conocimiento de estos pueblos.

Dedicóse a la primera enseñanza como maestra y luego directora de Liceos de niñas. En este mismo campo ha trabajado en México, llamada por otro espíritu selecto, José de VASCONCELOS. Actualmente ocupa cargo de responsabilidad en una oficina de cultura del Organismo internacional del trabajo en Ginebra.

Ha publicado *Desolación,* un tomo de poesía y prosa; *Lecturas para mujeres;* y muchos versos para la infancia. Prepara una vida de san Francisco.

MOLINS, W. Jaime (...). — Galano escritor y periodista argentino, contemporáneo. Los libros de viajes son de su predilección.

Obras principales: *La Pampa; Bolivia; Paraguay; La ciudad única* (Potosí)*; *Selva y montaña,* de cuentos americanos.

MONTALVO, Juan (1833-1889). — Célebre escritor y pensador ecuatoriano. Es el maestro de la pléyade de estilistas de habla española habidos en Iberoamérica, los BELLO, BARALT, RODÓ, CUERVO, LUGONES. Y puede parangonarse con los más insignes cultores de la prosa castellana. Cuanto salió de su pluma es obra hermosa, acabada, perfecta. Su estilo y su ética han ejercido singular influencia en varias generaciones.

Fué autodidacto; todo lo aprendió por sí propio: arte de escribir, idiomas, erudición. Dicen que leía en griego a PLATÓN, en latín a SÉNECA, en italiano a DANTE, en inglés a MILTON, en francés a MOLIÈRE.

Civilizador de impecable autoridad moral, era irreductible enemigo de la barbarie y la ignorancia, de la dictadura, de los poderosos, de las ideas dogmáticas y reaccionarias; «vivía pobremente porque era pobre, — dice el escritor venezolano R. BLANCO-FOMBONA — pero vivía dignamente porque era digno.»

Obras principales: *Siete tratados*; El Espectador; Geometría moral; Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.*

MORATÍN, Leandro F. de (1760-1828). — Clásico español, hijo del poeta Nicolás F. de MORATÍN. Descolló tanto en la poesía dramática como en la lírica, siendo su estilo impecable y sobrio.

Como dramático tiene distintas comedias, entre ellas *El sí de las niñas,* de gran perfección, y *La comedia nueva o el café,* sátira feliz contra las malas piezas teatrales de su época.

Tradujo varias obras extranjeras como *Hamlet* de SHAKESPEARE y *El médico a palos* * de MOLIÈRE.

NELSON, Ernesto (...). — Prestigioso educador y publicista argentino, contemporáneo.

Ha enriquecido la bibliografía argentina de la Enseñanza con notables estudios como los titulados: *Hacia la Universidad futura; Un experimento trascendental en la Educación argentina; Plan de reformas a la Enseñanza secundaria; Nuestros males universitarios.* Es Autor de diversos textos didácticos.

NERVO, Amado (1870-1919). — A no haber sido contemporáneo suyo Rubén DARÍO, posiblemente Amado NERVO habría entrado en el siglo XX ocupando el primer puesto de los poetas de lengua española. Con todo, el poeta mexicano tiene ganada la inmortalidad. Su obra perdurará por el espíritu que puso en ella como en su existencia.

Poeta filósofo, NERVO ha dejado muchos hermosísimos volúmenes de versos, cantos de optimismo, de fe y de amor, sobre todo los escritos en sus últimos años cuando adoptó actitud mística. Citaremos: *Elevación; En voz baja; Serenidad.*

Escribió también en prosa, cuentos como en *El donador de almas* y *El diamante de la inquietud,* y páginas filosóficas de leve humorismo como en *Ellos; Mis filosofías* y *Las ideas de Tello Téllez.*

NIN FRÍAS, Alberto (1882).—Prosista uruguayo, contemporáneo. La lectura de sus libros, entre los que admiramos el titulado *Marcos, amador de la Belleza, o la casa de los sueños,* deleita por el estilo diáfano, e instruye y educa por los nobles conceptos expresados. Otro buen libro es *El árbol.*

ONELLI, Clemente (...-...).—Naturalista italiano, contemporáneo, que adoptó la ciudadanía argentina. Puede decirse que pasó en la Argentina casi toda su existencia, y de ésta los mejores años en el Jardín zoológico de Buenos Aires del que fué director irreemplazable. Ha escrito páginas deliciosas, con ingenio profundamente criollo, sobre la vida de animales, que aparecieron en la *Revista* del citado establecimiento; de ellas se ha editado una selección con el título de *Aguafuertes del Zoo* *.

ORTEGA y GASSET, José (1883). — Pensador y profesor español de Filosofía.

Libros importantes: *El espectador; Meditaciones del «Quijote»; Personas, obras, cosas; Las Atlántidas.*

PALMA, Ricardo (1833-1919). — Crítico, historiador y lingüista peruano.

Famoso Autor de las *Tradiciones peruanas* *, llenas de ingenio y aromadas de miel antigua.

PARDO BAZÁN, Emilia (1852-...). —Escritora, novelista y crítica española. Ha sido muy combatida por su labor literaria.

Cuéntase que a los cinco años de edad ya leía con facilidad, y a los catorce había leído la *Biblia*, la *Ilíada* y el *Quijote*, sus tres libros favoritos.

Según FITZMAURICE-KELLY, la Autora de *Los Pazos de Ulloa* es la mejor novelista que ha producido España en el siglo XIX.

Libros importantes: *La Madre Naturaleza, De mi tierra*, novelas; *Cuentos nuevos; La Revolución y la novela en Rusia, La Literatura francesa moderna*, estudios literarios; *San Francisco de Asís*, muy alabado.

PARRA, Félix (1845). — Pintor mexicano. Desde niño reveló sus condiciones para la pintura.

PEIXOTO, Afranio (...). — Médico e higienista brasileño, contemporáneo.

PICHARDO, D. E. (1799-1879). — Geógrafo y filólogo dominicano, contemporáneo, descriptor de tipos y costumbres de Centroamérica.

PI Y MARGALL, Francisco (1823-1901). — Publicista español, catalán, sembrador de ideas liberales y ferviente republicano.

Obras de valor: *Historia de la América antecolombiana; Diálogos sobre la Belleza*, en dos series; *La reacción y la revolución*. Su libro póstumo es una colección de *Cartas íntimas*.

PRADO, Pedro (1886). — La obra de este literato chileno es estimada y admirada en toda Iberoamérica. Autor de innumerables poemas en prosa.

Algunas obras: *La casa abandonada; Flores de cardo; Copas* *; *Ensayos* (arquitectura y poesía).

QUESADA, Vicente G. (1830-1913). — Argentino. Doctor en Derecho, publicista, historiador, periodista, diplomático. Fué director de la Biblioteca pública de Buenos Aires.

De sus producciones citaremos: *La vida intelectual en la América española durante los siglos* XVI, XVII *y* XVIII; *Crónicas potosinas; Los Indios en las provincias del Río de la Plata; La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*. De las revistas por él dirigidas es importante *La Revista de Buenos Aires*, de Historia americana, Literatura y Derecho.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1850). —Anciano sabio español, contemporáneo. Se ha dicho que es el español

más ilustre de la época; de renombre universal por sus valiosas investigaciones biológicas.

Aparte de sus obras y artículos científicos, claros y precisos, ha publicado *Charlas de café,* admirable y chispeante volumen de pensamientos, anécdotas, confidencias y humorismo, cuya lectura colma el espíritu de profundas sugestiones. Para los niños ha escrito *La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo* *, donde se ve que el célebre histólogo, travieso y mal estudiante en la niñez y adolescencia, a fuerza de tenacidad y de constancia se hizo grande hombre.

RODÓ, José Enrique (1872-1917).— Ensayista uruguayo.

Después del ecuatoriano Juan MONTALVO, es el primer prosista de Iberoamérica. Su dominio del idioma ha sido tal que se le ha llamado el mago de la prosa española. De estirpe clásica, hay en sus producciones flexibilidad, elegancia, doctrina estética, modernidad, espíritu crítico.

Libros principales: *Ariel; El mirador de Próspero* *; *Motivos de Proteo; El camino de Paros.*

ROJAS, Ricardo (1882). — Cultísimo e infatigable hombre de letras, talentoso forjador de la cultura argentina contemporánea. Sin título alguno, es profesor de gran predicamento.

De su copiosa producción literaria en prosa y en verso, castiza y saturada de hondo españolismo, citaremos: *Literatura argentina,* en ocho tomos; *Blasón de plata; El país de la selva; Poesías; El alma española,* crónicas de viaje y retratos literarios; *El Cristo invisible; Eurindia. La restauración nacionalista* es un serio estudio acerca de nuestra Enseñanza.

Fué rector de la Universidad nacional de Buenos Aires.

ROOSEVELT, Teodoro (1852-1919). —Político, explorador y publicista estadunidense. Fué presidente de su país en dos períodos.

ROSALES, Eduardo (1836-1873). — Distinguido pintor español. Se especializó en cuadros de Historia de España.

ROSQUELLAS, Ramón (...-...). — Literato boliviano, fallecido hace algunos años. Escribió crónicas históricas.

RUSIÑOL, Santiago (1861).—Ilustre artista español, catalán, contemporáneo. Dramaturgo, crítico, novelista y pintor. Aunque sólo escribe en prosa es verdadero poeta, como lo es en la pintura.

Dramaturgo, ha compuesto muchas obras de las que nombraremos *El místico; La madre* *; *Buena gen-*

te; novelista en *El pueblo gris;* crítico en *Desde el molino.* Como pintor ha dicho de él Gregorio MARTÍNEZ SIERRA, que es «el maestro de esos laberintos de mirto y arrayán que aun guardan en España el secreto de la pereza mora, de esos contempladores cipreses mediterráneos, de esas aguas dormidas en los estanques de los jardines viejos».

SALAVERRÍA, José María (1873). — Escritor español, contemporáneo. Castizo y a menudo galano. Escribe y viaja mucho. Ha consagrado un volumen a estudiar el *Martín Fierro,* en sus relaciones con el criollismo hispano.

Principales obras: *A lo lejos; Instantes; Alma vasca; La intimidad literaria.* En esta última habla del dulce y amargo oficio de escribir, cuyos secretos conoce acabadamente.

SANCHES, Francisco (1562-1632). — Portugués. Médico y filósofo escéptico. Es clásico su libro *Que nada se sabe...*

El escepticismo es una doctrina filosófica según la cual la verdad no existe, y si existiera, el hombre no está capacitado para alcanzarla.

SANTIBÁÑEZ, José María (...-...) — Publicista y diplomático boliviano del siglo XIX.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1811-1888). — Entre los grandes argentinos, nadie como éste tiene derecho a la gratitud no sólo de nuestro pueblo sino de toda Iberoamérica. Fué su lucha titánica, mas como era todo voluntad, a semejanza del gigante de *La pampa de granito,* logró su empeño de asegurar para todos el derecho de aprender y la libertad de pensar.

Todas sus obras deben leerse, aunque las más celebradas son *Recuerdos de provincia; Facundo* *; y su biografía de Horacio MANN, gran educador estadunidense.

SASSO, Domingo (...). — Abogado argentino, contemporáneo. Cultiva con acierto la fábula, género no común entre los escritores de nuestro país.

SELLÉS, Eugenio (1842-1926).—Literato, periodista, académico de la Española. Escritor docente y moralizador. Autor de dramas históricos y de tendencia social, filosófica o política.

SENET, Honorio J. (...). — Abogado, publicista y profesor argentino, contemporáneo. Ha publicado excelentes libros de carácter histórico, educativo y moral, como *La obra nacional,* en dos tomos, y *De lo nuestro* *, cuya lectura es recomendable para adolescentes y jóvenes por ser espléndido en enseñanzas espirituales.

SILVA, José Asunción (1860-1896). Colombiano de amplia ilustración y fina sensibilidad; alma de artista, contribuyó con sus exquisitas poesías al renacimiento literario del Nuevo continente. La bondad fluye como aroma de nardo de su vida y su lírica. El ha escrito:

El verso es vaso santo; poned en él
[tan solo
un pensamiento puro.

Hablando de este soñador ha dicho el enorme UNAMUNO: «Comentar a SILVA es algo así como ir diciendo a un auditorio de las Sinfonías de BEETHOVEN lo que va pasando según las notas resbalan a sus oídos. Cada cual vierte en ellas sus propios pensares, quereres y sentires.»

Cinceló también prosa. La mayor parte de su producción se perdió en el naufragio de «L'Amerique», ocurrido en el año 1895 cerca de las costas de Colombia, desapareciendo en el mar varias novelas, muchas composiciones poéticas y las joyas de sus *Cuentos negros*.

SILVA, Víctor Domingo (1882). — Poeta lírico, novelista y dramaturgo chileno. Contemporáneo.

Ha publicado: *Hacia allá; La selva florida* y dos selecciones de sus mejores versos.

SILVA VALDÉS, Fernán (...). — Renombrado poeta uruguayo, contemporáneo. Creador de la poesía nativista, que cultiva en forma original. Quien lee sus hermosos versos no puede olvidarlos.

Sus mejores libros son: *Agua del tiempo* * y *Poemas nativos*. Este último se usa en el Uruguay como texto oficial de lectura en las clases superiores de las escuelas primarias.

SOLÍS Y RIVADENEYRA, Antonio de (1610-1686). — Historiador y dramático español, castizo y conciso. Doctor en ambos derechos. Siendo Cronista de Indias tocóle vida de privaciones que, según escribió, «me han obligado a deshacerme del coche y comerme las mulas» por hallarse sitiado.

Su obra principal es la *Historia de la conquista de México* *, en cuya composición estuvo ocupado muchos años, y no obstante la retocó y corrigió hasta el cansancio.

TALERO, Eduardo (...-1920).—Literato colombiano. Inteligente, ilustrado y de viva imaginación, vino a la Argentina hacia 1897 dedicándose a las letras y a la faena de la tierra.

En su libro *La voz del desierto* * trata bellamente de la vida rural en regiones patagónicas.

TASSO, Torcuato (1853). — Notable escultor español, contemporáneo. Reside en Argentina.

TÍNDARO, Celso (...). — Pseudónimo de un maestro y escritor argentino. Contemporáneo.

Ha publicado: *Sombra del alma*, poesías; *Amado Nervo, acotaciones a su vida y a su obra; Los juncos pensadores* *.

TWAIN, Mark (1835-1910).—Célebre humorista estadunidense, cuyo nombre era Samuel Langhorne CLEMENS.

Sus relatos están traducidos a casi todos los idiomas.

VASCONCELOS, José (1882). — Enorme pensador y educador mexicano, contemporáneo. Ha sido proclamado maestro de la juventud en diversos países de Iberoamérica. Hombre de acción y lucha, su labor cultural recuerda la obra de SARMIENTO. Ha velado por la educación de los indígenas.

VÁZQUEZ DÍAZ, D. (...). — Renombrado artista español, contemporáneo, dedicado al retrato.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1831-1886). — Historiador y político chileno. Autor de varias obras de Historia americana de positivo valor.

VIVES, Luis (1492-1540). — Español célebre. Humanista, moralista y asceta, representante de la Filosofía crítica.

WHITMAN, Walt (1819-1892). — Gran poeta estadunidense. Cantor incomparable de la voluntad y la energía humanas.

En español existe una traducción de algunos de sus poemas, titulada *Briznas* *, y hecha por el escritor uruguayo Armando VASSEUR.

WILDE, Eduardo (1844-1913). — Escritor, político y diplomático argentino. En sus escritos campea la sátira y el humorismo de manera originalísima.

Fué prestigioso médico. Desempeñó el Ministerio de justicia e instrucción pública.

Entre sus obras podemos citar *Prometeo y Cía.* *; *Páginas muertas*.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan (1857). — Famoso poeta uruguayo. Autor de una bella tradición indígena titulada *Tabaré*. Anteriormente a este poema publicó otro admirable: *Ituzaingó*.

ZULOAGA, Ignacio (1870).—Quizás el más grande de los pintores españoles de nuestro siglo.

Amigo lector:

ELEVACIÓN *es de los libros que deben releerse. Reléelo y siempre encontrarás en él nuevas sugestiones y nuevas bellezas.*

P. B. F. y C. R.

ELEVACIÓN

FRANCO - RODRIGUEZ

Oficinas: Galería Güemes 443-444

BUENOS AIRES

Gmo. Kraft Ltda.